

EL DÍA QUE NACISTE

Granada, 1996.



Jaime García Simón

EL DÍA QUE NACISTE. GRANADA, 1996

JAIME GARCÍA SIMÓN

Copyright © 2020 Jaime García Simón

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798672891170

DEDICATORIA

A Noelia, Cayetana y Jaime, mi familia. Gracias a vosotros he descubierto que la felicidad plena es posible.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO I

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

CAPÍTULO IX

CAPÍTULO X

CAPÍTULO XI

CAPÍTULO XII

CAPÍTULO XIII

CAPÍTULO XIV

CAPÍTULO XV

CAPÍTULO XVI

CAPÍTULO XVII

CAPÍTULO XVIII

CAPÍTULO XIX

CAPÍTULO XX

CAPÍTULO XXI

CAPÍTULO XXII

CAPÍTULO XXIII

CAPÍTULO XXIV

CAPÍTULO XXV

CAPÍTULO XXVI

CAPÍTULO XXVII

¿Alguna vez os habéis parado a pensar en cómo era el mundo el día en el que llegasteis a él? El contexto sociopolítico, la canción del momento, la serie o película que arrasaba, las tendencias en cuanto a la moda o los sucesos que ocurrieron en esa misma fecha, retratados en periódicos o informativos desfasados... Ella sí, y lo que halló investigando sobre el día que nació le cambió la vida...

INTRODUCCIÓN

Granada, 4 de mayo de 1996

En una fresca noche de principios de mayo de 1996, en la vieja Granada, el agua se precipitaba sobre la ciudad con la misma fuerza que lo hace el sol sobre el árido desierto al mediodía. Entre las callejuelas del barrio del Albaicín —origen primigenio de la ciudad de Granada— y rodeados por un mar de fachadas pulcramente blancas sin orden ni concierto, una pareja corría despavorida y agotada. La mujer portaba en brazos un tremendo tesoro envuelto en un par de mantas mientras trataban de esquivar los torrentes de agua que bajaban por las empinadas cuestas de aquella irregular composición urbanística.

Con ojos temerosos —almendrados en el caso de ella, algo caídos en el de él—, ambos echaban la vista atrás reiteradamente al tiempo que doblaban por una u otra esquina, o placeta laberíntica de tan singular lugar, tomando precauciones para no resbalar al pisar las desgastadas y deslizantes piedras que conformaban los escalones que salvaban aquellas incesantes pendientes.

Creían haber dado esquinazo a sus perseguidores, pero la intuitiva mujer sabía que su anhelo era infundado, puesto que, de pronto y para su más hondo pesar, los encontraron de cara a unos pocos metros, corriendo en su dirección.

El hombre, desesperado, les lanzó un contenedor de basura que encontró a su lado, ayudándose de la leve pendiente que jugaba a su favor y la estrechez de la zona en la que se encontraban. El primero de los perseguidores lo esquivó sin mayores problemas —no así los que venían detrás—, para enzarzarse con su objetivo en una pelea que acabaría en unos pocos segundos al recibir un certero puñetazo en la mandíbula y dar con sus huesos en el suelo.

La mujer, mientras tanto, aprovechaba para huir con toda la presteza que le permitían sus temblorosas y extenuadas piernas, pero, entre el rumor de la lluvia que la acompañaba en su carrera desesperada por aquel precioso y bohemio barrio, fue capaz de escuchar a más esbirros acercándose por un callejón colindante al que ella misma recorría. Por eso urdió un plan improvisado sobre la marcha, a la vista de lo complicado de salir indemne de aquella peliaguda situación.

Se detuvo nerviosa y jadeante. Giró sobre sí misma y comenzó a mirar las casas que tenía alrededor. La mayoría eran plantas bajas muy modestas. Continuó caminando unos cuatro o cinco metros. Exhausta y muerta de miedo, miraba hacia atrás porque oía a sus perseguidores en las cercanías.

En un recodo oscuro a su derecha, casi imperceptible y sin salida aparente, halló la austera entrada a una casa cueva, de la que se intuía una familia tremendamente humilde. Aporreó el portón que la resguardaba del exterior con violencia. Esperó unos cuantos segundos, en los que a cada poco miraba a su espalda horrorizada. Cuando observó la luz encenderse por debajo de la puerta y sintió unos pasos que se acercaban a ella desde el interior, la mujer se agachó con los ojos completamente anegados de pena y depositó con ternura infinita a esa preciosa bebé indefensa en el suelo. Estaba envuelta con una cálida sábana de franela sobre su delicada piel y otra manta gruesa, empapada por el exterior, al cobijo del diminuto y viejo alero de teja de la

entrada a esa casa cueva que desaguaba tras de sí.

Le quitó la manta mojada, deshizo el nudo de un colgante que portaba al cuello y lo posó entre sus manos. Después cogió una botella vacía de plástico que encontró por el suelo y la envolvió en la manta. Tan solo se permitió una última mirada antes de marchar y se fue corriendo, destrozada.

Al girar en la siguiente esquina, se topó de frente con su compañero, lo que provocó un chillido espontáneo por su parte, por lo inesperado del encuentro. El hombre la abrazó con fuerza mientras se calmaba y, mirando el artificial interior de la manta que llevaba en los brazos, junto con su rostro entumecido por el dolor de su corazón, entendió lo que acababa de hacer. Sus ojos se volvieron vidriosos al instante, pero el rumor de las numerosas pisadas que se acercaban chapoteando en su dirección le hicieron tragar saliva amarga y echar a correr de nuevo, junto a la mujer, para continuar con su dificultoso plan de escape, perdiéndose por el incomprensible entramado del Albaicín.

Cuando por fin consiguieron llegar a su apartamento, alguien los estaba esperando. La explosión fue de tal magnitud que el edificio de dos plantas fue reducido a escombros e incluso dañó la estructura de los inmuebles colindantes.

*Dale limosna, mujer, que no hay en la vida nada como la pena de ser
ciego en Granada.*

Francisco de Asís de Icaza

CAPÍTULO I

Granada, 24 de abril de 2019

Un grupo de unas veinte personas caminaba por los pasillos del antiguo edificio de la Diputación de Granada en semioscuridad —actualmente el edificio del catastro—, en la céntrica calle Mesones, donde por allá por el siglo xv, en tiempos nazaríes, se emplazaron, extramuros, gran cantidad de tabernas y mesones, bien frecuentados por los visitantes de la ciudad en busca de comida, bebida y aseo.

La noche había caído en el exterior y apenas unos resquicios de iluminación procedentes de las farolas se colaban por los treinta y nueve balcones de ese lugar con popular tradición inquietante.

—Como os comentaba, aquí se ubicó una gran mezquita en periodo nazarí, más tarde la iglesia de la Magdalena y después unos depósitos con el mismo nombre que, posteriormente, fueron comprados por la importante cadena de almacenes americana Wolworth, hasta quedar clausurados —decía África, la joven guía de turismo al cargo de aquel grupo de aventureros visitantes—. En todas y cada una de estas etapas se registraron tragedias, accidentes, sucesos inexplicables y suicidios, así como hallazgos de huesos humanos en algunas remodelaciones, seguramente de niños —explicaba concienzudamente la joven.

»En 1984, el inmueble pasa a manos de la Diputación de Granada. Por estos pasillos y entre estas paredes se contabilizan innumerables casos de sucesos sin explicación lógica alguna, al menos desde el punto de vista humano —aseguraba la chica que caminaba delante del grupo muy lentamente y, a cada poco tiempo, se volvía hacia sus clientes para contarles, con voz susurrante y gesticulando mucho con las manos, algunos de los sucesos, supuestamente paranormales, más famosos que habían tenido lugar en según qué estancia del insigne inmueble—. Cuál sería la presión y el grado de alarma de las personas que aquí trabajaban que incluso los responsables de la diputación accedieron a que se llevase a cabo un estudio por parte de expertos en casos paranormales en diciembre de 1986. Se trataba del conocido Grupo Omega —reseñaba mientras comenzaba a descender por unas escaleras, seguida de los sugestionados turistas.

»Los miembros del Grupo Omega fueron autorizados para investigar durante tres jornadas en este misterioso enclave, con Juan Burgos a la cabeza. El mismo que afirmó haber sentido un dolor agudo en una de sus manos cuando se encontraba bajando por unas escaleras —dijo deteniéndose en mitad del descenso y mirando con semblante solemne a los amedrentados visitantes de lo oculto—. El médico del equipo le explicaría más tarde que las marcas halladas en su mano, en el lugar donde previamente había experimentado dicho dolor, parecían producidas por la mordedura de un niño. ¿Adivináis de qué escaleras se trataba? —preguntó retóricamente con perverso regocijo para volverse y seguir bajando con una amplia sonrisa de satisfacción al observar el embrujo de Granada dibujado en las fascinadas caras de sus clientes, que murmuraban acongojados tras de sí.

»Al margen de esta evidencia física indiscutible, los investigadores obtuvieron pruebas de gran calidad, tales como luces inexplicables de colores, escalofrantes psicofonías de una voz gutural que resultaba verdaderamente amenazante y la aparición de una figura fantasmal, a la que más tarde un dibujante granadino daría forma en un retrato —dijo África girándose cuando llegó

al vestíbulo del edificio; mientras, veía como las personas contratantes de esa ruta de la Granada más misteriosa bajaban en cascada y casi a la carrera para abandonar cuanto antes la supuesta escalera encantada. Todos se arremolinaban junto a ella con premura, deseosos de escuchar sus últimas y eruditas explicaciones para, de esa manera, dar por concluida la sobrecogedora visita al edificio de la antigua Diputación de Granada y poder salir de allí de una vez por todas.

»Muchas fueron las personas que reconocieron en esa representación el rostro del que fuese el último párroco de la iglesia de la Magdalena antes de su clausura, el padre Benito —añadió dando por concluida la ruta guiada entre murmullos de asombro—. Ha sido un placer poder acompañarles en esta inusual experiencia, espero que la hayan disfrutado tanto como yo y estaré encantada de volverles a ver en otra de nuestras rutas por la Granada más recóndita. Muchas gracias y buenas noches —concluyó aplaudiendo en la entrada del edificio, al igual que hacían los turistas, que, esa noche, probablemente tendrían algún que otro problema para conciliar el sueño.

Cuando los aplausos cesaron y el grupo se disponía a abandonar aquel gran inmueble, se escucharon una serie de violentos golpes procedentes de la misteriosa escalera que quedaba a sus espaldas. Parecía como si algo o alguien bajase a toda velocidad los escalones. La gente se apartó en cuanto pudo de allí, acercándose a la puerta o incluso saliendo a la carrera mientras algunas chicas gritaban. Se podía apreciar una extraña luz blanquecina e incipiente que se aproximaba escaleras abajo y acompañaba a esos golpazos sin procedencia manifiesta.

Todos contuvieron la respiración mientras, inmóviles, no podían sino mirar en dirección a la perturbadora oscuridad del inicio de la escalera que, poco a poco, iba cobrando luz debido a ese haz incomprensible que se acercaba. Algo estaba a punto de aparecer ante sus ojos de manera brusca y aterradora. Cuando Inari surgió de la escalera corriendo y con la linterna de su teléfono móvil encendida, muchos de los presentes no pudieron reprimir un alarido.

—¡Inari, por Dios! —le dijo África a su amigo—. Nos has dado un susto de muerte. ¿Qué demonios hacías?

—¡Perdonad...! Estaba grabando un vídeo aterrador bajando por este tétrico lugar para mi blog de lo paranormal —contestó el desgarbado joven de rasgos asiáticos—. Ha quedado genial, ¿queréis verlo? ¡Joder, mis seguidores en redes sociales van a flipar! —comentaba con su habitual verborrea incontinida mientras sonreía y, como siempre, se tomaba todo a guasa. La gente de la visita, ya más tranquila al ver que se trataba del chico, le dieron la espalda aliviados y comenzaron a salir del edificio charlando entre ellos sobre aquella intensa vivencia.

—¡Estás chalado, Inari! —exclamó Dafne, una preciosa joven morena de ojos color miel que se desternillaba de risa. Dafne era otra de las amigas de la guía de turismo que, esa noche, la acompañaban en su inédita ruta por la antigua Diputación de Granada junto a Inari y los otros dos miembros de la pandilla: Daniela y Marco. Los cinco conformaban un sólido y dinámico entramado familiar bastante peculiar, creado por pura necesidad, amistad y compañerismo desde su más tierna y solitaria infancia.

—¡Cuando pongas que se trata de este lugar, la gente va a alucinar! —profirió Marco, gustoso de todo lo referente a leyendas, misterio y esoterismo—. Podrías adjuntar un enlace acerca de lo que ocurrió aquí, de algún periódico digital o algo así, para quien no conozca la historia —le recomendaba mientras ambos echaban un vistazo al dispositivo móvil.

—¡Estáis todos locos si pensáis que, en el futuro, me vais a volver a traer a alguna de estas rutas de pirados...! —afirmaba con vehemencia Daniela mientras se enfilaba hacia la puerta a gran velocidad, temerosa de todo lo referente a temática sobrenatural—. ¡Completamente locos! —recalcaba a viva voz mientras, de espaldas, se alejaba ante la sonrisa cómplice del resto.

África y Dafne no dejaban de reír jocosamente ante la pintoresca situación. A África le había

costado Dios y ayuda que le concedieran el permiso oficial de la administración que regentaba el edificio para llevar a cabo este inusual evento. La joven estudiaba Historia en la universidad y, pocos meses antes, hizo realidad uno de sus sueños de niña: crear una empresa de rutas culturales guiadas por su Granada del alma.

Poco a poco, con mucho esfuerzo y tesón, la estaba sacando adelante y manteniéndola a flote. Sabía que el primer año resultaba crucial. Si lograba mantenerse, haciendo que los visitantes de la ciudad la conociesen y comenzaran a contratar sus visitas de manera habitual, se correría la voz y conseguiría asentarse dentro de la profusa gama de empresas de esta índole que, en territorio antiguamente nazarí, ofrecían sus variopintos servicios. Sus mayores bazas eran ofrecer toda la calidad posible, aunándola a la calidez de las narraciones de sus guías, surgidas de la pasión que arde en su interior por el pasado y presente de Granada. Todo ello, junto a novedosas experiencias, como podía ser esa misma de la calle Mesones.

No obstante, África, como el resto de sus amigos, no lo había tenido nada fácil. Se crio en centros de acogida porque sus padres, alcohólicos y muy dados a disputas varias con la ley y el orden, perdieron su custodia. Tras varios vaivenes en cuanto a cambio de centro de menores y probaturas con posibles familias adoptivas, por fin se estableció en una de esas instituciones de manera continua, junto a sus circunstanciales compañeros en similar situación, con los que forjó una alianza íntima e indestructible, surgida de la carencia total del cariño humano necesario a esas tempranas edades.

Se podría decir que su aspecto era algo friki con esas gafas de pasta y cristal grueso anquilosadas en los noventa. Lucía pelo castaño, ciertamente estropajoso; solía llevarlo poco arreglado. Además, apenas se maquillaba ni potenciaba sus cualidades. Vestía de manera austera, con poco gusto y dudosa gracia. Apenas le importaban las fiestas, los chicos y las relaciones sociales en general. A primera vista parecía algo retraída, aunque ella aseguraba que estaba concentrada en llevar a cabo sus objetivos. Sin embargo, su brillantez intelectual e ingenio estaban fuera de toda duda.

La empresa de rutas turísticas que dirigía en la actualidad se llamaba Las mil y una Granada, de la que no podía estar más orgullosa. Era una actividad empresarial y vocacional que la llenaba por completo.

—Bueno, chicos, es jueves noche, ¿a quién le toca pagar hoy las cervecitas antes de ir a Pedro Antonio de Alarcón? —dijo Marco refiriéndose a la zona de fiesta por excelencia de los universitarios granadinos.

—Sin lugar a duda y con mi habitual buen criterio, considero que la triunfadora de la noche debería invitarnos a unas cañas bien fresquitas, ¿no creéis? —le dijo con gracia Dafne a su amiga África, que la miraba con sonrisa picarona.

Dafne era, indudablemente, la lideresa natural del grupo, aunque eso fuese algo que ella no ambicionara, ni que utilizase para su beneficio o deleite personal, pero era así y todos lo aceptaban tácitamente. Era guapa, atractiva, inteligente y muy popular en la universidad, en donde también estudiaba una carrera como el resto de la pandilla; en este caso, Bellas Artes.

Era una enamorada del arte o, como prefería llamarlo ella, de «la belleza» en todas sus vertientes, en todos sus modos de expresión humana conocidos. Música, literatura, cine —por supuesto—, pintura, escultura... A todo le encontraba su aquel, su porqué, su belleza. Con toda probabilidad, la música sobresalía dentro de sus muchas pasiones. Sencillamente le chiflaba. Sobre todo el flamenco, como no podía ser de otra manera dada la tierra en la que se había criado.

Llevaba años tocando el violín —de segunda mano y conseguido a base de trabajo y más trabajo de camarera aquí y allá—, hasta alcanzar el grado de perfección tan elevado del que

gozaba en la actualidad. Le encantaba fusionar el flamenco tradicional con esos suspiros del alma en forma de agudas notas salidas de lo más profundo de su persona a través de las inertes cuerdas del violín, que parecía llorar entre sus dedos. Siempre había pensado que el sonido rasgado del violín era lo más parecido al famoso quejido flamenco de los grandes maestros del género: desgarrador, áspero y emocionante.

De vez en cuando le gustaba tocar en el mirador de San Nicolás junto a un amigo guitarrista y a otro cantaor. La magia y el ambiente que se creaban —entre el sonido de la guitarra, la voz del cantante, la delicadeza de Dafne con su violín en pleno crepúsculo y la magnificencia de la Alhambra con esas vistas únicas en el mundo— eran fascinantes. Turistas, forasteros y autóctonos quedaban prendados del embrujo del momento, depositando ese lugar y esa vivencia en el rincón del alma destinado a los mejores recuerdos para el resto de sus vidas.

Dafne no tocaba por dinero, aunque indudablemente le venía bien la voluntad de los allí presentes en sus diferentes formas metálicas redondeadas e, incluso, de vez en cuando, en rectángulos de algodón transgénico, pero en verdad no lo hacía por eso.

Al tocar en esa placita se sentía libre. Cerraba los ojos por un momento y trataba de conectar directamente con su alma, de la que afloraban sentimientos a borbotones en forma de notas musicales deliciosas. Al abrir los ojos de nuevo, contemplaba la silueta lateral de la Alhambra en forma de barco, desde el Albaicín, y sonreía pensando en lo afortunada que era de poder estar allí, disfrutando de ese instante.

De esa manera y en ese estado cercano al trance, sentía la felicidad más pura y limpia que se pudiese llegar a alcanzar por un ser humano. Sentía envidia de sí misma y, regocijándose con la imagen de la legendaria Fortaleza Roja acariciada por el último rayo de luz que se resistía a abandonar sus hechuras, continuaba sonriendo al ver a esos ilusos que, rodeándola, creían sentir algo parecido a lo suyo; pero para nada era así, pues resultaría imposible.

La suya era una conexión mágica, era algo que iba mucho más allá de unas bonitas vistas, de unas preciosas notas musicales jaleadas por unos desconocidos. Se trataba de un vínculo de un nivel superior, algo cercano al misticismo. «Que el tiempo se detenga aquí y ahora», pensaba para sí, volviendo a cerrar los ojos al abrigo de su arte. Allí solo estaba ella, las luces de su alrededor se entremezclaban con las melodías para formar un único torbellino de sensaciones que, girando cual huracán homogéneo de sentimientos, la elevaban hacia un cielo crepuscular, limpio, fresco y silencioso, donde su intimista deleite sonoro era envidiado por los mismísimos dioses.

Dafne fue una niña sin hogar, al igual que sus cuatro mejores amigos, a quienes consideraba su única familia. Todos se conocieron en casas de orfandad cuando apenas contaban cinco o seis años. Con unos coincidió antes, con otros más tarde. Todos estuvieron con familias de acogida, pero ninguno cuajó, así que volvían a los centros rezumando desesperanza o los mandaban a otros hogares para después devolverlos al primero.

Sus infantiles existencias fueron un ir y venir a lo largo de los que, deberían ser, los años más felices de sus vidas. Poco a poco, decepción tras decepción, fueron formando un grupo más unido que con el resto de los infantes, en el que aprendieron a sentir algo parecido a lo que debería ser el calor de una familia. Crecieron y se hicieron adultos al amparo de su compañía, al igual que su unión, su estima y su apego, hasta ganar la mayoría de edad y poder, por primera vez en sus amargas vidas, decidir por ellos mismos.

Hostelería, limpieza, mozo de almacén, guía turístico... Trabajaron en todo lo que hizo falta para poder llegar a disfrutar de la oportunidad de procurarse un colegio mayor, con visos a la empresa más importante en su escala de prioridades vitales: sus ansiados estudios universitarios. Con ellos pretendían prosperar y llegar a ser alguien en la vida. Todos conocieron la dureza de no

tener absolutamente nada ni a nadie en su primera etapa vital y, por ello, ahora tenían grandes planes para el resto de su existencia. El hecho de saberse capaces de haber superado lo que arrastraban a sus espaldas les hacía sentirse muy reforzados, incluso poderosos, en gran medida gracias a su unión. En lo sucesivo, nadie podría detener su progresión, no se lo permitirían. Los años de oscuridad habían acabado ahora y, frente a ellos, un futuro multicolor muy esperanzador presentaba sus credenciales. Estación de salida: la universidad.

Convivían desde su mayoría de edad en el Colegio Mayor Isabel la Católica, ayudados por becas sociales de la diputación, amén del comentado esfuerzo laboral individual de cada uno de ellos. Se fueron mudando allí tal y como iban atravesando la frontera administrativa de los dieciocho años, requisito innegociable para lograr su independencia de las instituciones sociales.

Entre risas y chascarrillos de todo tipo, llegaron al bar Los diamantes esquivando turistas de ciento y una nacionalidades. Se encontraba en la calle Navas, la que empezaba en la plaza del Carmen, donde se ubica el ayuntamiento.

Como siempre, había mucha más gente de lo que pudiera ser lo apropiado para un local bastante pequeño como aquel. Probablemente, ese era su encanto; todo estaba tan delicioso allí porque uno había de luchar por conseguirlo. Con soltura, Inari se metió por unos y otros rincones mientras saludaba a los camareros y pedía una primera ronda que, al grito de «¡una de la casa!», acompañarían con su correspondiente tapa para el grupo, que le seguían a la zaga sonriendo. Inari se movía como pez en el agua en los lugares apretados; era hábil y eficaz.

Consiguieron un par de metros cuadrados de asueto en una esquina, con una mesa alta donde apoyar las cañas y los platos que, en volandas y pasando de una mano a otra, les llegaban vía aérea. Gambitas pequeñas rebozadas, *pescaíto* frito, arroz a banda... Los gritos incomprensibles de los camareros y el murmullo enaltecido de las muchas personas apiñadas allí —el que menos con dos o tres cervezas o vinos blancos ya en su haber—, te sumergían en una vorágine ruidosa y estresante, pero agradable y contagiosa a la vez, que acababa disfrutando todo el mundo en cuanto se le tomaba el pulso.

—¡Ha sido una pasada, África, te felicito! —le dijo Inari antes de dar un considerable trago a su Alhambra de barril en vaso helado.

—Gracias, espero que los clientes piensen lo mismo —respondió la joven, pensativa.

—Estoy segura de que así es —apuntó Daniela—. Las personas somos morbosas por naturaleza. Fíjate en mí; sin ir más lejos, me aterran las historias de miedo, sin embargo, me sentí atraída por hacer esta suerte de excursión al lado oscuro —aseguraba—. Nos gusta acercarnos a nuestros límites y ponernos a prueba; somos curiosos empedernidos.

Daniela, poseía una belleza salvaje, de esas naturales, pura y sin forzar, tan solo porque sí. Su pelo liso y moreno contrastaba con la delicadeza de su piel, clara y suave. Encajaba en el perfil perfecto de mujer fatal: alta, atractiva, provocativa a la hora de vestir e inteligente por demás.

Estudiaba Periodismo y hacía las veces de becaria en uno de los periódicos con más renombre de la ciudad. Su aspecto era duro, frío y distante en una primera impresión, pero en el fondo era sensible y cariñosa. Quizá se creó esa coraza para proteger su sensibilidad interior del cruel mundo que la rodeaba. De niña tuvo una traumática experiencia con una familia que, si bien parecía idílica, resultó ser realmente problemática. La llevaron de acogida con ellos durante unos meses desde el centro de menores para comprobar si se adaptaba y comenzar entonces con ciertas garantías los tediosos trámites de adopción. Pero el cabeza de familia abusó de ella en varias ocasiones hasta que, aun muerta de miedo debido a sus amenazas, se atrevió a contarle. Desde ese momento, su carácter junto con sus sentimientos se amurallaron, temerosos de más afrontas externas.

—Es cierto —confirmó Dafne—. Además, la forma que has tenido de manejarte con ellos y explicar todo lo que concernía al edificio ha resultado amena y sugerente. ¡La ruta triunfará, tenlo por seguro!

—En realidad ya lo ha hecho —decía Inari—. Mis perfiles de Instagram, Twitter y Facebook de Ghost and Legends están que arden con el vídeo de la escalera de la antigua diputación. Incluso hay un usuario que asegura que, si visionas el vídeo en cámara lenta, aparece una cara en un costado en mitad del descenso... ¿te lo puedes creer? Mañana comprobaré si es cierto; en realidad, ahora no me apetece... —decía asombrado, con guasa y con una pizca de respeto.

Inari era el miembro más pintoresco de esta particular familia. Su origen era asiático —chino, concretamente— y su talante era enormemente extrovertido y dicharachero; siempre con una sonrisa en los labios, siempre con una palabra de ánimo y su simpático pelo tieso hacia arriba y ladeado. Tenía una vitalidad y una energía positiva contagiosas, por eso sus amigos agradecían tanto su presencia, que irradiaba vitalidad y ganas de vivir a partes iguales.

Estudiaba la carrera de Informática en la universidad. A menudo era habitual verlo tramando algo con sus dispositivos tecnológicos, que le apasionaban, o viendo series frikis que tan solo él conocía en el grupo o haciendo no sé qué cosa con el ordenador para mejorar su web de contenidos relacionados con lo paranormal que tanto le gustaban. Sus padres lo entregaron a asuntos sociales cuando tan solo era un bebé, alegando que no tenían medios para sacarlo adelante. Eran unos recién llegados a España y apenas nada poseían aquí. Con los años, nunca volvieron a buscarlo.

—¡Seguro que es una broma, Inari! —reía Marco—. Te están tomando el pelo, hijo. Pero toda esa repercusión es buena para África.

Marco, el miembro restante del grupo, era un año menor que los demás. Ese año todos cumplirían los veintitrés y él los veintidós. Aunque era el más joven, no lo parecía, puesto que su madurez intelectual y su carácter llevarían a pensar a cualquiera que contaba con más edad. Estudiaba Ciencias Políticas en la universidad y le gustaba hablar con fervor de cómo deberían los políticos encauzar nuestros dudosos destinos en cuanto a la administración del Estado se refería. Tenía un don especial para hablar en público y debatir; no en vano, era la estrella del club de debate de la universidad. Era infalible en lo alto de la tribuna con un micrófono delante y convencía a cualquiera de lo que fuese, pues su carisma resultaba arrollador, totalmente fuera de lo normal.

Estas virtudes le granjearon cierta fama y los partidos políticos se lo rifaban. Todos le invitaban a entrar en las juventudes de unas u otras formaciones, pero Marco, reticente de mostrar su intimidad, nunca explicó ni tan siquiera a sus queridos amigos la ideología final que aunaba su genial discernimiento. Era tan brillante que Dafne y los demás, al comentar en su ausencia el controvertido tema, pensaban que el hecho de no decantarse por ninguna ideología era porque, probablemente, estuviera dando forma a alguna nueva en su cabeza, una propia.

Su talento con la palabra era inversamente proporcional a su éxito con las chicas, el único tema que parecía ponerle algo nervioso. Su aspecto tampoco le favorecía demasiado, con una media melena dejada al igual que su irregular barba poco aseada. No era alto ni tampoco muy fuerte, más bien algo enclenque.

—Tiene razón, Inari, muchas gracias —agradeció la aludida.

—¿Ves? ¡Es lo que te decía, el morbo mueve el mundo! —añadió riendo Daniela, alzando la copa de cerveza para que todos brindasen en mitad de aquella deliciosa algarabía.

—¡No hay de qué! —Sonreía Inari chocando la suya.

—Bueno, chicos, pago y nos vamos, que es tarde —comentó África tras el brindis.

—¿Cómo dices? —preguntaba Daniela irónica—. De eso nada, preciosa, vamos a tomar una copa.

—Sabes que no me gusta demasiado...

—¡No hay opción a réplica, salimos de fiesta sí o sí! Hay que celebrar los pequeños triunfos de la vida, cariño, y que se acercan las Fiestas de la Cruz; es decir, mi cumpleaños, y por supuesto el final del año académico —profirió Dafne cercana al chillido. Alzó de nuevo la copa con frenesí contagioso, causando un gran revuelo en el bar y la sonrisa de sus dueños, que disfrutaban de su presencia.

La noche era casi primaveral y resultaba realmente agradable para ser finales de abril, teniendo en cuenta el crudo invierno vivido, típicamente granadino, que hizo las delicias de los aficionados a la nieve y sus deportes de invierno en Sierra Nevada.

Después de recorrer gran parte de los lugares de perversión de Pedro Antonio de Alarcón y alrededores, tales como Babel, Wall Street y la Chupitería entre otros, continuaron su ruta espirituosa y de expansión social en Mae West, en el centro comercial Neptuno, una de las discotecas más famosas de Granada. Toda la flor y nata y gente guapa que se preciase estaban allí, en un ambiente joven, universitario y empresarial que supuraba éxito y egocentrismo a partes iguales. Se trataba de una preciosa discoteca de decoración muy recargada en donde, además, solían hacer actuaciones en directo, algo muy valorado por los jóvenes.

Dafne bailaba enfervorecida junto a sus amigos en mitad de la pequeña pista que había entre el escenario y la barra. Los elegantes ritmos electrónicos del DJ invitado de esa noche resultaban casi hipnóticos, enaltecían los sentidos, junto al extraordinario espectáculo visual y las continuas arengas de este a través del micrófono, y hacían que los ánimos de los presentes —ya de por sí exaltados— no hiciesen más que amplificarse.

Los brincos, abrazos y carcajadas entre los cinco se sucedían de manera natural, soltando todo el estrés acumulado en las tediosas tareas universitarias. Fue en ese preciso momento cuando Dafne lo vio. La intensa e inequívoca mirada del joven desde una cierta lejanía retrataba el deseo de sus ojos y su devoción hacia la chica, pero ella, juguetona y bien conocedora de su anhelo, la obvió y se giró bailando sugerente, con una media sonrisa complacida en la boca que el chico no tuvo la oportunidad de observar.

Kilian, que así era como se llamaba el apuesto joven, la seguía con la mirada desde un palco superior y, sin quitarle el ojo de encima, comenzó a descender por unas escaleras hasta su posición, con el veneno de esos contoneos embaucadores en sus venas.

—¡Ahí viene un plasta...! —le avisó Daniela susurrándole al oído en tono de broma, anunciando la llegada del chico. Dafne, que ya lo intuía, permanecía de espaldas a él.

Kilian era terriblemente popular. Su cuerpo atlético parecía esculpido en piedra, aunque no era un joven demasiado alto. Su cabello rayaba el rubio oscuro, con un gran flequillo a un lado y grandes ojos verdes pasionales. Las facciones de su rostro eran muy atractivas, por lo que resultaba insultantemente guapo, además de ser buen deportista, inteligente, aventurero, educado y, por si fuese poco, rico. Más concretamente, sus padres eran los que estaban forrados. Descendían de la aristocracia inglesa y poseían muchas empresas; por eso estudiaba empresariales, aunque de todos era sabido que, en el fondo, le tiraba más el mundo del deporte, sobre todo los relacionados con el riesgo y la aventura.

Media universidad iba tras él, en lo que a las féminas se refería, ya que resultaba un gran partido para cualquiera, y la otra media, probablemente ya habían probado las mieles de su

pasión, dada su insigne fama de casanova. Este compendio de cualidades que acumulaba Kilian le resultaba un poco cargante a mucha gente, pues le creían una persona prepotente, o así al menos les parecía, y no se adentraban demasiado en su personalidad real. Por eso a muchos no les caía bien, como en cierta manera le ocurría a Dafne y sus amigos.

—¡Hola, Dafne! —le dijo Kilian acercándose a su oído desde la espalda con una cierta inseguridad impropia de él, pues bien sabía lo complicado que se lo solía poner la chica.

—Hola, ¿qué te trae por aquí? —respondió con un tono cortante.

—Supongo que lo mismo que a ti.

—Muy ingenioso... —dijo irónicamente Dafne antes de ofrecerle su espalda.

—¿Oye, cuál es tu problema? —le respondió acercándose de nuevo, esta vez algo enojado—. ¿Qué es eso que tanto detestas de mí sin apenas conocerme, que piensas que te da derecho a tratarme de esta manera tan despectiva cada vez que intento acercarme a ti?

—Bueno, todos por aquí te conocen, Kilian. Niño rico, popular, ya sabes...

—¿Y cuál es el delito que he cometido al haber nacido en el seno de una familia adinerada? —replicó airado.

—No se trata del dinero en sí, sino de que estás acostumbrado a conseguir todo lo que quieres de manera fácil. No conoces la dureza de la vida y vas por ahí pavoneándote con tu deportivo, tu ropa cara y tus fiestas vips... No es mi estilo, no me gustan los arrogantes.

—Pero si apenas hemos hablado una par de veces. No deberías dejarte influenciar por los chismorreos de la gente, ¿sabes? —dijo muy irritado—. No sé lo que contarán de mí, ni la imagen que proyecto al exterior, pero mi vida tampoco ha sido un camino de rosas, te lo puedo asegurar. Todos somos humanos y tenemos problemas, y me jode mucho que me juzguen sin tan siquiera tomarse la molestia de tener información de primera mano. Eso es algo que tampoco habla demasiado bien de tu persona, por si no te has dado cuenta... —finalizó el joven fulminando con mirada iracunda los ojos de Dafne, que denotaban cierto remordimiento. Se giró furioso y desapareció entre la muchedumbre.

La joven dejó de bailar bruscamente, de pronto se sentía un ser despreciable mientras veía alejarse a ese alma con el orgullo herido. Había caído en aquello que tanto odiaba de la gente y combatía: prejuizar a alguien sin apenas conocerlo. La conversación había empezado siendo una broma para ella, pero, finalmente, se tornó en algo muy desagradable. Sobre todo teniendo en cuenta que, si actuaba de esa manera con Kilian —actitud nada digna de su persona—, era porque en el fondo se sentía muy atraída por él, pero temía ser lastimada por un guaperas sin corazón ni contrición, acostumbrado a salirse siempre con la suya, ¿o en realidad no era así?

Sin pensarlo dos veces, salió disparada en su busca, apartando como podía a la masa humana que se movía al ritmo de los graves de la música, que incluso hacían vibrar la ropa de los allí presentes. Poniéndose de puntillas, como pudo, se elevó lo suficiente como para verle salir en dirección a la terraza, americana en mano, con claras intenciones de marcharse. Corrió tras él.

—¡Lo siento! —le gritó Dafne a unos pocos metros de su espalda—. Creo que me he excedido, no pretendía ofenderte, pero ya sabes... la gente comenta y, a veces, nos dejamos llevar por rumores sin conocer realmente su veracidad.

El chico se detuvo, regalándole la espalda con indiferencia, mientras ella proclamaba esa suerte de disculpa. Tras cinco o seis segundos de incómodo silencio, se giró con cara de pocos amigos, enfrentando directamente los ojos de Dafne hasta ruborizarla.

—No puedes ni tan siquiera imaginar la presión que supone vivir a la sombra de alguien como mi padre, que está considerado uno de los empresarios más influyentes del país. En todo momento se me mide con lupa, sin tregua alguna. Se espera lo mejor de mí, que esté a la altura de mis

progenitores, que no les defraude, que sea digno del imperio que algún día habré de heredar, que tenga su mismo carisma... —explicaba el chico con semblante angustiado.

»Resulta verdaderamente asfixiante, ¿sabes? Me ahogo en pretensiones vanas en torno a mi persona, sin que nadie me pregunte qué es lo que, en realidad, me gustaría hacer. Pero yo... yo solo trato de ser feliz, tan solo intento hallar mi camino y ser yo mismo, más allá de riquezas y lujos. Mis anhelos más profundos pasan desapercibidos para el murmullo de la gente, que no ven más que un chico joven con un gran coche al que parece que le sirven todo en bandeja. Pero te aseguro que no es así, en realidad es muy difícil vivir con esta mochila al hombro —seguía hablando mientras se acercaba con paso lento y corto a Dafne. Ella lo escuchaba expectante, observando sus ojos entristecidos con sentimiento de culpa, intuyéndolos sinceros.

»A veces me gustaría desaparecer, ¿sabes? Fantaseo con ello. Irme y dejar todo atrás, empezar de nuevo, ser yo mismo y abandonar el cauce artificial trazado por otros para mi existencia. Resulta irónico, ¿verdad?, poseerlo todo en la vida y sentir la necesidad de no tener nada, de escapar. En ocasiones os envidio, os miro y veo que sois vosotros mismos, diseñando vuestras vidas desde cero, sin cargas, sin nadie que espere nada de vosotros. Me parece una idea romántica y envidiable, aunque te cueste creerlo —le dijo acercando mucho el rostro al de la chica hasta llegar a ponerla verdaderamente nerviosa.

—Las personas solemos tener el hábito negativo de desear todo aquello que no podemos poseer —respondió la joven, posiblemente como aviso a navegantes—, pero más allá de lo romántico que te pueda parecer la idea de abrirte camino desde la nada, por ti mismo, te aseguro que, en realidad, no lo es. El hecho de no tener a una familia que te resguarde de las inclemencias de la vida resulta frío y solitario. Se podría decir, sin temor a equívoco, que es lo opuesto al romanticismo. Así que mejor no anheles lo que desconoces y discúlpame de nuevo por mi frívola actitud —alegó Dafne, dando por zanjada la conversación y girando sobre sí misma para volver a la pista de baile con sus amigos.

—Te disculparé si me invitas a una copa —añadió Kilian antes de que marchase—. Será la penitencia justa para resarcir tu agravio hacia mi persona.

Dafne primero echó la cabeza atrás, mirando hacia arriba con gesto de hartazgo, para después reír observando el suelo y sacudiendo la cabeza negativamente mientras pensaba en lo tenaz que podía llegar a ser su ilustre pretendiente.

—No hay negativa posible, Dafne, de lo contrario tu karma, sin duda fabuloso, resultará damnificado —dijo a modo de broma para hacerla sonreír y tratar de convencerla.

—¡Está bien, tú ganas, pesado, vamos a la barra!

—No, pero aún no te he dicho dónde quiero tomar esa copa; tendrás que venir conmigo —soltó sorprendiendo a Dafne.

—¿Cómo dices? No puedo hacer eso, estoy con mis amigos ahí abajo... —respondió pasmada.

—Vamos, ahora les pones un wasap y les dices que ya os veis en casa, te llevaré cuando tú me digas. Te doy mi palabra.

Dafne miraba con cara de circunstancias en dirección a donde se encontraban sus amigos en la pista. No le hacía ninguna gracia dejarlos tirados, pero sentía curiosidad por saber adónde la quería llevar.

—¿El mirador de San Nicolás, aquí es donde me querías traer? —preguntó Dafne extrañada por lo archiconocido del lugar.

—Sí, pero espera y verás —le dijo él de manera enigmática.

El joven aparcó donde pudo, dado las estrecheces de la irregular calzada granadina en el barrio del Albaicín, y se apeó del Mercedes blanco descapotable con rapidez para apresurarse a abrir la puerta a Dafne. Entraron en El Huerto de Juan Ranas, uno de los magníficos restaurantes que hay justo debajo de la plaza del mirador de San Nicolás, y se acercaron a la barra.

—¿Qué vas a tomar? —le preguntó Kilian a la joven, que no quitaba ojo a las vistas de la Alhambra iluminada, elevada a las alturas como símbolo de poderío.

—Ron con cola *light* —tardó unos segundos en contestar, despistada por la panorámica.

—Y un *gin-tonic* para mí, por favor, Martin Miller —solicitó al camarero de camisa negra y entallada.

Dafne se acercó a los preciosos sofás que, frente a una barandilla de forja, se asomaban al vacío cual balcón de ensueño. Se deleitaba con aquella perspectiva tan romántica que a todos enamoraba sin remisión. Admirar aquella fortaleza medieval tan lejana en el tiempo, iluminada en mitad de la noche, resultaba sobrecogedor. Para ella era más bien una experiencia emocional e intimista cercana al éxtasis espiritual. Cualquiera diría que fue un Dios quien la colocase allí, porque tal y como se contemplaba desde el Albaicín, resultaba imposible pensar que estuviera construida por manos mortales.

—¿Es aquí adonde querías traerme a tomar una copa?

—Sí, pero aún conozco un rincón mejor... ¡Sígueme! —aseguraba Kilian animado.

Le hizo un gesto cómplice al camarero que le había servido las copas, este las posó sobre una bandeja y se dirigió hacia una puerta que se encontraba justo al salir de la barra. Kilian, con el brazo extendido, invitó a Dafne a que ambos siguieran al camarero. Se dirigían hacia la exclusiva zona del restaurante, donde se hallaban los reservados que no eran sino unos preciosos salones privados con salida directa a terrazas preferenciales en algunos casos o bien con panorámicas cristaleras desde donde rendirse a los encantos de la Alhambra nocturna y que hacía las delicias de los comensales.

Dafne observaba todos los detalles de aquellos salones repletos de encanto que le hacían sentir una calidez hogareña muy reconfortante. Plantas, cuadros, rústicos muebles con aspecto antiguo, mesas redondas con pulcros manteles blancos en rincones mágicos... Todo estaba dispuesto para acoger de la mejor manera a sus visitantes.

Por un momento perdieron de vista al camarero que, de pronto, lo vieron entrar de una zona exterior en uno de los salones del fondo. Este asintió con la cabeza al cruzarse con Kilian y Dafne, dispuesto a volver a su puesto de trabajo. Kilian le hizo un gesto con la mano a la muchacha para que accediese al exterior a través de esa hoja abierta a la noche, como así hizo. La perspectiva de la Alhambra que descubrió tal y como salió a la hermosa terraza, con un moderno sofá blanco y una mesita a juego enfrente, la dejó boquiabierta.

Allí la oscuridad era el factor predominante, excepto por la luna y la mágica ciudad palatina encumbrada a lo lejos, más allá de río Darro. Nada se oía en mitad de la calma vaporosa y azulada por la luz de esa fabulosa luna, con la madrugada bien entrada. Todo era quietud y recogimiento al contemplar semejante belleza solo al alcance de los dioses, pues su poder de atracción e inspiración resultaba inigualable.

—¿Crees que algún día llegaremos a conocer todos los secretos de esta maravilla? —suspiró obnubilada Dafne ante aquella sugerente vista de su venerada Alhambra en mitad de la noche.

—Creo que podremos acercarnos gracias a los continuos estudios de eruditos, arqueólogos y demás expertos que recrean mil y una situaciones ahí vividas —dijo él—. Rasparemos la superficie externa de anhelos pasados, pero además de la consabida búsqueda de seguridad por

parte de sus creadores primigenios, pienso que nunca podremos conocer, a ciencia cierta, qué llevó al sultán de turno a tan solo imaginar semejante prodigio. Entiendo que eso es algo que escapa a la razón humana y tiene más que ver con lo divino.

—Estoy totalmente de acuerdo —convino Dafne—. Habías estado aquí antes, ¿verdad?

—Sí, por supuesto, en varias ocasiones. El dueño del restaurante es un gran amigo mío. Él me descubrió este mirador tan especial que guarda para sus clientes más especiales, me dijo que viniera aquí cada vez que quisiera.

—Entiendo que debes conocer a la flor y nata de la ciudad —dijo justo antes de que ambos sorbiesen un trago de sus respectivas copas.

—En realidad conozco a gente de todo tipo y condición, como es normal. Al fin y al cabo, la gente adinerada es una minoría en la sociedad. Pero sí es cierto que mi padre se mueve en una serie de círculos en los que la élite empresarial es lo cotidiano. Son personas con mucho poder e influencia, así es; y debido a ese ambiente en el que me he criado, estudio empresariales. ¿Qué te motivó a ti a la hora de hacer Bellas Artes? —preguntó el apuesto chico, interesándose por sus ilusiones.

—Veo que te has informado sobre mí... —ironizó Dafne ciertamente complacida—. Pues como su propio nombre indica, la belleza. La belleza en todos los sentidos, en todos los aspectos de la vida. La belleza del alma que lleva a crear obras literarias exquisitas; la belleza al organizar en una pieza notas musicales que enaltecen el espíritu; la belleza a partir de una roca de mármol inerte, granito o simplemente barro que, con manos mundanas, son esculpidas de manera genial por seres especiales, dotándola de alma; supongo que, finalmente, es eso, la belleza en todas sus vertientes y en todas sus formas de expresión humana.

—Convincente explicación, no cabe duda —asintió Kilian—. ¿Y qué es lo que ocurrió en tu vida como para acabar en un orfanato? —Aquella pregunta formulada de buenas a primeras sonó algo brusca. Kilian se dio cuenta tal y como la soltó, sobre todo por la mirada de Dafne al escucharla—. Perdona si te ha molestado... no era mi intención —dijo el chico reculando.

—¡No, no, tranquilo, no pasa nada! —le respondió ella cariacontecida—. Es simplemente que no tengo ni idea de lo que pasó. Por más que he tratado de investigar mi origen, no encuentro absolutamente nada que me relacione con mis padres biológicos. Es como si nunca hubiesen existido, y eso es algo que me frustra y me entristece. Es una espina que no logro extraer, en este caso, de mi corazón —reconocía la joven cabizbaja, poniendo de manifiesto su bajo estado de ánimo con respecto a ese tema—. Me abandonaron en el Albaicín con unas mantas viejas y este colgante. ¿Te lo puedes creer? Tan solo era una recién nacida... ¡Menudos cobardes! —comentó rabiosa.

—¿Pone algo en el colgante? —se interesó el joven curioso extrayendo de sus tóxicos pensamientos a Dafne.

—¿Cómo? —dijo ella sin esperar esa pregunta.

—Te pregunto que si aparece alguna inscripción o algún dato que te pueda servir de pista para averiguar algo relativo a tu nacimiento.

—Sí, pone: «I. Una vida lleva a otra vida. Dafne, 3 de mayo de 1996...» —comentó ella—. El nombre de Dafne lo mandé poner yo, el resto ya venía grabado.

—¿Naciste el 3 de mayo de 1996? —inquirió él de nuevo.

—Eso parece, aunque no hay registros que lo demuestren.

—¿Has buscado en los archivos de nacimientos de los hospitales de esa fecha?

—Sí, en todos y cada uno de ellos, y no he encontrado ninguna partida de nacimiento que pueda relacionarse con mi caso.

—¡Pues sí que es un misterio! —expresó él—. ¿Y la policía?

—Nada. Ninguna denuncia de desaparición ni similar.

—¡El 3 de mayo de 1996, ¿eh?! —indicó él pensando en voz alta mientras miraba hacia el cielo y se acariciaba la barbilla—. ¿Qué demonios ocurriría ese día? —Dafne lo miró sorprendida sin decir nada, pues aquel simple comentario encendió una bombilla de luz cegadora en la mente de la joven a modo de revelación.

Departieron de mil y un temas rebosando empatía bajo el influjo tácito de la Alhambra como testigo muda. Si bien antes de esa conversación Dafne tenía una imagen superficial o frívola de Kilian, al final, aquella noche se había dado cuenta de que, probablemente, este fuera un pensamiento infundado, como suele ocurrir en la mayoría de las ocasiones con los insanos prejuicios. En las distancias cortas, Kilian resultaba una persona humilde y cercana. Esperaba no cambiar de parecer en el futuro.

CAPÍTULO II

Granada, 25 de abril de 2019

El sonido de un correo electrónico entrante en su cuenta hizo que Dafne terminase de despertar. Comenzó a estirar sus extremidades con pereza. Se incorporó en el borde de la cama hasta quedar sentada y miró su teléfono con la pantalla encendida, tratando de enfocar correctamente su mirada, aún aletargada.

Con el iPhone en la mano y las braguitas por los tobillos, se sentó en el inodoro para dar el primer repaso a sus perfiles en redes sociales, cuentas de correo electrónico, noticias y demás *apps*, como solía hacer cada mañana mientras miccionaba. Cuando llegó el turno de su *mail*, comenzó a bajar entre el habitual *spam*, notificaciones de Facebook, Twitter y demás sin encontrar nada interesante.

—¿Estuvisteis a solas en el mirador de San Nicolás y no hubo beso? —preguntaba poco después Daniela pasmada—. ¡No me lo puedo creer!

—¡Pero si tú misma dices que es un pesado! —contraatacó Dafne.

—Que sea un pesado no tiene nada que ver con que esté muy bueno. Son aspectos completamente independientes y compatibles, me atrevería a decir —la sermoneaba la joven de vida alegre.

—¡Ya... entiendo! —insinuó riendo Dafne—. En realidad me ha sorprendido, pensaba que era el prototipo de ricachón guapo, popular y repelente, pero al menos durante esta noche me ha parecido encontrar una persona encantadora, muy cercana y afable, nada superficial.

—Es posible, pero ten en cuenta que los grandes cazadores suelen ser camaleónicos, se adaptan a la situación para acercarse a su ansiada presa y, cuando la tienen a tiro... ¡zas! —gritó Inari dando una sonora palmada en la mesa que a todos hizo volverse en la cafetería donde se encontraban en el centro de Granada, antes de partir cada uno a sus quehaceres universitarios, en las últimas y cruciales semanas finales.

—¡Inari...! —le reprendió África sonriendo.

—En cierto modo, Inari tiene razón —intercedió Marco—. No te fíes demasiado, al menos de momento. Es un estratega de los negocios, como todos los grandes empresarios, ¿por qué no usar sus dotes negociadoras en el terreno sentimental? —opinó para desazón de Dafne.

—Quizá tengáis razón y esté jugando conmigo... —Bajó la mirada envuelta en el manto del desánimo.

—¡No les hagas ni caso! —prorrumpió África con gesto de reprobación en el semblante, dirigido a Inari y Marco por desilusionar a su amiga—. Lo único que debes hacer y al único que tienes que escuchar es a tu corazón. ¡Sigue sus dictámenes!

—Solo queremos lo mejor para ella —alegó Marco a modo de disculpa.

—Lo mejor para ella es que haga lo que quiera, sin que nadie contamine sus sensaciones ni intoxique su alegría, que tiempo habrá después para escarmentar al gran cazador —manifestó entrecomillando con los dedos— si, como pensáis, tan solo busca un bonito trofeo —culminó haciendo reír al grupo y agarrando la mano de Dafne.

—¡Gracias, Afri! —le apretó con ternura Dafne.

Durante toda la jornada estuvo un poco distraída, no se le iba de la cabeza su escarceo con Kilian. Por más que reflexionaba sobre el asunto, no conseguía dilucidar qué era lo que debía hacer, si dejarse llevar por sus fulgurantes sentimientos o ir con el freno de mano echado.

Se encontraba en la Facultad de Bellas Artes Alonso Cano, tenía una hora libre y decidió pasarla en la cafetería, trabajando en su futuro proyecto de fin de grado, pero no podía concentrarse y su mente siempre se redirigía de forma automática hacia la figura de Kilian.

Agarró su colgante en un gesto que solía hacer asiduamente, como un TOC nervioso que la ayudaba a sentirse mejor. No en vano, aquel colgante era lo único realmente suyo que conservaba del día en que la encontraron abandonada, siendo tan solo una bebé.

Lo acarició con las yemas de los dedos y se lo sacó por la cabeza para observarlo con cierto brillo de misterio acerado en su mirada, cual metódico criptógrafo. Le dio varias vueltas, examinándolo con detenimiento. Era algo así como un nueve hacia abajo y un seis hacia arriba unidos por el círculo del centro, que configuraba ambos números al mismo tiempo. El rabito de los dos se curvaba tanto que a punto estaban de volver a tocar dicho círculo para crear un símbolo parecido al de infinito, pero no llegaban a hacerlo. Esa extraña insignia era metálica y se encontraba unida a una figura circular de color turquesa ligeramente más grande y de algún material similar al plástico duro, lo que conformaba la base del colgante propiamente dicho.

Le dio la vuelta y lo miró por detrás, en donde aparecía grabada la letra I junto a una frase misteriosa, «Una vida lleva a otra vida», y bajo esta la palabra *Dafne*. La I debía ser, presumiblemente, la inicial del nombre de aquella bebé abandonada y Dafne, como finalmente la llamaron, las autoridades competentes, palabra que ella misma grabaría en su colgante a los dieciocho años. Nunca descubrieron a qué hacía referencia esa I. Por último, justo bajo las diminutas letras, había unos números no mayores que conformaban una fecha, la que a todas luces debía ser del día en que nació, como finalmente convinieron sus tutores a falta de registro de nacimiento alguno.

—«I. Una vida lleva a otra vida. Dafne, 3 de mayo de 1996...» —susurró por millonésima vez a lo largo de su vida—. 3 de mayo del 96 —volvió a decir mirando la pantalla de su portátil con la página de inicio de Google como telón de fondo, que parecía invitarla a teclear. De nuevo la seductora idea que germinó en su mente de improviso durante la velada con Kilian hizo acto de presencia. Podía tratar de buscar en internet los sucesos que ocurrieron en aquella fecha, el supuesto día de su nacimiento. Era un pensamiento, cuanto menos, interesante saber qué pasó en el mundo cuando esta llegó a él.

Se colocó el portátil cerca y tecleó con ligereza y cierto nerviosismo: «3 de mayo de 1996, sucesos y noticias en Granada». Un mar inabarcable de páginas se filtró de manera instantánea y abrumadora en relación a las palabras clave de la búsqueda. Eran cientos de miles, todas ellas con algo relacionado a lo requerido. Normalmente las respuestas a tales indagaciones se solían hallar en las primeras páginas, en las que ya se centraba Dafne.

—«Noticiero de Granada, 3 de mayo de 1996...» —leía en voz queda mientras introducía la

fecha de su nacimiento en la sección de hemeroteca del prestigioso periódico, sin saber exactamente qué buscaba y mirando de soslayo a su alrededor para asegurarse que nadie podía inmiscuirse en tan íntimo momento—. ¡Aquí está, viernes 3 de mayo del 96...! A ver qué tienes para mí en portada.

«¡La tormenta del siglo! En Granada se espera un Día de la Cruz pasado por agua, pero nada para lo que está por llegar...», «Aznar afronta hoy el debate de investidura con el reto de conseguir un pacto social...», «Francia entregó a España esta noche a Josu Ternera...», leía alguno de los titulares más llamativos del rotativo. «La lista más probable del Gobierno incluye a cuatro mujeres y dos vicepresidentes...».

—Deportes... Sociedad... Veamos esto de la tormenta —dijo buscando la ampliación de esa noticia en páginas interiores. «¡La tormenta perfecta o del siglo, como ya la denominan los meteorólogos, está al caer! Desde el centro estatal de meteorología advierten del riesgo de tormenta con abundante aparato eléctrico y copiosas lluvias para el día de hoy como preámbulo de lo peor de la borrasca que se espera para el día 4...»—. ¿Y nada más? —inquirió decepcionada echándose hacia atrás en la silla hasta topar bruscamente su espinazo contra el respaldo, con síntomas inequívocos de frustración—. ¡No hay nada interesante! Ese día no ocurrió nada notable... —se decía a sí misma lamentándose—. Más allá, probablemente, de una buena tormenta. A ver el día cuatro... —dijo de nuevo reintroduciendo la nueva fecha. «La tormenta eléctrica de la pasada noche fue peor de lo esperado y ya ha dejado a media Granada a oscuras durante todo el día, con los problemas que ello supone», leía. «Pero lo más preocupante se espera para hoy, ya que, según los expertos, el grueso de la borrasca descargará esta noche de sábado con mucha más virulencia que la anterior», aseguraba la crónica—. Más política, cultura... —Seguía ojeando las noticias deslizándose hacia abajo la página del periódico hasta que, de pronto, un titular apareció en pantalla como una bofetada a traición, pues ya de por sí asustaba y resultaba muy alarmante. «TERROR EN GRANADA», indicaba en letras mayúsculas de gran formato y a color rojo, por si fuese poco.

Se trataba del ejemplar del día siguiente, correspondiente al domingo 5 de mayo. Dafne sintió un escalofrío que recorrió su espalda de pies a cabeza. Por un momento se quedó bloqueada, sin poder apartar su mirada de la perentoria frase, hasta que consiguió fijarse en la crónica firmada por un tal Andrés Romero de Torres, que le recordó de corrido al insigne personaje del universo de Carlos Ruiz Zafón en el *Cementerio de los libros olvidados*, Fermín Romero de Torres, genio y figura.

El tal Andrés, con notable vehemencia en sus palabras y una emoción intrínseca palpable desde la primera letra —quizá por la gravedad de lo ocurrido, quizá por la satisfacción de ser él quien lo narrase para vanagloria suya—, explicaba con pelos, señales y una excitación morbosa mal disimulada lo que había acontecido en la ciudad nazarí a últimas horas del día anterior.

«La pasada noche ocurrió un suceso calificable, sin ningún género de duda, como terrorífico, monstruoso. Amparados diabólicamente en la sinfonía acústica de la tremenda tormenta, profusa en rayos y truenos pavorosos que volvían la noche en día, y que ha asolado la ciudad de Granada durante buena parte de la madrugada, con acumulados de hasta doscientos litros por metro cuadrado en unas pocas horas, han tenido lugar una serie de fallecimientos de forma, cuanto menos, extraña», decía con gusto por el adorno el buen periodista. «Al abrigo del anonimato en cuanto a lo desierto de las calles por la tormenta, que incluso ha dejado anegadas viviendas en las zonas más bajas de la ciudad, una serie de asesinatos escabrosos que deben atender sino a asuntos mayores y correlacionados de los que no tenemos conocimiento por el momento han sucedido a nuestro alrededor, en nuestros barrios, entre nosotros, para conmoción general.

»Al parecer —continuaba su dramática narración el postulante a estrella informativa—, todo comenzó a eso de las veintidós horas y treinta minutos cuando, según los testigos, en nuestra idolatrada ciudad palatina —la Alhambra— comenzaron a observarse una serie de extrañas y potentes luces que, por el momento, nadie sabe a ciencia cierta de dónde procedían. En mitad de la tormenta, que aún no había alcanzado su pico de virulencia, los dos guardas de seguridad que se encontraban en ese momento realizando el turno de noche, al reparar en esos fognazos misteriosos de luz sin origen aparentemente conocido, contactaron primero entre ellos, ya que cada uno se encontraba en un sector diferente dentro de la nada desdeñable extensión de la Alhambra, como indica su protocolo de trabajo, para cubrir todo el perímetro.

»Después trataron de rodear, cada uno por un costado, el lugar de donde presumiblemente procedían dichos fognazos que, en ocasiones, enfocaban al cielo enrabiado y tormentoso, entremezclándose con estallidos de rayos furibundos. Pero, según su testimonio, que por momentos raya lo fantasmagórico, cuando consiguieron acercarse a los alrededores del origen de la incomprensible luz, unas siete u ocho luminiscencias similares más aparecieron de la nada a su alrededor, repartidas por todo el recinto de la ciudad palatina para desasosiego de los ya sugestionados trabajadores nocturnos.

»Obviando los exabruptos de los guardas que motivaron dicho descubrimiento, bastante proclives estos a tales referencias coloquiales, según nos relatan, estas irradiaciones llegaron acompañadas de unos gritos guturales indescifrables que venían de todos lados y de ninguno. Por más que buscaron sin cesar, siempre según su testimonio, durante los treinta y cinco minutos en los que se pudieron contemplar aquellas luminiscencias subrepticias y azuladas por efecto de la noche y la tormenta, que incluso desde la lejanía se podían apreciar, como advirtiese gente en gran parte de la ciudad que, asombrada, miraba hacia la Alhambra, no consiguieron hallar explicación plausible alguna para semejante fenómeno.

»Tal vez el hecho de que una de las pocas cámaras de vigilancia de las que dispone el recinto los grabase entrando juntos y a la carrera en la garita, donde se atrincheraron poco después de las veintidós horas y cuarenta minutos y de donde no salieron hasta las once y media, solo cuando varias patrullas de la Guardia Civil se personaron en el lugar, pueda arrojar algo de luz sobre la causa del no descubrimiento de cuanto acontecía en nuestra venerada Alhambra.

»Este suceso no trascendería mucho más allá de lo extravagante o de los típicos programas de misterio que se pueden oír de madrugada en según qué transmisiones radiofónicas, de no ser porque, al margen de la brutal tormenta y las inundaciones parciales en casas bajas, esta mañana se han hallado seis cuerpos sin vida, situados en diferentes lugares de Granada, y cada cual de ellos fenecido en situación más extraña que el anterior —aseguraba el periodista.

»En las inmediaciones de los diferentes “puntos negros”, por así llamarlos, muchos vecinos cuentan cómo unos extraños haces de luz bastante potentes atravesaban las callejuelas del Albaicín, Sacromonte, Realejo, Centro y Ronda, donde han sido encontrados los cuerpos, y cómo se podían escuchar unos extraños gritos en mitad de la histórica tormenta, con las calles teóricamente desiertas. Algo extraño teniendo en cuenta, además, que en ese momento el tendido eléctrico estaba caído de nuevo debido al exagerado aparato eléctrico que la tormenta trajo consigo como ya pasase el día anterior, y que causó varias averías en la red de costosa reparación.

»Uno de los cuerpos encontrados sin vida, el del Sacromonte más concretamente, sucumbió al precipitarse por un despeñadero de apenas cinco metros de altura, en el lateral de una irregular calzada que ascendía de forma brusca. El desventurado joven fue a parar entre paleras de higos chumbos, hasta golpearse fatalmente en la cabeza contra una gran roca, en lo que nadie pensaría

que fue sino un desafortunado accidente producido por un resbalón inoportuno, favorecido por el empedrado deslizante y húmedo, que lo llevó al peor desenlace posible de no ser por esas luces extrañas, así como los gritos que aseguran los vecinos se sintieron y que la susodicha víctima vivía en la parte más alejada de la Chana, nada que ver esta con el Sacromonte más castizo, donde se encuentran las célebres cuevas de los gitanos y las bailaoras.

»Si a estas pesquisas se le suman las similitudes observadas con respecto a las otras muertes, que aún no han trascendido a la prensa, aunque se comenta por lo bajo que otras dos víctimas murieron por una trágica fuga de gas explosiva y una cuarta que cayó al río Darro en pleno descenso enfurecido y fue encontrada estampada contra uno de los puentes romanos de la carrera del Darro, entre ramas y todo lo que arrastraban esas aguas bravas; el conjunto de lo ocurrido en la noche de ayer no hace más que animar a mentes inquietas a tejer mil y una tramas que puedan englobar, a mi humilde entender, tantos accidentes huérfanos de causalidad.

»De las dos restantes víctimas se comenta que es tan retorcida y rocambolesca la forma en la que han fallecido, independientemente la una de la otra, que las autoridades, sin ser capaces de encontrarle explicación loable alguna y siendo cautos, prefieren no aventurarse en hipótesis que, según palabras textuales de ellos, “rayarían lo novelesco”.

»Pero si alguien albergaba algún género de duda en cuanto a que estos sucesos pudiesen o no formar parte de un guion magistral de película, de grandes de la intriga como Hitchcock, aquí les obsequio con la confirmación. Resulta que, como colofón al misterio, acabamos de conocer relevantes detalles, por fuentes absolutamente fidedignas cercanas a este honorable periódico y debidamente contrastadas, que certifican que todas las víctimas, una vez identificadas, trabajaban para la misma empresa... Al menos hasta que esta se disolviera, legalmente hablando, hace cosa de un mes. Curioso, ¿verdad? Les mantendremos informados».

Dafne no daba crédito a lo que acababa de descubrir, jamás había oído hablar de aquellos escabrosos acontecimientos ni de la tormenta, hecho este que la sorprendía aún más, porque algo así normalmente se suele trasladar de unos a otros por el boca a boca y queda varado en el imaginario colectivo.

—¿Estás buscando información sobre la matanza del 96 y no me llamas? —dijo Inari de sopetón justo a su lado, provocando un espasmo tremendo a la joven que, segundos antes, se hallaba sumida mentalmente en un agujero espaciotemporal que la había aislado de todo cuanto tenía a su alrededor, por lo que no se percató de la presencia de su amigo, que leyó el titular que a ella tanto había impactado.

—¡Por Dios, Inari! Casi acabas conmigo... —balbuceó la joven respirando aceleradamente.

—Lo siento, no quería asustarte —rio como siempre.

—¿Tú conocías estos hechos? Yo jamás había oído hablar de ellos.

—Por supuesto, ya sabes que estos temas pseudoesotéricos me apasionan; de hecho, creo recordar que escribí un *post* hace unos años con el tema.

—¿Pseudoesotéricos? Por lo que he leído, fueron asesinatos flagrantes, ¿no?

—Es probable, pero como nunca llegaron al fondo del asunto ni se aclaró lo que había pasado con firmeza, con el trascurso del tiempo y debido a habladurías de unos y otros que, poco a poco, retorcían la realidad en favor de todo tipo de rituales satánicos relacionados con el ocultismo, magia negra o vete tú a saber qué faranduleo de corralillo, muy de moda en la época, por cierto, provocó finalmente que esa generación acabara interiorizando el tema como algo diabólico y nombrándolo extraoficialmente «tabú». Al cabo de unos pocos años, nadie hablaba de ello, nadie comentaba lo ocurrido aquella fatídica noche de tormenta.

»Ahí tienes la explicación de por qué no conocías la historia —afirmaba Inari ante su amiga,

perpleja—. Yo investigo muchos de estos temas en... ya sabes, páginas frikis de conspiranóicos vitales. He oído verdaderas barbaridades al respecto, desde que fueron extraterrestres a los nazis, pasando por una caterva de espíritus de sultanes desconocidos por la historia que fueron maldecidos en su momento y liberados por accidente en ese fatídico día junto a una maldición, cuando una arqueóloga imprudente encontró su tumba por casualidad haciendo unas catas en no sé qué fosa de la Alhambra. ¡Vete tú a saber...!

—Ahora me acabas de dejar más perdida si cabe —reconoció Dafne—. Pero veo que hay algo en lo que no habías reparado: ¡todo eso sucedió en las fechas en que nací! ¡De hecho, la tormenta comenzó el mismo día! —exclamó.

—¡Tienes razón!, no me había dado cuenta —dijo el brillante joven a la par que despistado—. Pero ¿qué quieres decir con eso al margen de la casualidad que representa?

—Pues en realidad no lo sé; pero, como comprenderás, el descubrimiento ha sido muy sorprendente para mí —dijo confusa Dafne mirando a la nada—. Por cierto, ¿qué demonios haces aquí, no deberías estar en clase?

—He venido a traerle el portátil arreglado a un chaval y, al pasar por la puerta de la cafetería, te he visto y he entrado —aseguraba Inari—. Servicio integral y a domicilio.

—¡Tú y tus chanchullos, Inari! —sonrió.

Cuando Inari se fue, se le ocurrió buscar en internet fotos de las víctimas de los más que probables asesinatos. No conocía a ninguna de esas desventuradas personas que surgían en la pantalla como resultado de su exploración, pero algo en especial llamó la atención de la joven de manera abrumadora que, acercándose a la pantalla, no podía creer lo que estaba viendo. Cuando ya creía que nada podía sorprenderla más esa mañana con la revelación de la dramática noticia sobre el ominoso conjunto de asesinatos —turbios y ocultos para ella hasta la fecha por un velo de hermetismo sectario más propio de culturas menos desarrolladas—, el hallazgo de lo que en principio parecía una insustancial imagen la dejó definitivamente noqueada.

—¡Ese... ese es mi...! —dijo con voz casi inaudible al examinar una foto en la que aparecía una sonriente y joven pareja. Ella lucía al cuello el colgante que en ese mismo momento apretaba con fuerza en su mano derecha o bien se trataba de otro exactamente igual—. ¡Alicia Montero García! —leyó al pie de la foto. «Catedrática de Antropología por la Universidad de Granada junto a su marido, el también científico, Gonzalo del Valle, eminencia en el campo de la ingeniería genética. Dos de las víctimas misteriosas de la denominada “noche del terror nazari”, como ha sido bautizada por varios medios», decía el desarrollo de la noticia.

Los tintes novelescos a los que hacía referencia la policía —según el redactor de la noticia en el año 96, Andrés Romero de Torres—, ahora parecían haberse transferido sutilmente a la vida de la joven artista, que no creía en románticas casualidades y no hacía sino elucubrar una explicación loable ante aquella inesperada vicisitud impuesta por la vida. El misterio de esa peculiar noche, tan lejana ya en el tiempo como enigmática, continuaba aumentando. La pregunta en este caso era obvia: ¿por qué esa mujer llevaba el colgante y qué significaba para ella?

Dafne pensaba que esa noche le costaría conciliar el sueño más de lo normal. Compartía habitación en el colegio mayor con una estudiante de Magisterio alicantina que le había sido asignada por sorteo a principio de curso. No se podía elegir acompañante de habitación; de esa manera favorecían la integración, así como la interacción entre estudiantes al verse obligados a convivir los unos con los otros. Sus cuatro amigos estaban repartidos por sendas habitaciones de

la misma planta, en donde Daniela y África compartían una por designio de la diosa Fortuna. Por ello, ese dormitorio se había convertido en el cuartel general de la pandilla y en donde más tiempo pasaban todos juntos.

—¡Sí que es extraño... sí! —aseguraba impresionada África al oír de boca de su amiga lo acontecido. Habían pedido unas pizzas y estaban dando buena cuenta de ellas junto a unas cervezas los chicos, y unas copas de vino tinto denominación de origen Cigales las chicas.

—¡Fijo que es su colgante! Esa noche pasaron demasiadas cosas inexplicables... —insinuaba sarcástico Inari sin quitar ojo a la pantalla de su portátil. Con los cascos puestos, disfrutaba de uno de esos juegos *online* en donde personajes de fantasía envueltos en toda suerte de coloridas magias paseaban, hacha en mano, destrozando todo cuanto se les cruzaba en su camino.

—¿Todos sabíais lo del 96? —Marco y África negaron con la cabeza.

—Yo sí, al menos había escuchado hablar de ello —respondió Daniela—. Conocí a un niño que estuvo unos meses con una familia de acogida. El matrimonio, al parecer muy dado a asuntos sociales como ayudar a chavales desfavorecidos, actos benéficos y demás, había trabajado directamente en los asesinatos del 96, él como policía y ella como psicóloga, ayudando a los desolados familiares de las víctimas —explicaba bajo la atenta mirada de Dafne.

»Según recuerdo, el niño comentaba que, asiduamente, salían a colación acaloradas discusiones sobre qué pudo desencadenar semejantes atrocidades. Después de muchos años, no se habían depurado responsabilidades. El policía dejaba entrever que los máximos responsables del caso, en su momento, recibieron muchas presiones para que lo archivasen cuanto antes. «Demasiado interés por darle carpetazo», me dijo que solía comentar. Hablaba de un sórdido halo de oscurantismo en torno al asunto desde el principio que no le hacía ninguna gracia, al igual que su mujer, que no se podía explicar cómo no se había descubierto aún a los culpables. Al parecer y según comentaban, todos en el departamento de policía tenían la misma sensación latente que les producía cierto recelo, por lo que nadie se atrevía a decir nada.

—Menudo misterio... —admitió Marco—. Aunque debo decir que no creo en conspiraciones si es lo que estáis insinuando.

—Yo no he dicho que sea una conspiración, pero convendrás conmigo que resulta todo verdaderamente extraño. Un día antes nació yo, ¿y ahora resulta que una de las víctimas llevaba probablemente el mismo colgante u otro igual con el que, en esa precisa fecha, me dejaron abandonada? —cavilaba Dafne—. Al igual que tú, yo no creo en conspiraciones, Marco, pero tampoco en extrañas casualidades que difícilmente se sostienen. Cuanto menos, da que pensar, aparte de escalofríos... —afirmaba con rotundidad haciendo el gesto de tiritar, abrazándose a sí misma mientras miraba fijamente a Marco, que disentía mediante gestos con su cabeza.

—Lo más normal es que todo tenga una explicación mucho más sencilla de lo que podamos imaginar. Pues no es sino eso lo que hacemos, elucubrar sobre un asunto del que no tenemos ni la menor idea —añadió el virtuoso de la palabra.

—Puede que en este momento no tengamos ni idea, es cierto, pero obtendremos respuestas —aseguraba Dafne aguerrida—. Daniela, ¿puedes entrar en los archivos de la hemeroteca del periódico para el que trabajas y rescatar toda la información que encuentres acerca del caso? Sobre todo me interesan las identidades del personal policial al mando en su momento y de las víctimas. Puede que les hagamos una visita de cortesía —organizaba su plan de investigación sobre la marcha.

—Veré qué puedo hacer, pero sí, ¡creo que me las ingeniaré! —respondió con entusiasmo.

—¡Genial! —exclamó animada—. Afri, apuesto a que tienes contactos en la Facultad de Antropología, quiero averiguar todo sobre esa tal Alicia Montero García y su marido: en qué

proyectos andaban metidos, el número de zapatos que calzaban, si tenían pensado comprarse un coche nuevo... ¡Todo!

—Creo que tengo el mejor contacto posible allí, descuida —sonrió con seguridad.

—Inari, tú nos acompañarás en la visita, pero también quiero que hagas un rastreo sobre todo lo que encuentres en la red; veraz, por supuesto, que atienda al misterio del 96, ¿de acuerdo?

—Tendré que filtrar mucha basura, pero ¡dalo por hecho!

—Y tú, Marco, creo que mantienes ciertos contactos con algún que otro partido político que se muere por sumarte a sus filas, ¿verdad? Averigua quién gobernaba en el 96 y trata de usar tus dotes parlamentarias para tirarles un poco de la lengua, a ver qué eres capaz de conseguir.

—Lo intentaré. Pero ¿qué esperas encontrar?

—No lo sé... Solo sigo mi instinto.

El iPhone de Dafne comenzó a vibrar e iluminarse sobre la cama de África donde reposaba, con el icono de mensaje entrante de WhatsApp en la pantalla.

—¡Es Kilian! —dijo Dafne en cuanto lo vio en la foto de su perfil, tratando de disimular una leve sonrisa complacida—. Nos invita a todos a una fiesta mañana en su casa. ¿Qué decís, chicos, os apetece? —Todos sonrieron entusiasmados por la invitación, pues sus fiestas eran míticas; todo aquel que se preciase de ser alguien socialmente hablando en Granada había asistido o era asiduo a esos eventos en su lujosa mansión.

—¡Yo siempre estoy preparada para un buen festival, cariño! —indicó Daniela con gracia. Todos asintieron igualmente excitados por la invitación, excepto África, que, mirando hacia arriba, resoplaba, haciendo reír a Dafne.

Recostada en la cama, ya en su habitación, trataba de abstraerse de la efervescencia en cuanto a todo lo que parecía que comenzaba a ocurrir en su vida en los últimos días. Se colocó los auriculares y buscó en internet un vídeo con preciosos mantras hinduistas que acostumbraba a escuchar. La relajaban muchísimo, tanto que conseguían acallar sus temores y sentir paz interior hasta quedarse profundamente dormida.

CAPÍTULO III

Granada, 26 de abril de 2019

Era sábado, su mente flirteaba una y otra vez a cada poco tiempo con la certeza de saber que iba a volver a ver a Kilian esa noche y en una fiesta en su casa, ni más ni menos. El entusiasmo corría por sus venas en forma de adrenalina, enardecido también porque, antes de acudir a la fiesta, iría a la Facultad de Antropología para tratar de indagar cuanto pudiese acerca de Alicia Montero García, la antropóloga que, probablemente, portaba su colgante antes de morir y que suponía la única pista en el mundo que podía acercarle un poco a la verdad en relación a los avatares primigenios de su propia vida.

—¿En quién has pensado para que nos ayude? —le preguntó Dafne a África cuando subían junto a Inari las escaleras de acceso a la Facultad de Antropología.

—Es un viejo amigo llamado Tiburcio, uno de los profesores de Antropología más longevos de la Universidad de Granada.

—¿Tiburcio? —preguntaba sorprendido Inari—. ¿Qué nombre es ese?

—¡Uno que debe estar justo al lado del tuyo en el santoral, Inari! —respondió África mordaz ante la consabida guasa de su amigo.

—Es que parece una mezcla entre tiburón y divorcio. ¡Tiburcio! —Rio con ganas.

—¡Inari, no seas malo! —le reprendió Dafne tratando de no reírse.

—Haz el favor de comportarte y no montar uno de tus numeritos, ¿quieres? Es una persona muy importante para mí. Él me trató muy bien al orientarme en mis estudios, cuando mi mente tan solo era un mar de dudas en cuanto a qué carrera vincular mi vida. No sabía si quería ser historiadora, antropóloga o algo completamente distinto. Un día hice una visita a la facultad en busca de respuestas y, tras varias charlas con él, en las que, además, me mostró lo que hacía un antropólogo social en su día a día, me decidí sin ningún género de duda por mi verdadera pasión: la historia propiamente dicha.

—Fue muy amable contigo —indicó Dafne.

—Así es, por lo que, por favor, mostremos el respeto que merece —zanjó la broma de Inari, que no solía tomarse nada en serio.

—¡Juro! —dijo el joven haciendo al tiempo el típico gesto del saludo militar.

Dejaron atrás un precioso jardín exterior con rosales, cipreses y grandes pinos entre otros muchos especímenes y se adentraron en las dependencias de la Facultad de Filosofía y Letras, en el Campus universitario de la Cartuja, donde se localizaban las instalaciones de la carrera en cuestión.

Caminaban por un pasillo desierto, dado que ya no era hora lectiva. Al fondo había lo que, a todas luces, parecía un despacho privado con la hoja de la puerta de entrada en madera labrada con motivos florales, que permanecía entreabierta.

«¡Toc, toc!», sonaron los nudillos de África.

—Buenas tardes, don Tiburcio, ¿podemos pasar? —preguntó con educación.

—¡Oh, África, pasad, pasad, por supuesto! ¡Adelante, chicos! —dijo levantándose con

presteza para acercarse a la entrada a recibirlos con la mano tendida. Era un hombre entrado en años, probablemente cercano a la edad de jubilación. Su pelo, totalmente cano, junto con su camisa a cuadros relativamente anticuada y sus gafas redondas de ratón de biblioteca así lo atestiguaban.

—Es un placer volver a verle, muchas gracias por recibirnos con tanta premura —dijo África mientras apretaba su delicada mano.

—No hay de qué, preciosa, ya sabes que estamos aquí para echar una mano a los estudiantes; aunque, como en este caso, no seáis parte de mi camada —decía con aires parentales y semblante de total afabilidad—. ¿Y en qué os puedo ayudar exactamente? —dijo mirando a Dafne e Inari con detenimiento.

—Un momento... ¿Dónde he visto yo ese colgante antes? ¡No puede ser, es el colgante de Alicia! Pero... ¿cómo es posible que haya llegado a tus manos? —decía el entrañable hombre algo desconcertado—. ¡Era un bien muypreciado para ella!

—Precisamente por él estamos aquí —dijo Dafne mientras lo acariciaba visiblemente emocionada al escuchar esas palabras.

Durante unos cinco minutos, Dafne le narró su experiencia vital a don Tiburcio que, muy atentamente, le escuchaba con deferencia. Le explicaba como la casualidad o el dictamen del destino le había conducido a tropezar con la foto de la desaparecida antropóloga en internet donde, con anterioridad, descubrió los extravagantes acontecimientos del 96.

—Lo recuerdo como si fuese hoy. Aquel día llovió, como me solía contar mi padre que lo hacía en la primera mitad del siglo xx, con enjundia, y los relámpagos acompañados por truenos sobrecogedores nos tuvieron en vilo toda la noche —comenzó narrando con la serenidad que otorgan los años—. Alicia era una de las profesoras más apreciadas de la diplomatura, tanto por parte de los alumnos como del profesorado. Era una auténtica delicia en cuanto al trato personal y destilaba pasión por el conocimiento de la especie humana en cada una de sus fases o edades por todos los poros de su piel —dijo mientras se ponía en pie con aire trascendental, dándole la espalda a los tres amigos, que no se atrevían a abrir la boca. El hombre miraba por la ventana de su despacho bien avenido, con cierta melancolía.

»El día de la gran tormenta era sábado, pero vinimos a trabajar porque estábamos preparando los exámenes finales. Alicia aquel día almorzó con nosotros en la cafetería, hecho ese reseñable, porque normalmente aprovechaba cualquier hueco o tiempo libre para leer uno de sus muchos libros de historia de no sé qué civilización perdida, de vete tú a saber dónde o cuándo. Recuerdo que pasamos gran parte del almuerzo hablando de la lluvia de la noche anterior como inicio de la terrible tormenta que, a todas luces, se cernía sobre la ciudad, dado el cielo rumoroso y ennegrecido que, ya a esa temprana hora, presagiaba marejada de la buena —comentaba sin apartar la mirada del horizonte.

»Yo me jacto de conocer bien los estados de ánimo de las personas que conozco y a las que aprecio, y ese día os puedo asegurar que Alicia estaba preocupada por algún asunto del que no tengo conocimiento alguno. Su semblante, habitualmente sereno, esa mañana se intuía sombrío y contrariado. Por un momento intuí que quería decirme algo con la mirada, pero se privaba de hacerlo; seguramente no se lo podía permitir. Al día siguiente nos enteramos del “accidente” sufrido en su casa que sesgó su vida y la de su marido, el bueno de Gonzalo del Valle, otro ser humano adorable —concluyó su edificante narración con el rostro cabizbajo, esta vez mirando el suelo de su costado izquierdo.

—Debían ser unas grandes personas por como habla usted de ellos —intervino Dafne con cierta emoción. Tenía la sensación inexplicable de que todo aquello que acababa de oír de

primera mano, de algún modo, tenía algo que ver con ella, con su vida y con su historia.

—Créame cuando les digo que sí lo eran. ¡Magníficas, diría yo! —se apresuró a contestar.

—Tuvo que ser una dura pérdida para la facultad, algo tan inesperado y sorprendente... —dijo Inari con su tono más políticamente correcto mirando de reojo a África, que lo observaba con severidad.

—En efecto. Yo creo que la muerte a edades tan tempranas son incongruencias de la vida que a uno le dan que pensar, porque no siguen un orden lógico. Las personas tratamos de organizar nuestra existencia en una suerte de mapa imaginario en donde trazamos metas, proyectos, nuestras ilusiones... suponiendo que nos queda un largo camino por recorrer. Pero, en ocasiones, golpes tan duros como estos nos hacen ver la realidad de nuestra exigua existencia en toda su crudeza —aseguraba algo desencantado.

»No estamos más que de paso, nada es seguro en nuestras vidas. No den nunca nada por sentado, ya que sostenemos un pequeño y tambaleante pulso o equilibrio biológico con la madre naturaleza que nos permite gozar de esta vida momentáneamente, que no está sino abocada al fracaso. No existe en mí ánimo alguno de hacerles sentir mal mostrándoles esta lúgubre visión de la vida, sino al contrario, pues mi intención es recomendarles que abran los ojos y aprovechen su tiempo, puesto que nuestro paso por aquí es incontrolablemente efímero —afirmó dando por concluida, de esa guisa, su reflexión metafísica.

—¡Creo que tiene toda la razón! —señaló África enérgica, en quien esas palabras parecían haber calado hondo.

—Nunca me perdonaré no haberle preguntado qué le ocurría aquel día. Pasados los años, entiendo con claridad meridiana que su mirada pidiendo auxilio así me lo demandaba, pero no supe captarlo, no leí entre líneas. De alguna manera buscaba mi ayuda, mi apoyo. Ahora estoy seguro.

—No creo que usted tuviese culpa alguna de la tragedia, don Tiburcio. Es la vida, como usted dice, la que nos tiene preparada porrazos personalizados —trató Inari de restarle responsabilidades que no debía asumir.

—Es cierto, no se torture, para nada fue descuido suyo —indicó Dafne—. ¿Hacía algo más ella, profesionalmente, aparte de impartir clases aquí en la universidad?

—Alicia era una estudiosa de la sociedad humana, de sus relaciones y su evolución, y, por supuesto, apasionada de sus misterios. Muchos años atrás, en no sé qué libro ancestral, leyó una cita referente a una supuesta sala secreta que se hallaría en paradero desconocido en la Alhambra, de la que, en aquellos legajos, se aseguraba que poseía ciertos poderes sobrenaturales.

—¿Poderes sobrenaturales? —repitió Inari complacido.

—Así es —continuó don Tiburcio—. Aquellas palabras quedaron grabadas a fuego en su intelecto. Los primeros escritos los descubrió a modo de mito o leyenda, se hablaba de ella de manera simbólica, por así decir, pero al tratar de indagar más sobre ese supuesto lugar mágico, descubrió que era mencionada, al menos de manera implícita, por distintos personajes y en distantes épocas.

»Todas las referencias que encontraba en textos antiguos, siempre indirectas y ambiguas, en mayor o menor medida, venían a hacerse eco de esa suerte de propiedades o cualidades prodigiosas que la citada sala poseería, donde además se habían llevado a cabo todo tipo de rituales esotéricos. Algunos de esos escritos incluso insinuaban que ese enclave constituía la verdadera razón de ser de la Alhambra y que la ingenua población se equivocaba al creer, sin más, que se trataba de una mera fortaleza. Se decía que era su corazón, y lo que daba sentido a tanta majestuosidad. El porqué de tanta opulencia estaba en esa sala, al amparo hierático de sus

recios muros, según aquellas referencias.

—¿Y pretendía buscar ese lugar? —preguntó África en esta ocasión.

—En realidad sí —afirmaba don Tiburcio con un brillo muy especial en la mirada—. Tal y como iba descubriendo más y más referencias de esa misteriosa estancia, ya fuesen en forma de poesías musulmanas o escuetas pinceladas en escritos cristianos, su voracidad cultural iba prendiendo la mecha de la curiosidad, impregnada en el combustible explosivo que representan las ansias por el conocimiento, que no hacían sino impulsarla un paso más allá, día a día, en el sueño por conseguir demostrar que aquella sala fuese real y confirmar así su brillante hipótesis primigenia, si la encontraba finalmente —manifestaba el académico con tono pasional.

»Aquella investigación suya pasó a convertirse en la parte más importante, profesionalmente hablando, de su vida. Todo cuanto hacía era por y para continuar buscando. Tan pronto viajaba al norte, a una pequeña villa llamada Cangas de Narcea, en Asturias, donde había oído que en el anteriormente monasterio de San Juan de Corias, en la actualidad parador nacional, tenían un libro medieval cristiano, traído por el insigne cangués don Fernando Valdés y Llano, arzobispo de Granada y miembro del Consejo de Castilla, que más tarde pasó a ser propiedad de la iglesia de Santa María Magdalena del mismo pueblo y que en él se podía encontrar una reseña acerca de la esquiua sala; como acudía a entrevistarse con historiadores, eruditos o coleccionistas de diversas partes del mundo y del escalafón social hasta que su ímpetu cognitivo obtenía resultado —relataba con maestría el bueno de don Tiburcio.

»Por aquel entonces y dado los interesantes avances que iba logrando Alicia en su extraordinaria búsqueda, la facultad ya sufragaba gran parte de los gastos que conllevaba toda esa vorágine de viajes, compras de antiguos legajos e incluso sobornos a según qué subalternos para poder estudiar brevemente ciertos documentos de colecciones privadas de unas u otras instituciones que no puedo ni mentar. Pero cuando halló el supuesto itinerario real que realizó, lo que podía constituir, nada más y nada menos, que un mapa, por así decir, de la ubicación exacta de esa sala mágica y oculta en algún lugar de la ciudad palatina, necesitó la ayuda externa de un mecenas poderoso que apoyase económicamente la causa, en torno a la que ya giraba su vida —continuaba su extensa e interesante narración el catedrático.

»A esas alturas, la quimera que estaba llevando a cabo la buena de Alicia y su equipo ya era un secreto a voces en círculos cerrados del ámbito de expertos en antropología, arqueología, historiadores y tantos otros. Tanto fue así que incluso revistas especializadas se hicieron eco de los rumores en sus ediciones de ciencia y misterio. Pero siempre fueron eso, simples rumores, ya que ni Alicia ni ningún estamento oficial confirmaron nunca la veracidad de tan ilusionante investigación que, aquí, tantos años después y extraoficialmente, yo os puedo confirmar que, en efecto, tuvo lugar en nuestra sibilina y cautivadora Granada. Fue ahí cuando entró en escena una institución externa a la universidad.

—¿La que corrió con los gastos de la investigación? —preguntó intrigada Dafne.

—Hacia ahí me dirijo, señorita. Su marido, Gonzalo del Valle, reputado biólogo que trabajaba para una corporación privada llevando a cabo investigaciones biotecnológicas, en relación a genomas, células madre, biología celular y molecular, orientadas sobre todo a la biotecnología sanitaria y a servicios tecnológicos, tendió un puente entre esta corporación y la obra confeccionada por su mujer. Los puso en contacto, por así decir, y, tras varias reuniones, dado el interés y el revuelo suscitado por la supuesta búsqueda y las hipotéticas condiciones milagrosas que esperaban encontrar en la sala oculta, esta corporación, paladín del conocimiento y la investigación, aceptó hacerse cargo de todos los costes sin reticencia alguna.

—¿De quién es la empresa y cómo se llama? —se interesaba Inari.

—Por lo que he oído, la empresa ya no existe, fue liquidada hace muchos años. Se llamaba algo así como Investigation and Development S. L., que viene a significar investigación y desarrollo, como nuestro I+D en España, cada vez más exiguo. Perdonen mi calamitoso inglés, nunca ha sido mi fuerte.

—¿Era una empresa inglesa? —inquirió África.

—Eso parece, pero de capital teutón, al menos, porque la mayoría de los trabajadores eran españoles.

—Entonces, a partir de ahí, la ayudaron con la búsqueda ellos, ¿me equivoco? —se apresuró a decir Dafne para que continuara con su explicación.

—Más o menos. A continuación se creó un convenio de investigación a tres bandas, por así decir. La diplomatura de Antropología aportaba todos los medios académicos y materiales que atesoraba la Facultad de Filosofía y Letras, amén de darle ciertas licencias a Alicia en cuanto a sus quehaceres catedráticos. Alicia, a su vez, seguiría siendo, como no podía ser de otra forma, la piedra angular del proyecto en torno a quien giraba todo, la máxima responsable. Y la corporación de investigación biológica actuaría como mecenas y observador externo —continuaba con su edificante ilustración, haciendo memoria.

»Supongo que firmarían un contrato donde detallase las responsabilidades y retribuciones que adquiriría cada parte con el acuerdo. El caso es que Alicia continuó con su sueño. Viajó a variopintos lugares siguiendo una estela vaporosa que en cualquier momento se le podía escapar de entre los dedos. Alejandría, El Cairo, Rabat o Casablanca fueron algunos de sus destinos para tratar de documentar y reafirmar su hipótesis en cuanto a la supuesta sala mágica de la Alhambra. Hasta que todas sus pesquisas apuntaron a un mismo lugar de manera inequívoca. No había duda, de ser real ese supuesto mapa, estaba oculto y aguardando su llegada en Bamako.

—¿Bamako? Capital de...

—¡Malí! —dijo Dafne anticipando a África.

—En efecto. Hasta allí la condujeron sus averiguaciones después de casi dos años desde que empezase a indagar sobre el tema. Muchos andalusíes se asentaron en el norte de África tras su retorno de la Península, motivado en gran medida por el declive y contracción, hasta la desaparición total del imperio musulmán en Al-Ándalus, como bien sabéis —aseguraba con fascinación el erudito hombre—. Pero eso no fue todo. Tras varias semanas investigando en Bamako y siguiendo el supuesto rastro de tal vestigio, Alicia descubrió que esa suerte de mapa estuvo allí durante muchos años, formando parte de una colección privada de la distinguida estirpe Kati, antigua e importante familia peninsular que dice ser descendiente de uno de los últimos reyes godos y que se convirtió al islam durante la conquista islámica de la Península. Originariamente se llamaba Banu al Quti, nombre que derivaría en Kati, y estuvieron en Castilla hasta el siglo xv, hasta que el jurista Ali ben Ziyad al-Quti tuvo que exiliarse de Toledo alrededor de 1468 como consecuencia de la agitación política en torno a la corona y sus diferentes candidatos a regentarla —explicaba con ahínco—. Pero no se fue con las manos vacías, ya que llevó consigo una importante biblioteca compuesta por tomos de la historia de Al-Ándalus o de la vida de Mahoma, así como de matemáticas y otras ciencias como medicina y filosofía.

—¡El fondo Kati! —exclamó África asombrada.

—Exacto, se trata del actual fondo Kati. Muy bien esa cultura, querida. ¿Quién creéis que lo descubrió para el gran público europeo? ¡Fue ella! El caso es que Ali ben Ziyad al-Quti, después de emigrar al continente africano, viajó por muchos países aumentando su biblioteca con adquisiciones de manuscritos de las caravanas de retornados, incluso llegó a la Meca. Sus actividades económicas en Ghana le permitieron casarse con un miembro de la familia imperial,

la sobrina del emperador. Volvió a España a comerciar durante cinco años y murió en su nueva patria, en el Imperio songhai, antes de 1516. Sus descendientes, emparentados con la familia imperial, recibieron una exquisita educación y se integraron plenamente en la sociedad songhai, sin cejar en el empeño de aumentar la biblioteca legada por el patriarca. Biblioteca que, hoy día, contiene más de doce mil manuscritos en árabe, castellano antiguo, francés y hebreo, que datan desde el siglo xii hasta el xix, entre los que destacan cerca de cuatrocientos de origen andalusí —decía impresionando a los jóvenes.

»Esta colección fue dispersada en varias ocasiones por diversas amenazas. De hecho, en 2012, disgregaron de nuevo la biblioteca por el peligro yihadista que se cernía sobre ella, trayendo sus descendientes a España algunos de esos legajos y ocultando otros.

»Cuando Alicia llegó a Tombuctú en el 94, pasó un par de meses rebuscando entre documentos de medicina, astrología, matemáticas, filosofía, teología o derecho, junto a obras históricas, tanto en prosa como en verso. Y por fin lo encontró, estaba allí después de tantos años esperando a ser descubierto por un ser especial como ella. Estaba dentro de una caja de cuero rojizo, elaborada exclusivamente para contenerlo, atado con un cordel ajado y deshilachado como valija vieja e inservible —los ilustra hasta el más mínimo detalle—. Tras el hallazgo, pasó otra semana intentado convencer a su dueño de que se lo vendiese. Alicia le juró que jamás se movería de allí hasta que fuese suyo, por lo que, viendo la obstinación desmedida de la española, el hombre tuvo que plegarse a su voluntad, en gran medida motivado por el pensamiento de lo inservible de aquel manuscrito que presumía irrelevante.

—Tuvo que ser una auténtica odisea para ella —imaginó Dafne fascinada.

—Los mejores años de su vida, como literalmente me confesaría a mí poco después —les revelaba don Tiburcio—. Regresó a España en mitad de una gran expectación. Las especulaciones de unos y otros inventaban todo tipo de historias, a cual más disparatada que la anterior, acerca de lo que había acontecido a la antropóloga en su peregrinaje por la África profunda. Se escuchaba de todo, desde que una maldición procurada por magia negra indígena, denominada vudú, había vuelto con ella, hasta que, en vez del supuesto mapa que buscaba, había encontrado, en unas excavaciones en mitad del desierto más descarnado, la legendaria mesa de Salomón. Pero ella se apresuró a manifestar a su llegada que la búsqueda había sido infructuosa, acallando las múltiples elucubraciones descabelladas que se habían erigido en torno a su proyecto —les contaba.

»Los medios, así como los espectadores, ansiosos de emociones e historias de aventuras más propias de Indiana Jones, se llevaron una ingrata desilusión, ya que allí acababa su filón periodístico para unos y los emocionantes debates de barra de bar con amiguetes para otros. La tranquilidad volvió de forma paulatina a la vida de Alicia, que, aproximadamente al mes de su vuelta, comenzó con la verdadera búsqueda de la sala mágica de la Alhambra, sumergida en el más estricto halo de secretismo.

—¡Es una historia alucinante! —exclamó Inari deslumbrado por aquella narración tan impecable como inesperada.

—¿Y cómo acabó todo? —preguntaba con ansiedad Dafne—. Imagino que la encontraría, ¿verdad?

—Pues no, nunca dio con ella. Después de devanarse los sesos durante más de tres meses frenéticos de estudio criptográfico e investigación de campo, no consiguió nada, ¿os lo podéis creer? —dijo don Tiburcio con gesto de frustración.

—¿No encontró la sala?, ¿todo era mentira entonces? —preguntaba desilusionada África.

—Bueno, cuántas leyendas conocéis de Granada que no son sino eso, leyendas, al igual que ocurre en Toledo, en Córdoba, Sevilla... Una cosa es la leyenda o la mitología popular, por así

decir, y otra muy distinta la realidad palpable y catalogable, chicos.

—Entonces, supondría un varapalo muy duro para Alicia, ¿verdad? —intuyó Inari.

—Sí que lo fue. Pero poco a poco se recuperó anímicamente, volviéndose a ilusionar con nuevos horizontes por descubrir y con ayuda de su entorno. Así era ella, inquebrantable —aseguraba su amigo.

—¡Guau, es una historia digna de una novela de aventura y misterio! —fantaseaba Inari.

—Eso mismo le dije yo en varias ocasiones —comentó el catedrático sonriendo con nostalgia.

—¿Entonces...? —preguntó confusa Dafne—. ¿Dónde encaja en toda esta historia mi colgante? —quiso saber.

—Tu colgante, querida, es un ornamento único que portaba adherido en su parte frontal la caja de la que os he hablado y que hacía las veces de contenedor de ese mapa. Justo debajo presentaba una inscripción en castellano antiguo que rezaba literalmente: «Una vida lleva a otra vida».

—¡Una vida lleva a otra vida! ¡Es la frase que está grabada en el colgante, qué interesante! —exclamó Dafne—. ¿Descubrió Alicia por casualidad su significado?

—Ella imaginaba que hacía referencia a esos supuestos poderes sobrenaturales de la legendaria sala, «Una vida lleva a otra vida». Pensaba que tenía relación con la creencia en la reencarnación del alma.

—¡Fascinante! ¿Y ese sería el poder de la sala, otorgar el don de la reencarnación? —musitó África.

—Puede ser, al menos teóricamente, pero no existía sala mágica alguna como tal y sí mucho misticismo, y me temo que también mucha ociosidad en los escribas de la época —argumentó don Tiburcio—. Probablemente nunca debió enrolarse en aquella búsqueda fantasiosa e imposible que tan solo le trajo frustración. No recomendaría a nadie que siguiera sus pasos, pues resultaría una verdadera pérdida de tiempo —dijo mirando a Dafne a los ojos con cierta intensidad.

—¿Y en qué nuevo proyecto andaba metida cuando murió? —preguntó con premura Dafne para cambiar de tema, pues sintió como si aquel astuto personaje pudiese leerle la mente.

—En el más importante de su vida: quería ser madre.

—¡Oh, Dios mío! —acertó a decir África poniendo las manos sobre su boca.

Caminaron por los pasillos desiertos de la facultad charlando tranquilamente sobre lo que pudo ser y no fue en la aciaga vida de Alicia hasta llegar a la sala de profesores. Don Tiburcio sacó una llave del bolsillo derecho de su pantalón, tan envejecido como él. La introdujo en la cerradura y, con un suave giro de muñeca, abrió la puerta ruidosamente hasta mostrar esa estancia interior en toda su amplitud, donde una gran mesa central dominaba el espacio.

—¿Café? —preguntó escuetamente.

—Por favor —dijo Dafne, tras la cual asintieron los demás.

Don Tiburcio se acercó a la cafetera de cápsulas y la encendió para que se calentase. Su semblante se intuía taciturno. Después se dirigió a un gran mueble repleto de archivadores, en donde parecía buscar alguno en concreto.

—Volviendo a lo que ocurrió aquel fatídico día en Granada a esas pobres personas, entre ellas su amiga Alicia, que fallecieron de manera, digamos... inusual, si me permite la pregunta personal, ¿qué piensa usted realmente que pasó? —se atrevió a formular Dafne la pregunta que su discernimiento llevaba varios minutos fraguando para que sonase lo menos agresiva posible.

—En realidad no sé qué pensar —dijo sin rodeos—. Intuyo que a Alicia le ocurría algo,

aunque desconozco la naturaleza de su preocupación. Todo lo que ocurrió ese día fue muy extraño: la tremenda tormenta, esas luces de las que habla la gente, el miedo en los ojos de los vigilantes nocturnos de la Alhambra... Y, por supuesto, las muertes y sus circunstancias... Pero por más que trato de imaginar algo con sentido que englobe todos esos sucesos, no se me ocurre nada y, por lo visto, a la policía tampoco. Así que es de suponer que no hay trama alguna y que lo ocurrido aquel día atiende a asuntos mundanos y corrientes, como un lamentable cúmulo de infortunios.

—Es posible —dijo Inari—, pero convendrá conmigo que es bastante chocante que todos los fallecidos hubiesen formado parte, meses antes, de la plantilla de una misma empresa.

—Eso se rumoreaba, sí, pero yo no tengo certeza de ello, ni de si se trataba de la misma empresa en la que está pensando —insinuó el hombre con buen juicio—. El caso es que la policía determinó que la muerte de Alicia y Gonzalo había sido un terrible accidente, y yo, si os soy sincero, por nada del mundo pensé en que no estuvieran en lo cierto y que pudiera atender a un asunto superior. Simplemente ninguno de nosotros lo contemplamos debido, a mi manera de ver, a la conmoción en la que nos sumió a todos la tragedia —confesaba el curtido hombre—. Si bien es verdad que tiempo después, cuando los medios comenzaron a especular sobre la posibilidad de que los incidentes tuviesen relación, en algún momento se me pasó por la cabeza; pero al no encontrarle sentido alguno a tamaña presunción, enseguida lo olvidé.

—Yo tampoco sé si se trata de la misma empresa a la que usted ha hecho referencia antes, pero lo averiguaré —aseguró Inari con convicción detectivesca.

—Mirad, aquí tengo guardada fotos de los compañeros de la época de Alicia, por eso os he traído a esta sala —dijo sacando un puñado de retratos de unas fundas transparentes guardadas en un archivador negro, en el que se podía leer en letras mayúsculas «CURSO DEL 94». Don Tiburcio repartió varias fotos en las que aparecía la imagen de una despreocupada Alicia sonriente junto a sus compañeros en actos de la universidad, reuniones del profesorado y comidas varias en un ámbito más privado fuera de las aulas. Tras las fotos, repartió los cafés humeantes uno por uno.

—¿Y qué ha sido del famoso mapa de Alicia, adónde fue a parar? ¿Y, por otro lado, nunca salió a la luz pública la noticia de su existencia real? —elucubraba la excitada inteligencia de Dafne de corrido y en voz alta mientras analizaba la mirada transparente de Alicia a través de la ventana espaciotemporal que suponía la fotografía que sostenía en las manos. Sentía como sí, a través de ella, pudiera introducirse en su interior, en sus misterios, en sus secretos inconfesables, en su verdad; en la verdad, al fin y al cabo.

Por un instante la notó muy cerca, puede que aquella sonrisa sincera fuese para ella. Casi podía oír su risa y percibir el aroma de su perfume. Había algo en Alicia que llamaba poderosamente la atención de Dafne, era un presagio interior, un sentimiento inexplicable, pero al tiempo clarificador, una extraña conexión incontestable que le hacía sentir como si la mirase directamente a ella a través de la fotografía.

—Estuvo oculto durante más de diez años, en posesión de la universidad, dado el poco interés que suscitaba ya al ser catalogado de fraudulento en su ámbito privado. Por lo que sé, la empresa que sufragó su búsqueda quería hacerse con él a toda costa, pero según el convenio firmado por las tres partes implicadas cuando todo esto empezó, la posesión del documento y, en ese caso, la capacidad de decisión sobre este siempre pertenecería a la universidad. Aunque, ante la insistencia de la empresa, esta accedió a digitalizar el manuscrito para entregarle una copia —aseveraba el intelectual.

»La facultad, finalmente, reconoció que el hallazgo del vestigio era real unos trece años después y, en gran medida, para homenajear la excelsa labor de investigación de Alicia y su

equipo, aunque no alcanzaran su objetivo de encontrar la supuesta sala, puesto que nunca existió. El hecho de la salida a la luz pública del descubrimiento real de estos escritos causó un revuelo inesperado, originando un crudo debate en cuanto a la posibilidad de que los textos volviesen a ser revisados por otros expertos y mediante nuevas tecnologías, pero la universidad y la empresa se negaron en rotundo a gastar más dinero en una nueva labor baldía.

»Se barajó la opción de mostrarlo en algún importante museo o exposición, pero creyeron que la controversia que se formaría en torno a su figura no sería edificante ni beneficiosa para nadie. Así que, a día de hoy, aún sigue oculto al gran público. En repetidas ocasiones, según ha llegado a mis oídos, importantes coleccionistas de arte y antigüedades históricas, así como excéntricos multimillonarios o incluso pudientes fondos de inversión, han intentado hacerse con la propiedad de la pieza infructuosamente, porque ni la universidad ni la empresa se quieren despojar de ella.

—Pero ¿dónde se encuentra? —insistía África.

—Me temo, queridos amigos, que eso es lo único que no os puedo desvelar —confesó don Tiburcio llegando al final de su extenso y seductor testimonio, de incalculable valor para Dafne.

Los tres amigos salieron de la Facultad de Filosofía y Letras embelesados por toda la información que, de primerísima mano, traían consigo. El entrañable profesor saludaba a través de la ventana de su despacho desde la lejanía mientras se marchaban.

—¿No tenéis la impresión de que a toda esta historia le faltan muchas respuestas, que tiene muchos cabos sueltos? —indicó Inari tan pronto perdieron de vista a don Tiburcio.

—Justo ahora estaba pensando lo mismo —reconoció África.

—Tenemos que averiguar dónde ocultan ese supuesto mapa que trajo a todos de cabeza —proclamó Dafne con la mirada encendida.

CAPÍTULO IV

La villa en donde se celebraba la fiesta se encontraba en lo alto de una colina no demasiado elevada, en una de las urbanizaciones más exclusivas de la ciudad, y dominaba las vistas en varios cientos de metros a su alrededor.

El taxi dejó a los cinco amigos justo frente a la barrera que vedaba la entrada a vehículos no deseados, en el control de acceso de la lujosa urbanización, junto a la garita de los vigilantes de seguridad. Dafne llevaba más de diez minutos explicando a Daniela y a Marco los avances en la investigación que ella, África e Inari habían logrado sobre Alicia y la historia del hallazgo del mapa manuscrito, tan próximo en el tiempo con el misterio del 96, y, por si fuera poco, con su nacimiento. Ambos se quedaron verdaderamente boquiabiertos.

La música ya se escuchaba desde la entrada y varios haces luminosos proyectados en el cielo, ayudados por la relativa nubosidad de la noche, lo recorrían de un lado para otro como si de un reclamo visual se tratase. Al percibir el sonido, Dafne sintió una punzada seca en el estómago de puro nerviosismo cuando recordó —absorta en las últimas horas en mitad del enigma de su colgante, la supuesta dueña y toda la controversia que envolvía al asunto— que estaba a punto de volver a ver a Kilian.

Todos los asistentes precisaban enseñar una invitación personalizada, recibida a través del correo electrónico, que contenía un código imposible de copiar o falsificar. Los cinco mostraron sus credenciales a un musculado guardia de seguridad muy correcto, en cuanto a su trato y su aspecto, que denotaba una gran profesionalidad.

La entrada a la casa propiamente dicha era una marabunta de personas tratando de acercarse a la puerta exterior del recinto, circundado por altos cipreses en perfecto estado de revista, todos cortados exactamente igual. Un cerco moderno de forja negro con motivos vegetales los precedía, no tan alto como los cipreses. La parte inferior estaba recubierta por una moderna madera oscura que otorgaba al recinto un aspecto actual y sofisticado.

Una vez en el interior, el enorme jardín de césped de la villa que envolvía el caminito de piedra blanca, describiendo un recorrido ascendente, estaba plagado de farolillos blancos decorativos, luminosos, encendidos por aquí y por allá. Posados en el verde, se concentraban en grupos de seis o siete en mitad del jardín, escoltando a derecha e izquierda aquel camino de ensueño que desembocaba en una explanada amplia de la misma piedra, unos cincuenta metros más arriba. También los había colgados de los diferentes árboles —la mayoría oliveras y arces japoneses de tonos rojizos— que salpicaban el idílico entorno.

La enorme vivienda en forma de L, de aspecto cubicular y tono claro con enormes cristaleras en el conjunto de la cara interna abrazaba una bellísima piscina —más larga que ancha— que se situaba en paralelo a una de las dos piezas que parecían componer esa L modernista, imaginaria e inmensa.

La explanada, colindante a la piscina, acogía un tumulto de gente en torno a unas mesas altas de cóctel levemente luminiscentes que resultaban un primor a la vista. Había deliciosos canapés y platos de jamón cortados allí mismo por una eminencia en la materia, junto a la piscina y a la vista de todos. Los martinis y el champán iban y venían en preciosistas copas espumosas, paseadas en bandejas por elegantes camareros vestidos de riguroso negro.

En ese momento, un espectáculo musical tenía lugar en el impecable escenario ensamblado en uno de los extremos de la explanada, donde un violinista tocaba una pegadiza melodía con su instrumento proyectando luces en todas direcciones al ritmo de la base de house del DJ que tenía tras de sí y que cubría su rostro con una máscara de época fascinante. Una espectacular actuación que terminaría por deslumbrar a Dafne y a sus amigos por completo mientras miraban asombrados a su alrededor aquel auténtico jardín de la alegría.

—¡A la fiesta! —gritó sonriendo Inari tal y como llegó a la explanada. Cogió al vuelo una copa de champán de uno de los camareros que pasaba y que ni se percató, y comenzó a bailar entre la multitud de cara al violinista, que se afanaba en el escenario por agradar con sus melodías a los asistentes. Dos fogonazos blancos de pirotecnia fría se elevaron hacia el cielo de manera continuada durante varios segundos en los costados del escenario, en el momento álgido de la canción y con el violinista dándolo todo de rodillas. La gente estaba muy animada; bebía, comía, reía y comenzaba a contonearse alrededor de las mesas luminosas. Los cinco amigos circundaron una de las pocas que quedaban vacías entre algazaras de satisfacción. El buen rollo y mejor gusto que desprendía aquella fiesta prometía, la noche se presentaba muy interesante.

Junto a Marco pasaron tres zancudos de al menos dos metros treinta disfrazados de fauno, a quienes no les faltaban detalle alguno. Iban caminando entre los invitados pausadamente con sus cuernos enroscados hacia atrás y con ojos pintados en las palmas de las manos. Llevaban atados a un cinturón al menos diez globos plateados llenos de gas helio que se elevaban al cielo unos tres metros por encima de ellos y que iban repartiendo por donde pasaban. Cada cierto tiempo se detenían para menearse elegantemente y, de manera grupal, al ritmo de la música, invitaban a que los receptores de los globos los soltasen a la vez, con el objetivo de conseguir crear un momento muy especial entre los aplausos y el griterío de admiración de los asistentes.

—¡Kilian sí que sabe montar una fiesta! —gritó a sus amigos Marco, que observaba impresionado los globos elevarse hacia el cielo nocturno, en donde las nubes parecían dejar paso a una preciosa bóveda celeste ante el frenesí en aumento de los invitados. De soslayo, el chico miraba a uno de los faunos que se había quedado justo a su lado y que, en honor a la verdad, le intimidaba un poco, pues estaba muy bien caracterizado.

—¿Estáis disfrutando? —le dijo de repente al oído Kilian a Dafne, sorprendiéndola por completo.

—¡Hola, sí, es genial lo que has organizado aquí! —le contestó la joven. Todos saludaron a Kilian con efusividad, felicitándole por la fiesta. Daniela disfrutaba coqueteando con dos o tres chicos a su alrededor. África, ciertamente desinhibida, bailaba y se reía al ver a su amiga usando sus artes de seducción. Inari daba buena cuenta de todo cuanto podía echarse a la boca que pasase a un radio de al menos tres metros de su posición y Marco había encontrado a una compañera y amiga del club de debate que lo idolatraba, y departía con ella animadamente mientras se contoneaban con moderación y tomaban champán burbujeante.

Tras un rato, el espacio entre Dafne y Kilian se minimizó, pues los dos buscaban constantemente el roce fortuito de sus manos, sus hombros o sus brazos al bailar, mientras disimulaban riendo y haciendo bromas con otras personas a su alrededor. Había electricidad en el ambiente. La carga erótica del flirteo más desenfadado, las copas y la sugerente música como telón de fondo desembocaron en una tensión sexual que originó un área de alto voltaje entre sus cuerpos estremecidos, ante la posibilidad plausible que sobrevolaba la imaginación de ambos de que sus pieles desnudas acabaran encontrándose.

—¡Todo esto es solo por ti...! —le dijo Kilian a Dafne cogiéndola desde su espalda, por la cintura y acercándose a su nuca.

—¿Cómo dices? —preguntó ruborizada ella.

—La fiesta y todo lo que ves es solo por ti. Quería traerte aquí y verte disfrutar conmigo y con tus amigos, a mi manera —le susurraba al oído de manera sexi, atrayéndola hacia sí, empapándose de su perfume embriagador. Dafne, sin decir nada, no pudo evitar una sonrisa de entusiasmo instintiva en su rostro—. Pero tengo otra sorpresa para ti. ¡Ven, sígueme! —le dijo el chico, que echó a andar elegantemente.

Dafne disimuló unos segundos y, después de mirar a su alrededor, fue tras sus pasos abriéndose camino entre la gente que, ajena a sus movimientos acompasados, disfrutaba de manera enfervorecida del clímax de la fiesta. Daniela, que se besaba con un joven y apuesto chico moreno, fue la única que se percató de que su amiga iba tras la pista del anfitrión.

Ajenos a los demás invitados, Kilian esperaba a Dafne junto a una enorme puerta corredera de cristal abierta que permitía el acceso a la vivienda propiamente dicha. En concreto, daba paso a un formidable y lujoso salón diáfano. La cristalera incrustada en la pared conseguía que, de alguna manera, el salón se fundiese con el magnífico exterior de la casa. Kilian la esperaba sonriendo. Cuando estuvo a su altura, la tomó por la mano y se introdujo en la casa, dirigiéndose, sin decir una sola palabra, hacia unas enormes escaleras de mármol blanco que, al fondo del salón, ascendían a otra altura.

Una terraza estratosférica fue lo que encontró Dafne al final de la hermosa escalera, tan inesperada como imperceptible desde abajo. Había una nueva piscina elevada que llegaba hasta el mismo borde de la terraza, recubierta alrededor por una tarima de madera oscura y elegante. La tenue iluminación, a cargo de pequeños focos que surgían desde el suelo en distintos puntos de la terraza, así como desde el interior mismo de la piscina, conferían al lugar un toque romántico e intimista.

Más allá de la madera, había varias hamacas claras de diseño sobre césped artificial y una cama balinesa preciosa, pulcramente blanca, con cortinas de seda que ondeaban suavemente desde el dosel al son de la brisa nocturna. Dos copas de champán completamente heladas descansaban sobre una de esas mesas altas de cóctel luminosas, como las de los invitados a la fiesta.

—¡Por favor! —insinuó Kilian cogiendo ambas y tendiéndole una a Dafne.

—¡Gracias! —le dijo encantada—. ¡Este lugar es impresionante!

—Esta noche tú eres lo más impresionante que hay en mi casa, que no te quepa duda —le dijo acercándose y mirándola a los ojos con intensidad—. ¡Ven, observa! —añadió después cogiéndola por la mano para atraerla en dirección al borde de la terraza, desde donde se contemplaba una panorámica privilegiada de la fiesta. El conjunto desde allí arriba lucía espectacular: la iluminación de la discoteca, la música, los chorros de humo que en ocasiones lanzaba el DJ, ocultando por momentos a los invitados que bailaban en la explanada... La perspectiva era inmejorable.

—¿Te apetece bañarte? —le susurró al oído Kilian.

—Pero no he traído...

El agua estaba a una temperatura templada, idónea para zambullirse en ella a esas horas de la madrugada. La música seguía sonando con energía cuando Dafne se introdujo con delicadeza en la piscina. A falta de bañador, dio por buena su ropa interior de color negro con encaje que le quedaba como un guante y que, casualmente, había estrenado esa misma noche. Kilian, en calzoncillos por solidaridad con Dafne, se acaloró al verla introduciéndose en el agua en ropa interior.

—Así que esta es tu jugada maestra para conquistar a las chicas cuando las traes a casa, ¿no es así? —insinuó Dafne ácidamente.

—No creas que hago esto a menudo, en realidad solo es la vivienda de mis padres. En ocasiones ha venido gente a casa aprovechando sus largas ausencias, pues viajan mucho. Pero te aseguro que lo de hoy es muy especial —aseveraba el joven acercándose a Dafne, consiguiendo ponerla nerviosa.

—¿Especial?, ¿en qué sentido?

—Especial en el sentido de lo que tu presencia y tu persona, a fin de cuentas, me hace sentir —se sinceraba moviéndose con calma a su alrededor, con ella girando sobre sí misma para no perderlo de vista—. Tú eres ese algo especial; no se trata de mí, sino de ti. —La tomó por la mano y la atrajo hacia sí. Deslizó sus manos por la cintura de la chica hasta unir las en su baja espalda. Tiró de ella, quedándose ambos frente a frente. Dafne dejaba hacer a Kilian, que, tomándose cada vez más licencias, iba rebasando poco a poco las defensas de la joven—. No puedo dejar de pensar en ti. Por allá adonde voy creo verte y mi estómago da un vuelco, aunque luego no resultes ser tú —aseguraba el joven con semblante pasional—. Siento una atracción irrefrenable que nunca había experimentado por nadie. Una fuerza natural que brota del interior de mi persona y que subyace cada vez que te veo o pienso en ti. Es algo que no sé a qué se debe exactamente, pero está ahí, e innegablemente tú eres la causante. Como ahora mismo, que mi corazón late desbocado y mis labios arden en deseos por besarte —susurraba acercando sus labios a los de Dafne, que disfrutaba de cuanto oía.

»Mi cuerpo parece imantado al tuyo por alguna mágica impregnación ancestral, como si ya se conociesen, como si perteneciesen el uno al otro desde siempre. —La besó. La besó como nunca antes la habían besado, con verdadero anhelo, con devoción contenida, ahora derramaba. El abrazo que siguió al beso terminó de fundir sus almas y sus cuerpos en una misma voluntad, la voluntad de poseer al otro en ese mismo instante, en ese mismo lugar mágico, bajo el cielo cubierto de estrellas encendidas por otras pasiones ardientes similares a la suya, de otros amantes lejanos en el tiempo.

Kilian la levantó y, desplazándola con total ternura, reposó su espalda al borde de la piscina y de la terraza. Allí las piernas de la joven lo abrazaron. Un rápido vistazo de reojo de la chica mientras se besaban le dejó ver al resto de invitados abajo, en la explanada, donde la fiesta continuaba, ajenos a la incontrolable pasión desatada en las alturas.

Kilian tomó los pechos de Dafne y comprobó lo suave que era ese sujetador parcialmente transparente que llevaba mientras recorría su cuello con ahínco. Dafne, apoyada en el borde, echó su cabeza hacia atrás excitadísima, posando sus manos sobre las del chico para tratar de guiarlo y, de esa manera, aumentar su placer. Sentía los pezones estallar cuando Kilian comenzó a darle tiernos bocados alrededor de la aureola con el sujetador empapado.

El joven deslizó entonces sus manos por la fina espalda de la artista hasta atrapar sus prietas nalgas con el hilo del tanga en el centro. Atrayendo su cuerpo aún más hacia él, consiguió que sus zonas genitales, ahora abrasivas, se encontrasen. Dafne gimió de placer al sentir la protuberancia de Kilian rozar su parte erógena por excelencia. Lo cogió por la nuca con una mano y con la otra apartó la copa del sujetador para liberar sus senos y así estampárselos con impaciencia a Kilian en la boca. El chico lamía enfervorecido los pezones de la joven, agarrándolos con su mano derecha alternativamente mientras que, con la izquierda, bregaba por abajo con el tanga para dejar el camino libre, sin perder ni un ápice de la pasión explosiva de la que estaban disfrutando.

Con el bóxer flotando en la superficie del agua, Kilian acometió la primera embestida con facilidad, dada la lubricada excitación que encontró. Los cuerpos de ambos se tensaron una y otra vez con más y más violencia en el escaso par de minutos que, a duras penas, resistieron hasta alcanzar el clímax, un estallido simultáneo de energía que bien valía una nueva estrella en el

firmamento. Con los últimos coletazos de placer, Dafne se doblaba hacia atrás sonriendo satisfecha. Era la primera vez en su vida que se había dejado llevar por sus impulsos más primitivos, los más reales al fin y al cabo, los de verdad.

—¿Y qué se espera de la vida cuando a tan temprana edad ya posees todo esto? —dijo la artista aún desnuda en el agua, apoyada en el borde de la piscina, justo antes de sorber un trago de aquella delicia de champán mientras miraba hacia abajo, donde continuaba la algarabía.

—Pues supongo que lo que esperan todas las personas, encontrar su lugar en el mundo y hacer méritos propios para optar a una felicidad plena. Pienso que eso abarca todos los aspectos de la vida.

—¡Mm...! ¡Me gusta eso que has dicho!

—¿Lo de encontrar su lugar en el mundo?

—Sí, eso también, pero sobre todo lo de que la felicidad plena abarca todos los aspectos de la vida. Yo también creo que es así, pero ¿cómo saber cuál es el camino correcto? Y lo más importante, ¿cuándo sabe uno que ha llegado a su destino?

—Interesantes preguntas. Creo que tendremos que seguir nuestro instinto, entiendo que él nos lo indicará. Pienso que cuando estemos allí lo sabremos sin más —expresó con una sonrisa seductora, sin apartar la mirada del que creía que era su destino. El torso desnudo y mojado de Dafne resplandecía por el reflejo de la luna, mientras Kilian sentía que ese ángel femenino, bajo su punto de vista, era su llave hacia la plena felicidad.

La fiesta concluyó al alba, pero un vínculo nuevo y poderoso inició su andadura aquella noche en la mansión de los padres de Kilian o puede que quizá se tratase de una conexión eterna, sin tan siquiera ellos saberlo.

CAPÍTULO V

Granada, 27 de abril de 2019

El Corral del Carbón en la calle Mariana Pineda, en pleno centro de Granada, antiguamente era una alhóndiga; es decir, un lugar en el que se almacenaban los géneros de los mercaderes para venderlos allí mismo. Se denomina así porque en tiempos cristianos se utilizó para hospedar a carboneros, después pasó a ser corral de comedias e incluso casa de vecindad.

Actualmente, tras su gran arco de herradura apuntado y su fachada monumental, se encontraba la oficina de turismo, unas tiendas, la oficina de la orquesta de la ciudad de Granada y una librería del legado andalusí. Aunque también se aprovecha su patio de planta cuadrangular, rodeado de galerías que se abren a las tres alturas del edificio para espectáculos de música, baile y teatro, sobre todo en verano, como el que tenía lugar ese día, donde Dafne mostraría el arte flamenco que corría por sus venas fusionado con los suspiros de su violín.

Una guitarra española, un cantaor, un cajonero y el violín, acompañados por un amigo de carrera de Dafne que, al mismo tiempo, realizaría una *performance* sobre lienzos en blanco. Se trataba de pintar sobre unos grandes tapices con todas las partes de su cuerpo y, al son de la música, lo que las musas de la inspiración le dictasen. Tan solo llevaría encima un escueto calzoncillo color carne que, por algún momento, haría creer al público que el joven pintaba desnudo, como acertado símil, quizá, en cuanto a la desnudez del artista en cuerpo y alma frente a la creación de su arte.

Al ritmo de la melodía, el chico parecía bailar por momentos, creando una suerte de danza que, a su vez, resultaba creativa. Kilian, rebosando pasión y admiración, miraba embelesado a su amada desde el público, en las sillas apostadas alrededor de la fuente de dos caños que había justo en el centro del patio. Junto a él, los cuatro amigos de Dafne la observaban con gesto cercano a la emoción y la pleitesía. Dafne lucía bellísima con un traje ceñido negro muy elegante y un recogido en su pelo que dejaba su esbelto cuello y su rostro despejados.

El flamenco de su violín se entrelazaba con la voz del cantante al ritmo de la guitarra y el cajón, enaltecendo el alma de todos los presentes, en especial la del pintor que, en esa hermosa fase de crepúsculo del día y con unos pequeños focos de iluminación indirecta, dejaba brotar de su ser la inspiración en forma de un arte que rebosaba plasticidad. El espectáculo, ideado por Dafne, resultaba maravilloso para los sentidos desde todo punto de vista. Más de tres minutos de aplausos a su finalización por parte del respetable así lo confirmaban. Kilian y sus amigos, en pie como el resto de los asistentes, se deshacían en gritos y vítores en favor de Dafne y su representación.

—¡Ha sido delicioso! —dijo África abrazándola tal y como bajaba del escenario.

—Gracias, gracias a todos por acompañarnos —repetía una y otra vez la joven muy satisfecha con el resultado de la obra mientras Inari y los demás la besaban con ternura.

—Chicos, como entiendo que ya supondréis al ver a Kilian aquí, queremos anunciaros que estamos juntos —dijo Dafne cogiéndolo por la mano para darle un escueto beso justo después.

—¡Nos alegramos mucho por ambos! —convino Marco, asintiendo el resto a su lado.

—¡Pero, Kilian, más vale que la trates como se merece! Creo que ya me entiendes... —demandó Daniela con cierta gracia.

—Dalo por hecho, Daniela, no tienes de qué preocuparte, te lo aseguro —afirmó convincente

—. Veo que tu pequeña familia te adora y te protege mucho. —Rieron.

Tras acabar la actuación, decidieron ir a cenar a la azotea del hotel Carmen. Una mesa cercana a la piscina les aseguraba unas vistas preferentes de la parte delantera de la Alhambra, de la Torre de la Vela más concretamente, primigenia construcción defensiva en torno a la cual se erigió del conjunto palatino.

Dafne se sentía exultante como nunca antes; con sus amigos, el éxito de su venerado arte y su nuevo y oficial amor junto a ella. Todo parecía perfecto, pero en su interior algo la afligía. La incerteza en torno a su nacimiento, el colgante, el enigma del 96 y todo lo descubierto de la asombrosa y trágica vida de Alicia la reconcomían por dentro.

Ensimismada con la imagen vaporosa de la Alhambra primaveral y agitando una copa de vino mientras le servían un delicioso plato de pulpo a la brasa con una suerte de crema de patata, convino que era el momento adecuado de ir un pasito más allá en su relación con Kilian y contarle todo acerca de su vida y lo que acababan de descubrir.

—Y así es como hemos llegado a este callejón sin salida en donde nos encontramos, porque no sabemos dónde guardan ese supuesto mapa —terminó de explicarle Dafne a Kilian, quien asentía después de más de veinte minutos de narración grupal de los hechos, maridada con un par de botellas de vino deliciosas junto a una tabla de quesos manchegos.

—¿Has podido mirar en los archivos del periódico acerca de lo que hay del caso del 96? —le preguntó Inari a Daniela.

—Lo estoy intentando, aunque en teoría aún no puedo hacer uso del archivo, pero me estoy ganando la confianza de un compañero que sí tiene acceso —aseguraba sonriendo—. Me llevará unos días más, pero voy detrás de un nombre importante, el máximo responsable de la investigación policial de los sucesos.

—Eso es genial. ¿Y tú, Inari, qué has averiguado? —inquirió África.

—¿Recordáis esa empresa que nos dijo don Tiburcio que ayudó a Alicia y a la universidad en la búsqueda del mapa y la sala?

—Sí, Investigation and Development S. L., la empresa inglesa, pero de capital alemán —dijo África.

—¡Exacto! Pues ya os puedo confirmar que era en la que trabajaban todos y cada uno de los fallecidos poco antes de su muerte. Al margen de eso, en internet no he encontrado nada más relevante que lo aportado por don Tiburcio, puesto que sabía muchísimo del tema —aseguraba el joven—. Tan solo hipótesis surrealistas de todo tipo, pero sin fundamento alguno. Pero a título personal, he de decir que creo que toda esta idea de la búsqueda es un absurdo. Ya escuchaste a don Tiburcio cuando dijo: «No recomendaría a nadie que siguiera sus pasos, pues resultaría una verdadera pérdida de tiempo». Si ese sabio hombre opina que es una pérdida de tiempo, es que en verdad debe serlo, ¿no crees? —expresó el joven—. Si Alicia no lo consiguió con todos los medios de los que disponía...

—Tanto si es una pérdida de tiempo como si no, espero que pronto lo sepamos —respondió Dafne—. Y en cuanto a Alicia, no sabemos qué fue realmente lo que sucedió... —comentó enigmática—. ¡Lo de la empresa está muy bien, es un principio muy interesante! Esa sociedad parece ser el epicentro en torno al que gira el misterio. —Inari asentía—. Marco, ¿alguna novedad referente al mundo político? —preguntó Dafne en esta ocasión.

—Me temo que por el momento nada, pero la semana que viene he aceptado una reunión con el partido que, al parecer, gobernaba en esa época a colación del concurso nacional de debate universitario que este año se celebra aquí, en Granada. Intentaré sacar a relucir el tema a ver qué me dicen al respecto —comentó.

—¡Excelente, a ver qué eres capaz de averiguar!

—Me parece que puedo aportar una novedad significativa a vuestra investigación —dijo Kilian tras mucho rato callado, escuchando y procesando todo lo que le contaban con sumo respeto.

—¿De veras?, ¿cuál? —se interesó Inari incrédulo.

—¡Sé dónde está el mapa! —afirmó con serena rotundidad.

—¿Cómo dices? —profirió Dafne petrificada.

—Que digo que conozco perfectamente el paradero de ese mapa —se reafirmó para mayor asombro de todos—. Mi padre ha sido uno de los grandes benefactores de la universidad desde los ochenta. Con sus aportaciones ha contribuido al mecenazgo en muchos de los proyectos de investigación y restauración de las últimas décadas, y también participó en la búsqueda del mapa de manera secundaria; es decir, sus contribuciones se destinaron a ella. Al menos hasta que llegó esa empresa tan poderosa de la que habláis y tomó las riendas. En ese momento, mi padre quedó fuera del proyecto; el hecho de ser los únicos involucrados, junto a la universidad, era requisito indispensable para ellos. Pero aun así, sus contactos le iban informando con total discreción de cuanto conseguían; hasta la tragedia del 96, ahí todo el mundo dio carpetazo al asunto definitivamente, pues tenía bastante mala pinta.

—¡Me dejás a cuadros...! —reconoció Dafne.

—¿Y por qué ese mutismo? —preguntó Daniela.

—Supongo que por miedo —siguió desvelando lo que él sabía—. Como bien ha dicho Inari, todos los fallecidos habían trabajado recientemente para esa empresa que adquirió el mecenazgo de la búsqueda del mapa y, por consiguiente, de la «sala maravillosa». —Entrecomilló con los dedos.

—¿Crees que fueron ellos quienes...? —susurró Dafne.

—Todo el mundo lo piensa, pero nadie lo ha podido demostrar —se sinceraba Kilian—. Superado el quién, a mí, personalmente, lo que me intriga es el porqué...

—La única manera de conocer el porqué pasa primeramente por encontrar el mapa y tratar de buscar ese lugar legendario. Por tanto, ¿dónde diantres está el documento, Kilian? —preguntó Dafne con claros signos de ansiedad en la voz.

—Aunque podamos conseguir el mapa, dudo mucho que encontréis sala alguna, puesto que se demostró que no existía más allá de la imaginación calenturienta de un andalusí rabioso y resignado al tener que abandonar su tierra y la de sus antepasados —opinaba el atractivo chico—. Y, por cierto, no se trata de un mapa propiamente dicho, es más bien algo así como una pequeña obra literaria repleta de acertijos que hay que ir superando para avanzar en tan descabellada búsqueda. Al llegar al final del escrito, una vez franqueados todos ellos, en teoría muestra el emplazamiento de esa estancia mágica —explicaba con fina ironía.

—Y está en... —dijo África agotando su paciencia.

—Oficialmente está en un archivo seguro en el palacio de la Madraza, a cargo de la universidad, que es la propietaria del inmueble, pero en realidad lo esconden en la Casa de Porras.

—¿En la Casa de Porras? —repitió Daniela sorprendida—. ¿En el centro cultural universitario del Albaicín?

—¡Así es! —confirmó sonriente.

—Pero ¿es parte de alguna exposición de las que allí se muestran o epicentro de algún tipo de taller o tertulia a los que acostumbran los usuarios de la casa? —inquirió Marco.

—No, para nada, nunca ha sido expuesto.

—Entonces, ¿qué demonios pinta allí? —preguntó Dafne en esta ocasión.

—Exactamente eso, nada en absoluto. Por eso está allí, en un humilde lugar en el que nadie esperaría encontrarlo, oculto en una especie de caja fuerte que prácticamente nadie conoce.

—¿Y por qué se toman tantas molestias en ocultarlo y son tan reacios a que la gente lo vea? —preguntaba en esta ocasión Inari—. No tiene mucho sentido si, como aseguran, es falso y no posee valía alguna, ¿no os parece?

—¡Totalmente de acuerdo! —coincidió Dafne—. En este caso y por una vez, tu teoría de la conspiración está completamente justificada. —Inari rio complacido.

—¿Crees que habría alguna manera de que lo pudiésemos ver? —sondeó Dafne.

—Me temo que sí, e incluso puede que podamos ir un poco más allá... —insinuó Kilian, haciendo sonreír a su amada.

—He de reconocer que la cosa se pone interesante —dijo Inari con un agudo tono de voz frotándose las manos mientras miraba la bella estampa de la Alhambra, cercana al misticismo, repuntando en lo alto con nocturnidad y jerarquía.

CAPÍTULO VI

Granada, 28 de abril de 2019

Al día siguiente, como todas las mañanas, cada cual cogió su bicicleta y se encaminó, desde el Colegio Mayor Isabel la Católica, hacia la facultad correspondiente de su licenciatura, que estaban diseminadas por toda la ciudad en cinco campus con sus correspondientes facultades y un sinnúmero de instalaciones y edificios, propiedad de la enraizada universidad granadina.

Habían trazado un plan que tratarían de llevar a cabo esa misma tarde, por lo que la mañana se intuía larga. La tensa espera antes de la batalla recorría el estómago de Dafne en forma de cosquilleo de puro nerviosismo cuando pedaleaba por la Avenida Andalucía en dirección a la Facultad de Bellas Artes Alonso Cano, a menos de cuatro kilómetros. La empresa, que ya se fraguaba en su discernimiento, era la causante, tan excitante como quimérica que ni tan siquiera la había querido mentar a sus cercanos amigos. Pero en su interior ya había empezado la búsqueda, guiada por una intuición irrefrenable, profunda y sabia, la búsqueda de la verdad.

La mañana pintaba el cielo en tonos ceniza, como un lienzo bohemio desprovisto de todo color, acompañada por un fresco que se empeñaba en no abandonar la ciudad —como ya había hecho el invierno—, para dar paso de una vez por todas a temperaturas primaverales más de un mes después de su llegada.

El WhatsApp de grupo de sus amigos con el recién incorporado Kilian era un hervidero, todos querían conocer hasta el último detalle del plan que llevarían a cabo por la tarde. En clase, Dafne no dejaba de ojear el teléfono móvil que, en silencio, vibraba una y otra vez sobre sus muslos. Los últimos exámenes estaban a la vuelta de la esquina y no se podía permitir el lujo de desconectar a estas alturas de sus obligaciones académicas. Apagó el aparato, quebrantando por completo sus principios, totalmente contrarios a quedar aislada del mundo, aunque fuera por unos minutos.

Tras la amargura primigenia de ver la pantalla de su teléfono ennegrecida y sin vida, de no tener contacto directo e instantáneo con su amor y sus amigos, e incluso de sentirse vulnerable ante el mundo sin esa tecnología invasora que a todos vuelve locos en la actualidad, a los varios minutos sintió algo parecido a una calma natural que le hizo mucho bien al entender que no tenía obligación alguna de mirar enfermizamente la pantalla del iPhone, sedienta de cualquier variación irrelevante en el mundo o en la vida de las personas que lo componen.

Se dijo a sí misma que debía hacerlo más, pues le resultó muy saludable a nivel mental. Pasó gran parte de la mañana desintoxicada del teléfono móvil, pero cuando las clases acabaron y se disponía a reunirse en un bar de menú con sus amigos, no pudo reprimirse más y lo encendió. Por lo poco que ojeó antes de entrar en el bar, anclando primero su bici a una farola cercana a la puerta, el plan estaba en marcha; sus amigos habían conseguido iniciarlo satisfactoriamente.

Después de la comida, de tomar unos reconfortantes cafés y de pormenorizar los últimos detalles de su astuto plan, se encauzaron, en pleno barrio del Albaicín, por unas escaleras que conducían a la entrada de esta casa palaciega de estilo mudéjar del siglo xvi, con portada

renacentista y patio central cuadrado y porticado; la denominada Casa de Porras. Se trataba de una de las primeras edificaciones cristianas tras la expulsión de los musulmanes.

La argucia urdida por los amigos, para establecer una coartada creíble que les permitiese introducirse en el inmueble sin levantar sospechas en cuanto a sus verdaderas intenciones, estaba clara. A colación del concurso de debate que tendría lugar la semana venidera y en la que participaría Marco como una de las claras promesas en cuanto al mundillo de las discusiones pactadas, habían hecho un llamamiento vía redes sociales para llevar a cabo una suerte de ensayo a puerta abierta; y no solo eso, sino que cualquier asistente podría participar y vérselas cara a cara con el astuto joven de verbo fácil. La idea era tratar de fogear a Marco entre todos los que quisieran participar.

Inari se encargó de promoverlo en sus redes sociales de manera rápida y eficaz. A las pocas horas de anunciar el evento y darle toda la visibilidad y repercusión posible, ya eran casi un centenar los jóvenes que anunciaron su participación. Finalmente se presentaron alrededor de unos ochenta, que ya esperaban en el patio interior de estilo granadino, donde había algunas macetas, una fuente obtenida del mármol de Sierra Elvira y muchos elementos de madera labrada tales como alfarjes, barandas, pies derechos, *etc.*

Uno de los responsables de la Casa de Porras —en donde se ubica también la Casa del Estudiante—, era un alumno de Filosofía llamado Eduardo que, visiblemente inquieto, esperaba a Marco en el umbral del arco de entrada.

—Pero ¿a cuánta gente has congregado, Marco? —le espetó tal y como llegó a su altura sin tan siquiera saludar—. Creí haberte explicado lo suficientemente claro que el aforo de la sala más grande de la casa es de treinta personas como mucho. ¿Dónde demonios vamos a meter a toda esta gente? —le profirió de corrido mientras, con cara de incredulidad, veía como seguían entrando aún más personas.

—Lo siento, Eduardo, ya sabes cómo son las redes sociales; en ocasiones los eventos se te van de las manos... —alegó Marco, ofreciendo de manera simulada su perfil más cándido.

—Pues ya me dirás qué hacemos ahora, no tenemos manera de acomodarlos a todos. Lamentándolo mucho, creo que vamos a tener que suspender el acto... —insinuó el chico mientras se giraba alzando las manos en dirección a la ruidosa marabunta, que boceaba fastidiosamente a su espalda.

—¿Y por qué no lo hacéis aquí mismo, en el patio? —indicó Kilian.

—¿En el patio? —preguntó con semblante contrariado Eduardo—. No tenemos medios ni condiciones para hacer este tipo de actos tan multitudinarios aquí afuera. Y, además, debemos ceñirnos a una agenda que hay que cumplir a rajatabla. Ayer, cuando os hice el favor de cederos la sala con tan poca previsión, en ningún momento esperaba algo así.

—¿Tienes un altavoz y un par de micrófonos? —le preguntó Inari.

—Sí, ¿por qué?

—Pues ahí tienes la solución —soltó Inari sonriente, cabreando aún más al chico.

Siguiendo con el plan establecido, el grupo congregó a tantas personas como pudo con el único objetivo de mantener ocupados y distraídos a los responsables de la Casa de Porras. África y Daniela, que acostumbraban a acudir allí habitualmente a diversos actos culturales cuando les resultaban interesantes, sabían de la existencia de ese altavoz y los micrófonos que, premeditadamente, Inari se encargó de recomendar para sacar adelante el evento.

Tenían la intención de que esa tarde, en el patio, hubiese el máximo jaleo posible para poder colarse sin llamar la atención en las dependencias privadas del inmueble, más concretamente en el sótano. Allí —según las averiguaciones de Kilian en documentos de su padre, recibidos de

contactos de la universidad que le seguían informando de ciertos asuntos en relación con el manuscrito—, en el piso del sótano, debían encontrar un doble fondo oculto en algún lugar no especificado y ajeno incluso a los administradores de la Casa de Porras, en donde cobijaron el documento años atrás para que jamás pudiese ser encontrado. Pero claramente no tuvieron en cuenta las fugas de información.

El acto estaba preparado. Marco, jaleado por algunos de sus seguidores en cuanto a los debates, ascendió con calma hasta la primera altura del edificio, en donde se colocaría de cara al patio interior, a la vista de todo el mundo allí abajo, para debatir con quien quisiera ofrecerse. Los valientes que se atreviesen a aceptar una confrontación verbal con Marco podrían subir a su lado, o bien, simplemente, coger uno de los micrófonos desde la parte baja junto al resto de congregados y discutir acerca de su postura en base a uno u otro tema.

Colocaron un altavoz autoamplificado en uno de los laterales, también en la primera altura y orientado hacia abajo para que todos escuchasen correctamente. Dafne y Kilian se ubicaron cerca de la puerta, por donde se accedía a una de las estancias de la añeja edificación, en donde, a su vez, se encontraba la entrada al sótano. Aprovechando el tumulto del evento, se escabullirían, tratando de no ser vistos, para buscar el ansiado documento.

África y Daniela harían las veces de presentadoras y, a su vez, de moderadoras. Subieron también a la primera planta —ante los vítores de muchos de los chicos allí presentes— para reunirse con Marco que, como si de una estrella invitada se tratase, esperaba el comienzo del espectáculo intelectual mientras bebía sorbitos de agua en una botella pequeña para humedecer la boca y la garganta.

Inari quedaría liberado en mitad del público como observador, principalmente para controlar a los administradores de la Casa de Porras y poder actuar frente a cualquier posible eventualidad. Estaría en continuo contacto con Dafne y Kilian a través de los teléfonos móviles, por lo que llevaría el auricular en el oído en todo momento.

—Muy buenas tardes, amigos, seáis todos bienvenidos a este evento de ámbito cultural. Antes de nada, queremos agradecerles su asistencia y colaboración pese a la precipitada convocatoria de este, anunciada ayer —dijo África rompiendo el hielo—. La naturaleza de dicho evento, como bien sabéis todos, no es otra que ayudar a nuestro buen amigo y compañero Marco en su preparación para el próximo campeonato nacional de debate, ya que es uno de los principales aspirantes a alzarse con la victoria. —Todos comenzaron a aplaudir fervientemente—. Gracias de nuevo por vuestro apoyo, y, sin más preámbulo, ¡demostramos comienzo al espectáculo! —elevó el tono y de nuevo se pudieron escuchar aplausos.

»El funcionamiento es muy sencillo —continuó África hablando—. En primer lugar, sacaremos de esta urna —una de plástico transparente con una apertura por donde poder introducir la mano— una de las papeletas con diferentes temas de actualidad que se prestan fácilmente a debate. Una vez extraída y cuando digamos a qué tema concreto atañe, cualquiera de vosotros podréis alzar la mano para «enfrentaros» —entrecomilló con los dedos— a Marco. Además, tendréis la ventaja de poder escoger entre debatir a favor o en contra. No es preciso que subáis hasta aquí arriba si no queréis, simplemente levantad la mano y Daniela, muy amablemente, os aproximará el micrófono con el que debatiréis desde el lugar en que os encontráis —explicaba la joven—. Daniela, por favor... —le indicó para que fuese la encargada de extraer una de las papeletas dobladas del interior de la urna—. Léela para que todos puedan saber de qué tema se trata.

—Y el tema a debatir será sobre... ¡la legalización de la marihuana! ¡¿A favor o en contra?! —exclamó Daniela desatando un revuelo generalizado en los comparecientes, la mayoría universitarios. Al menos veinte alzaron las manos para ser escogidos.

—¡Muy bien, muy bien, tranquilos...! —trataba de calmarlos África—. Ya sé que es un tema que a muchos de vosotros os toca de cerca... —Sonrió sarcástica—. ¡Tranquilos! Si os parece bien y a la vista de tanto voluntario, que sea Marco quien decida contra quién quiere debatir; pero, en cualquier caso, sabed que seréis varios los que lo hagáis. Adelante, Marco.

—Bien, pues, por ejemplo... el chico de la *bomber* verde, junto a la fuente —señaló.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó África mientras Daniela ya bajaba con el micrófono inalámbrico en su dirección.

—¡Me llamo Cristian! —dijo el chico con cierta timidez, justo antes de que Daniela se colocase a su lado con el micro—. ¡Hola, mi nombre es Cristian! —repitió ya a través del altavoz.

—¡Hola, Cristian, es un placer! ¿Eres universitario? —indagó África.

—Así es, estudio Derecho. —Se escuchó un rumor en cuanto dijo lo que estudiaba, puesto que se trataba de la misma carrera que cursaba Marco, lo que conllevaba a la posibilidad de ser un hueso duro de roer.

—¡Derecho, genial! Pues tenemos a dos futuros abogados que se van a batir el cobre dialécticamente hablando —dijo la moderadora—. Y bien, Cristian, ¿qué postura escoges?, ¿a favor de la legalización o en contra?

—¡En contra! —al decir esas palabras, se pudo escuchar un simpático abucheo por parte de muchos de los presentes.

—En ese caso, Marco defenderá las bondades de la marihuana para que sea hipotéticamente legalizada. —Vitores y aplausos. Kilian y Dafne, aprovechando el tumulto ensordecedor, ya reculaban para posicionarse lo más cerca posible de la puerta, por donde tratarían de adentrarse en las estancias interiores sin ser vistos. No les habían quitado el ojo de encima a los dos chicos responsables de la Casa de Porras esa tarde. Uno estaba arriba, en el lateral en donde habían instalado el altavoz. Miraba casi todo el rato hacia África y Marco, supervisando que el sonido fuese el adecuado mediante el ecualizador que el bafle portaba en la parte posterior, aunque de vez en cuando echaba un vistazo hacia abajo, sobre todo a la zona donde se encontraba Cristian.

El segundo estaba abajo, pero subido al tercer peldaño que daba acceso a la planta superior, desde donde tenía una vista privilegiada de todo el patio. Desde allí intentaba controlar a toda esa gente para que el evento transcurriese correctamente y la casa no sufriese desperfecto alguno. Este resultaba el más peligroso para Kilian y Dafne, tendrían que ser muy astutos para no ser descubiertos.

—Ya que tú has elegido posicionamiento —le decía África a Cristian—, Marco comenzará el debate. La estructura es bien sencilla. Marco dispondrá de dos minutos para su exposición a favor de la marihuana, después Cristian gozará de su turno de réplica durante cuatro minutos, con la posibilidad de ser interpelado por Marco. Posteriormente será Cristian quien exponga sus argumentos durante dos minutos, para después escuchar la contrarréplica de Marco en otros cuatro minutos de intercambio de argumentos; y, finalmente minuto y medio para las conclusiones, primero a favor y luego en contra. ¿Entendido? —explicó África mirando a ambos contendientes, que asentían con la cabeza—. En cualquier caso, yo haré las veces de moderadora y os iré guiando, tanto en los tiempos como en cada una de las fases del debate. Así que, Marco, cuando quieras, ¡demos comienzo al debate! —elevó el tono de voz enérgicamente ante la algarabía de la gente.

Dafne y Kilian, aprovechando los aplausos, se colocaron justo delante de la puerta por donde pretendían colarse. Kilian posó la mano sobre el picaporte estando de espaldas a este y trató de girarlo para abrirla, pero...

—Como suponía... ¡Está cerrada! —comentó sin apenas mover los labios ni ofrecer muestras

de frustración alguna.

—Pero África dijo que normalmente estaban abiertas —añadió Dafne apesadumbrada.

—Así es, pero con tanta gente agolpada aquí hoy era lógico que la cerrasen, por eso he traído un juguetito que nos puede ayudar mucho... —insinuó metiéndose la mano en el bolsillo para sacar un pequeño artilugio metálico de una envoltura de cuero que se asemejaba a una navaja suiza.

—¡Una ganzúa...! —exclamó la chica en un tono de voz indebido.

—¡Shh, no alces la voz! Cuando dé comienzo el debate, me agacharé con sigilo para tratar de abrir la cerradura; intenta cubrirme tanto como puedas.

—Y tus dos minutos de tiempo de presentación comienzan en tres, dos, uno... ¡Ahora! —dijo África dando el pistoletazo de salida al debate.

—La marihuana es una gran desconocida y, al mismo tiempo, la gran estigmatizada en cuanto a las llamadas drogas comunes o blandas, tan enraizadas culturalmente en la sociedad española, véase el alcohol o el tabaco, porque si bien legalmente está considerada como una sustancia ilegal por el Estado, salvo excepciones terapéuticas, una elevada parte de la población tiene asumido e interiorizado el consumo clandestino de esta en condiciones extraoficiales. Entonces y al abrigo de esta certeza por todos bien conocida, mi pregunta es la siguiente: si la marihuana está tan presente en la sociedad española, ¿por qué no regular y controlar su consumo de una vez por todas? Así, al menos, en lugar de gastar dinero público en la batalla incesante en contra de su plantación, distribución y consumo, sacaríamos beneficios derivados de los impuestos con que se grabarían. Teniendo en cuenta, además, la infructuosidad en cuanto a todas las acciones que se han llevado a cabo con el objeto de paliar su existencia a lo largo de los últimos treinta años, ya que la gente la sigue consumiendo de manera ilegal. —Un murmullo que se tornó aplausos y vítores favorables al discurso de Marco dio inicio a la fase final del plan de los amigos.

Kilian se agachó con disimulo al abrigo del alboroto y se ató los cordones de sus zapatillas innecesariamente, dejando el juego de ganzúas por un momento en el suelo. Dafne miraba al joven responsable de la casa en la escalera para cerciorarse de que no lo había visto.

—¡Adelante, Kilian! —le dijo a modo de aprobación, poniéndose delante de él para cubrirle mientras disimulaba aplaudiendo y lanzando algún que otro vítor a favor de su amigo.

El joven agarró de nuevo la pequeña funda de cuero oscuro y, acuclillado al amparo de Dafne, que retrocedía discretamente mirando a cada poco al chico de la escalera, llegó frente a la puerta cerrada, objeto de su deseo. Kilian se puso manos a la obra. Posó en el suelo la funda de cuero abierta, de donde asomaban al menos diez diminutas piezas metálicas. Primero introdujo una herramienta de tensión para que hiciese las veces de llave, tratando de abrir la cerradura. La primera no le satisfizo. La dejó rápidamente en su lugar correspondiente y cogió otra que dio por buena al meterla en la cerradura y tratar de girarla.

Dafne aplaudía al compás de los demás, intentando pasar desapercibida. Una vez afianzada la herramienta de tensión, Kilian probó con una primera ganzúa, sin éxito, después con una segunda, pero fue finalmente con la tercera y, ayudado de mucha sangre fría, con la que consiguió subir todos los pequeños pistones del bombín, girar la cerradura y abrir la puerta unos centímetros.

Con un par de golpecitos en el gemelo de la pierna derecha, indicó a Dafne que lo había conseguido.

—¡Espera...! —masculló entre dientes la joven cuando, alarmada, observó como la mirada del chico de la escalera se acercaba, haciendo un barrido visual muy próximo a su posición—. ¡Ahora! —dijo agachándose con naturalidad una vez pasada la angustia de poder ser descubiertos, instándole a que entrase con calma, pero con determinación.

Kilian empujó mínimamente la puerta, lo justo como para entrar de costado sin problemas. Una vez en el interior, brindó su mano a Dafne para que se apoyase en ella. La joven echó un vistazo a su alrededor, se aseguró de que nadie los miraba y pasó a la sala cerrando muy despacio la hoja tras de sí con un movimiento vagamente perceptible. Ambos suspiraron al unísono. Se sentían aliviados y excitados... Se besaron con ansia y palparon sus cuerpos con deseo y desenfreno; unos simples segundos de contacto los dejó mínimamente saciados, el fuego que sentían el uno por el otro era casi incontrolable, pero serenaron sus incendiadas mentes para volver a centrarse en el plan.

—¿Dónde has aprendido a hacer eso? —le preguntaba Dafne mientras ambos procesaban toda la información de la habitación en la que se encontraban, observándola de arriba abajo.

—Bueno, digamos que de niño mi padre me llevaba a unos campamentos... poco habituales, por así decir.

—¿Qué eras?, ¿un *boy scout*?

—Sí algo así, pero en plan bestia —aseguraba el joven dejando asombrada a Dafne—. Comparar a los Boy Scouts con nosotros sería algo así como tratar de equiparar a un laborioso voluntario de Protección Civil en España con un boina verde de Operaciones Especiales del Ejército.

—¿De verdad?

—Mi padre se tomaba muy en serio mi formación y no solo la académica, ya sabes: defensa personal, supervivencia, armas... —admitía el joven mientras se introducía en una sala contigua que mantenía la puerta abierta.

—Creo que debes contarme más cosas sobre ti... —ironizaba Dafne sorprendida.

—Según la información que pude presenciar en los archivos que mi padre había recibido de su contacto en la universidad, en esta sala habría una trampilla oculta que conecta directamente con el sótano, en donde deberíamos encontrar el documento —decía el chico mirando el suelo a su alrededor—. Por lo que pude ver, no indicaba el lugar exacto; mi padre estuvo a punto de pillarme husmeando en sus *mails* y no me dio tiempo ni a reenviármelo. Así que habrá que buscar por todos lados.

—¡Lo revisaremos palmo a palmo! —declaró aguerrida Dafne.

—La marihuana es una droga psicotrópica depresiva que atrofia las neuronas de sus consumidores, genera seres psicóticos, inseguros, paranoicos, *etc.* Por si fuera poco, altera el espacio-tiempo de las personas bajo sus efectos, lo que puede perjudicar muchísimo a la hora de conducir un vehículo o manipular maquinaria de trabajo, haciendo de su uso algo realmente peligroso. La marihuana, aparte de la consabida aplicación terapéutica para reducir procesos dolorosos actuando como calmante natural, no tiene beneficio alguno. Por si fuese poco, el daño mental que produce, que incluso afecta a las relaciones sociales del sujeto que la consume, también altera la alimentación, creando una falsa sensación de apetito ansioso que lleva al consumidor a ingerir alimentos de manera compulsiva, en especial, azucarados, con el dañino efecto en la salud que ello conlleva. —Los tímidos abucheos no se hacían esperar cada vez que Cristian, en pleno debate en el patio de la Casa de Porras, decía algo negativo en cuanto al consumo de la marihuana. Mientras, un tipo muy serio de unos treinta años, con una S al cuadrado tatuada en un lateral del cuello, hacía aspavientos de manera enérgica con los pulgares de sus manos hacia abajo en mitad de la marabunta de universitarios, sin quitar ojo a Inari y mirando de

vez en cuando la puerta por la que se habían colado Dafne y Kilian.

Apenas simples rumores se intuían desde la habitación interior en la que se encontraba la pareja en ciernes en su empeño de dar con alguna suerte de trampa para así acceder al subrepticio sótano que se hacía de rogar. La estancia estaba bastante despejada, tan solo una mesa de despacho en un extremo, un puñado de sillas agolpadas contra la pared y un armario archivador eran sus moradores. Parecía una sala de actos. Los amantes habían recorrido con la mirada —e incluso en algunos tramos palpando con las manos, como bajo la mesa— el pavimento ciertamente desgastado del piso sobre sus pies y en ningún momento encontraron resquicio alguno en cuanto a rendija, grieta o hendidura perteneciente a un paso oculto.

—¿Estás seguro de que esa puerta secreta debía estar aquí? —empezaba a dudar Dafne con desánimo.

—En el *mail* ponía claramente que existía y que era la única manera de acceder al sótano. Pero como te digo, no indicaba el lugar exacto en donde se encontraba —se justificaba el joven devanándose los sesos—. En cualquier caso, ¿dónde iba a estar la entrada a un paso inferior sino en el suelo? —su mirada sibilina recorría despacio todo a su alrededor, como tratando de hacer uso de una imaginaria capacidad similar a los rayos X que le permitiese ver más allá de los tabiques, hasta que, de súbito, sus ojos se detuvieron en el armario.

Kilian se enfocó en él sin razón aparente, pero sintiendo una intuición palpitante en su interior que le llevó a acercarse poco a poco al mueble. Era blanco y de aspecto moderno, de al menos cuatro metros de ancho por dos de altura y conformado en dos cuerpos. Posó sus manos en el costado vetado, palpando la lisa terminación de la madera y trató impulsivamente de arrastrarlo de manera infructuosa. Luego se fijó unos segundos en las puertas, que parecían de persiana enrollable en los laterales, para después observar la cerradura...

En menos de dos minutos —mediante la ganzúa—, ya tenía las puertas de ambos módulos abiertas en toda su amplitud. En el módulo derecho encontró una cantidad ingente de archivadores anchos azules, rojos y negros; mientras que el de la izquierda estaba repleto de otros más pequeños de color cartón que colgaban de unos soportes anclados a la madera lateral. Cogió uno y lo abrió, se trataba de documentación acerca de la administración del inmueble; lo devolvió a su lugar, para después desplazar desde el centro y hacia los costados todos los de ese estante y así poder ojear la madera blanca que quedaba al fondo del archivador.

La tocó suavemente, después la golpeó un par de veces con sus nudillos, y el sonido le resultó muy interesante. Miró a Dafne que, detrás de él, lo observaba en silencio, creyendo saber lo que sus ojos le intentaban comunicar.

—¡Parece estar hueco...! —comentó el chico esperanzado.

Siguió palpando el fondo del archivador por todos sus costados y recovecos, como tratando de encontrar alguna clave que, seguramente, solo existía en su imaginación. Lo hizo en cada una de las alturas diferenciadas por baldas hasta llegar a la parte inferior. Se colocó de rodillas e hizo a un lado los archivadores que llenaban el estante, encontrando de nuevo el fondo de madera del armario, pero junto con algo que no podía negar que esperase. Había un interruptor similar al de la luz de la habitación que no se veía a simple vista, a no ser que uno pegase la cara al suelo completamente. Extendió la mano para acariciarlo con la yema de los dedos, mientras su mente trataba de dilucidar qué pasaría si lo pulsaba. Lo hizo finalmente y sacó la mano con presteza, puesto que se puso en marcha un mecanismo del todo inesperado que empujaba ese módulo completo del armario hacia la izquierda mediante unas barras de acero que surgían aparentemente del módulo de la derecha, desde la parte superior y la inferior.

El armario se separaba por el centro sin el más mínimo ruido, desplazando el módulo

izquierdo de manera horizontal, como si de dos enormes brazos metálicos empujando se tratase, lo que no era sino un mecanismo oculto que escondía la entrada al sótano propiamente dicha.

—¡No me lo puedo creer! ¿Y esta sofisticación? —señaló Dafne boquiabierta cuando el mecanismo se detuvo, dejando el paso franco a través de una entrada en forma de arco a unas escaleras que descendían bruscamente.

Kilian pasó por encima de la barra inferior con cuidado de no tropezar, a la superior ni se acercaba. Introdujo medio cuerpo en aquella suerte de pasadizo secreto y oscuro que se cernía excitantemente frente a su persona. Pulsó otro interruptor, en este caso el de una bombilla que, dubitativamente, se encendió justo encima de él. Los peldaños —en un estado de conservación discutible— parecían hechos para enanos. Junto al interruptor de la luz vio otro que debía ser el que abriese la puerta desde la parte interior, detalle este que lo tranquilizó.

—¿Vamos? —fue lo único que acertó a decirle a Dafne mientras le ofrecía su mano. Un reflejo romántico de luz en su cara, repleta de ilusión, excitación y ansias de conocimiento, hizo sonreír a la joven, que se sintió por un momento como en mitad de una película de aventuras junto con el guapo protagonista, al que nada malo pareciera poder ocurrirle.

—¡Adelante! —dijo brindándole la mejor de sus sonrisas y agarrando su mano con mucha energía para pasar sobre las barras de hierro.

La bajada era húmeda, angosta y un tanto claustrofóbica. La bombilla de la entrada y otra que encontraron en mitad de la escalera que giraba con brusquedad a la derecha, parpadeaban de manera intermitente para desasosiego de la pareja que, por momentos, contenía la respiración ante la posibilidad de quedar a oscuras y a merced de lo desconocido. Por fortuna, llegaron a la parte inferior de la escalera, que por fin desembocó en un espacio rectangular más amplio; frente a ellos, el anhelado sótano que buscaban, que resultó ser abovedado. Allí, dos tubos de luz más clara, uno en el techo justo sobre la entrada y el otro más al fondo, apaciguaron los nervios de la joven pareja.

Aquel nuevo espacio haría las delicias de un director de películas de intriga o de terror, porque resultó ser un frenesí de antiguallas esparcidas por tres estanterías destartadas y polvorientas que conformaban dos pasillos interiores, dividiendo el espacio en carriles independientes.

Kilian se introdujo en el de la derecha y Dafne en el del costado izquierdo. Ambos caminaban con pequeños pasitos, contemplando todo cuanto tenían a su alrededor, impregnados de curiosidad y asombro. Jarrones ancestrales, trozos de antiguas esculturas dañadas por el paso del tiempo, vasijas echas trizas amontonadas por algún que otro rincón, esperando a ser rescatadas del olvido, bordados polvorientos en alfombras y tejidos enrollados de cualquier manera que, en su momento, probablemente seducirían a propios y extraños en ostentosos salones rebosantes de belleza. Todo resultaba atractivo a ojos de Dafne que, incluso por un momento, olvidó lo que había ido a buscar allí abajo.

—¿Dónde demonios lo habrán escondido? —dijo de pronto Kilian, mirando a su alrededor desalentado ante tal falta de orden y concierto. Dafne retornó de su divagación y volvió a centrarse en su objetivo.

—¡Hay que encontrarlo, por difícil que parezca! —trataba de autoconvencerse—. Imagina que fueses tú el encargado de tener que ocultarlo, ¿dónde lo habrías metido?

—Es una buena pregunta. Si hubiese bajado ahora mismo con un objeto que esconder, antes de todo, descartaría las estanterías porque, obviamente, es el primer lugar en el que miraría cualquiera. En el suelo veo que hay muchos objetos y piezas antiguas, incluso tapadas con sábanas; ahí tampoco lo dejaría. Si tuviese el tiempo y las posibilidades adecuadas, sobre todo

después de presenciar el complejo mecanismo empleado para ocultar la puerta, trataría de concebir un lugar idóneo para él. Quizá lo ocultaría en el interior de una caja fuerte enterrada en el suelo o en una de esas cápsulas del tiempo, pero, en este caso, para que nunca fuese encontrado. O bien en la pared, en un habitáculo especial que pasase desapercibido a la vista. Creo que haría algo por el estilo.

—Me gustan esas ideas. Inspeccionemos primero el suelo en busca de alguna pista al tiempo que vamos echando un vistazo a todos los cachivaches que hay por aquí —convino Dafne.

Mientras tanto, en el patio de la Casa de Porras, Marco iba destrozando, con su elocuencia, a todos cuanto se le ponían por delante ante los vítores, ovaciones y exclamaciones de asombro del resto de espectadores cuando les daba el golpe de gracia y los dejaba noqueados y sin posibilidad alguna de rebatir sus certeras argumentaciones, que desnudaban por completo a sus rivales.

Ya eran tres a los que había despachado y con tres temas diferentes. Sabía que tenía que ganar tiempo para que Dafne y Kilian consumaran el plan trazado; pero la presión, lejos de ponerlo nervioso, aguzaba su ingenio, su oratoria y, por consiguiente, la seguridad en sí mismo, que a esas alturas rozaba cotas difícilmente imaginables.

Marco llegaba a sentir verdadero poder gracias al don de la palabra. Se sentía capaz de convencer a grandes masas de lo que fuese, lo que constituía una capacidad nada desdeñable. Tal era la hegemonía que experimentaba que, mientras llevaba a cabo su proclama, no podía evitar pensar que aquella capacidad inherente a su persona debía ser el mismo sentimiento que debían poseer presidentes del Gobierno, reyes o caciques de antiguo cuño, pero a muy diferente escala.

—La independencia de Cataluña es posible si pensamos desde el punto de vista de una democracia real, en la que las personas sean verdaderamente libres para ejercer su voluntad de seguir perteneciendo o no a una nación. Como mínimo, deben poder dejarles ejercer su derecho a voto mediante un referéndum, ya sea a nivel nacional o autonómico, de lo contrario no serían miembros de un país, sino prisioneros del mismo —expresaba con determinación.

»Si una democracia es realmente avanzada, debe proporcionarle las herramientas para que, al menos, tengan la oportunidad de expresar su deseo, en vez de poner todas las trabas legales posibles, alegando que la Constitución del 78 es la que es, inamovible, treinta y nueve años después. No, señores y señoras, la Constitución se ha adaptado y se adapta tantas veces como haga falta si verdaderamente existe la voluntad de hacerlo, ya que, como es lógico pensar, el mundo y la sociedad española han cambiado mucho desde su inclusión, y esta también debe ser modificada y ajustada a los nuevos tiempos con la intención de evitar fricciones como las que han acontecido durante tantos años en Cataluña.

»Para poder llamarnos españoles y demócratas con orgullo, tenemos que estar a la altura de las circunstancias, superar los resentimientos en cuanto a la Guerra Civil de una vez por todas, que nos persiguen e incomodan desde hace tantos años, dando lugar a este tipo de sentimientos antipatrióticos, como todos sabemos, y salir reforzados de cara a un futuro brillante estando más unidos que nunca —se explayaba Marco en su discurso hasta agotar su tiempo de intervención, que incluso lidiando con temas tan impopulares, y más desde el punto de vista del defensor, era capaz de despertar en el respetable signos de empatía y admiración; tal era el vehemente raciocinio que dispensaba en todas sus intervenciones. Tras su discurso, había personas convencidas en una u otra postura que llegaban a cuestionarse si estaban en lo cierto o no.

—¡No está por ninguna parte, Kilian! Empiezo a dudar de que realmente se encuentre aquí...

—expresó Dafne con cierto desánimo después de revisar varias veces el suelo, las paredes y las estanterías del sótano de la Casa de Porras—. Y estamos tardando demasiado, hay que salir cuanto antes si no queremos ser descubiertos.

—¡Tiene que estar aquí, en algún lugar! —masculló el chico con rabia e impotencia mirando a su alrededor—. Pero ¿dónde? —se preguntó retóricamente al tiempo que, desesperado, golpeaba con ambas manos el extremo de la estantería que había en medio de las otras dos con tanto ímpetu que escuchó un fuerte crujido para después presenciar asombrado que se desplazaba unos pocos centímetros, como si estuviese instalada sobre raíles bajo el suelo.

—¿Qué ha sido eso? ¡Se ha movido un poco, empujemos! —exclamó Dafne con nerviosismo.

Los dos insistieron a la vez, consiguiendo con gran esfuerzo que la enorme estantería se desplazase al menos medio metro más hasta tocar la pared en el extremo opuesto. Un hueco en el suelo quedó al descubierto ante el asombro mudo de la pareja, donde antes se ubicaba el inicio de la estantería. Kilian y Dafne se agacharon simultáneamente para asomarse a lo desconocido. El chico encendió la linterna de su teléfono móvil para tratar de ver con claridad lo que había allí abajo.

—Eso parece... algo así como el tirador de un mueble, ¿verdad? —indicó sorprendido al comprobar que, aproximadamente medio metro por debajo del piso, bajo sus pies, aguardaba una segunda superficie blanca con lo que recordaba a una típica asa que bien podría ser de cualquier puerta de un armario de cocina.

—Es lo que parece. ¡Hazlo...! —sugirió Dafne sin tan siquiera decir el qué, pero sin necesidad de hacerlo.

Kilian extendió su brazo y su mano finalmente hasta agarrar con fuerza ese asidero misterioso que aguardaba oculto a la vista, y tiró con todas sus fuerzas hacia el exterior, como si le fuese la vida en ello. Al principio le costó mucho moverlo, pero una vez que se elevó unos centímetros aquello que fuese que emergía a la superficie, ya lo hacía por sí solo.

—¡No me lo puedo creer! —expresó Kilian alucinado cuando una moderna vitrina soterrada se detuvo por sí sola a la altura de sus ojos, tan alta o más que él mismo, que surgía sutilmente mediante algún tipo de mecanismo desde una considerable profundidad.

El sofisticado mueble estaba constituido por cinco alturas independientes. La cara que quedaba frente a ellos era de cristal; su estado, limpio e impoluto. El resto era de un moderno blanco roto. La pieza, que podría estar en cualquier exposición de joyas o en un inmueble de lujo, contenía en cada uno de sus pisos diferentes objetos. En el primero —de arriba abajo— había una colección de monedas que se intuían antiquísimas. El segundo contenía utensilios probablemente de uso doméstico de épocas inmemoriales. En el tercero había una caja de lo que parecía cuero rojizo bastante ajado que, indudablemente, debía contener algo interesante. El cuarto almacenaba un libro ancestral en el que se podía leer en letras doradas en la portada «Santa Biblia»; y el quinto —el de abajo del todo— estaba vacío.

—¡La caja de cuero rojizo! —gritó Dafne.

—¿Cómo dices?

—¡Creo que esa es la caja de cuero rojizo en la que, según don Tiburcio nos explicó, Alicia encontró el mapa!

—¿En serio? Creo que se te pasó por alto ese detalle a la hora de contármelo todo.

—Lo siento, era un dato irrelevante hasta ahora. ¡Pero es que es esa, estoy segura!

—¿La saco? —le preguntó su joven amante.

—¿Así de fácil, no llevará alguna alarma o algo por el estilo? —se preguntaba Dafne cautelosa.

—Aparentemente no tiene nada, ni tan siquiera cerradura —indicaba Kilian—. A mi entender, no creerían que la necesitasen, porque nadie en su sano juicio buscaría algo de valor en un viejo sótano destartado como este que, ya de por sí, es difícil de encontrar. Ni qué decir, además, del lugar en el que ocultan la vitrina bajo una estantería roñosa... Nadie podría imaginarlo; creo que esa constituía su mayor medida de seguridad —elucubraba Kilian inteligente—. Ahora bien, la pregunta que me ronda la mente es por qué tantas molestias para ocultar algo que en teoría no vale nada...

—Eso habrá que comprobarlo... ¡Cógela! —exhortó Dafne al chico.

Kilian se frotó las manos de manera impulsiva, sopesando la gravedad de la acción que estaba a punto de llevar a cabo. Después las acercó a la vitrina despacio. La añeja caja rojiza esperaba apenas a unos centímetros de cristal más allá. Detuvo el movimiento de sus manos unos segundos. Situadas en posición, respiró hondo ruidosamente y las introdujo con calma forzada para empujar el cristal, que bandeaba hacia adentro con la yema de los dedos.

Por fin agarró la caja con ahínco y tiró de ella para extraerla. No hubo alarma alguna que sonara ni sirena que se encendiese para tranquilidad de ambos. Kilian situó la caja de cuero rojiza —con desconches evidentes en sus costados— frente a Dafne ceremoniosamente. Ambos se mantuvieron en silencio.

Con la mirada, el chico invitó a Dafne a tener el honor de abrirla y echar el primer vistazo en su interior. Ella extendió sus manos y, una vez abiertas, las posó sobre la caja como si pudiese sentir todo lo que esta había vivido durante el paso de los siglos. Después acarició un desconchón en la parte frontal donde, como recordó de la narración de don Tiburcio, se hallaba su colgante adosado y justo abajo rezaba en un castellano antiguo: «Una vida lleva a otra vida». Cogió la tapa para después observar a Kilian, que hizo un gesto afirmativo con la cabeza casi imperceptible. Al fin la quitó, dejando a la vista el ansiado contenido soñado.

—Es el mapa, ¿verdad? —preguntó Dafne emocionada mientras los sacaba.

—Es la obra literaria de la que te hablé, que hace las veces de mapa, así es. ¡Enhorabuena! —La besó en la mejilla mientras Dafne miraba encandilada el hallazgo como si de un preciado tesoro se tratase.

El libro se antojaba antiquísimo, a decir verdad; se trataba de un buen número de hojas agujeradas con un cordel raído que las traspasaba a todas para aunarlas en una misma pieza arcaica y de aspecto endeble, aunque las hojas eran gruesas y se encontraban en un estado de conservación considerablemente bueno. Abrió un par de páginas al azar, ojeando las grandes letras que contenía, en ocasiones brillantes, en otras con dibujos casi ininteligibles. Kilian observaba a Dafne radiante mientras revisaba su objetivo, cuando un wasap entrante sonó en el teléfono del joven, que enseguida miró.

«Chicos, esto se acaba, no hay nadie más que quiera debatir con Marco, salid de ahí, ¡ya!», leyó el mensaje angustiado de Inari que, en el exterior, sufría por ellos.

—¡Guarda el libro y vámonos ahora mismo!

—Dejaré la caja. Así tendrán que mirar en su interior para descubrir que ha sido sustraído —decidió astutamente Dafne, devolviéndola a su lugar para después introducir con mimo el libro en una bolsa de plástico y esta en la pequeña mochilita que portaba colgada en la espalda.

—¡Me parece una gran idea! —respondió Kilian mientras escribía un mensaje para Inari. «Ve a la puerta y cúbrenos al salir», decía.

Cuando por fin salieron al patio sin ser vistos, el resto del grupo, expectante, pudo respirar aliviado dada la tensión generada. Marco era felicitado una y otra vez por muchas de las personas que habían asistido al evento, encandiladas por su dialéctica, tan versátil como contundente. Las

miradas lejanas, acompañadas de medias sonrisas entre los miembros del grupo, denotaban el éxito del plan. En cuanto Marco pudo quitarse de encima a sus admiradores y después de agradecer una y otra vez a los responsables de la Casa de Porras por su generosidad y paciencia, se marcharon de allí a paso ligero con algo maravilloso y alentador en su poder que no traían cuando llegaron. Apenas un minuto antes, el hombre del tatuaje en el cuello salió con con premura del patio y se montó en un Mercedes negro que le esperaba con el motor arrancado varias calles más abajo.

CAPÍTULO VII

—¡Es alucinante! —decía Dafne pasando con sumo cuidado las páginas maltrechas del libro, como no podía ser de otra manera por el inexorable paso del tiempo. Se encontraban los seis sobre las camas de la habitación, rodeando aquel sugestivo documento por tanta gente idolatrado que reposaba en medio de todos ellos encima de un plástico y sobre una toalla. Las hojas, algo rígidas, contenían caracteres arábigos en lo que, a todas luces, parecían versos por la disposición centrada de aquellas letras sinuosas y preciosistas. Las páginas estaban decoradas con recuadros en sus bordes a modo de marco que, en realidad, eran tres líneas en colores verde, rojo y azul que contenían decoraciones geométricas típicamente nazaries, similares a sus archiconocidas composiciones de azulejos, también muy coloridos, pero con el añadido de tonos plata y oro, todo claramente pintado a mano—. No soy una experta, pero me da la impresión de que es árabe clásico, ¿no?

—No lo podría asegurar, pues yo tampoco lo soy, pero sería lo habitual. El árabe andalusí era el dialecto coloquial de Al-Ándalus; o sea, de la península ibérica bajo control musulmán, pero rara vez se escribía. Se utilizaba más bien para la expresión oral —explicaba África concienzudamente—. En contadas ocasiones aparecía en citas aisladas, como en textos en prosa y en composiciones poéticas propias de la España musulmana llamados moaxaja, así como en poemas populares con estribillo, de nombre zéjel, y otros conjuntos de refranes dialectales. En la escritura solía emplearse el árabe clásico; pero en cualquier caso, me temo que necesitaremos a un experto en la lengua arábiga para traducir los textos, y reza por que no sea árabe andalusí, pues se la considera una lengua muerta desde la expulsión de los moriscos en el siglo xvii.

—¡Ahí pone nuba! —dijo de pronto Daniela, sorprendiendo a propios y extraños.

—¿Pone nuba?—inquirió Dafne sorprendida.

—Sí, en lo que parece ser el título. Al menos eso creo —se reafirmó la bella joven algo dubitativa—. Es que colaboré en un artículo para el periódico que hablaba sobre la evolución de la música en Andalucía hasta alumbrar el arte flamenco del cante, el toque y el baile. Aún me acuerdo porque, la verdad, es que resultó interesantísimo —se explicó Daniela.

—¿Una nuba? ¿Y qué demonios es eso? —preguntó Inari.

—La nuba es la máxima expresión en cuanto a la música andalusí en el periodo de la España musulmana —habló Dafne—. Se trata de una composición musical elaborada a partir de fragmentos en una estructura múltiple de larga duración, con cinco partes a lo sumo. Incluye diversidad de movimientos rítmicos y rimas poéticas en lenguaje literario que combinan preludios y partes instrumentales y cantadas, formadas por versos de distinta medida; aúna melodías que aceleran su ritmo, añadiendo a su vez canto y danza —explicaba la artista con destreza—. Amigos míos, puede que, muy probablemente, se trate del origen del flamenco que hoy todos conocemos y veneramos, en esencia o en inspiración al menos.

—¿Cómo sabes todo eso, Dafne? —preguntó sorprendido Marco.

—Querido Marco, cuando amas tanto algo, es muy edificante conocer su historia, su procedencia a lo largo de la evolución de los tiempos que lo ha llevado a ser lo que es hoy en día —se gustaba en su ilustración Dafne—. Así que esto, que podrían ser versos, como mucho correspondería a un pequeño fragmento de la parte poética de una nuba.

—¡Fijaos en la decoración de alrededor, no le falta detalle! —dijo África acariciando con sumo cuidado, con la yema de su dedo índice de la mano derecha, el marco de una de las páginas según las iba pasando con calma para echar un vistazo inicial al fabuloso documento—. Es un verdadero tesoro.

—Mira, en la última página hay como letras sueltas sobre el recuadro del borde, ¿verdad? —indicaba Dafne embelesada.

—Sí, parece muy interesante. Entonces hay que buscar a un licenciado en Filología Árabe para descifrar exactamente lo que pone aquí, ¿no? —preguntó dudoso Kilian—. Me da la impresión de que todo esto no va a resultar nada sencillo.

—Eso es seguro, y sí, tendremos que pagar a un experto por la transcripción. Podemos decirle que es parte de un trabajo de investigación para la universidad o algo así —convino África.

—Hay un aspecto que me tiene un poco preocupado —señaló Marco reflexivo—. ¿Qué pasa si buscan el libro en el sótano de la Casa de Porras y descubren que en la caja no hay nada? —preguntó intranquilo.

—Pues que inmediatamente iniciarían una investigación para descubrir su paradero y, en consecuencia, la identidad de sus captores —dijo Kilian, que parecía estar pensando lo mismo.

—Tendremos que actuar lo más rápidamente posible. En el hipotético caso de encontrar la sala o de que nos demos cuenta de la imposibilidad de tamaña empresa, automáticamente lo devolveremos, así que no lo sobéis mucho. Ya sabéis, conservación: huellas, cabellos... —comentó Dafne mirando a Inari, quien lo estaba tocando con escasa pulcritud, y este apartó las manos de súbito, cayendo en la cuenta de lo que decía.

—Podemos tratar de digitalizarlo, Inari, ¿no crees? —inquirió África. El chico asintió—. Eso es trabajo tuyo, así que ponte con ello cuanto antes; de esa manera, lo podríamos devolver en un menor lapso de tiempo. —Inari aceptó ejecutando el saludo militar—. Mañana contactaré con un erudito en lenguas antiguas que, pienso, puede llevar a cabo la traducción. Haré fotos a las primeras páginas para que las ojee y, así, pueda comenzar cuanto antes.

—Recemos para que no se le ocurra a nadie utilizar el libro y bajen a buscarlo... —confió Marco haciendo que todos se quedaran cavilando sobre sus temores, sin apartar la vista del extraordinario hallazgo, que estaba a salvo sobre la cama.

CAPÍTULO VIII

Granada, 29 de abril de 2019.

El día que siguió al debate, todos trataron de mostrar normalidad continuando con sus rutinas universitarias; pero, en cuanto tuvieron oportunidad, se citaron a mitad de la tarde en una tetería encantadora y relativamente tranquila en la calle Álamo del Marqués, al lado de la placeta del mismo nombre, varias calles por encima de la famosa calle Elvira.

Ya en la tetería, salieron a una coqueta terraza con vistas a la Alhambra y con Sierra Nevada como telón de fondo, aún blanquecina. Cerraron la puerta corredera de cristal, tratando de conseguir la máxima privacidad posible, una vez que la camarera les hubo servido café a unos y aromático té a otros, acompañados de unas deliciosas creps con chocolate.

—Esta mañana a primerísima hora y en formato fotográfico, he llevado al experto las primeras páginas del libro —comenzó hablando África tras mirar a los lados para cerciorarse de que nadie más que sus amigos podían oírla—. En efecto, me ha confirmado que, con toda probabilidad, parece un pequeño fragmento de nuba escrita en árabe clásico, aunque hay ciertas páginas que aparecen en caligrafía cúfica, como la primera y la quinta de esta primera parte, entre otras.

—¿Qué es eso? —preguntó Inari.

—Es el estilo de escritura más antiguo del idioma árabe y, por tanto, puede que el más complicado de entender —dijo ella.

—¿Y por qué pondría el autor esas páginas en cúfica? —preguntaba Dafne.

—Aún no lo sabe, pero me ha dicho que poca gente sería capaz de transcribirlas y menos en la época que fueron escritas.

—Eso suena muy interesante puesto que en ellas sería más fácil ocultar algo... Que lo analice —dijo Dafne.

—Descuida, está en ello —aseguraba África—. Al margen de eso, Daniela estaba en lo cierto con respecto a esa palabra que pensaba que podía ser parte del título, pues en verdad significaba 'nuba'. «Breve muestra de hermosa nuba», reza el epígrafe, más concretamente. Dice que nunca había visto algo así, por lo que le ha llamado mucho la atención; «por supuesto que no», me he dicho a mí misma.

»Sé lo que estáis pensando ahora mismo, pero os aseguro que no hay de qué preocuparse en cuanto a él; es una persona de mi plena confianza. Además, le he exigido privacidad total e incluso que me firme un contrato ficticio de confidencialidad, aduciendo que era una pieza de una colección familiar privada y que, de ninguna manera, lo que fuese que significasen los textos podría ser comunicado a nadie. Le ha quedado meridianamente claro que los dueños son muy poderosos y que no dudarían en tomar contundentes acciones legales en caso de filtración alguna. Creedme cuando os digo que ha quedado totalmente convencido en cuanto a la más que necesaria confidencialidad...

—¿Y bien...?, ¿ha podido traducir mucho? ¿Qué dicen esos versos? —preguntaba ávida de información Dafne.

—Aquí tengo las estrofas más representativas de las primeras páginas —dijo África mientras

sacaba un papel doblado con total discreción, volviendo a mirar a su alrededor antes de hacerlo —. Como ya os he comentado, dice que nunca había visto un texto igual, porque normalmente hablan de manera indefinida, metafórica por así decir. Al parecer, suelen hacer referencias sobre todo al amor, a la pasión, al abandono, a su Dios; es decir, a sentimientos subjetivos de toda índole; no obstante, en estas primeras páginas, entre un estribillo repetitivo, que sí sería lo que cabría esperar de una obra de este tipo, introduce algunas estrofas diferentes que, al separarlas y quedando al margen de estas otras vulgares, parecen tener relación entre sí, como si contasen una pequeña historia —aseguraba intrigando aún más a sus amigos.

»En ellas nombra, por ejemplo, algunas de las figuras musulmanas más relevantes desde que llevasen a cabo la invasión de la Península, y también señala algunas de las diferentes tribus africanas que cruzaron el Estrecho y dominaron estas tierras a lo largo de las distintas épocas. Cualquiera diría que estos textos intentan hacer una especie de revisión general al pasado árabe de España desde el punto de vista de la ciudad de Granada, porque después menciona lugares concretos de la que fue la antigua urbe granadina árabe, en su mayor esplendor, correspondientes al primero de los recintos amurallados que crearon: la Alcazaba Cadima. Así que la pregunta es obvia, ¿por qué? Vamos a leerlo y después os explico nuestras deducciones.

—¡Guau, suena muy interesante! —exclamó Dafne ansiosa.

—Sin duda alguna, se trata de una rareza fascinante. Os recito la traducción textualmente —añadió África ante sus expectantes amigos.

*Cuando la cobijase en mi interior,
muchos la anhelaban por amor,
otros tantos la buscaban con rencor
y unos pocos la guardaron por devoción.*

*Del berebere Táriq ibn Ziyad al
nazarí Muhammad V,
ella siempre permaneció aquí,
paciente, aguardando su destino.*

*Cuando gráciles susurros llegaron a Córdoba,
sobre su existencia, incluso Abderramán I, embriagado de gloria,
ordenó a sus más fieles buscarla en su
emirato, pero nunca alcanzaría sus pretensiones.*

*Bab Qastar, Dar al-Horra, Bab al-Asad, Al-Murabitin, Bab al-Ziyada, Bab al-Ta'ibin, Bab
al-Unaydar aguardan serenas en Al-Qasba Qadima
para dar inicio a la búsqueda de aquello que precisas
y así tratar de alcanzar mi corazón.*

Uno, misterioso y desconocido,

*con que el amor furtivo me ha bendecido.
Uno, enmudecido y velado,
que con el paso de los tiempos ha sido olvidado.*

*Recorrer habrás, primero,
gran parte de mis hechuras
para felizmente llegar al fondo
de aquello que soporta terribles censuras.*

—¿Qué se supone que quieren decir estos versos? No he pillado nada —aseguraba Inari con gesto de incredulidad.

—Si esto es un mapa, que baje Dios y lo vea... —ironizaba Marco.

—No es un mapa cartográfico al uso, la verdad —reconocía África algo desconcertada, como sus amigos desde que, poco antes, leyese esos versos por primera vez.

—Ya os dije que no era el típico plano de Granada con una marca en forma de X en un lugar concreto, sino más bien una obra literaria que incluso puede ser la letra de una nuba, repleta de ambigüedades que podrían ser interpretadas de diversas formas —opinaba Kilian—. Bien estaba en lo cierto el informador de mi padre, no me extraña que no consiguiesen encontrar nada, porque, en verdad, parece complicado...

Dafne, sin embargo, no sintió tanto pesimismo al escuchar aquel pasaje misterioso, escrito por alguna razón concreta, según su parecer, hacía más de quinientos años. A ella, al contrario que a los demás, le hizo sentir fascinación por tener en su poder una pieza tan anhelada años atrás.

Algo en su interior similar a una corazonada la llevaba a confiar en la pasión desplegada por Alicia en su búsqueda. De alguna manera y aunque no entendía muy bien por qué, se fiaba de su buen juicio. Creía en esa mujer, cuya existencia ignoraba completamente hasta que, unos días antes y de manera figurada, la descubrió como por arte de magia, surgida del frágil recuerdo de personas que la apreciaban. Pero algo le decía que sí, que entre esas palabras ancestrales tenía que haber forzosamente un mensaje oculto, un sentido a tanto esfuerzo, un camino hacia algún lugar y, a su vez, una explicación a ese enigma que esclareciese los acontecimientos del 96 de una vez por todas, aquellos extraños hechos acaecidos justo cuando nació.

—¡Quiere decirnos algo, estoy segura! —afirmó Dafne convencida tras un breve lapso de tiempo callada y pensativa, enfocada visualmente en la nada.

—A ver, en realidad ya nos indica muchas cosas, aunque no parezcan relevantes a primera vista —dijo África—. Para empezar, estas que veis aquí son las quintas estrofas de las primeras seis páginas, siendo las cuatro primeras repetitivas en todas ellas; hay una primera estrofa, luego una segunda diferente y, después, la tercera es la primera repetida y, la cuarta, la segunda. La quinta y última estrofa de cada una de estas seis primeras páginas que ha traducido parecen tener evidente relación entre sí y formar una composición al margen del resto. Las demás son del todo irrelevantes.

—¡Mmm... muy curioso, una especie de mensaje cifrado! —dijo Dafne escudriñando aquel escrito misterioso grabado en ese papel decorado al detalle con gusto y refinamiento de otra época—. Me refería a que, por lo que percibo, en todo momento habla en forma figurada de algo que se esconde en Granada, y parece que lo hace en primera persona, por eso dice «cuando la cobijase en mi interior». ¿Cuándo cobijase el qué?, ¿la sala mágica? —elucubraba Dafne en voz

alta mirando a su amiga África.

—Eso insinuaba yo también, se supone que sí, de eso va todo esto, ¿no? —respondió su amiga—. Y, como bien dices, es como si la mismísima ciudad hablase de sí misma. Esa debía ser la intención del autor con estos versos, hacer hablar a la propia Granada sobre sus secretos más recónditos.

—¿Y todo ese rollo del berebere Táriq y no sé qué más, qué quiere decir? ¿Ese no fue el primer musulmán que invadió la Península en el año 711? —preguntó de forma desenfadada Inari.

—Así es, estás en lo cierto —dijo África gratamente sorprendida—. Esa es otra de las cosas claras que nos indica. Táriq ibn Ziyad fue quien, en primera instancia, atravesó el Estrecho con su tribu berebere como lugarteniente del gobernador omeya del califato de Damasco para cambiar la suerte de España, que fue dominada en siete años —dijo África mirando un libro de historia de Granada que traía consigo, señalando el nombre del ilustre musulmán para que lo viesan sus amigos—. Y después nombra al nazarí Muhammad V, uno de los más célebres sultanes de Granada, quien construyó el patio de los Leones. Era hijo de Yusuf I, quien anteriormente levantó el palacio de Comares. Puede que se trate de los dos más importantes.

—Pero Muhammad V no fue el último sultán del imperio nazarí, ¿no? —preguntó Daniela.

—No, ese fue Muhammad XI, aunque probablemente lo conozcáis más por Boabdil, como lo llamaban los cristianos. Fue quien entregó Granada a los Reyes Católicos el 1 de enero de 1492, finiquitando así la última gran dinastía musulmana de la península ibérica.

—Entonces, ¿qué sentido tiene nombrar al primer invasor de España y a Muhammad V si no era el último sultán y, por tanto, no cierra el ciclo nazarí y el musulmán? —reflexionaba Kilian en relación a la pregunta de su novia—. ¿Qué nos está indicando?, ¿que la sala mágica estuvo en Granada hasta esa fecha concreta en las que gobernó Muhammad V?

—Dice que siempre permaneció aquí, por lo que no creo que el hecho de nombrar a Muhammad V, uno de los sultanes intermedios, haga referencia a su fecha de caducidad. Más bien puede que, simplemente, fuese el sultán que gobernase en el momento de la creación del documento y por eso lo puso. Para él era el último que había. Creo que se refiere a que está ahí desde tiempos inmemoriales y que sigue ahí, al menos en los tiempos en los que, como digo, fueron elaborados los versos —reflexionaba África.

—Podría tener sentido, sí —recapacitaba Marco.

—Como sabéis, la ciudad de Granada fue fundada por los ziríes en la zona del Albaicín en el año 1013 —dijo África captando de nuevo la atención de todos—. Justo después de la disgregación del Califato de Córdoba en distintas taifas o pequeños reinos independientes en manos de diferentes clanes familiares, los ziríes erigieron la ciudad primigenia sobre los restos de un primer recinto amurallado que se encontraba en ruinas y que ya existía aquí, en el Albaicín, construido anteriormente por omeyas y que se llamaba Hisn Garnata o Castillo de Granada. Este recinto previo al de los ziríes fue establecido, a su vez, sobre vestigios de asentamientos íberos y romanos. Después de los ziríes, reinarían en Granada los almorávides, más tarde los almohades y, finalmente, los nazaríes, en la época de mayor esplendor del que, como he dicho, fue el último reino musulmán en Al-Ándalus —detalló África contextualizando el momento histórico al que hacían referencia los versos a través de los datos del libro.

—Vale, entonces tenemos una idea probable del periodo en el que pudo ser escrito la obra por su contexto político; es decir, por quien gobernaba —pensaba en voz alta Daniela en esta ocasión con la mirada perdida en dirección a la esbelta silueta de la Alhambra.

—¡Exacto! —exclamó África—. La fecha comprendería desde 1354, cuando Muhammad V comenzó su primer reinado hasta 1391, cuando acabó el segundo con otros dos sultanes de por

medio en ese periodo. Y después dice que incluso Abderramán I, el omeya que se adueñó de la Península a partir del año 755, cuando esta se comenzó a llamar Al-Ándalus y cuando se constituyó como emirato, trasladando la capital de la Toledo visigoda a la Córdoba islámica, la intentó encontrar sin éxito, tales serían los poderes que se le atribuirían —les explicaba señalando la información que manejaba aquel libro suyo de historia sobre la Granada arábiga.

—¿Y qué significan estas palabras que aparecen después? —preguntó Marco señalándolas con el dedo en el papel—. Bab Qastar... Bab al-Asad...

—Espera, eso lo traigo apuntado aparte, pues en principio el traductor se centró en el resto para buscar el significado y el sentido de este primer fragmento. ¡Aquí está! A ver, Bab Qastar es, si no me equivoco... —dijo África ojeando otro folio al tiempo que avanzaba varias páginas de su libro—. ¡Sí, Bab Qastar, la puerta del Castro! —exclamó con efusividad al descubrir que su intuición era correcta—. Se trata, ni más ni menos, de la puerta más antigua e importante por donde entrar a la fortificación primigenia de los reyes ziríes, en el Albaicín. Os hablo de ese primer recinto amurallado reconstruido que rodeó a la naciente urbe granadina, el origen de nuestra ciudad. Y... ¿queréis saber algo interesante? Resulta que se la daba por desaparecida, destruida o cegada, pero este año ha aparecido en mejor estado del que cabía esperar. Estaba escondida tras las paredes enlucidas de la ermita cristiana de San Cecilio, del siglo xviii. Después nombra Bab al-Asad, que significa la Puerta de León, tal y como era conocida en árabe, aunque, por desgracia, está casi desaparecida; Al-Murabitin, una ermita también desaparecida y que, además, otorgaba nombre a un barrio, así como Bab al-Ta'ibin o la Puerta de los Conversos, que tampoco existe ya —argumentaba con la pasión cultural que supuraba por cada poro de su piel—. Pero por suerte aún perduran, además de la puerta del Castro, Bab al-Ziyada o el Arco de las Pesas, Bab al-Unaydar o Puerta Monaita, y, sobre todo, Dar al-Horra o Casa de la Reina. Como indican los versos, todos tienen algo en común: que formaban parte de la Qasabat Garnata; es decir, de la Alcazaba de Granada, después conocida como al-Qasba Qadima en tiempos nazaríes. Se trata de este primer recinto amurallado del que os hablaba en nuestro venerado Albaicín, al fin y al cabo, en torno al cual se erigió Granada en aquellos tiempos inmemoriales.

—Guau, y mucho me temo que, de alguna manera, el autor nos quiere guiar hacia allí, porque después de nombrar estos lugares, dice: «Aguardan serenas en al-Qasba Qadima para dar inicio a la búsqueda de aquello que precisas y así tratar de alcanzar mi corazón» —dedujo Kilian.

—Mi corazón... —susurró Dafne con cierta devoción—. «Uno, misterioso y desconocido, con que el amor furtivo me ha bendecido. Uno, enmudecido y velado, que con el paso de los tiempos ha sido olvidado. Recorrer habrás, primero, gran parte de mis hechuras, para felizmente llegar al fondo de aquello que soporta terribles censuras» —recitó literalmente tratando de comprender tanto simbolismo.

—Todo esto debe ser una pista —advirtió África.

—¿Una pista de qué? —inquirió Marco.

—Si esta obra, como pensaba Alicia, en realidad es un mapa oculto que finalmente indica la localización de un lugar que se presume mágico, cada pista debe reportar de forma intrínseca un avance hacia tal fin; o sea, esta primera pista o acertijo, de serla, pienso que nos trata de indicar un lugar concreto, en el cual, siempre según mi teoría, deberíamos encontrar la siguiente pista que nos permitiese progresar, y así sucesivamente hasta el final —les reveló África su parecer—. Por eso he dicho que, por suerte, algunos de estos lugares aún existen, porque de ser real nuestra corazonada, las pistas pueden que sigan ahí después de cientos de años, esperando a ser redescubiertas.

—Suena rocambolesco y bastante complicado, incluso conspiranólico, diría. ¡Me encanta! —

expresó Inari—. Pero ¿por qué tanta precaución y misterio en cuanto a este documento? ¿Por qué no mostrar directamente lo que pretendía hacer ver; es decir, el emplazamiento de esa sala legendaria?

—Porque de ser cierta su existencia, probablemente fuese un secreto guardado con celo por el sultán de turno, e incluso puede que por sus antecesores, y la revelación de semejante enclave poderoso, para quien lo conociese, estaría castigado severamente. Ya conocéis todos los datos que eran en aquella remota época a la hora de respetar los derechos humanos... —ironizaba Daniela tras su reflexión.

—¡Exacto, Daniela, eso mismo opino yo, incluso puede que estuviese amenazado! —soltó Dafne.

—Según el experto, la primera impresión que tiene por las referencias que hace, el estilo y demás, y a falta del conocimiento de su autoría, pues no aparece por ningún lado, y de un estudio más profundo, es que el documento debe estar fechado alrededor del 1400 —explicaba África.

—Esa presunción se acercaría mucho al periodo del que hemos hablado durante el reinado de Mohammad V. Sería muy útil que el experto tratase de concretar lo máximo la posible fecha de creación del manuscrito para saber si estamos en lo cierto en cuanto a esta referencia, pues puede ser el indicador clave que marque la fecha de autoría. Házselo saber y que haga cuanto pueda —indicó Dafne—. Pero, por lo pronto, ya tenemos por dónde empezar. Hay que conseguir todas las reproducciones de los mapas de la Granada árabe que comprendan esas épocas, porque me temo que muchos de los lugares de los que habla ya no existen en la actualidad, y eso puede ser un gran obstáculo para la búsqueda... Al menos con esos mapas antiguos podremos saber dónde estaban ubicados. Espero que con eso sea suficiente —añadió pensativa.

—¡Déjalo de mi cuenta! —respondió con decisión África.

—Como decía, algunos de esos lugares han desaparecido, sí; pero no todos —pensó aguerrida Dafne en voz alta.

—¡Así es! —dijo África. Los demás asintieron tras ella.

—De acuerdo. El experto que siga traduciendo los textos; mientras tanto —le indicaba la artista a África—, trata de conseguir mañana por la mañana los mapas, ya que por la tarde daremos inicio a la búsqueda propiamente dicha. ¡Primera parada, Al-Qasba Qadima, la fortaleza vieja en el Albaicín, más concretamente Bab Qastar, la Puerta del Castro!

CAPÍTULO IX

—¿Adónde crees que nos conducirá todo esto? —preguntaba Dafne a Kilian mientras paseaban de la mano por la carrera del Darro con total tranquilidad, poco después de despedirse de sus amigos para ir a dar una vuelta a solas, entre hordas de turistas sedientos de recuerdos interesantes con los que mitigar sus insustanciales vidas. La noche acababa de abrirse paso. A ojos de Dafne, esa ascensión hasta el paseo de los Tristes —paseo que en realidad se llama del Padre Manjón, aunque se le conoce como de los Tristes porque antiguamente por ahí pasaban los cortejos fúnebres camino al cementerio— fue espectacular, pues era uno de los lugares más encantadores y bonitos de la ciudad, a la par que románticos.

—Mucho me temo que a un callejón sin salida —expresó Kilian con cierta desazón en su tono de voz—. Sabes que haré todo lo posible por ayudarte, pero no te negaré que, en el fondo, pienso que, si en aquel momento Alicia no pudo resolver con éxito su búsqueda, con toda esa pasión que destilaba, sus conocimientos y los importantes medios de los que disponía, difícilmente podremos obtener nosotros resultados más favorables.

Algo en el semblante de Dafne cambió de súbito al escuchar esas palabras. Una bombilla iluminadora inflamó su genial discernimiento interior de buenas a primeras.

—¿Y si en realidad sí que la hubiese encontrado? —le dijo enérgicamente a Kilian, deteniéndose y mirándolo a los ojos a corta distancia con mucha intensidad.

—¿Cómo dices?

—Sí, sí, lo que oyes. ¿Que quién te dice a ti que en realidad no la encontró? —refrendó la chica su hipótesis.

—¿Te refieres a que verdaderamente hallasen el paradero de la sala, pero que lo ocultaran a la opinión pública?

—¡Exacto!

—Pues no lo sé, la verdad... no había valorado esa posibilidad, pero al menos explicaría el afán manifestado por todos los involucrados a la hora de esconder y no mostrar el manuscrito a nadie.

—¿Qué mejor razón que esa pueden tener? —preguntó Dafne sembrando una duda razonable en el intelecto del joven.

—¿Y crees que después del supuesto hallazgo... la quitaron de en medio? —elucubraba en voz baja Kilian, mirando a su alrededor antes de decir semejantes palabras.

—No lo sé, pero al menos tendrían un móvil para hacerlo, ¿no crees? Puede que ella quisiera hacerlo público, pero no así sus mecenas, y este desencuentro crease un conflicto interno fatal de necesidad.

—Esa teoría tiene cierta lógica, pero llegar a matar a una persona por ocultar un hallazgo puramente arqueológico... No sé, parece muy *heavy*, ¿no crees? —opinaba Kilian.

—Una persona o puede que más —insinuó Dafne—. Y si el descubrimiento al que te refieres fuese de tal magnitud que conllevase un poder extraordinario, ¿no querrías ocultarlo también para beneficiarte de él tú solo?

—Tiene sentido, aunque he de decirte que suena más a película de estreno de cartelera que a la vida real. Me cuesta pensar que algo tan sublime pueda ser ocultado durante tanto tiempo —

razonaba Kilian.

—Se puede hacer, siempre y cuando acalles las voces adecuadas... —sentenció Dafne su interesante sospecha.

—¿Sabes qué es lo que más me pone de ti? —dijo de pronto Kilian, dejando estupefacta a su novia al agarrarla por la cintura para atraerla hacia sí hasta unir bruscamente sus pelvis—. Aparte de lo evidente —insinuó mirando de arriba abajo a la hermosa chica, llegando a ruborizarla—, que no te rindes ante nada. Nunca es lo demasiado difícil para ti, siempre consigues ir un poco más allá. Tienes esa energía especial de los ganadores, esa intuición que te hace confiar en ti misma, al margen de los inconvenientes. Toda tú eres verdaderamente especial, y cada minuto de esta vida mortal y desagradecida que comparto contigo siento que está bien aprovechado, que estoy donde debo y con quien debo, por fin. Haces que mi vida sea especial. —Se fue acercando despacio a ella hasta juntar sus cuerpos por completo y sus labios en un intenso y profundo beso que abrazaba las dos almas en una sola, al igual que sus cuerpos finitos se estrechaban y manoseaban con ansia en un rincón oscuro cercano al puente de Cabrera, el primero que se encuentra en el trayecto desde la Plaza Nueva hasta el paseo de los Tristes, siempre escoltados por la Alhambra, cual sublime protectora, desde las alturas.

—¡Ven, tengo una sorpresa para ti! —le dijo Kilian a Dafne una vez pudieron despegar sus labios de esos abrasadores besos que, por defecto, terminaron de encender el resto de sus cuerpos.

—¿Cómo? ¿Qué has hecho esta vez? —dijo con gracia Dafne a modo de chascarrillo mientras el chico la estiraba de su brazo, tratando de conducirla por un callejón que surgía en un recoveco a su izquierda. Se trataba de la cuesta de Santa Inés, una pendiente escalonada, como su propio nombre indicaba, que ascendía hasta una placeta cercana, en donde se alzaba un inmueble de fachada plateresca, el hotel palacio Santa Inés, en cuya puerta se detuvo Kilian, jadeante y muy sonriente, con Dafne tomada por la mano igualmente fatigada.

—¿No habrás...? —insinuó la joven. Kilian asintió riendo y disfrutando de la sorpresa.

—Tenemos una reserva. ¡Ven y verás! —anunció el chico tirando de nuevo de ella para introducirse en el edificio mudéjar del primer tercio del siglo xvi.

No hizo falta que pasase por recepción para registrar su nombre en la habitación, previamente reservada, puesto que ya lo hizo con anterioridad. Ni tan siquiera necesitaba recoger llave alguna, pues la llevaba en el bolsillo desde el mediodía.

El hotel contaba con un típico patio cuadrado y porticado en sus dos alturas, en torno al que giraba el inmueble al gusto de las edificaciones de la época. El patio estaba protegido en su máxima altura por un acristalamiento.

La joven de la recepción los saludó —unos imponentes frescos recuperados y restaurados parcialmente en las paredes tras de sí llamaban la atención a todo el que entraba— con un leve y discreto movimiento de mentón, mientras la pareja, envuelta en un deseo asfixiante e irrefrenable, subía dos altos peldaños para dejar ese primer patio e introducirse en un pasaje interior con un par de pequeñas rampas, junto a una vitrina que contenía un traje de luces taurino, antes de acceder a otro patio igualmente techado y atravesarlo con celeridad en dirección a los ascensores.

La llave ardía en el pantalón vaquero de Kilian cuando, aprovechando el exiguo tiempo de ascenso hacia la suite de la segunda planta, los enfervorecidos jóvenes enroscaban una vez más sus cuerpos en esa vorágine de desenfreno juvenil repleto de impaciencia.

Kilian cogió por las piernas a Dafne, elevándola al tiempo que la apoyaba contra el espejo que el ascensor presentaba tanto al fondo como en uno de sus laterales. Se colocó entre sus muslos, presionándola contra dicho cristal con rudeza y besándole el cuello con apetencia mientras

observaba la escena en el segundo espejo adyacente, elevando aún más el deseo por la bellísima chica.

Los candentes besos fueron descendiendo hacia sus pechos cuando estaban a punto de llegar a la segunda planta. Kilian levantó el cálido jersey de lana de su amante para introducir los labios en el objeto de su deseo. Lamió con ansiedad desmedida su escote, acercando a la joven al éxtasis sexual. Dafne gemía echando la cabeza a un lado y a otro saboreando su placer, a punto de estallar en los pantalones de ambos. Kilian bajó las copas del sujetador y chupó los pezones endurecidos de la joven como si su vida dependiera de ello, estrujándolos con suavidad y delicadeza femenina. Dafne, embriagada de sensualidad, miraba su imagen en el espejo con las mejillas sonrojadas.

Un pitido inoportuno indicaba que las puertas del ascensor se disponían a abrirse, negando a los jóvenes amantes la privacidad necesaria para continuar con sus juegos amorosos.

—*Kon'nichiwa...!* —dijo el cabeza de familia japonés cuando, abrumado, intuyó lo que estaba sucediendo en el ascensor que se disponía a tomar con su mujer e hijos.

Colocándose la ropa como pudieron y entre risas, Kilian y Dafne salieron del elevador, previa torpe reverencia a los nipones que, abochornados y con rosetas en los mofletes, se introdujeron en el tórrido habitáculo.

Con torpeza, Kilian consiguió abrir la puerta de la suite entre besos y arrumacos.

—¡Es preciosa, Kilian! —dijo ella cuando comprobó lo bonita que resultó ser la habitación. La suite contaba con un generoso jacuzzi frente a una cristalera con hermosas vistas a la Fortaleza Roja. Muy cerca, había una cama de, al menos, dos por dos metros con un edredón blanco sobre la que descansaba una champanera helada, como el Dom Pérignon que contenía, y una hermosa sucesión de pétalos rojos en forma de espiral en torno a esta.

—Me alegra que te guste. ¿Qué me dices, te apetece un baño espumoso con vistas de ensueño? —propuso el joven.

—¡Por favor...!

El sexo se convirtió en algo celestial a ojos de Dafne; entre la calidez del jacuzzi, el champán helado, la suavidad del roce de sus cuerpos enjabonados mientras, abrazados, ella saltaba encima de Kilian con delicadeza y el chico jugueteaba con sus turgentes pechos, que subían y bajaban, volviéndolo completamente loco, con aquella perspectiva de la Alhambra que incluso en esa situación tan íntima no podía quitarse de la cabeza.

El clímax sexual resultó inolvidable e irrepetible en aquel mágico contexto. Tras secarse, se acostaron en la confortable cama donde pasarían el resto de la noche. Dafne se sumía poco a poco en un sueño reparador, pensando en el misterio que se lo quitaba, mientras sus ojos entornados se asomaban a través de la ventana hacia lo alto de la colina de la Sabika, para echar un último vistazo a esa silueta tan familiar antes de dejarse atrapar por los esponjosos brazos de aquella agradable somnolencia. En ese preciso instante, un Mercedes negro arrancaba su motor y desaparecía en la noche remontando la carrera del Darro.

CAPÍTULO X

Granada, 30 de abril de 2019

—¿Esta es la capilla de San Cecilio?! —inquirió Inari a primera hora de la tarde junto a Dafne, Kilian, Marco y Daniela, justo delante de un lugar vallado y tapado por las labores de restauración, que apenas permitían ver nada interesante—. ¿Y qué se supone que es exactamente lo que debemos buscar? Está todo cercado por las obras —dijo tratando de ver algo por un pequeño agujero que contenía la rafia verde que sitiaba ese histórico enclave.

—A eso hemos venido, Inari, es lo que hay que descubrir —respondió Dafne con gesto serio y enigmático, intentando, igualmente, ponerse de puntillas agarrada a una de las vallas para poder ver más allá—. ¡Mirad, se puede apreciar a simple vista parte de la puerta que están rescatando de la pared de la ermita, es fabuloso! —Los demás hicieron lo propio encaramándose a la valla—. Por cierto, ¿dónde está Afri?

—Creo que estaba con el traductor y luego tenía que ir a por alguien, me ha dicho que vendría cuanto antes —dijo Daniela mirando los restos de esa puerta redescubierta.

—¡Hola, chicos, ya estamos aquí! —voceó África, que llegaba a la carrera unos metros más allá, asustando por un instante a sus amigos, que estaban absortos en su empresa investigadora. A la chica le acompañada un joven que caminaba aprisa como ella. Ambos se detuvieron frente al grupo, recuperando el resuello por el esfuerzo de llegar hasta ese elevado punto del Albaicín.

—Hola, África, se puede ver la puerta desde aquí, ¿te lo puedes creer? —dijo Inari.

—Podéis bajar, puesto que mi amigo Diego nos la va a mostrar desde dentro; trabaja aquí —dijo con una amplia sonrisa—. ¿A que es genial? —Todos se miraron sorprendidos mientras el chico saludaba afablemente con la mano.

—¡Aquí la tenéis, la famosa Bab Qastar, la puerta del Castro! —dijo el tal Diego con un énfasis natural y contagioso, elevando las manos hacia ella, como ofreciéndosela a Dafne y sus amigos, culturalmente hablando. El joven resultó ser licenciado en grado de Conservación y Restauración de Bienes Culturales. Era conocido por África de la universidad, por ello trabajaba en aquel lugar. Saltándose a la torera la máxima de sus jefes en cuanto a que nadie ajeno a aquella labor de conservación podía acceder al interior de la sorpresiva ermita, aceptó, previa dura negociación con África en torno a una suerte de proyecto en el que colaborarían junto a su empresa de rutas, dejarles entrar diez minutos como máximo y contemplar aquel lujo cognitivo en todo su esplendor.

—¡Guau, pero si está mucho mejor de lo que podría haber imaginado! —exclamó África sorprendida mirando hacia arriba para observar aquel arco ziri soterrado durante tanto tiempo.

—A ver —dijo Diego—, está bastante bien, la verdad, pero he decir que llevamos alrededor de ocho meses trabajando ese pedacito superior del arco que podéis ver, para desprender todo resto de suciedad, yeso o argamasa de sus varias reconstrucciones, así como incluso plantas invasoras o la misma humedad que, con el paso de los siglos, tras el dominio musulmán de la

ciudad, ha deteriorado la estructura.

—¡Es maravillosa! —exclamó Dafne sobrecogida.

—Pero ¿sabéis qué es lo más interesante? —preguntó de manera retórica el joven, cebando el interés de la cuadrilla—. Resulta que los arqueólogos han descubierto que esta muralla árabe se construyó sobre otra anterior romana y, por si fuera poco, esta otra sobre una aún más antigua de origen íbero; es decir, que se han encontrado restos de hace más de dos mil quinientos años, pertenecientes, ni más ni menos, al siglo viii antes de Cristo...

—¡Parece mentira! —musitó África embobada, deleitándose con las explicaciones de su amigo.

—¡Dos mil quinientos años...! —dijo Marco tratando de hacerse una idea de lo lejano de aquel otro mundo en donde se empezó a construir esa misma muralla defensiva que tantos siglos después tenía frente a sí—. ¿Cómo una especie puede llegar a ser tan autodestructiva? —preguntó de manera retórica, a modo de reflexión—. Desde que tenemos registros, siempre hemos querido acabar los unos con los otros.

—Así es —convino Kilian—. He aquí la prueba —dijo mirando hacia arriba junto al resto, igualmente admirado, dejando un par de metros de seguridad.

Dafne rompió la línea límite imaginaria trazada por Diego que, en principio, no debían atravesar, acercándose a los tres puntales que soportaban por la parte inferior ese arco musulmán de medio punto que presentaba una especie de ladrillos en la parte superior, y piedras más grandes y robustas en los laterales. De alguna manera, se sentía siguiendo los pasos de Alicia, aunque, en este caso, bien sabía que difícilmente pudo haber visto este lugar que ella ahora contemplaba con pleitesía, ya que en los años noventa estaba cegado en los muros de la ermita y, por tanto, desaparecido.

—No es una buena idea que te acerques tanto —dijo el chico denotando cierta timidez al ver como Dafne se arrimaba cuanto podía, sabedora de que, allí, podría encontrar algo que hubiese estado cientos de años esperando a ser descubierto.

—Así que en los años noventa era imposible que nadie hubiese podido ver esta puerta... —susurraba mientras se aproximaba como para poder colocar sus manos en los fríos puntales de metal, echando la cabeza hacia atrás cuanto podía para mirar la estructura curvada de madera que había sobre ellos, que sostenía el arco en su parte más elevada, así como las piedras desnudas que soportaba tras haber sido recuperadas.

—Dafne... —dijo África sintiéndose una tanto incómoda con la actitud de su amiga, que, lejos de volver a una posición de seguridad, pasó por debajo de los puntales y la puerta, propiamente dicha, con el riesgo que esa acción entrañaba, convencida de tener que encontrar aquello que desconocía, pero que había de estar allí, aguardando su llegada. Miró hacia arriba para ver la otra cara de la puerta y creyó distinguir unas formas difusas en las mismas finas piedras de aspecto de ladrillo, pero del otro lado.

—¡Dafne, vuelve con nosotros, por favor! —extendió el brazo Kilian, avanzando un par de pasos para suplicar a su amada que cesase en su peligroso empeño.

—¡Hay...! ¡Aquí parece que hay una especie de inscripción en árabe! —dijo excitada mientras todos estaban con el corazón en un puño observando su imprudencia.

—¡Por favor, sal de ahí ahora mismo! —comenzó a cambiar el tono de voz de Diego, realmente molesto con la chica.

—¿Qué es lo que pone? No consigo ver con exactitud... están muy desdibujadas. Son letras en árabe, de eso no hay duda —decía sin hacer el más mínimo caso a lo que sucedía a su alrededor, como si estuviese ella sola. Sacó el teléfono y trató de alumbrar ese lugar sin demasiado éxito,

donde la piedra estaba tallada por alguna razón. También probó a hacer una foto con la cámara de su teléfono móvil, ampliándola, pero nada, no conseguía ver qué ponía con claridad.

—¡Sal de inmediato de ahí! —exhortó el chico enfurecido.

—No me iré sin saber qué es lo que pone —respondió la joven con determinación, ahora sí, haciendo caso a los avisos de Diego.

—Es imposible que lo veas a simple vista; vuelve aquí, yo te lo enseñaré... —dijo metiendo la mano en su bolsillo para sacar su *smartphone*, captando toda la atención de Dafne que, intuyendo a qué se refería, accedió de inmediato.

—Se trata de una inscripción arábiga, como bien has deducido —dijo Diego ya más tranquilo en el exterior de la ermita. África, que junto a los demás lo rodeaban, lo miraba con cara de circunstancias tras pasar un mal trago—. Apenas se puede ver a simple vista, dado el lamentable estado de conservación de esas letras, pero mediante un sofisticado *software* de recreación en tres dimensiones con luz ultravioleta, nos hemos podido hacer una idea bastante definida de lo que pone.

—¿Y bien? —preguntó Dafne impaciente mientras el chico toqueteaba su teléfono, tratando de encontrar algo que quería mostrarles.

—Un momento... sí, ¡aquí está! —dijo con entusiasmo, mostrando una imagen al grupo de amigos, que cuerpeaban por hacerse hueco para poder verla, con Dafne en medio, frente a la pantalla iluminada.

—¡Es una frase! —gritó África mirando por encima del hombro de su amiga.

—¿Qué significa? No logro entender —farfulló Dafne.

—Pone no sé qué de la altura mayor del reino o algo así —dijo la historiadora.

—No vas mal encaminada —le respondió Diego señalando con el dedo las letras—. Recordad que se lee de derecha a izquierda. «En la mayor altura del reino, en el trono del poder, vigorosa se alza al cielo».

—¿Qué quiere decir? ¿Es un acertijo o solo me lo parece? —preguntó Marco intrigado.

—No lo creo —dijo Diego—. A mi entender, hace una simple referencia a la propia puerta. «En la mayor altura del reino», creo que se refiere a que, cuando se construyó esta puerta, este era el lugar más elevado o de mayor importancia del reino. Creo que es simbolismo puro y duro. Imaginaos, era la entrada principal al primer recinto amurallado de los ziríes, se trataba del orgullo de los reyes; con su altura y robustez les protegía del exterior, por ello lo de «vigorosa se alza al cielo». Para mí no hay duda, este grabado debe atender a eso.

—Sí, tiene sentido —dijo Inari tocándose la barbilla.

—Eso teniendo en cuenta que se cincelasen cuando se construyó en época zirí y no en otra —dejó caer Kilian astutamente.

—Exacto, todo depende del punto de vista —comentó Dafne.

—¿Y por qué iban a poner ese grabado en otro momento que no fuese el de su construcción primigenia? ¿Con qué objetivo? —preguntó Diego convencido de su teoría. Los cinco amigos se miraron descaradamente, como si se pudiesen comunicar a través de telepatía.

—¡Muchísimas gracias, Diego, nos has sido de una grandísima ayuda, te lo aseguro! —dijo Dafne animada ante la perspectiva de que aquellas palabras contuviesen un sentido oculto a simple vista y que constituyesen, finalmente, aquello que buscaban y que les había emplazado hasta allí.

—Pero... ¿a qué os referís? —preguntó el joven extrañado mientras África le daba un beso en la mejilla a modo de agradecimiento y despedida, cuando sus cinco aventureros amigos ya se alejaban con premura y un suculento botín por el callejón de San Cecilio, en dirección a su próxima parada, que apenas distaba cincuenta metros de allí.

—¡Fijo que tiene otra explicación! —exclamó Daniela—. No puede ser tan evidente.

—Es posible, pero la pregunta es obvia, ¿cuál? —cavilaba Dafne mientras se dirigían a su segundo destino con el sol comenzando a caer sobre Granada por el oeste—. A ver —dijo sacando una fotocopia de los seis versos misteriosos—. Primero nombra Bab Qastar, la puerta del Castro que acabamos de ver; en segundo lugar aparece Dar al-Horra; en tercer y cuarto puesto tenemos dos lugares que ya no existen como tal, Bab al-Asad y al-Murabitin, y en quinto lugar, está Bab al-Ziyada, más conocida como la Puerta de las Pesas, Puerta Nueva o del Ensanche; es decir, la que tenemos frente a nuestras narices y que, por proximidad, revisaremos primero —dijo finalmente descendiendo por siete escalones con una barandilla negra a la izquierda que embocaban la entrada a esa enorme puerta por la parte exterior, dando acceso, tras su recodo, a la alcazaba antigua.

Dafne y sus amigos se quedaron mirando el arco de herradura exterior con dintel de ladrillo flanqueado por fuertes torres, tratando de encontrar alguna otra pista que les permitiese avanzar en tan singular búsqueda.

—Por aquí afuera no parece haber nada —dijo Marco examinando cada palmo de pared.

—Miremos el interior y la otra cara de la puerta —dijo África—. Creo recordar que, en la parte de dentro, hay una inscripción.

—¡Vamos! —exclamó Dafne enérgica.

Al margen de alguna que otra pintada, no hallaron nada en el pasaje interior en recodo con bóvedas de cañón en los tramos rectos y bóveda vaída de ladrillo en el ángulo del pasillo que forma el codo, hasta conectar con el otro lado de aquella importante puerta. En su cara interior presentaba un coqueto arco de medio punto por el cual accedieron a la conocida como Plaza Larga.

—¡Mirad, ahí está la inscripción! —dijo Marco localizándola enseguida.

—¡Ah, esa la conozco, no nos vale porque es de época cristiana, posterior a la reconquista en 1492! —aseguraba Kilian convencido—. Dice no sé qué de la constitución de esta plaza, donde había carnicerías, mataderos y lavaderos. Además, mira, pone la fecha ahí: 1576.

—Es verdad, ahora lo recuerdo, no puede ser lo que buscamos. Esa inscripción hace referencia, como bien dices, a la construcción de la Plaza Larga —ratificó Dafne.

—Pues yo nunca he visto ninguna otra, y mira que he pasado veces por aquí —explicó Daniela.

—¿Qué significado tienen las pesas? Nunca les he dado la menor importancia —se interesó Inari mirando cinco piezas metálicas que colgaban de alcayatas un par de metros sobre el arco de la puerta.

—La tradición cuenta que allí se colgaban las pesas defectuosas que los mercaderes de los alrededores de esta plaza usaban de modo fraudulento para engañar a ingenuos compradores —les contaba África—. Al parecer, en ocasiones, a estas pesas incluso las acompañaba alguna que otra mano a modo de advertencia para enseñar al resto lo que les podía suceder si los cogían tramando timos.

—¡Guau, qué salvajes! —expresó Daniela.

—¡Un método disuasorio muy efectivo, seguro! —bromeó Inari.

—¡Ey, volvamos a la búsqueda, chicos! —les rogó Dafne dando un par de palmadas—. Revisaremos de nuevo, y esta vez a conciencia, ambas fachadas de la puerta y el interior.

—No hay nada, no cabe la menor duda —aseguró Kilian desolado tras volver a inspeccionar el interior abovedado de la Puerta de las Pesas por tercera vez junto a Dafne. Daniela y Marco hicieron lo propio con la fachada exterior, e Inari y África con la interior.

—Esta vez parece que no vamos a encontrar lo que buscamos —se lamentó Dafne tremendamente afligida.

La luz natural del día se apagaba poco a poco, finiquitando de igual manera aquella búsqueda infructuosa, cuando, de pronto, África sacó su teléfono y se lo puso en el oído izquierdo sin mediar palabra alguna.

—¿A quién llamas ahora? —se interesó Marco.

—A un compañero historiador, es un estudioso de todo lo referente a arquitectura y urbanismo arábigo de Granada, y un gran conocedor de la evolución a lo largo de los tiempos de la mayoría de los lugares emblemáticos de la ciudad, sus detalles, curiosidades, *etc.* Si hubo algo escrito en árabe en algún lugar de esta puerta y existe alguna referencia documentada, estoy segura de que él lo puede saber.

—Eso sería genial. —Cruzó los dedos Dafne.

—¡Oh, mierda, no lo coge! —dijo tras unos, más que generosos, veinte segundos dando tono—. Le escribiré un wasap.

—A la vista de los acontecimientos, continuaremos con el siguiente escenario hasta tener noticias de tu conocido —indicó Dafne—. ¿A qué hora cierran al público las visitas de Dar al-Horra? —preguntó a sus amigos mirándose el reloj.

—¡Aquí está, el palacio de Dar al-horra o Casa de la Honesta! —dijo África en el callejón de las Monjas, en su misma puerta, que, en realidad, no era la original, sino una adaptación. Dentro de una gran finca de huertos y jardines, se trataba de la que fuese la residencia oficial de Aixa la-Horra; es decir, la mujer de Muley Hacén y madre del último emir de Granada, Boabdil, tras ser repudiada por el primero y expulsada de la Alhambra en favor de Isabel de Solís, una esclava castellana de la que se enamoró su marido perdidamente. Con anterioridad, esta residencia formaba parte del complejo palatino del rey zirí, Badis; por ello, aún a día de hoy, sigue flanqueada por la muralla zirí—. Vamos a ver si nos dejan pasar, aunque sea solo un momento; son las siete y media pasadas, deben estar a punto de cerrar. —Entraron casi a la carrera.

—¡Lo siento, pero vamos a cerrar! —les dijo una mujer entrada en años y en quilos con cara de pocos amigos, disponiendo los brazos como un portero de fútbol preparado para recibir un disparo a bocajarro para que se detuviesen.

—¡Solo una pregunta! —exclamó Dafne juntando las manos a modo de plegaria—. ¿Hay en el palacio alguna inscripción en árabe?

—¿Cómo...? ¿A qué viene eso ahora? —dijo la trabajadora extrañada.

—Es muy importante para nosotros, señora —indicó Inari tratando de empatizar con la mujer.

—Pues sí... creo que sí, en unas yeserías —respondió sin comprender aquella visita inesperada y cuál podía ser la importancia de unas simples palabras esculpidas en yeso.

—¡Oh, gracias a Dios! —dijo África.

—Señora, sería de gran ayuda que nos las mostrase, por favor —le dijo Kilian dulcemente en esta ocasión, acercándose a la mujer cara a cara, explotando sus dotes de galán.

—¿No podéis volver mañana? Es hora de irme —argumentó la trabajadora a punto de darse por vencida ante tanta insistencia juvenil.

—Será solamente un minuto, se lo aseguro —remató la faena Daniela con su sonrisa más angelical.

—¡Está bien...! —aceptó a regañadientes—. Seguidme, chicos, tenéis cinco minutos desde ahora —les dijo mientras se giraba para salir disparada en dirección al supuesto emplazamiento de las yeserías con los seis amigos entusiasmados tras de sí, haciendo gestos mudos y victoriosos entre ellos.

La mujer entró en la hermosa casa propiamente dicha, compuesta por un patio rectangular muy al estilo musulmán, con las habitaciones distribuidas en torno a ese espacio central del que destacaba una pequeña alberca ubicada en el lateral sur. Los pórticos, situados en los lados más estrechos, a norte y sur, estaban oscurecidos como todo lo demás, dado que ya habían apagado las luces del lugar con intenciones de dar por concluida la jornada. El costado norte presentaba dos alturas, siendo la más alta un torreón superior.

—¡Esperad aquí! —ordenó la mujer al grupo de amigos justo cuando estaban en mitad de aquel patio falto de luz, con la alberca detrás y tres sencillos arcos frente a ellos en el citado pórtico norte.

Inari se separó un par de metros del grupo, llegando al centro de aquel patio ancestral, testigo mudo de innumerables hechos de trascendente importancia histórica. Comenzó a girar sobre sí mismo mientras miraba hacia arriba, al segundo piso, igualmente oscurecido, cuando sintió un escalofrío.

—¿Os dais cuenta de la cantidad de vivencias increíbles que habrán tenido lugar entre estas paredes? —dijo abriendo los brazos y disfrutando de aquel momento pseudomístico con la añeja edificación—. ¿No sentís la energía? —añadió un instante antes de que unos focos estratégicamente situados iluminasen esos arcos del pórtico norte desde el interior, dotados de esbeltas columnas con capiteles nazaríes que recordaban, de manera inequívoca, a los del patio de los Leones de la Alhambra, ya que, no en vano, el palacio de Dar Al-Horra era el más bello ejemplo de arte nazarí en cuanto a su arquitectura, su excelsa yesería y decoración, siempre después de la insuperable Fortaleza Roja.

—¡Guau, qué bonito! —susurró Daniela.

—Tu energía ha hecho acto de presencia, Inari —señaló Marco golpeándole en el hombro a modo de guasa, con Kilian riendo a su lado.

—¡Venid, están en el mirador, en la primera altura! —manifestó la oronda empleada del palacio surgiendo de imprevisto por el arco central para encarar la zona de las escaleras—. Las inscripciones arábigas están ahí arriba.

—¡Es una edificación preciosa! —aseguraba Dafne acariciando una de las lisas columnas mientras franqueaba el arco para seguirla.

Al entrar en el mirador, una vez arriba, la artista contempló una imagen que la dejó boquiabierto: la del cerro de San Cristóbal a poniente completamente iluminado, desde allí, en una zona más elevada como era el Albaicín.

—«Bendición», «felicidad», «la salud es perpetua», «la dicha continúa» y... Este más largo significaba... Espera, que no me acuerdo —decía la mujer señalando cada una de las preciosas inscripciones labradas sobre el yeso con unas dimensiones perfectas—. «En el lugar más alto del reino, se alzaba al cielo...», o algo así. —Todos se miraron estupefactos—. No creáis que sé leer árabe, las he aprendido de memoria; je, je —rió por primera vez la buena mujer, que estaba algo más distendida.

—«En la mayor altura del reino, en el trono del poder, vigorosa se alza al cielo» —recitó sin pensar Dafne, como un mantra, con su mente enfervorecida y los ojos abiertos al máximo.

—¡Sí, exacto, esa era la frase completa! —indicó la empleada sorprendida—. ¿Cómo... cómo lo has sabido? ¿Acaso puedes leer escrituras en árabe? —preguntó impresionada.

—Sí, algo así... —echó balones fuera la joven—. ¡Gracias, señora! —le dijo de pronto cogiéndola por las manos con verdadera gratitud—. ¡Inari, haz una foto de inmediato a la inscripción, que nos vamos!

Acto seguido, los seis salieron precipitadamente del precioso palacio tan deprisa como habían llegado, dejando con un palmo de narices a la trabajadora de aquel valioso lugar que, sin entender lo más mínimo lo que había sucedido, ya apagaba las luces de nuevo para poder irse a su casa tras una larga jornada laboral.

—¡Es la misma inscripción! —dijo Marco.

—Literalmente la misma —refrendó África junto a Inari mientras se desplazaban con soltura, mirando en la pantalla de su teléfono la instantánea que acababa de hacer a la yestería nazarí.

«Tic, tic. Tic, tic», sonó un mensaje entrante en el móvil de África en esta ocasión.

—¡Es mi amigo! Me irá a contestar sobre lo que le he preguntado de la Puerta de las Pesas —dijo deteniéndose un instante según descendían del Albaicín por el carril de la Lona. Se dirigían a su último objetivo de esa noche, la Puerta de Monaita, con buena parte de la ciudad de Granada ya iluminada en plena noche, en una visión magnífica, propiciada por la altura en ese extremo de aquel barrio elevado con respecto al resto de la parte baja del centro histórico y moderno que se cernía a sus pies. La Puerta de Elvira sobresalía en las cercanías, así como la iglesia de San Andrés o incluso la mismísima catedral, algo más lejana, colindado con la Gran Vía y su sombra siempre paralela, la calle de Elvira.

—¿Qué dice? —preguntó Dafne parándose de súbito.

—Espera, por ahora solo me ha saludado, está escribiendo.

—Veamos si tiene algo interesante que contarnos. La búsqueda se está volviendo de lo más sugestiva —dijo Kilian pensando en voz alta—. ¿Por qué demonios dejaría el autor una misma inscripción en dos lugares diferentes?

—¡En tres! —exclamó desconcertada África, corrigiendo a Kilian.

—¿Cómo? —preguntó Dafne.

—Lo que oís. El autor, fuese quien fuese, dejó la misma frase, mensaje cifrado, inscripción o lo que sea que signifique esa expresión al menos en tres lugares distintos —atestiguó contundente, mostrando a sus amigos el teléfono, que brillaba en aquella semioscuridad nocturna, donde se podía observar la captura de pantalla de un artículo de investigación especializado en los cambios urbanísticos de Granada desde su creación, con un escueto mensaje escrito por él mismo a modo de pie de imagen que decía: «Antes de la inscripción cristiana actual, existía esta frase escrita en árabe: “En la mayor altura del reino, en el trono del poder, vigorosa se alza al cielo”».

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Daniela echándose las manos a la cara.

—Dice que, se sabe, por documentos antiguos donde así se afirma —volvió a leer un nuevo mensaje—. Es decir, que no se ha demostrado, pero asegura que debe estar bajo la inscripción actual.

—Como cuando construían sus edificios religiosos más importantes justo en el lugar donde se encontraba el de la anterior cultura —reflexionaba Marco—. Donde actualmente se alza la catedral, por ejemplo, en época musulmana estaba la Mezquita Mayor...

—¡Superposición! —exclamó Inari.

—¡Exacto! Murallas, puertas, fortalezas, inscripciones... Todo está superpuesto en este tipo de

ciudades con increíble patrimonio histórico —indicó Marco.

—Pero ¿qué sentido tiene esto? —se devanaba los sesos Dafne buscando un motivo loable para repetir ese mensaje encubierto; pero, a la vista de todos, en tantos puntos diferentes—. ¡No logro entenderlo! —expresó frustrada.

—¿No? —dijo Kilian en esta ocasión—. Pues yo creo que empiezo a comprender de qué puñetas va todo esto.

—Creo que sé por dónde vas... —insinuó África.

—¡Vamos a la Puerta de Monaita! —dijeron al unísono.

—¿Se puede saber qué es eso que ambos creéis haber deducido? —dijo algo enojada Dafne a los pies de la escalera que ascendía a la famosa Puerta de Monaita, por el secretismo con el que ambos protegían esa hipótesis florecida, al parecer, en sus mentes al unísono tras las últimas revelaciones.

—Un minuto más, preciosa; si estamos en lo cierto, enseguida lo entenderás —le dijo Kilian con semblante tranquilizador. Tomó su mano con todo el cariño que le profesaba y comenzó a subir, junto a ella, aquella pendiente varada en los largos brazos del espacio-tiempo.

La Puerta de la Monaita, del siglo xi, constituía otro de los siete accesos que poseyó en su momento la Alcazaba Qadima, integrada en la primigenia muralla zirí. Por ser una de las principales entradas, se encontraba realmente reforzada, pues no era sino una pequeña fortificación, como indicaba su aún existente trazado exterior, con su torreón adosado a dos puertas de acceso en arcos de herradura con dintel de ladrillo que, mediante una bóveda de medio cañón en recodo, daban paso a un patio intermedio de forma cuadrada con seis metros de lado, y este, a su vez, a la alcazaba propiamente dicha, por otra puerta hoy desaparecida como el resto del interior. Las rampas zigzagueantes de acceso hasta llegar frente a la misma puerta, por las que subían Kilian y Dafne con sus amigos a la zaga, hoy escalonadas, la hacían prácticamente inexpugnable.

—¡Aquí la tenemos, la Puerta de Monaita! —comentó Kilian jadeando en el último giro a la izquierda de aquella subida sinuosa frente a catorce escalones que todavía les separaban del pequeño recinto fortificado.

—¿Eso que hay sobre la puerta es una inscripción en árabe? —preguntó Dafne cerrando un poco los ojos para tratar de enfocarse en aquellas letras desdibujadas.

—¡Exacto, justo debajo del dintel! —Sonrió África intuyendo lo que iban a encontrar.

—Acerquémonos cuanto podamos —dijo Kilian llegando a la base del imponente baluarte musulmán, ensombrecido por la espesura de la noche.

—¿Podéis iluminarla? —sugirió Daniela.

—¡Claro! —dijo Inari sacando al instante su teléfono móvil para tratar de alumbrar con él en modo linterna. Kilian y Marco hicieron lo propio.

—¡Parece... parece la misma inscripción! —exclamó Dafne entusiasmada.

—Lo que me figuraba —reveló su amiga África sonriendo—. Mi hipótesis sobre las pistas no era del todo correcta.

—¡Confirmado! —expresó Kilian—. Se trata de una misma inscripción; es decir, un único mensaje que, muy probablemente, estuviese en todas las localizaciones que enumera en esas primeras páginas del documento.

—Efectivamente, eso es lo que yo también intuía —suscribió África su discurso—. No puede

ser casualidad que, de los siete emplazamientos que nos indica, busquemos en los cuatro que aún existen y en todos hayamos encontrado esta misma inscripción —explicaba su razonamiento la historiadora—. Lo que me lleva a pensar que...

—¡Puso la misma frase en todas ellas para asegurarse que, al menos en alguno de ellos, su mensaje perdurase a través de los siglos para trasladar su importante contenido! —dijo por fin Dafne, cayendo también en la cuenta de aquella evidencia latente que África y Kilian ya vislumbraban anteriormente.

—¡Es fascinante! —dijo Marco embelesado como los demás, mirando esa inscripción a la luz de los teléfonos.

—Un enigma verdaderamente novelesco, diría yo —añadió Daniela.

—«En la mayor altura del reino, en el trono del poder, vigorosa se alza al cielo» —susurró Dafne tratando de comprender el profundo significado que, sin duda alguna, debía tener aquel simple juego de palabras que había pasado desapercibido para el común de los mortales durante siglos. «A Alicia seguro que no», pensó de pronto imaginándola en ese mismo lugar, mirando hacia arriba tan sorprendida y fascinada como ella misma—. ¿Qué nos querrá decir?

—Debe sugerir algún lugar concreto, eso por descartado —indicó Inari—. ¿Creéis que podría referirse a alguna torre o edificio del mismo Albaicín? —preguntó devanándose los sesos—. Por lo de la altura y eso, digo. «En la mayor altura del reino...», este debía ser su reino, el Albaicín.

—Hay que recordar que está escrita, por lo que sabemos, en periodo nazari. Puede que en época zirí sí se considerase el Albaicín el centro del reino y, en consecuencia, el lugar de mayor altura de este, pero no así en tiempos de los reyes nazaritas, donde buena parte de la Granada que conocemos estaba ya establecida —apuntó Marco acertadamente.

—Muy buena apreciación —dijo Kilian—. Además, tengo la impresión de que no debemos ser extremadamente literales al tratar de extrapolar el sentido de la frase con la ciudad real de Granada. Yo me inclinaría más por el simbolismo; es decir, tratar de buscar explicación a esa frase, más desde el punto de vista alegórico que desde el literal.

—Sí, estoy de acuerdo, no creo que debamos ser estrictamente literales —convino Dafne—. Tenemos que intentar pensar como creemos que lo haría el autor, alinearnos con su punto de vista, meternos en su piel... —fantaseaba Dafne con aquella idea cautivadora de suplantar de manera creativa y, por tanto, ficticia la personalidad de alguien que vivió en la Edad Media, ni más ni menos, atesorando un talento y una sensibilidad muy particulares que lo llevasen a urdir un plan de tal categoría intelectual que, aún a día de hoy, resultase fascinante.

Todos miraban hacia arriba, observando esas palabras en árabe con trazos sinuosos y preciosistas que invitaban a incentivar la fantasía interior de toda persona. Esa fantasía infantil que se esconde, agazapada ante las inclemencias de la edad adulta, en algún rincón oscuro de todo ser humano, a la espera de ser redescubierta.

Kilian echó la cabeza hacia atrás frotándose con la mano derecha las cervicales. Tanto tiempo mirando hacia arriba en esa postura hacía que le molestasen. Justo en ese instante, se percató de tres siluetas que se asomaban desde el lugar más alto del lateral derecho de la estructura de la puerta según miraban hacia ella. Esas tres sombras furtivas se encontraban justo en los solares aledaños a Monaita, por la parte de adentro. Terrenos que, probablemente, formasen parte del palacio del rey Badis en su momento.

—¡¿Ey, qué hacéis ahí?! —voceó Kilian tras unos segundos percibiendo como esos individuos desconocidos e inmóviles los miraban de forma sospechosa para, después, ponerse a cuchichear. Los demás, absortos con la inscripción, no se percataron de ellos—. ¡Oye, esperad!, ¿quiénes sois? —gritó el atlético chico cuando las sombras se escabulleron por el borde del lateral,

escapando de su campo de visión.

Kilian echó a correr escaleras abajo con intención de remontar de nuevo el carril de la Lona para tratar de cruzarse con ellos o, al menos, ver quiénes eran. Marco lo siguió a la carrera, pero para cuando se estaban acercando a las escaleras por las que, poco antes, habían bajado desde lo alto del Albaicín, con intención de dirigirse hacia la Puerta de Monaita, un coche puso en marcha su motor mientras alguien terminaba de montar y cerraba la puerta con estrépito. El Mercedes negro, que parecía de alta gama, salió disparado cuesta abajo, de cara a los dos chicos que describían el itinerario contrario, a tal punto que, de no haberse apartado de su trayectoria, probablemente habrían sido arrollados.

—¡Eh, cabrones! —les gritó Kilian alzando el puño, con la espalda pegada aún a la pared de aquella estrecha calle, asustado por la velocidad a la que pasó el coche apenas a un metro de ambos. Marco lo miraba alejarse jadeando a su costado mientras el vehículo se perdía en la noche, rugiendo y haciendo chirriar sus ruedas en el envejecido adoquinado.

—Pero ¿qué coño...? —dijo Inari estremecido cuando, junto al resto del grupo, llegaron al lugar donde se encontraban sus dos amigos, que no daban crédito a la forma en que vieron pasar a ese coche.

—¿Qué ha ocurrido?! —preguntó Dafne aturdida mientras abrazaba y besaba a su amado—. ¿Quiénes eran?

—No tengo ni idea, chicos, pero tengo un mal presentimiento. Puede que no estemos solos en esta búsqueda —sentenció, dejando un halo de reflexión en el ambiente, con los últimos ecos del acelerado motor de aquel coche desconocido que, en la lejanía, circulaba por las calles granadinas como una exhalación.

CAPÍTULO XI

Granada, 1 de mayo de 2019

Aquel edificio que observaba Daniela con expectación en el barrio del Realejo, plantada en la acera de enfrente y con la luz clara de la mañana, no era, ni de lejos, un inmueble de altos lujos, sino más bien todo lo contrario. Su fachada, anquilosada en los noventa, denotaba cierta dejadez en su conservación. Se encontraba en la calle Pavaneras, muy cerca de la conocida Casa de los Tiros, antigua fortaleza perteneciente a la muralla del barrio de los Alfareros —de ahí su torreón—, que tomaba su nombre de los mosquetes que aparecían entre las almenas de aquel maravilloso edificio del siglo xvi, donde, a día de hoy, se encontraba el Museo de Historia de Granada.

La noche anterior, tras la seductora aventura investigadora del grupo de amigos —aun con ese inquietante final—, cuando Daniela llegó a su cuarto de la residencia de estudiantes, descubrió que le habían mandado un *mail* desde el periódico de lo más interesante. En él le comunicaban que un excomisario del cuerpo de policía de Granada, don Federico Martín, había aceptado entrevistarse con la joven, previa solicitud de esta a través del rotativo en el que comenzaba a hacer sus pinitos como periodista, en el puesto de becaria.

Daniela había convencido a su jefe de que sería interesante que la dejase entrevistar a una de las autoridades de la época, en relación a lo sucedido en el año 96, a modo de probatura interna del periódico —y de la joven estudiante, más concretamente—, con intención de encontrar alguna novedad plausible acerca del misterioso caso que motivase en un futuro la consideración de poder escribir algún nuevo artículo al respecto en el periódico.

El expolicía, ya jubilado y alejado de la vorágine que rodea el día a día de las fuerzas y cuerpos de seguridad del estado, casi siempre había sido reacio a hablar del tema con la prensa, pero algo debía haber cambiado en su parecer como para que aceptase la entrevista con Daniela. Puede que el hecho de que fuese una simple becaria en prácticas que trataba de ensayar una suerte de crónica interna del periódico le llevase a pensar que era del todo inofensiva, venciendo así sus anteriores prejuicios con respecto a los medios. O puede que simplemente se hubiese decidido a hablar...

La puerta se abrió con un chirrido un tanto histriónico, sin que nadie mediase palabra alguna a través del interfono, cuando Daniela llamó al timbre de un piso de la cuarta planta, como le habían indicado previamente. Al entrar en el inmueble, vio confirmadas sus sospechas; era viejo. El enorme espejo un tanto amarillento, con su trasnochado marco dorado colgado de un lateral y picado en varias de sus esquinas, junto con el suelo de granito rojizo, no hizo sino refrendar la primera impresión de la fachada. Por no tener, no tenía ni ascensor, por lo que le tocaría subir los cuatro pisos a la antigua usanza.

Algo jadeante, golpeó la puerta con notable inseguridad, dado que, a fin de cuentas, no sabía nada del individuo al que iba a visitar, más allá de lo que había investigado en las viejas crónicas sobre las muertes del 96. Por lo que decían de él por aquel entonces los antiguos periodistas, daba el perfil de ser un hombre con una cierta arrogancia y terquedad, puesto que solía ser cortante con la prensa y no era habitual que se prestase a hablar sobre unas u otras investigaciones en las que trabajaba. Pero era sobre esa tragedia del 96 con la que más precavido se solía mostrar, incluso

parecía estar a la defensiva cada vez que un periodista lo asaltaba por la calle con alguna que otra pregunta sobre lo ocurrido, como le comentaron varios de sus compañeros más veteranos. Siempre se mostraba distante, esquivo e incluso incómodo cuando se le hablaba del tema.

En cualquier caso, ya habían pasado más de veinte años de aquello y, además, llevaba muchos de ellos jubilado de sus estresantes competencias. Por eso Daniela tenía la esperanza de que, ahora, más relajado y en un contexto distendido, abriese realmente su alma y su corazón para soltar todo eso que, seguro, aún guardaba en su interior con respecto al interesante caso.

Eso es lo que esperaba, pero bien sabía que, como pensaba al principio de su reflexión —en lo que tardó en subir esas cuatro plantas y traquear en la puerta de aquel viejo piso de puerta discreta, la cual ni tan siquiera tenía un triste timbre al que llamar—, no tenía certeza alguna de la personalidad actual de aquel hombre. Puede que estuviese loco perdido o que la dureza de lo que sus muchos años al servicio de la ley y el orden le pasasen factura al ver la peor cara de la humanidad y, por ello, sufriese una profunda depresión que lo tuviera aislado o, peor aún, que padeciese las dos cosas. «Un psicópata depresivo dispuesto a dar que hablar en sus últimos años de vida, ya sin nada que perder... llevándose por delante a todo y a todos los que se pusieran a tiro», pensó sintiendo un irremediable escalofrío momentáneo.

Su mente, rebosante de ideas desestabilizadoras debido a su ingente imaginación, que, más pronto que tarde, le llevaría a escribir alguna que otra novela —como así tantos otros periodistas—, solía jugarle malas pasadas en según qué situación de incertidumbre, con tendencia al negativismo. Esto era una tara inherente a su persona que la ponía muy furiosa, porque ella era realmente optimista y nada le daba más rabia que su mente, por su cuenta y riesgo, se posicionase en un perfil pernicioso de buenas a primeras, intoxicando sus sensaciones, al menos por un breve espacio de tiempo, al verter en su alma un compendio de inseguridades, presunciones indeseables y miedos de la mano de la desesperanza.

Una puerta se abrió con un ruido seco que no esperaba. Sobre todo porque no se trataba de la que había golpeado con los nudillos, justo enfrente de ella, sino más bien la que se encontraba en el costado opuesto de aquel rellano, en la que tan solo había esas dos viviendas, como en el resto de plantas del antiguo edificio.

—¿Quién es usted? —preguntó con tono áspero una voz ciertamente nasal e irritante ya desde el primer momento, proveniente del escaso palmo de abertura de esa puerta de aquel otro piso.

—¿Perdone? Soy... Mi nombre es Daniela. —Dudó si responder o no a aquel desconocido—. Estoy buscando a don Federico Martín. Me han dicho que esta es su casa, ¿no es así?

Un inesperado silencio de aquella persona que no mostraba su rostro extraño sobremanera a Daniela, que, algo desconcertada, se giró de nuevo hacia la puerta para insistir con sus nudillos enrojecidos.

—¡Hola, ¿hay alguien ahí?! —preguntaba volviéndose de vez en cuando hacia la puerta entreabierta a su espalda que, de pronto, comenzó a moverse lánguidamente, haciendo un sutil ruido casi imperceptible hasta quedar completamente abierta. Daniela se giró de nuevo para mirar hacia allí, expectante. Dio un par de pasos cortos.

—Hola, señor, ¿quién es usted? —preguntó—. ¿Señor...? —No obtuvo respuesta alguna.

—¡Señorita Daniela! —expresó de pronto un hombre a su espalda con poderosa voz que la sobresaltó.

—¡Dios mío! Pero qué susto me ha dado... —reconoció llevándose una mano al pecho con gesto de espanto—. No, no me abría, y había un hombre allí que... —balbuceaba aún descolocada. El hombre, entrado en años, corpulento y con pelo cano, cerró la puerta con energía, cortando sus palabras.

—¡Vamos, es allí! —dijo sorprendiendo aún más a la joven—. Era yo. —Sonrió—. Los dos pisos son de mi propiedad, aunque si busca mi dirección, solo la encontrará en este. —Señaló al de su espalda.

—Pero ¿cómo ha salido? —murmuró alucinada.

—¡Oh, sí! Están comunicados —afirmó el excéntrico individuo—. No le diré por dónde, pero sí, lo están.

—¿Y por qué tiene dos pisos unidos? —le preguntó cuando el veterano hombre ya se encontraba a su altura, extendiendo el brazo izquierdo para invitarla a entrar en el segundo de los pisos, por donde se había asomado previamente.

—Bueno, se podría decir que son manías de un viejo carcamal relacionadas con la seguridad que no vienen al caso ahora mismo —evitó contestar directamente a la pregunta de la periodista.

—¿Seguridad...? —susurró Daniela—. ¿Tiene miedo de algo, don Federico?

—¡Entremos! —zanjó ese peliagudo tema el curtido personaje.

—¿Cuántos años lleva usted jubilado? —preguntó de buenas a primeras Daniela con el teléfono en modo grabadora de audio y papel y boli en la mano para tomar apuntes e ir tachando las preguntas que traía preparadas de casa tal y como se las iba formulando—. Si no es indiscreción...

—¡Oh, no, tranquila, para nada! —afirmó de buen grado mientras aún estaba acomodando sus posaderas en aquellos sillones de aspecto *vintage*, en los que ambos se habían sentado en el extremo de aquel acogedor salón comedor, frente a unas cristaleras enormes que conformaban buena parte de la fachada de aquel piso que daba a la calle, justo desde donde miraba minutos antes Daniela, en la acera de enfrente—. Llevo, si no recuerdo mal, doce años jubilado. Como ve, aunque mi formidable constitución aún sostenga el encanto y la gallardía que antaño desprendía mi persona, la verdad es que tengo más años que la orilla de la playa, como se suele decir coloquialmente. —Río de manera agradable y comenzó a desmontar la idea preconcebida que Daniela traía de él.

—Está usted genial, nadie diría que lleva tantos años jubilado —reconocía la chica, muy cómoda con su buen talante.

—Y bien, señorita, ¿qué es exactamente lo que ha venido a preguntar a un dinosaurio como yo? —dijo sin más preámbulos.

—Más que preguntas concretas, primero quería que me hablase de lo que pasó en el 96 —reveló por fin lo que aquel intuitivo sexagenario se figuraba—. Sé que usted fue una de las autoridades al mando más representativas de las que llevaron el peso de aquel misterioso caso.

—Sí, bueno, era uno de los responsables de la investigación —dijo algo más serio aquel hombre amable e incluso simpático.

—¿Qué fue lo que ocurrió en realidad? —preguntó la joven muy interesada—. ¿Cómo es posible que no se llegase al fondo de aquel turbio asunto?

—Bueno, es más complicado de lo que, *a priori*, pueda parecer, señorita Daniela. No se trataba de un simple asunto, sino que teníamos cinco sucesos, aparentemente independientes, con sus cinco investigaciones paralelas, cada una al margen de la otra. Pero claro, al descubrir que todas estas personas habían trabajado para una misma empresa no mucho tiempo atrás, todos nuestros esfuerzos se centraron en tratar de buscar una explicación razonada y conjuntada que arrojar luz sobre aquellos supuestos accidentes en esa extraña noche de tormenta que a todos

quitó el sueño en Granada durante algún tiempo.

—Una única trama que englobase todos esos sucesos fatales, ¿verdad? —preguntaba tomando alguna que otra nota en su libretita—. ¿Y a qué empresa se refiere, don Federico?

—Eso es. La empresa se llamaba... déjeme que me acuerde. Ah, sí, Investigation and Development S. L. —dijo finalmente.

—Sí, creo que me suena ese nombre —ironizaba la chica.

—Es probable que la haya escuchado o visto en algún lugar; estuvo en el punto de mira durante mucho tiempo, pero nadie pudo inculpar finalmente a sus dueños. Ni tan siquiera relacionarlos de manera mínima con los fatales sucesos.

—Pues sí que es extraño, un verdadero misterio —dijo Daniela—. Y qué me puede contar usted de todo aquello a nivel personal, ¿qué piensa de todo ese asunto?

—Sin duda alguna, le diría que hubo algo extraño detrás de ese caso desde el principio. De hecho, fue mi primera impresión, siempre lo pensé —confesaba el hombre—. Es esa corazonada que todo buen policía siente de la mano de su intuición cuando se enfrenta a un nuevo caso. Como le he dicho, se trataba de cinco personas que habían trabajado para esta empresa; es decir, que probablemente se conocían, incluso había una pareja entre el grupo: una popular arqueóloga y su marido, científico. Todos y cada uno de los accidentes podrían haber sido simulados con relativa facilidad, el problema es que no encontramos ni una sola prueba incriminatoria. Mire, señorita, a estas alturas, dudo que una joven inteligente como usted siga creyendo en los Reyes Magos... Así que deduzco que, si ha venido a hablar conmigo, es porque tendrá claro que lo que pasó esa noche no fueron sino cinco asesinatos incuestionables. Y lo más probable es que los responsables perteneciesen a esa empresa o bien su entorno.

—Sí, eso lo tenía claro —intervino Daniela, dando por superada esa obviedad implícita—. La pregunta es, ¿por qué? Y por la forma tan directa que tiene de hablarme, incluso tan solo por el hecho de haber aceptado mi entrevista, me lleva a pensar que usted tiene alguna respuesta a esa cuestión capital. ¿Por qué fueron eliminados?

—Esa es la clave, ¿qué ocurrió para que acabasen con todos ellos de buenas a primeras? Ese es el porqué de todo este asunto, como usted bien indica —se explayaba el hombre midiendo sus palabras, así como las inestimables pausas que marcaban la cadencia de sus explicaciones—. Desde mi punto de vista, siempre lo tuve claro, indudablemente todo debía girar en torno a algún asunto de la empresa; es decir, todos ellos debían participar en alguna especie de actividad secreta de lo más especial y de una sensibilidad extraordinaria. Había una distinguida arqueóloga y su pareja, un ingeniero genético revolucionario, como antes le adelantaba; también se hallaba en ese grupo un sociólogo, un biólogo y un virólogo. Así que, con semejante grupo de estrellas en sus respectivos campos de estudio y un inabarcable espectro de posibilidades, imagínese lo que podrían estar llevando entre manos... cualquier cosa.

—¿Usted cree que los mataron porque algo, fuese lo que fuese en lo que andaban metidos, se les fue de las manos? —preguntó la joven directamente.

—Puede que se les fuese de las manos o simplemente puede que, llegado el momento y dada la importancia de lo que sea que investigasen, ya no los necesitasen y quisieran silenciarlos —expuso su parecer aquella inteligente persona.

—¡Los quitaron de en medio en cuanto terminaron el trabajo! —exclamó en voz alta, cayendo en la cuenta de hacia dónde le estaba dirigiendo desde el principio el discurso de su experto contertulio.

—¿Lo ve? Una vez razonada la situación, todos los caminos llevan hacia esa conclusión, tal y como a mí me ocurrió por aquel entonces —revelaba don Federico, que no solo quería contar su

historia, sino también pretendía que Daniela fuese quemando fases de consciencia, que fuese transitando los mismos estadios que, décadas atrás, él mismo franqueó—. Con ese sentimiento, con esa hipótesis factible que palpitaba en el fondo de mi alma, en el lugar en que se gestan las corazonadas de un buen investigador, comencé una averiguación paralela a la oficial, porque pronto me di cuenta del poder y la influencia que esa temible empresa infringía sobre todos y cada uno de los estamentos del Estado. Fuerzas y cuerpos de seguridad, fiscalía, abogacía del Estado... incluso el mismísimo Gobierno se plegaba en buena medida a la voluntad de la poderosa SL, tales eran sus entramados en Dios sabe cuántos asuntos gubernamentales, de la mano de su inabarcable capital —continuaba desgranando su verdad aquel interesante hombre—. Bien, al darme cuenta con prontitud de la inclinación de todos los estamentos oficiales a la hora de dar carpetazo a aquel turbio asunto, también confirmé mis sospechas, que me llevaban a pensar que debía haber algo muy muy gordo en el trasfondo de toda aquella trama. Por ello me decidí a tratar de continuar buscando la verdad por mi cuenta, y solo cuando lograrse desentrañar todas mis sospechas, solo cuando las pruebas fuesen irrefutables, sacaría todo a la luz, dada la peligrosidad que, intuía, conllevaba aquella operación.

—¿Y por qué nunca lo hizo? —se interesó Daniela—. ¿Acaso no llegó al fondo del asunto? — El hombre sonrió.

—Por la misma razón que me llevó a comprar dos pisos de una misma planta o que me ha impedido desarrollar una vida plena y disfrutar de una existencia normal como el común de los mortales —le aclaraba mirándola a los ojos con intensidad—. La razón que me arrastró a experimentar cierta psicosis y a sentirme amenazado en todo momento. Una de las mayores fuerzas motrices de la humanidad, el miedo, señorita Daniela, el puro y venenoso miedo. Pero no me refiero a un miedo nimio o superficial, no, le hablo de auténtico pavor, un pánico intrínseco que corta tu respiración cuando escuchas que alguien sube por las escaleras, hasta el punto de instalar una cámara oculta para cerciorarte de que unos desconocidos no vienen a por ti de madrugada. Una sensación de terror que bloquea tus piernas al bajar a la calle y que te lleva a recelar de cualquier coche que pasa a tu alrededor, mientras piensas si va a ser ese el que te atropelle y te dé el golpe de gracia —seguía explicando categórico—. Un sentimiento continuo de angustia que te arrastra de psiquiatra en psiquiatra en busca de la pastilla más potente, la química más innovadora que equilibre el exceso de cortisol que genera tu organismo en situaciones de estrés emocional, para equipararlo a los escasos niveles de serotonina y dopamina de tu cuerpo, los neurotransmisores que nuestro cerebro estimula cuando sentimos euforia o felicidad. Miedo en el estado más elevado de la palabra, señorita Daniela.

—¿Y qué es lo que ha cambiado en su vida como para que, ahora, de pronto, acepte mi petición para esta entrevista? —preguntó de manera certera—. Porque algo ha debido variar como para modificar su parecer al respecto.

—Es usted muy intuitiva, querida Daniela. Me encanta. —Sonrió complacido al comprobar la inteligencia de aquella joven becaria—. La vida misma es lo que ha cambiado —dijo de pronto con cierta solemnidad—. Me han diagnosticado una enfermedad terminal, cuyos detalles ahora mismo no vienen al caso de ninguna manera. Tan solo unas pocas semanas me contemplan y, de pronto, aparece usted con su propuesta para esta entrevista y pensé que no podía ser casualidad —le narraba con pelos y señales, tratando de evitar caer en las redes de la emoción, que amenazaba con quebrar su voz, del mismo modo que hacía que los ojos de Daniela brillasen de manera instantánea y especial, más humedecidos de lo que pudiera ser habitual—. Y llegados a este punto, me he dicho «ahora o nunca». Por una vez he decidido dejar de lado el egoísmo y no pensar solo en mí mismo, aunque sea tan cerca del final. Como se suele decir, «nunca es tarde si la dicha es

buenas».

—Lo siento muchísimo, don Federico, no sé qué decir —expresaba Daniela sorbiendo alguna que otra mucosidad nasal que intentaba asomar—. No esperaba esto, la verdad, me ha pillado desprevenida. ¿Y por qué yo, en vez de una estrella mediática?

—Buena pregunta. En primer lugar, quería asegurarme de que se trataba de una persona con principios; por eso, al saber que usted era una becaria, no lo dudé, ya que aún suelen regirse por sus valores periodísticos —comentaba el hombre con fina ironía, como para desentumecer aquel grueso momento y sacar una leve sonrisa a su invitada—. Ahora que la he conocido, no tengo ninguna duda de que es la persona idónea. Le he de confesar que me ha sorprendido, le auguro un futuro prometedor en la profesión; se lo digo yo, que he tratado con los más grandes periodistas de mi época, cuando el periodismo era real, a pie de calle y micrófono en mano, no como ahora, con las redes sociales y sus bulos sistemáticos intoxicando de manera constante las mentes más vulnerables y maleables de la población. Pero sacar a la luz esta trama conlleva, por contraposición, una serie de desventajas intrínsecas sobre las que debe reflexionar, pues cambiarán su vida de facto por y para siempre. Mire, no me gustaría que acabase como yo, señorita Daniela, pues seguro que tiene una vida maravillosa repleta de sueños que conseguir ahí afuera.

—¿Y cuáles son esas contraindicaciones? —preguntó ella con reticencias a escuchar lo que tenía que aconsejarle aquel hombre, pues bien sabía que, tan solo el hecho de que él las valorase, las colocaba en una posición de máxima relevancia en su escalafón de prioridades a tener en cuenta.

—La revelación de esta noticia le privará de su intimidad, de su tranquilidad y, muy probablemente, incluso de su seguridad. Esto es algo sobre lo que tendrá que meditar con calma en los próximos días, pues le puede cambiar la vida tal y como la conoce. Debe valorar si está dispuesta a asumir lo que conlleva todo esto. Cuando lo tenga claro, cuando la balanza se haya decantado de uno u otro lado, hágamele saber; y, llegado el momento, le revelaré mi secreto. Uno tan enorme y pesado que ha lastrado mi existencia hasta la fecha.

Cuando Daniela salió a la calle, aún conmocionada por la carga emocional de la entrevista, cruzó la carretera tras esperar que pasase uno de los minibuses rojos que, constantemente, ascendían repletos de turistas hacia la Alhambra. Ya en la acera de enfrente, en el mismo punto en que tan solo una hora antes miraba aquel edificio tratando de imaginar lo que hallaría en su interior, se volvió para echar un último vistazo, momento en que la mirada de don Federico atravesó el cristal hasta introducirse en el fondo del alma de aquella joven, en donde se libraba la batalla entre las opciones contrapuestas que le presentaba aquel verdadero dilema, tanto vital como moral.

Don Federico asintió levemente y Daniela se volvió para regresar a su vida con una pesada losa ahora sobre sus hombros.

CAPÍTULO XII

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Dafne con expectación—. Recuerda que tan solo es decisión tuya.

—Lo sé, pero hay tanto en juego... —se decía a sí misma con cierta angustia a primera hora de la tarde mientras, en la cafetería del colegio mayor, removía una y otra vez su café cortado, que ya se le quedaba un tanto frío.

—Puede que haya otras alternativas —dijo África de pronto—. Podría firmar la noticia otra persona, un periodista con peso específico al que fuese más complicado presionar o incluso amenazar, ¿no creéis?

—Sí, pero también se anotaría el triunfo, el prestigio y la popularidad que confiere dar semejante noticia. No sé, es una auténtica encrucijada —divagaba la joven.

—¡Creo... creo que tienes que ver esto, Daniela! —dijo Inari pálido, que venía de la barra con su café señalando la televisión que había en el costado derecho. Las tres chicas comprobaron al instante que su tez era mucho más pálida de lo que, ya de por sí en él, era habitual.

—¿¡Qué ocurre!?! —dijo con un terrible presentimiento entreverado con diferentes sensaciones en la boca de su estómago.

—Será mejor que vengas a verlo por ti misma... —la incitó el chico a levantarse e ir hacia la televisión, en la que se emitía un noticiario de ámbito local y aparecía un lugar de la ciudad repleto de gente que enseguida le resultó familiar.

—¿¡Qué ha pasado!?! —preguntaba angustiada; mientras, Inari cogía el mando de la televisión para elevar el volumen, algo que no resultó relevante, pues los teletipos que atravesaban la pantalla por la zona inferior, de derecha a izquierda, no dejaban lugar a la duda.

«Federico Martín, el popular excomisario granadino, ha sido hallado muerto en mitad de la calle donde residía, muy cerca de la conocida Casa de los Tiros, tras precipitarse, según los testigos, desde su propio domicilio, situado en la cuarta planta de un edificio colindante».

Daniela tan solo pudo llevarse las manos a la boca sin pronunciar una sola palabra, tal fue el vértigo que experimentó de manera inmediata. Aquella visión de la sábana blanca cubriendo el cuerpo inerte de la persona que, apenas unas horas antes, le reveló, al menos en parte, el gran secreto de su vida le resultaba mareante y, lo que era peor, la dejaba en una posición muy peliaguda.

—Sí, los testigos afirman que, tan solo unos minutos después de las dos de la tarde, se precipitó al vacío en mitad de un escalofriante alarido —aseveraba la reportera andando de espaldas y tratando de no chocar con nadie. Pasito a pasito, se acercaba lo máximo posible al cordón policial que perimetraba la zona aledaña al fallecido.

—¿Y tienen algún dato acerca de la causa de la caída? —le preguntaban a la joven periodista desde el plató central del noticiario granadino.

—Hasta el momento no hay nada, compañeros, ninguna notificación oficial acerca de lo ocurrido, así que, por el momento, todas las hipótesis continúan abiertas —añadió la chica, dejando entrever que se estaban barajando las distintas posibilidades que pudieron producir el fatal desenlace.

—¡Daniela...! —exclamó Dafne sobrecogida justo antes de abalanzarse para abrazar a su

amiga, que estaba derrumbada por completo.

—¡Lo han matado, estoy segura de que lo han asesinado! —dijo sin tener en cuenta la gente que había a su alrededor, por lo que sus amigos la sacaron enseguida al exterior para no seguir llamando la atención en la cafetería—. ¡Han sido ellos, Dafne, los mismos que mataron a Alicia y a los demás en el 96, estoy segura! ¡Los individuos de los que me ha hablado don Federico con tanto miedo que incluso afirmaba que le habían arruinado la vida! Y seguro que son los mismos que nos siguieron ayer durante la búsqueda, y fíjate ahora... —decía con voz entrecortada en pleno ataque de ansiedad.

—Creo que deberíamos ir a la policía de cabeza —expresó África estremecida.

—¿Grabaste la entrevista? —se interesó Dafne mientras la trataba de consolar.

—¡Sí, claro, está todo registrado! —sollozaba con la barbilla húmeda y temblorosa.

—¡Bien hecho, podría ser una prueba determinante! —dijo África.

—Sí, pero ¿cómo saber en quién puedo confiar y en quién no? —se preguntaba abrumada por la delicada situación en la que quedaba tras lo ocurrido; el escenario se intuía sombrío para ella —. Esos tipos deben estar sobre mi pista, estoy segura de que lo han matado porque vieron que iba a cantar —adujo histérica—. ¿Qué haré yo ahora, cómo me defenderé de ellos?

—¡No solo van detrás de ti, van detrás de todos nosotros, y entre todos nos defenderemos, Daniela! —afirmó Kilian con oportuna templanza, que llegó en ese preciso instante junto a Marco. Ambos estaban al tanto de lo que había ocurrido.

—¡Sí, Daniela, nosotros cuidaremos de ti! —expresó Marco para tratar de calmarla—. Cuidaremos los unos de los otros, como siempre hemos hecho. —La abrazó con ternura para que la joven, algo más calmada, se desahogase definitivamente en su hombro.

—¡Me acaba de llegar la siguiente parte del manuscrito traducida, chicos! —dijo África en su habitación mirando su correo electrónico, mientras los seis amigos estaban tumbados sobre las camas, reflexionando en silencio sobre lo ocurrido. Dafne abrazaba a Daniela en su cama, junto a África. Los tres chicos compartían la segunda de las camas, tumbados con las manos en la nuca, observando la nada en el techo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Inari.

—Yo paso de ir a comisaría, no me fio ni de mi sombra —aseguraba Daniela con rotundidad.

—¿Qué te han dicho en el periódico? —le preguntó Marco.

—Que ha sido una pena, que para una vez que acepta una entrevista, va y se suicida... Les mentí con respecto a la fecha de la cita. Les dije que era la semana próxima —reconoció su argucia Daniela.

—Pero ¿y si alguien te ha visto subir o bajar de su casa? Estarías en el punto de mira —mostró su inquietud África.

—No creo que sea el caso. Como mucho me podrían haber visto entrando en el edificio y poco más, aunque ahora que lo pienso... ¡mierda! —soltó un exabrupto la chica al recordar algo significativo—. Justo delante había un banco, puede que su cámara de seguridad me grabase.

—Si es así, pronto lo sabremos, porque las autoridades vendrán en tu busca —consideró Marco.

—Mira por dónde, al final te vas a ahorrar el hecho de tener que ir a la jefatura de policía, ya que puede que esta venga a por ti —bromeó Inari tratando de distender aquel ambiente viciado.

—¿Y qué les diré si es así?

—¡Que se negó a contarte nada y punto! —exclamó África.

—Tendrás que esconder las pruebas, las notas y la grabación de voz; al menos por el momento —aconsejó Dafne—. Lo que tenemos que hacer es salir pitando en busca de las siguientes localizaciones. Si ha ocurrido eso tan terrible que todos pensamos, tiene que ser porque nos estamos acercando al objetivo, estoy segura —propuso a sus amigos poniéndose de rodillas en la cama y apretando los puños para tratar de subirles el ánimo—. Acabemos con esto de una vez por todas y descubramos la verdad. ¿Cuándo puede el experto acabar la traducción, Afri? —le preguntó con energía renovada; no en vano, era una de esas personas que sacaban lo mejor de sí en los peores momentos, «cuestión de supervivencia», solía decir ella.

—Me ha dicho que pretende tenerla lista hoy a última hora.

—Perfecto, podemos pasar la tarde buscando las siguientes pistas y, si todo va bien, tratar de acabar esta misma noche —proponía con determinación—. Veamos la nueva transcripción, África, estoy deseando continuar y creo que nos vendrá bien centrarnos en otra cosa —dijo en referencia al dramático suceso del expolicía mientras miraba de manera fraternal a Daniela, a la que terminó dándole un tierno beso en la mejilla.

—¡Acabo de imprimir tres copias; mira, aquí están! —dijo pasándole una a su querida Dafne, que la ojearía junto a Daniela, para después hacer lo propio con Marco, que lo haría con Kilian, y, finalmente, ella con Inari—. Os lo leo —dijo con nerviosismo impaciente en su voz.

*Secretos invisibles parecen lejanos.
Lejanos, imposibles e incluso paganos.
Confía, persigue y obtendrás tu destino,
con la fe de tu Dios, recorrerás el camino.*

*Ziríes, almorávides, almohades y nazaríes
velaron por ella, a su modo y en su tiempo.
Como una promesa de amor incondicional,
tan pura como inconfesable, tan bella como incontestable.*

*Murallas y cercas fueron alzadas,
puertas fortificadas, letales y hermosas.
Puentes de piedra, palacios de mármol,
mezquitas y rábidas, baños y universidades.*

*Barrios y arrabales enteros brotaron,
la medina de Granada latía con raza.
Las acequias, mis venas; las huertas, mi sustento;
la ciudad palatina, tan solo su coraza.*

*Puerta de Elvira, el Bañuelo o castillo de Mauror.
Puerta de la Rambla, la Madraza o La Mezquita Mayor.*

*Puerta de las Cuatro Fuentes, la Alhóndiga Nueva o la Puerta del Sol
habrás de contemplar, para llegar a las entrañas del paraíso terrenal.*

*La medina granadina, arropaba con brío,
mi alma y mi corazón, bajo ciudad palatina.
Pues la verdad última que mora en su interior
no es sino la esencia misma que explica tanto amor.*

—¡Guau! —exclamó Inari atónito—. ¡Me temo que tenemos una nueva encrucijada!

—Sí, de nuevo metaforiza de lo lindo —comenzó a decir Dafne intentando desentrañar el sentido de aquellos nuevos versos—. Enumera el destino, un supuesto camino hacia él y una promesa de amor incondicional, que me imagino que es hacia esa sala mágica a la que debe hacer referencia cuando dice «ella» o también, me atrevería a decir, cuando nombra «mi alma y mi corazón» —examinaba minuciosamente los textos con mirada pasional—. Y luego señala de forma literal «la verdad última que mora en su interior es la esencia misma que explica tanto amor»; es decir, toda la verdad, la resolución final a su trama, los textos, las pistas grabadas en los monumentos, incluso con el riesgo mortal al que se pudo exponer en su momento por decidir hacer algo así, de alguna manera, todo aguarda allí, para ser encontrada por personas como Alicia o como nosotros.

—Así es, y además ya sabemos por dónde podemos continuar. En esta ocasión ha incluido directamente la traducción de los lugares que indica el texto en los versos. Como habéis escuchado, se trata de Puerta de Elvira, el Bañuelo, castillo de Mauror, puerta de la Rambla, la Madraza, la Mezquita Mayor, Puerta de las Cuatro Fuentes, la Alhóndiga Nueva o la puerta del Sol —enumeró África—. Por otro lado, el experto señala que se trata de la misma composición que en la vez anterior. Así que, estas que veis aquí, son las quintas estrofas de las siguientes seis páginas, desde la siete a la doce. Además y del mismo modo, las cuatro primeras estrofas de cada una de esas páginas son repetitivas en todas ellas. La quinta y última estrofa de cada una de estas seis nuevas páginas que ha traducido vuelven a tener relación entre sí para formar esta composición al margen del resto. Las demás son tan solo de relleno —analizaba en profundidad la inteligente muchacha.

—¿Y qué hay de las páginas en cúfica? —inquirió Dafne.

—No les encuentra sentido, pues dice que tan solo las quintas estrofas de cada parte unidas lo tienen, como nos viene indicando —explicaba África—. Así que la teoría de que los mensajes más importantes estuvieran en esas páginas está descartada.

—Entonces, ¿por qué las pondría así? —se preguntaba la artista una y otra vez.

—Ni idea —dijo su amiga—. Pero por si no os habéis dado cuenta, tan solo cita lugares del que podríamos llamar, el segundo recinto amurallado, la Medina de Granada. ¡Ah, y, además, a modo de adelanto, me ha dicho que en la tercera parte de la traducción aparece la Casa de Zafra!

—¡Interesante! —señaló Kilian—. Y, por descarte, la cosa queda más clara: la puerta del Sol y la Puerta de las Cuatro Fuentes ya no existen, ni por supuesto la Mezquita Mayor, que estaría emplazada en los terrenos de la catedral actual. Así que tenemos Puerta de Elvira, el Bañuelo, el castillo de Mauror, la primera universidad de Granada, como fuera la Madraza, frente a la Capilla Real de los Reyes Católicos, donde se halla el sepulcro con sus restos, y la puerta de la Rambla, que, como sabréis, fue desmontada en su lugar de origen en la plaza homónima y vuelta a montar

en el jardín de la Alhambra.

—¡Sí, estos son nuestros objetivos desde ya! —dijo Dafne con arrojo—. Que la partida continúe, amigos. ¡Por Alicia y por sus compañeros! ¡Por don Federico! ¡Por la verdad! ¡A puerta Elvira! —exclamó con rabia.

CAPÍTULO XIII

Que Puerta de Elvira era tan enorme como la colosal historia que atesoraba a sus espaldas todos lo sabían. Pero por mucho que la conociesen sobradamente, por mucho que pasasen por delante de ella casi a diario, al plantarse frente a su inconfundible silueta, no dejaba de sorprenderles su tamaño y su belleza.

Esta icónica entrada fue construida por los ziríes durante el siglo xi, a través del paño de muralla que trascurría por allí y que conectaba con la Puerta de Monaita por el este y con el Arco de las Tinajas por el suroeste. Era una de las más antiguas de la ciudad, dado que representaba el principal acceso a Granada durante la dominación islámica y encaminaba a Medina Elvira, la capital homónima de la cora o provincia hasta principios del siglo xi, cuando fue la propia Granada, por aquel entonces conocida como Medina Garnata, la que comenzó a desempeñar esa función tras la destrucción de la primera.

—¿Sabéis?, si me preguntasen por una imagen representativa de nuestra ciudad, al margen de la archiconocida Alhambra, sin duda les diría Bab-Ilvira —reconoció África con pleitesía a las cinco de la tarde—. ¡Es un vestigio extraordinario!

—Sin duda, el Arco de Elvira es majestuoso. Lástima que solo se conserve la parte exterior. ¿Qué altura debe alcanzar su arco de herradura? —se preguntaba Dafne mirando hacia arriba.

—No lo sé, pero al menos deben ser unos quince metros. ¿Sabéis si tiene alguna leyenda en arábigo? —preguntó Kilian sin más preámbulos.

—Que yo sepa no, pero con lo grande que es, no sería descabellado que la tuviese, pero no a la vista —dijo África.

—Yo tampoco he visto nunca una, y este también es uno de mis lugares favoritos —intervino Daniela.

—Hay que tener en cuenta que este acceso principal llegó a ser por sí solo una auténtica fortaleza con cuatro torres, tres barbacanas y dos puertas, además de la exterior que vemos y con entrada en recodo, como se puede apreciar por el trazado mismo de la calle Elvira —dijo África—. Lo que vemos en la actualidad, como bien apuntaba Dafne, es tan solo la parte exterior con su increíble arco de herradura dovelado de estilo nazarí, junto a dos torres de tapial, todo ello almenado, y el estribo lateral norte compuesto por tres arcos altos de ladrillo que sostienen el correspondiente adarve superior. —Señalaba con el dedo mientras explicaba escrupulosamente la joven, que miraba en internet un artículo de investigación sobre la ilustre entrada—. Así que, de haber dejado en ella algún rastro escrito o de cualquier otro tipo, sería bastante probable que hubiese desaparecido, como suele ocurrir en cualquiera de los vestigios en los que estamos buscando.

—¿Echamos un vistazo, a ver si encontramos algo? —preguntó Inari.

—Sí, revisemos a conciencia todo lo que podamos —convino Dafne con él.

—Ni rastro de inscripción alguna —dijo Daniela desde la parte de dentro del enorme arco, sin poder evitar mirar hacia arriba de manera compulsiva para tratar de encontrar lo que tanto

anhelaban. Allí se volvieron a reunir los seis amigos después de más de veinte minutos de concienzudo análisis de toda la estructura que se podía ver a pie de calle y a simple vista.

—¿Afri, algo interesante? —le preguntó Dafne, que la veía observar ensimismada la pantalla de su teléfono móvil durante varios minutos.

—Le he vuelto a preguntar a mi amigo, a ver si en esta ocasión sabe algo. Estoy esperando su respuesta —indicó sin levantar la mirada de la pantalla—. ¡Espera un momento...! —añadió de forma enigmática—. ¡No os lo vais a creer!

—¿Qué ocurre? —preguntó Inari. Todos se arremolinaron a su alrededor en un santiamén.

—¡Creo que he encontrado algo! —susurraba esperanzada en voz baja por la gente que pasaba cerca del grupo—. Estaba mirando la estructura de la puerta en su conjunto desde las alturas, a través de Google Maps, para tener una visión general de su disposición y... mirad. —Levantó su iPhone y lo acercó a la cara a Dafne. Los demás se apiñaron a su alrededor para tratar de ver lo que fuera que había sorprendido tanto a África.

—Son... Parecen... ¡Palabras en árabe! ¡Arriba, en el piso de la parte superior! —alzó la voz sin darse cuenta la artista, haciendo que varios viandantes se volvieran hacia el grupo sin saber qué ocurría—. En esta ocasión las puso arriba el muy canalla, fuera del alcance de ojos fisgones.

—¡Parece mentira! —profirió Kilian complacido mientras observaba esos garabatos de gran formato, ininteligibles a través de la pantalla.

—Pero ¿qué pone? —se preguntaba Marco.

—Ni idea, no se aprecia bien a través de la aplicación, se ve pixelado —dijo Inari—. La resolución de la imagen no permite leer con claridad las letras talladas.

—¡Hay que subir! —exclamó Dafne con determinación militar, mirando a los ojos a Kilian para terminar haciendo lo propio con África—. Mirad, el adarve conecta con ese balcón superior a través de una escalera, por ahí se puede subir hasta arriba y fotografiar lo que sea que haya escrito en el suelo.

—Sí, pero el problema es cómo subimos hasta el adarve —argumentó Inari señalando a su espalda, hacia la parte superior de los tres grandes arcos de ladrillo que lo soportaban—. ¡Está bastante alto!

—¡Lo haré yo! —se apresuró a decir Kilian henchido de seguridad en sí mismo y deseoso por ayudar y complacer a Dafne.

—¿Por dónde pretendes subir? —se interesó Daniela—. ¿Y cómo harás para que no te vean? —Kilian se quedó dudando mientras miraba a su alrededor.

—Lástima que ya no esté aquí el enorme andamiaje con el que los operarios estuvieron meses haciendo trabajos de mantenimiento y consolidando los muros de esta edificación musulmana —señaló África.

—¿Andamiaje? Espera... —dijo saliendo de nuevo hacia la plaza del Triunfo, aladaña al gran arco—. ¡Lo tengo! —comentó sonriendo mientras miraba al otro lado de la calle Acera Merced, donde había un estrechísimo edificio en obras junto a un coqueto bar con dos enormes sombrillas blancas en la terraza en lo que, no era sino la esquina que conformaba el Arco de Elvira, propiamente dicho, y el edificio adosado a este—. ¿Os apetece una cerveza? —les preguntó desconcertantemente.

—¿Dónde se ha metido Kilian? —preguntó Inari justo antes de darle el deseado primer trago a su cerveza en un estilizado vaso helado de caña. Todos menos Kilian se habían sentado en la

terraza, bajo una de esas sombrillas de tela blanca que les procuraba un agradable sombraje mientras saboreaban su simulado ágape—. ¡Buah! Os digo que la Alhambra de barril es la mejor cerveza que hay. ¡Me encanta!

—Está comenzando con el pequeño plan que ha trazado —dijo Dafne sorbiendo igualmente un poco de cerveza espumosa—. Por ahí viene, no os giréis a mirarlo —advirtió sentada de espaldas al arco, pero de cara a la zona por donde se acercaba su amado, que, de pronto, se detuvo a mirar unas postales de Granada en una tienda de suvenires que había justo al lado del edificio en obras. Dafne lo observaba con disimulo, esperando la señal para dar comienzo a su intrépida estratagema y así conseguir su objetivo deseado: ver qué diantres ponía en las inscripciones del terrado del Arco de Elvira. Kilian la miró a los ojos con intensidad durante unos cuatro segundos, el gesto resultó inequívoco a ojos de su chica; era el momento de entrar en acción.

—¡Que vivan los novios! —gritó de pronto Dafne a viva voz, tanto como para sorprender incluso a sus propios amigos—. ¡Que se besen, que se besen, que se besen! —comenzó a pregonar la popular cantinela de pie, como una loca de cara a Marco y Daniela, que accedieron a convertirse en los ficticios novios en ciernes. Inari y África se levantaron muertos de la risa ante las caras de circunstancias de los susodichos, centro de atracción de todas las personas que pasaban en ese momento por la calle, de las que estaban en la plaza del Triunfo —justo en frente del bar cruzando la calle— y de las que había a su lado, en la segunda sombrilla de la terraza.

Mientras tanto y aprovechando aquel vórtice de atracción creado adrede, hacia donde se dirigían todas y cada una de las miradas de los viandantes, Kilian se acercó a la casa en obras que quedaba entre el bar, en donde se encontraban sus amigos, y la tienda de suvenires, en la que él trataba de pasar desapercibido.

La fachada de la casa era extremadamente estrecha, tan solo mediría unos cuatro metros, a lo sumo, y estaba cubierta, a pie de calle, por una especie de rafia o tela blanca de unos dos metros de altura que presentaba numerosas pintadas de colores y pequeños grafitis. Por detrás de esa tela, caía desde el tejado, en la parte superior del segundo piso, una de esas mallas de seguridad que se colocan en las obras por riesgo de caída de objetos o desprendimientos. Y, superpuesta por delante de la maltrecha fachada, justo por detrás de la malla, había unas finas vigas metálicas externas que sostenían la estructura.

Kilian, cerciorándose de que nadie se fijaba en sus movimientos, se colocó delante de la tela blanca del edificio en obras, miró por un instante como Daniela y Marco, jaleados por sus amigos, se ponían de pie y se besaban en los labios de un modo un tanto frío, teniendo en cuenta que estaban tan enamorados como para contraer matrimonio. Rio abiertamente. Echó un último vistazo a su alrededor mientras que, con la mano derecha, preparaba su herramienta en el bolsillo. Sacó la navaja y, sin apenas mirar la tela, la rajó unos ochenta centímetros hasta asegurarse de hacer una hendidura lo suficientemente grande como para poder colarse por ella sin problemas.

Volvió a guardar la herramienta, hizo palmas y sonrió siguiéndoles el rollo a sus amigos, como todo el que pasaba por allí, y, sin más dilación, se coló por el agujero hasta quedar fuera de la vista de miradas ajenas.

Una vez adentro, suspiró hondo y se arrimó caminando de costado hasta la puerta para tratar de no crear bultos en la fina tela. Después se giró para rajar la malla que le daría acceso directo a la puerta del inmueble, propiamente dicha. Sacó sus ganzúas, como ya hizo en la Casa de Porras, ante los gritos y vítores de sus amigos, que seguían liándola afuera. En menos de dos minutos, había abierto la puerta y se encontraba en el interior, dirigiéndose con presteza hacia la escalera que, apuntalada, conducía a las plantas superiores.

Una vez arriba del todo, abrió con sutileza la ventana de la segunda planta, se asomó para

comprobar que nadie le prestaba atención con el runrún de la despedida de soltero mixta y simulada que estaban interpretando abajo. Una de las vigas que sostenían el edificio atravesaba justo por la mitad de la ventana. Kilian se apoyó en ella para echar un vistazo hacia la parte superior derecha de su posición. De allí, de la confluencia de ese inmueble con el de al lado, el que tenía el bar en la planta baja, surgían cuatro brazos metálicos en hilera vertical de menos de un metro, sobre donde descansaban los tres enormes focos de luz que iluminaban el Arco de Elvira por la noche.

En el cuarto soporte por debajo de los tres focos y justo a la altura de donde se encontraba Kilian asomado a la ventana, había una moderna cámara de seguridad blanca y redonda, probablemente para controlar el vandalismo para con el monumento. Suerte que el aparato se encontraba a unos centímetros por debajo de la viga horizontal, a la que ya se estaba encaramando Kilian para agarrar, a su vez, otra viga cercana a la ventana, en este caso vertical, que tenía una tercera gemela a poco más de un metro y marcaba el extremo lateral de ese ínfimo edificio. Desde allí podía alcanzar a trepar por los tres soportes de los focos negros hasta llegar con relativa facilidad al tejado de uralita del inmueble.

—¡Un brindis por los novios y... traga, traga, traga! —dijo Inari cerveza en alto, esperando a que sus amigos le siguieran la corriente.

—¡Por los novios! —gritó África desinhibida, pasándoselo realmente bien metida en su papel. Los cinco brindaron y comenzaron a beber sus respectivas cervezas de un solo trago.

Kilian, mientras tanto, ya se encontraba en el tejado del inmueble sobre sus cabezas, que era de teja, no como la peligrosa uralita del edificio en obras. Tan solo tenía que atravesar todo el ancho de ese inmueble hasta llegar al otro extremo, colindante con el Arco de Elvira, que aguardaba adosado. Desde el tejado pretendía poder trepar hasta arriba del todo de aquella fabulosa estampa de otra época de la historia.

Kilian caminaba por la zona más alta y segura del tejado, justo sobre el vértice superior que dividía sus dos aguas. En unos pocos segundos había superado su extensión, hasta llegar a la parte más alta del adyacente, que también estaba adosado al arco, pero en una zona una poco más elevada. Desde allí aún le restaban alrededor de tres metros de muro que salvar para llegar a la parte superior del torreón. Suerte que encontró una tubería de desagüe de la propia terraza de la torre de al menos dos metros y en una zona irregular del muro en cuanto a la piedra que la componía, pero que le ayudaría a trepar cual escalador experimentado. Sin duda alguna, allí la torre debía haber tenido adosado en tiempos pretéritos, anteriores a las edificaciones actuales, parte del entramado de la que fuera una fortaleza inexpugnable.

Kilian ya subía, no sin esfuerzo, siguiendo la línea vertical de la tubería y valiéndose de según qué saliente de piedra de la torre que le permitiese apoyar pies y manos para continuar trepando. Justo donde surgía la tubería de la pared por un agujero, encontró un saliente donde apoyar sus rodillas primero, y más tarde sus pies, con las manos ya en el muro superior que conformaba el propio terrado, que bien podía servir de mirador, dada su ubicación y su altura. Con un último esfuerzo, el afanado joven se introdujo en el interior superior de la edificación donde, acuclillado, trataba de recuperar el aliento.

Cuando estuvo algo más restablecido, se asomó por entre las almenas de la construcción musulmana hacia abajo con todo el cuidado del mundo, cerciorándose de que la jarana de sus amigos continuaba con normalidad. Por un momento y con todo el ajetreo del ascenso, se olvidó de lo que había ido a buscar allí arriba. Miró de súbito hacia el suelo, extrañado por no haberse dado cuenta, aún sin recordarlo, de las inscripciones arábigas, y enseguida entendió el porqué. Esas inscripciones estaban tan desdibujadas que apenas se apreciaban a simple vista. Su desgaste

por el paso del tiempo había sido considerable, tanto que llevó un poco al desánimo a Kilian, que, aun así, sacó su teléfono e hizo innumerables fotos y vídeos desde todos los ángulos habidos y por haber hasta quedar satisfecho con el resultado.

Tan pronto como terminó de hacer fotografías, comenzó con el descenso, pues la tensión de que lo cogiesen ahí arriba, con las manos en la masa, era enorme. Mientras bajaba encaramado de nuevo al desagüe, observó a lo lejos un coche que le resultó familiar, sin recordar exactamente por qué. Para cuando cayó en la cuenta de que se trataba del mismo coche que estuvo a punto de arrollarlo, tanto a él como a Marco, dos personas trajeadas de riguroso negro ya estaban montado en el vehículo para salir de allí a toda velocidad ante la atenta mirada de Kilian, que intentaba distinguir sin éxito alguno la combinación alfanumérica de la matrícula.

—¡Vamos, chicos, es hora de irse! —dijo Kilian en voz alta pasando al costado del grupo de amigos en la terraza del bar, que se encontraba de lo más distendido. A Dafne y los demás les cambió la cara de súbito al salir de esa desestresante teatralización que habían llevado a cabo.

CAPÍTULO XIV

—¡Sí que están desgastadas, sí! —exclamó África—. Tanto que no sé si nos servirán de algo.

—Sí que lo harán, ¿y sabéis por qué? —preguntó Inari con su habitual optimismo contagioso—. ¿Qué ocurre cuando, en el programa *Cuarto Milenio*, Iker Jiménez pone una de sus famosas psicofonías en las que, como suele ser habitual en la mayoría de las investigaciones paranormales, no se aprecia más que un leve susurro desconcertante y confuso?

—Pues eso, que no se suele entender lo que dice —contestó Daniela.

—¡Exacto! ¡No se entiende una mierda! —gritó elevando un poco sus manos abiertas—. Pero ¿y si cuando ponen el audio de la supuesta entidad energética desconocida, lo subtítulan con lo que ellos aseguran creer que dice?

—¡Ah, ya sé por dónde vas! —exclamó Dafne animada, cayendo en la cuenta de aquella conclusión tan solo a la vista de personas que ven siempre el vaso medio lleno—. Nos quieres hacer ver que estas inscripciones, por sí solas, no tienen demasiado valor, pero cuando las comparemos con las restantes que esperamos encontrar, podremos sacar conclusiones al respecto.

—*Voilà, mademoiselle!* —profirió Inari haciendo una reverencia ancestral a su amiga con las manos e inclinándose a modo de aprobación.

—Vale, entonces no perdamos ni un segundo tratando de descifrar su significado —dijo Kilian—. Vayamos directamente a otro de los lugares indicados por el misterioso artista musulmán que, por proximidad, debe ser la universidad coránica de la Madraza, ¿no es así? —preguntó acallando las ganas de contarles, al menos por el momento, que los hombres trajeados de nuevo les seguían la pista de cerca, con intención de no diezmar los ánimos del grupo, sobre todo después del terrible final de don Federico.

—¡Eso es, vamos allá, que tengo mucho que explicaros de ese increíble lugar! —soltó África con ilusión en la mirada, aunque también un poco embriagada por los jocosos brindis de la celebración ficticia con sus amigos.

—¡Uf, hay mucha gente hoy! —señaló Marco en plena calle Oficios, al llegar frente a la puerta de la que fuese la primera universidad de Al-Ándalus y, por tanto, de occidente, y una de las que tuvo más fama y renombre de la época, por allá por la increíble fecha de 1349, fundada por el sultán nazarí Yūsuf I de Granada.

En época nazarí, la Madraza, que significaba ‘escuela’, en donde se llevaban a cabo los estudios superiores dedicados a enseñanzas teológicas, filosóficas, la jurisprudencia, la medicina y las matemáticas para formar a los funcionarios que trabajarían para los sultanes, se encontraba en un emplazamiento privilegiado, frente a la Mezquita Mayor y la Alcaicería. Este último, el núcleo más importante de comercio de la ciudad.

Años después de la toma de Granada por las tropas castellanas de los Reyes Católicos en 1492, la Madraza se destinó a casa de cabildos; es decir, pasó a ser el ayuntamiento, concretamente en el año 1500, después de ser expoliada y clausurada tras el asalto que sufrió de manos del cardenal Cisneros, que quemó gran parte de su biblioteca en la plaza aledaña de Bib-

Rambla. En 1851, el ayuntamiento se trasladaría al completo a la plaza del Carmen, en donde se encuentra hoy día.

—Vamos a intentar pasar. La entrada son dos euros, ¿verdad? —preguntó Marco.

—Eso creo —respondió África metiendo la mano en el bolsillo de sus pantalones vaqueros claros—. ¡Yo invito! —dijo con cierta euforia residual producida por el alcohol.

—Este lugar transmite una paz increíble —dijo Dafne ya en el interior—. Siempre me pasa cuando entro.

—¡Sí, a mí también! —reconoció Daniela a su lado, contemplando todo al detalle.

—Mirad, este era el fondo de la antigua alberca que había en el centro del patio, en torno al cual giraba el edificio —dijo África acercándose hacia el centro de aquel patio acristalado en su extremo superior, al igual que el gran cuadrado de suelo acristalado, que permitía a los visitantes caminar sobre los restos de la alberca mientras los admiraban—. ¿Sabéis?, a la Madraza también la llamaban Yusufiyya o casa de la ciencia —les comentó a modo de curiosidad, impregnada por la energía de aquel palacio vinculado al conocimiento desde tiempos ancestrales.

—¡Es un lugar fenomenal! —exclamó Dafne—. Eso es el oratorio, ¿verdad? —preguntó señalando al fondo del patio, hacia una preciosa puerta con un arco de herradura angrelado y con alfiz repleta de decoraciones de tipo vegetal, de nombre ataurique e inscripciones en yesería, iguales a las del interior de la sala a la que daba acceso.

—Sí, la sala del oratorio quedó cegada en una de las muchas transformaciones que este edificio ha experimentado a lo largo de los siglos y, por tanto, conservada, por suerte para nosotros. Es una estancia bellísima que, tras ser restaurada, presenta un aspecto maravilloso. Está realizada en mampostería y ladrillo, donde destaca su espléndido mihrab, así como toda su decoración puramente nazarí, como preciosos mocárabes y yeserías con muchos de los colores originales de antaño, incluso mejor conservados que los de la propia Alhambra —les explicaba África en modo experto mientras, despacio, se iban aproximando a la entrada—. La planta de la sala es cuadrada, pero la estructura octogonal del espacio se consigue por medio de cuatro pechinas que podréis ver situadas en las esquinas del nivel inferior. En esa parte dispone de seis arcos de herradura y en el nivel superior hay un friso de dieciséis ventanas en arco con celosías, por donde se filtra el sol bajo una cornisa de mocárabes. En el techo del oratorio hay una excepcional armadura de madera que hace la función de linterna. Pero a nosotros, lo que más nos interesa ahora mismo es la gran cantidad de inscripciones que hay en la sala.

—Espera... hay una sobre la puerta, ¿no es así? —dijo Inari haciendo un esfuerzo por fijarse en las esbeltas formas de aquellas yeserías.

—En efecto, en la parte superior, en lo que se conoce como alfiz o la moldura que enmarca el arco —afirmaba África—. Creo que podemos empezar por ahí, ¡vamos! —les instó haciendo un gesto con la mano, una vez que un numeroso grupo de personas había abandonado la zona, para terminar de arrimarse a esa puerta de entrada al famoso oratorio.

—¿Y qué es lo que pone aquí? —preguntó Kilian ya junto a la puerta.

—Pues en realidad no lo sé, pero quiero que veáis el interior —dijo tras fotografiar esa inscripción con la cámara de su teléfono móvil como hasta en tres ocasiones—. Venid, entremos en la sala de oración.

—¡Oh, nunca había estado aquí, este lugar es... es increíble! —dijo Marco en el centro de la sala, dando vueltas sobre sí mismo, admirando los entramados de yeserías policromadas de las

paredes, donde aún se intuían los colores con los que, antaño, los musulmanes pintaron las combinaciones de mocárabes y paños de sebka que conformaban las trompas de mocárabes o el arco del mihrab. Todo ello al más puro estilo alhambrense. Pero también observaba anonadado su maravillosa techumbre del siglo xix, con azulejos y columnas que hacía las veces de linterna—. ¡Un momento! —dijo de pronto Marco al darse cuenta de algo, gratamente sorprendido por ese lugar que parecía sacado de los cuentos de *Las mil y una noches*—. ¿Todo eso son más inscripciones? —preguntó impresionado y de manera retórica, pues sabía perfectamente que así era, mientras señalaba los innumerables grabados arábigos que inundaban esa sala cercana a la magia.

—Sí, es lo que os quería enseñar —dijo África, que no podía evitar sentirse fascinada por todo lo que tenía que ver con la cultura islámica y sus vicisitudes, en especial con la arquitectura incomparable del esplendoroso pasado de su amada Granada—. Hay múltiples inscripciones sobre los arcos de entrada y del mihrab, pero también en las ventanas cegadas que daban al jardín, así como en las franjas de yesería verticales sobre las columnas, que arriba se unen a otras horizontales que conectan por toda la sala. Franjas con inscripciones diminutas, otras más grandes, palabras independientes... Como veis, está plagado.

—¿Y qué demonios hacemos ahora? —preguntó Inari.

—A ver, eso es lo que os quería explicar —les dijo tratando de organizar las ideas de su enfervorecida mente—. Me he tomado la libertad de husmear un poco sobre este lugar y he encontrado en internet una página muy interesante que nombra y explica varias de estas inscripciones. Algunas son poesías enteras, otras un puñado de versos, pero es que aún hay más —señaló de manera enigmática, captando totalmente la atención de sus amigos, mientras otras personas entraban en la sala y la obligaban a susurrar y a acercarse a ellos aún más—. La portada original de entrada a la Madraza no era la actual, como podréis intuir. Existía otro arco de herradura de mármol blanco decorado con inscripciones coránicas en más franjas de este tipo —indicó a las que había en las paredes del oratorio—, que constituían el alfiz o la moldura, por así decir, del arco en sus costados y la parte superior. Pero es que hay dos lápidas de mármol blanco con otras inscripciones coránicas que se conservan y de las que muestran una foto y, al parecer, palanqueaban esta antigua entrada —se explayaba en su explicación la joven historiadora, tratando, al mismo tiempo que exponía, de hacerse una idea integral de toda la información que debía procesar para lograr aclararse a sí misma y encontrar la respuesta adecuada a esta nueva encrucijada intelectual e intertemporal—. Y, por si todo esto fuese poco, en la misma página explica que se sabe que se acabó de construir en 1349 por una inscripción fundacional, cuyos fragmentos se conservan en el Museo Arqueológico de Granada.

»Y aquí la novedad que me parece reseñable: hubo un tal Ibn al-Jatib que fue un importante intelectual musulmán; es posible que os suene, es muy conocido, pues incluso llegó a ser visir o primer ministro de Yusuf I y más tarde de su hijo Muhammad V. Bien, pues al parecer, sus textos nos han mostrado, en gran medida, cómo era la Granada nazarí a través de sus narraciones y en no sé cuál de sus obras; parece ser que cuenta que la entrada se completaba con esas dos losas de mármol que simulaban dos ventanas en la parte superior, junto con estas inscripciones en prosa y verso que hacían alusión a su fundación y al uso al que se destinaba el palacio. Me parece una novedad significativa, porque he investigado un poco su vida y resulta muy interesante, ya que da el perfil perfecto que, nuestro literato misterioso, creador del documento barra mapa hacia la supuesta sala con propiedades extraordinarias, requeriría, a mi entender —les revelaba su parecer—. Y si no era él, pondría la mano en el fuego de que debía ser alguien cercano a esta institución vinculada al conocimiento y la educación desde tiempos inmemoriales, ya sea alguno de sus

famosos profesores, alumnos de relumbrón o personalidades relacionadas con el mundo del conocimiento islámico. El hecho de que el creador del mapa nos haga pasar por aquí con una de sus inscripciones misteriosas, con todos los mensajes que este lugar debe encerrar, al menos para mí, resulta un tanto aclaratorio. Estoy segura de que el autor debía ser algún distinguido personaje vinculado con la Madraza, tal y como este Ibn al-Jatib, del cual, por cierto, hay aspectos de su vida que me han llamado mucho la atención —terminó desvelando finalmente su erudita elucubración.

—¡Eso es muy interesante! —dijo Dafne—. Parece que todo va tomando forma.

—Entonces, a ver si lo he entendido —mencionó Daniela—. Tenemos un montón de inscripciones que debemos analizar para ver cuál es la pieza del puzle que encaja a la perfección en nuestra búsqueda y un puñado de sabios islámicos que podrían ser los supuestos creadores de todo este lío, ¿no es así? —preguntó mirando al grupo.

—Eso creo y, al igual que en el caso de puerta Elvira, siempre nos podremos apoyar en los siguientes hallazgos para así poder descartar otros muchos —dijo Kilian.

—¡Exacto, me lo has quitado de la boca! —convino África—. Así que hagamos las fotos pertinentes a todas y cada una de las inscripciones y salgamos pitando hacia el siguiente destino.

CAPÍTULO XV

El Bañuelo es otro de esos lugares imprescindibles de Granada que todo buen turista que se precie no se puede perder por nada del mundo, ya que representa uno de los *hammam* o baños árabes públicos más antiguos y mejor conservados de toda la península ibérica. Están ocultos en los bajos de una casa cristiana, en donde antiguamente formaban parte de la mezquita del Nogal, ubicada en ese lugar.

Del siglo xi, este vestigio copiado de los romanos, en época musulmana conocido por Hamman al-Yawza o Baño del Nogal, representaba un lugar de encuentro social con turnos diferentes de hombres y de mujeres. Estaba situado en una de las arterias principales de la medina, en la calle Carrera del Darro, frente al puente del Cadí donde se ubicaba la conocida como Puerta de las Compuertas o de los Tableros. Hacia allí se dirigían caminando a buen ritmo los seis amigos, en paralelo al río homónimo, para intentar encontrar de una vez por todas la primera respuesta clara de este segundo recinto, en cuanto al rompecabezas sugerido por aquella mente tan privilegiada como para mantenerlos en jaque en la actualidad cientos de años después.

Dafne no hacía más que pensar en Alicia, imaginándose cada uno de los pasos que tuvo que dar en su momento, supuestamente los mismos que ellos describían en la actualidad hacia la verdad. Aunque esperaba que con distinto final.

—¡Cuidado, que viene un minibús! —alertó Kilian acerca del vehículo urbano por excelencia en Granada que se les aproximaba por la retaguardia en la Carrera del Darro, cuando apenas distaban cien metros para llegar al Bañuelo.

Eran las seis y tres minutos de la tarde. La estrechez de aquella ilustre calle —más allá de la Plaza Nueva y la iglesia de Santa Ana, en dirección al paseo de los Tristes— era bien conocida por ellos. En ese tramo se mezclaban cientos de personas que se desplazaban andando en los dos sentidos, y otros tantos en moto, coche o bicicleta. Pero eran los taxis y los autobuses los que pasaban de manera incesante a cada momento, obligando a los transeúntes a pegarse tanto a las casas de la izquierda como al muro del propio río —a la derecha— hasta casi pasar a formar parte de estos, con el riesgo añadido de los coches eléctricos, peligrosamente silenciosos.

—No sé cómo no atropellan cada día a cinco o seis personas en esta calle... —dijo Marco mientras las ruedas del vehículo le pasaban a menos de treinta centímetros y el espejo retrovisor casi rozaba su cara.

—Ya estamos, es aquí mismo —indicó Inari a la vanguardia del grupo.

—¿Encuentras información acerca de alguna inscripción? —le preguntó Dafne a África por tercera vez desde que salieron de la Madraza minutos antes. La historiadora no paró de consultar su móvil en busca de información sobre el Bañuelo que les permitiese adelantar trabajo en cuanto a la búsqueda, aunque estuvo a punto de chocarse con unos u otros transeúntes en profusas ocasiones a semejante hora punta de paseo.

—Por el momento no tengo nada. Entremos a ver —respondió.

Para acceder al ancestral baño árabe de planta rectangular, entraron a esa casa particular en el

número treinta y uno por una puerta pequeña y directamente de la calle. Después atravesaron el zaguán que encontraron, donde dos chicas se encargaban de cobrar la entrada a los visitantes y de informar de todo lo referente al Bañuelo para, más tarde, salir a un patio con alberca, desde donde se introdujeron en las salas de baño.

Aquel era un espacio agradable y ciertamente oscuro, y sería mucho más sombrío de no ser por las claraboyas octogonales y en forma de estrella por las que se introducía la luz de manera cautivadora en sus distintas salas y por donde, a su vez y en su momento, dejaban escapar los vapores mediante coloridos cristales móviles, aireando dichas salas para controlar su temperatura. Sus muros eran de argamasa, y sus bóvedas y arcos, de fábrica de ladrillo macizo.

—¡Guau, para tener unos mil años, este lugar no está nada mal! —pronunció Inari a modo de chascarrillo al reparar en los suelos de mármol tal y como entraron en la primera de sus salas.

—Es uno de los pocos baños que se salvaron de la destrucción en la época de los Reyes Católicos porque tenían mala fama; de hecho, para los cristianos, este tipo de lugares se asemejaban a los burdeles —aseguraba África, como siempre, tremendamente didáctica.

—Vaya, qué recataditos los cristianos, y luego resulta que sus cardenales, obispos y demás peces gordos eran los más libidinosos... —opinó Daniela mordaz.

—Puede que de ahí surgiera ese dicho popular, sumun de la hipocresía: «Haz lo que yo diga, pero no lo que yo haga» —comentó Marco con ingenio.

—No recordaba lo grande que era —dijo Dafne—. Llevaba años sin entrar aquí. ¿Cuántas salas tenía? —preguntó traspasando la primera que encontraron al entrar para asomarse a la segunda.

—Eran cuatro. Esta primera, cubierta por una bóveda de cañón y claraboyas, era el vestíbulo y hacía las veces de vestuario, donde la gente se desvestía. La segunda —dijo pasando a esa sala tras los pasos de Dafne— era la sala de refresco o de agua fría. Como veis, se trata de una sala rectangular y alargada con alcobas laterales separadas por esos arcos de herradura de los extremos. Aquí los usuarios recibían las toallas y las sandalias de madera, además de acostumbrarse al calor y la humedad. La tercera era la más importante, la preciosa sala templada o de descanso que, con su forma cuadrada, además era la más grande. En esta sala templada —continuó introduciéndose en ella seguida de los demás— incluso se llevaban a cabo servicios como masajes, manicuras, depilaciones o tintes, en las galerías que podéis observar en tres de sus costados, con arcos de herradura apoyados en capiteles y columnas sin base, algunos reutilizados de épocas anteriores, como la romana. Fijaos en el contraste de la luz entrando por las lumbreras estrelladas y octogonales, es casi magia —exponía África embelesada—. Y la última es la sala de agua caliente, con una distribución similar a la fría, aunque en este caso con baños individuales en los extremos, a izquierda y derecha. Aquí es donde ponían en uso las sandalias de madera, puesto que el suelo quemaba por la caldera que estaba situada en el centro.

—Parece mentira que esta construcción tenga mil años de vida —dijo Kilian impresionado.

—Sí, es algo que hoy en día no se estila —añadió Inari con humor intelectual—. Puesto que entraría en seria confrontación con la cultura de consumismo salvaje que nos rodea, de la mano de la inestimable obsolescencia programada. —Rio contagiosamente.

—¡Sin duda! —convino Kilian sonriendo.

—Es de época zirí, es decir, de los fundadores de la Granada musulmana —señalaba África—. Tengo entendido que es la construcción civil más antigua de la ciudad.

—Pero ni rastro de inscripciones, al menos a simple vista —repuso Dafne tras el primer vistazo superficial y la explicación de su querida amiga.

—No, yo tampoco he visto, pero volvamos a revisar todo con más detenimiento —le respondió

la historiadora.

—Dividámonos y busquemos palmo a palmo, tiene que haber algo esperándonos —les alentó la artista—. Inari, tú preguntará a las chicas de las entradas sobre si tienen conocimiento de alguna inscripción que se pueda ver actualmente o que hubiera en el pasado. África, vuelve a preguntar a tu amigo el sabio, ¿quieres?

—¡Vamos! —exclamó Kilian con energía, dando una sonora palmada que resonó por la bóveda esquilada de la sala central, la templada, a donde regresaron.

—¡Nada de nada! —dijo Marco tras su indagación de vuelta a la sala grande—. No hay rastro de letras de ninguna índole en toda la estructura, Dafne.

—¿Es cosa mía o cada vez parece todo más complicado y subjetivo? —lanzó su pregunta Inari.

—Parece que hemos caído en un agujero negro —le respondió Daniela—. Este segundo recinto está resultando más complejo que el primero.

—¡En un puto pozo sin fondo, diría yo! —profirió Marco frustrado.

—No es un agujero negro, ni tampoco un pozo sin fondo —dijo Dafne reflexiva, apoyando su espalda en la pared de la izquierda según se entraba a la sala templada, tras el arco central de los tres que había en ese costado. Su mirada, con signos de agotamiento emocional y desazón, por momentos se perdía en el infinito de su imaginación, entremezclados con sus sentimientos más íntimos y girando alrededor de los sueños vitales que guiaban los pasos de su existencia. La vorágine resultante de este entramado cercano a la mística trataba de alinearse de manera involuntaria con la esencia de ese enclave milenario, para intentar desentrañar sus más intrincados secretos o la fuente de sabiduría y paz que tan solo el paso del tiempo y sus dispares épocas es capaz de sellar a fuego cual impronta divina, en unos materiales *a priori* inertes como para otorgarles alma propia—. Tan solo se trata de un cuello de botella en el que nos hallamos atorados —susurró con la mirada perdida entre la luz tamizada que se filtraba por las lumbreras del techo, intentando conectar con esa energía que sabía y sentía que atesoraban lugares extraordinarios como en el que se encontraban—. Solo hay que atravesarlo y seguir el camino que desemboca en el todo, en la verdad, en el conocimiento... —dijo mientras descendía hasta quedar completamente sentada en el mármol del suelo con las piernas entrecruzadas y con su espalda completamente recta, en contacto con la húmeda pared de argamasa.

Con el rostro hacia arriba, se dejaba acariciar por las radiaciones solares que rozaban su cutis de manera agradable, invitándola a cerrar los ojos, suspirar y a conectar con su yo interior. Ese que, debido a nuestro frenético estilo de vida, en ocasiones nos cuesta escuchar, rodeados de mucha gente y excesivo ruido. Dafne lo conocía bien, pues una vez lo descubrías y lo saboreabas, ya nunca lo dejabas escapar. Prestándole, prestándote, el tiempo y el valor necesarios.

De pronto volvió a abrir los ojos mucho más relajada, como aislada de todo lo que le rodeaba y con una sensación muy curiosa, pues sin tener la menor idea de cómo ni por qué, sentía una certeza plausible en su interior que latía con fuerza, haciéndole ver que resolvería el problema que se le presentaba. Tan solo era cuestión de dejarse llevar por la inspiración y disfrutar el momento.

Observó de nuevo el entorno que la rodeaba con detenimiento. Desde su posición tenía una perspectiva privilegiada del conjunto arquitectónico. De hecho, creía recordar haber visto en algún lugar una preciosa foto del Bañuelo que le encantaba y, muy probablemente, hubiese sido realizada justo desde allí abajo, desde donde era posible captar casi la totalidad del precioso

techo agujereado en mitad de los arcos de ese lado, el frontal y el del costado izquierdo.

Se quedó mirando las formas y la perfecta simetría de las lucernas, admirando su belleza mientras recordaba que esta, la belleza, era eso, cuestión de simetría, como en el rostro de las personas. En el centro de la bóveda había una sola claraboya en forma cuadrada. Justo a su alrededor, orbitaban ocho lumbreras más, esta vez con formas estrelladas. Circundado a estas otras y a la solitaria primera, contó hasta doce nuevas aperturas, en esta ocasión octogonales, que, a su vez, estaban perimetradas por un grupo aún mayor de una nueva serie de lucernas octogonales, con hasta dieciséis aperturas que ocupaban prácticamente al completo toda el área de la bóveda.

—Uno —dijo con un insignificante hilo de voz—. Ocho —continuó contando los espacios concéntricos que conformaban las lucernas, como en una galaxia en donde los astros menores orbitan alrededor de la estrella de mayor tamaño—. Doce —siguió dejándose llevar—. Dieciséis... —susurró finalmente—. Uno, ocho, doce y dieciséis —repitió del tirón, permitiéndose fantasear con la utopía que significaría que todo aquel entramado arquitectónico precioso estuviese urdido con la intención de enviar un mensaje a una mente receptiva, observadora y curiosa por naturaleza como la suya—. Uno más ocho son nueve, más doce son veintiuno y más dieciséis son... treinta y siete. ¿Treinta y siete qué? —Trataba de encontrar alguna explicación a las cifras sin ningún sentido, solo dejándose llevar—. Los arcos son uno, dos, tres... Nueve. Y las columnas son una, dos, tres... Diez —se decía jugando con las cifras que arrojaba la arquitectura—. Treinta y siete más nueve y más diez son... cincuenta y seis. Lucernas, arcos, columnas. Lucernas, arcos, columnas... Nueve arcos y diez columnas. Treinta y siete lucernas y diez columnas, diez columnas... Diez puntos concretos... —dijo achinando los ojos mientras sentía que algo le sobrevenía. Introdujo la mano derecha en el bolsillo trasero de sus vaqueros y sacó un papelito que llevaba doblado con apuntes a tener en cuenta sobre la búsqueda y un bolígrafo de otro bolsillo delantero. Apoyó el papel en el suelo y comenzó a marcar unos puntos que simulaban la distribución de las columnas en la sala.

Sus amigos, que la vieron tan concentrada y escribiendo algo en una hojita, comenzaron a acercarse poniéndose a su alrededor, sin tapanle la visión que tenía desde esa posición del Bañuelo.

—Una, dos, tres y cuatro. —Dibujó cuatro puntos en hilera que representaban las cuatro columnas que había en el costado opuesto al que se encontraba, frente a ella—. Una, dos y tres. —Después esbozó las tres de su costado izquierdo, que conformaban un ángulo de noventa grados perfecto con las anteriores—. Y una, dos y tres —señaló las tres que había en el costado donde ella se encontraba, formando, con esa serie de puntos, un cuadrado inacabado, puesto que le faltaría el lado derecho, pero un cuadrado, al fin y al cabo. Se quedó mirando aquella forma plasmada sobre el papel, tal y como sus amigos, en completo silencio, para volver de nuevo la vista a la sala y observar el conjunto de manera íntegra. De nuevo se fijó en las lucernas y su belleza sutil, como en un principio—. Uno, ocho... —dijo pensando en los grupos concéntricos—. Uno, ocho, doce... —Miró la figura que había creado en el papel—. Diez puntos de diez columnas... —señaló de nuevo abriendo los ojos más—. Uno —dijo rodeando el primer punto, que correspondería a la primera columna por la derecha según se entra a esa sala templada. Levantó la mirada y observó a sus amigos por primera vez desde que se le acercaron, tal era su concentración. La gravedad de su gesto al mirarlos evidenciaba que se estaba dando cuenta de una posibilidad tan remota como bella. «¿Y si la estructura misma de aquella estancia fuese un mapa tridimensional?!», gritó para sus adentros con la mente irradiando electricidad—. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete... y ocho —dijo con mayor tono de voz en esta ocasión, rodeando el

correspondiente punto que representaba en su escueto dibujo el lugar en donde se encontraba la octava columna. Después hizo lo propio contando doce y volviendo hacia atrás, cuando llegó a la última columna de la sala, la número diez. Marcó un tercer punto, que resultó ser el mismo que el anterior, el de la octava columna. Y, por último, hizo lo propio con la postrera suma de lucernas del anillo exterior de su conjunto, dieciséis, marcando el punto oportuno en el papel.

—¿Un triángulo? ¿Crees que un triángulo puede marcar un punto concreto en el suelo o lo estoy flipando? —preguntó Daniela asombrada.

—¿Tienes alguna idea mejor...? —le respondió.

—Bueno, por probar... —dijo África—. Sería una manera muy interesante de esconder algo.

—Pero no indica un punto concreto —se explicó Daniela—. Si estuvieses dispuesto a marcar un lugar en el suelo de esa manera, ¿no sería mejor una X que un triángulo?

—No si se trata de mostrar ese punto de manera creativa, con la estructura que se encontró quien quiera que fuese que crease esto, ¿o crees que sería más sencillo adaptar el edificio en vez de adaptar el lugar del escondite? —inquirió Dafne.

—¿A qué te refieres? —preguntó Marco perdido.

—A que sí marca un punto concreto, pero no a simple vista.

—¡El baricentro! —exclamó Inari cayendo en la cuenta de lo que pensaba Dafne.

—¿Qué? —soltó Marco confuso.

—¿El punto de gravedad? —preguntó Kilian.

—¡Exacto! —dijo la chica.

—El baricentro representa el punto notable de los triángulos, en el que se unen las medianas de dichos triángulos, coincidente, además, con su centro de gravedad —apuntó Inari ese concepto básico de la geometría.

—¡Sí, eso tendría sentido! —reconoció Kilian tocándose la barbilla—. Es una manera de indicar un punto en el suelo utilizando y adaptándose al entorno arquitectónico.

—Un mensaje demasiado sutil, ¿no creéis? —apuntó África ciertamente escéptica.

—¡Estoy contigo! —dijo Daniela, y Marco asentía al lado con gesto de incredulidad.

—Sutil pero factible —añadió Kilian.

—Inari, las matemáticas son tu campo, calcula el punto exacto de gravedad extrapolado a esta sala. —Sonrió Dafne con la confianza que un buen líder muestra acerca de su intuición.

—¡Dame un minuto! —exclamó con su habitual seguridad.

En el escaso minuto que tardó Inari en indicar en el suelo con una botella pequeña de agua el lugar exacto del triángulo donde se encontraba el punto de gravedad, conformado por las señas marcadas en las columnas previamente, fue suficiente para que Dafne urdiese un plan y previese el siguiente paso a acometer.

—¿Es ahí? —preguntó Dafne escueta, con un brillo especial en la mirada. Se agachó hasta ponerse tan cerca de la losa que incluso podía observar sus imperfecciones.

—¿Y por qué no has empezado a contar las columnas por la izquierda? —preguntó Daniela—. ¿Porque habría salido el mismo resultado?

—No, sería otro lugar, nunca el mismo —aseguró Marco.

—Entonces, ¿cómo sabes que empezar por la derecha es lo correcto? —volvió a formular la pregunta.

—Porque el árabe se escribe y se lee de derecha a izquierda, y, de haber un orden, debe de ser

ese, pues no concibo otro —concluyó Dafne—. Y si te agachas y te pones muy muy cerca de la superficie, comprobarás algo muy interesante —dijo de manera enigmática.

—A ver, ¿a qué te refieres? —preguntó África. Todos se acercaron expectantes, observando la losa de mármol donde reposaba el botellín de agua. Marco, África y Daniela se fijaban en ella para tratar de descubrir la nueva pista a la que hacía referencia Dafne; Kilian ya se había dado cuenta desde el principio.

—¡Es verdad, tiene una tonalidad un poco más oscura que el resto; fijate, se ve claro si la comparas con las otras! —exclamó Daniela.

—Incluso la rugosidad es diferente al resto, es más tosca —añadió Dafne acariciando el mineral.

—Sí, la verdad es que representa una interesante evidencia que invita a que sigamos con este plan que, en principio, parecía un tanto loco —convino Marco asombrado.

—¡No hay nadie más! —indicó Inari volviendo de revisar todas las salas del Bañuelo, tal y como le había indicado Dafne—. Acaban de salir los últimos turistas.

—Muy bien, pues vete corriendo al zaguán de entrada y vigila para que no entre nadie; si viene alguien, los bloqueas —determinó muy seria Dafne—. Es muy importante que ganes tiempo para nosotros.

—Pero ¿cómo lo haré? —preguntó el joven angustiado por la presión.

—Invéntate algo, Inari, confiamos en ti —sentenció para insuflarle autoconfianza, sabiendo cómo hacerlo. Este se giró y salió disparado hacia la entrada—. Kilian, ¿llevas la navaja? —le preguntó Dafne.

—¡Claro! —La sacó del bolsillo en un santiamén.

—A ver qué eres capaz de hacer con ella... —le espoleó sonriendo con picardía.

Dos minutos después del inicio del plan en los que, Inari, repleto de nervios, había estado manoseando de manera compulsiva unos y otros de los pasquines publicitarios que había en la sala de entrada al Bañuelo, en donde se encontraban las dos encargadas de los tickets y la información, invadieron aquel pequeño habitáculo un grupo de turistas relativamente amplio.

El joven asiático se puso tan nervioso al ver a todas esas mujeres de edad avanzada que se le escurrió de entre los dedos un par de folletos informativos de la Doble de Oro, una iniciativa cultural para visitar algunos de los edificios más representativos de Granada, como los Palacios Nazaríes, el Generalife, la alcazaba de la Alhambra, el Bañuelo, la Casa del Chapiz, el palacio de Dar al-Horra o la Casa de Zafra entre otros, todos ellos gestionados por el Patronato de la Alhambra y Generalife.

Las chicas lo miraron y sonrieron. Inari esgrimió su sonrisa más embaucadora y, como si hubiese tenido una revelación, se adelantó al numeroso grupo con un movimiento felino para colocarse frente a las trabajadoras con intención de lanzarles a bocajarro una auténtica batería de preguntas y curiosidades insatisfechas acerca de la propuesta cultural que suponía ese fascinante recorrido por todo aquel patrimonio mundial de la humanidad perteneciente a Granada.

—Perdonad, ¿cuál es el itinerario recomendado que hay que seguir para llevar a cabo toda la ruta? Es decir, supongo que se puede hacer por libre y demás, pero este tipo de actividades, habitualmente, están diseñadas para realizarse de una manera concreta, ¿no es así? —Sonreía y parloteaba sin parar, dado los crecientes nervios de su interior—. Eso es lo que buscan, ¿verdad? Sacar el máximo rendimiento a la experiencia y proyectar la marca Granada con intención de

mostrar la mejor imagen de la ciudad y su patrimonio. Así que, por favor, explíquenme con pelos y señales todo lo que puedo ver y cómo he de hacerlo. —Las chicas se quedaron a cuadros observándolo, para después mirarse entre ellas con gesto de incredulidad, mientras Inari, haciendo de tripas corazón, sonreía de manera exagerada, mostrando su perfecta y blanca dentadura, con el numeroso grupo bloqueado tras de sí, esperando su turno para poder entrar a visitar los baños.

Mientras tanto, en el interior del Bañuelo propiamente dicho, Kilian se afanaba por deshacer con la navaja el material de construcción que había entre la losa misteriosa y sus adyacentes. Poco a poco, iba introduciendo más la fina hoja en la casi inexistente rendija, hasta que consideraba que había llegado hasta el fondo y continuaba un poco más allá del perímetro de la piedra.

—¿Crees que podrás hacer palanca para conseguir levantarla? —preguntó Dafne histérica mientras, a cada dos por tres, echaba un vistazo hacia el vestíbulo, más allá de la primera sala, en donde se hallaba apostada Daniela para controlar visualmente la entrada desde el patio hacia los baños.

—¡No lo sé, pronto te lo diré, aunque lo veo complicado! —reconocía el chico con voz esforzada por los incesantes movimientos repetitivos que ensayaba, una y otra vez, rasgando las juntas que había entre las losas—. Ya tengo un lateral completo, voy a tratar de palanquear.

—¡Vamos, Kilian, estoy segura de que encontrarás la manera! —lo alentaba África enfrente, con Marco asintiendo a su costado.

—¡Eso espero! —soltó él.

—¿Y no podría sacar un bono con el que entrar toda la temporada a los monumentos cuando quiera? Supongo que ese tipo de ofertas son las que ofrecen a los guías de turismo oficiales —dijo al cabo de un rato Inari de manera cargante mientras se giraba he intentaba involucrar en las garras de su tertulia hacia ninguna parte al guía responsable de la expedición femenina, que aguardaba su turno para pasar y que comenzaba a perder los nervios—. Verá, es que soy investigador, tengo una web relacionada con el misterio muy interesante con cientos de seguidores, y para esta temporada pretendo desentrañar los secretos de una ciudad milenaria como Granada. ¿Sabe usted de algún pase especial o similar que pudiera conseguir? —le exponía con descaro televisivo, dejando de lado a las chicas de los tickets, que no daban crédito a lo que veían y se miraban ruborizadas, para enfrentar a ese hombre maduro que, cada vez más, tenía cara de pocos amigos—. Dígame, ¿cómo funciona esto?

—Mire, la ciudad debe sentirse alagada por su amor hacia ella, de eso estoy seguro, pero yo ahora mismo no le puedo ayudar —se excusaba elegantemente—. Como ve, soy responsable del precioso tiempo de un buen número de señoras que también arden en deseos por conocer los entresijos de lugares como este; así que, si es tan amable... —le insinuó dando un paso adelante para tratar de incomodarle y que se echase a un lado.

—¿Qué pasa, que como tengo rasgos orientales ya no me toma en serio? —dijo de pronto alzando un poco la voz, sorprendiendo e incomodando a propios y a extraños.

—¿Perdone? —le respondió ofendido el guía de turismo con infinita paciencia—. Mire, no sé lo que le ocurre ni qué es exactamente lo que quiere, pero en ningún caso le trato de manera discriminatoria por sus rasgos, sean de oriente o de occidente. ¡Así que no siga por ahí...!

—¡Claro, es lo de siempre! No tengo prejuicios... Soy muy guay... pero paso de ayudar a este chinito que no sé de dónde ha salido —dijo en tono hiriente.

—Pero ¿cómo...? —Se contuvo con dificultad—. ¡Mire, déjelo! Si me permite que avance, podré finalmente sacar las entradas de mis acompañantes.

—Claro, claro, adelante, pase. Ya me buscaré la vida, como siempre he hecho —comentó colocándose al fondo de la estancia, justo delante de la puerta que daba al patio, previo a los baños, sin poder contener más a esa marea de gente. Las dos chicas, abrumadas por la incómoda situación, pedían disculpas al guía, seguramente conocido habitual de ellas, mientras de soslayo miraban a Inari, valorando la posibilidad de llamar o no a las autoridades. El joven seguía mirando por aquí y por allá en segundo plano, murmurando entre dientes y metido perfectamente en su papel de indignado, mientras el guía comenzaba a sacar los tickets y a pasarlos hacia atrás para que todos tuviesen el suyo. Iban a entrar en los baños de manera inminente, e Inari, que los observaba de reojo, sabía que tenía que impedirlo.

—¡Es imposible! —se dio por vencido Kilian—. Así no hay manera humana de moverlo. —De pronto y sin decir ni una sola palabra, se levantó como un resorte y salió disparado, mirando por todos y cada uno de los rincones de las salas como alma que lleva el diablo.

—¿Se puede saber qué es lo que buscas? —le preguntó Marco levantando los brazos—. Si me lo dices, igual incluso te puedo ayudar —ironizó.

—¡Extintores, tienen que haberlos en algún lado! —exclamó jadeando—. ¡Traedme uno, ya! Y cuanto más grande mejor.

—¡Creo que los he visto en la entrada a los baños! —dijo África mirando en dirección a Daniela, que se encontraba en el umbral de estos con respecto al patio.

—¡Sí, aquí hay uno! —indicó cogiéndolo sin pensárselo ni un momento para llevárselo corriendo a Kilian, que revisaba la sala continua—. ¡Date prisa, veo movimiento en la entrada! —le dijo susurrando muy cerca de su rostro cuando el chico agarró con fuerza el extintor. Daniela lo soltó y Kilian, decidido, salió como una exhalación hacia su objetivo.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Dafne asustada, intuyendo lo que pasaría.

—¿A ti qué te parece? —le preguntó retóricamente Kilian con el extintor alzado sobre su cabeza, antes de propinarle el primer zurriagazo a la losa.

«¡Poom!», sonó el tremendo impacto que Kilian le asestó al mármol, visiblemente más claro que los demás. Dafne se puso las manos en la cara, pensando en la tremenda multa que les iba a caer por aquella fechoría. Pero cuando vio cómo se partió en cuatro o cinco pedazos más pequeños, de los cuales uno se veía suelto a simple vista, en el fondo suspiró aliviada.

—¡Este es el momento de la navaja! —dijo Kilian en alusión a la infructuosa primera intentona.

El chico sacó un fragmento de losa con relativa facilidad, introduciendo la punta de la hoja en la considerable grieta, y se la pasó a Dafne como si llevase en las manos el mismísimo Santo Grial. Dafne lo agarró y, sin dejar pasar un segundo, le dio la vuelta para mirarlo por detrás. Por su cara de desilusión al no hallar nada, quedó patente que esperaba encontrar algún tipo de epigrama oculto en su reverso.

—¡Nada!?! —exclamó con impotencia—. ¡Sácalas todas!

—Bien, pues ya podemos entrar —dijo al fin el guía de turismo en el zaguán—. Por favor, señoras, si son tan amables de seguirme hasta el patio —les indicaba con las manos—. Allí nos detendremos alrededor de la alberca para comenzar la visita con las primeras explicaciones.

«¡Tengo que detenerlos como sea!», pensó Inari cuando vio que el guía iba a rebasar su posición con toda esa tropa detrás para alcanzar el patio interior, con ese «confiamos en ti» de Dafne golpeándole sin descanso en la sien una y otra vez cual martillo percutor.

—¡Aire...! ¡Me falta el aire! —comenzó su dramatización final el vivaracho joven ante las atónitas turistas. Inari se colocó de nuevo delante de ellas, impidiéndoles acceder al patio. Comenzó quitándose la camiseta, para después empezar a desabotonarse el pantalón, amenazando con quedarse en calzoncillos al simular problemas para respirar.

—Pero ¿qué pasa ahora? —dijo el guía, que ya no sabía a qué atenerse.

—Por favor, ayúdenme, no puedo respirar. ¡Me ahogo! —gritaba haciendo aspavientos con las manos como si fuese un submarinista quedándose sin reservas de oxígeno en su botella. Los pantalones volaron por encima del guía, acompañado de un gran «oh» de admiración por parte de las jubiladas. Las pobres no daban crédito de la escena a la que estaban asistiendo hasta que el pantalón se estampó en la cara de una de ellas que, al menos, contaba ochenta años, quedando allí colgados a modo de perchero con el correspondiente grito de la susodicha y de las señoras colindantes. Por un momento, las mujeres tuvieron la sensación de que se encontraban en un *boys*, siendo, probablemente, lo más emocionante que les había pasado en las últimas décadas.

Inari, con su torso ciertamente musculado y, en buena medida, tatuado, se dejó caer primero de rodillas para más tarde desplomarse sin contemplaciones en toda su largaria en mitad de esa estrecha sala. Su fingido desmayo, si bien no fue demasiado verosímil, y sí más bien algo caricaturesco, obligó a las encargadas del Bañuelo a salir a toda prisa a socorrerlo.

—¡Llaman a una ambulancia! —se escuchó por fin gritar en la sala, en este caso, en voz del abnegado guía. Puede que el buen hombre sufriese más por el estado de salud de sus acaloradas clientas, pues automáticamente sacaron decenas de abanicos que trabajaban a toda revolución, que, incluso, por el estado de ese joven de rasgos orientales con síntomas serios de desequilibrio mental. Muchas de ellas, aún ruborizadas, se arremolinaban alrededor del chico, que lucía ajustados bóxeres con la bandera británica abultada en todo su esplendor. Otras aportaban sus recetas caseras para los mareos y las bajadas de tensión, mientras Inari trababa de no moverse ni lo más mínimo, pensado para sus adentros en la que había liado allí en un momento.

—¡Esta es la última! —dijo Kilian desolado al comprobar que, en la parte posterior de la losa, no había nada, ni tan siquiera bajo esta, en el piso ennegrecido que encontraron.

—¿Y ahora qué? —preguntó África desmoralizada.

—Por lo pronto, hay que salir de aquí; iba a entrar un grupo enorme, pero Inari está montando un buen numerito ahí afuera —dijo Daniela, que se acercó un momento desde su posición de vigía para constatar con sus propios ojos el fracaso—. Volved a colocar lo mejor posible las piezas de la losa y vayámonos antes de que llegue una ambulancia o, peor aún, una patrulla de policía. Dafne miraba los fragmentos en sus manos con los ojos brillantes y al borde el llanto por la impotencia que sentía, pues su diestra intuición rara vez le engañaba.

—¡¿Qué demonios está pasando aquí?! —dijo para sorpresa de los amigos una voz potente y autoritaria que ninguno de los presentes esperaba escuchar—. ¡¿Quién es el responsable de esto?! —bramó con furia llegando frente a Dafne, cazada con las manos en la masa; aunque, en este caso,

se podría decir mejor: con las piedras en las manos.

—Disculpe, señor, ¿quién es...? —balbuceaba Dafne, vapuleada por los acontecimientos como si de un frágil velero en mitad del océano embravecido se tratase.

—Soy Bernardino Sigüenza, dueño de estos baños que ustedes maltratan vilmente y de la casa adyacente, y exijo saber a qué se debe esta barbaridad. Voy a llamar a la policía en este mismo instante —les amenazó con el teléfono en la mano. Probablemente, el hombre saliese al patio desde su casa particular por el alboroto de Inari en la entrada, cuando Daniela abandonó su puesto de vigilancia, por eso no lo vieron llegar.

—Don Bernardino, todo esto tiene una buena explicación: buscábamos algo de vital importancia para nosotros —respondió Kilian con calma y seguridad en sí mismo—. Yo soy el responsable de todo este destrozo y me haré cargo de los costes que acarreen su reparación —aseguraba el joven ante la extraña cara que puso aquel hombre desde que comenzó a hablar, que no le quitaba el ojo a la pieza de mármol arrancada del suelo.

—¿Y qué dice que buscaban? —preguntó de pronto con claros titubeos en la tensión primigenia de su perorata, que parecía decaer.

—Bueno... —se sorprendió Kilian por ese cambio instantáneo que no sabía a qué podía atender—. Verá, señor... —vacilaba él en esta ocasión—. Venimos tras la pista de una especie de mapa y...

—¡La sala mágica! —susurró con los ojos exageradamente abiertos mirando a Dafne y su colgante, como si hubiese visto un fantasma.

—¿La conoce? —intercedió de inmediato Dafne poniéndose de pie frente a aquel hombre misterioso que no dejaba de mirar su colgante.

—¿Conocía usted a Alicia? —respondió sagaz con una nueva pregunta.

—¡*Touché!* —expresó la joven entendiendo que aquel hombre no sabía si podía confiar en ellos, unos auténticos desconocidos que se dedicaban a destrozar sus bienes inmuebles—. Mire, creo que solo la sinceridad puede desatascar esta situación, ¿no le parece? —le dijo pensándolo francamente, pues veía en su rostro el de una buena persona—. Encontramos el mapa y estamos siguiendo las pistas hacia la sala, las cuales nos han llevado hasta aquí —reveló—. Pero mi corazonada acerca de la siguiente ubicación en donde encontrar una inscripción ha resultado ser errónea —se sinceró abriendo su corazón y poniendo las cartas sobre la mesa, pues entendía que, evidentemente, este hombre sabía lo que estaban haciendo. El tal Bernardino los miró de arriba abajo tomándose su tiempo. Analizaba cada gesto, cada mirada, cada alma tras esos cuerpos amedrentados por su presencia hasta darse cuenta de que, con toda probabilidad, decían la verdad.

—Pues he de decirle que se equivoca, porque su corazonada era correcta —aseguró dejando pasmada a Dafne y a los demás—. El único problema es que llega usted demasiado tarde —añadió con notoria elegancia y una educación en su forma de hablar que llamó la atención de la joven—. Por favor, vuelva a colocar los trozos de la placa de mármol en su lugar de la mejor manera posible si es tan amable. Y no se preocupen, luego mandaré a que lo arreglen. ¿Les apetece un café? —les ofreció sorprendiendo a propios y a extraños. Los amigos se miraron pasmados, mientras Kilian se apresuraba por dejar el suelo en el mejor estado posible—. Por cierto, el bufón de la entrada va con ustedes, ¿verdad?

—Sí, sí... es nuestro amigo. Él nos cubría —reconoció Dafne avergonzada.

—Entiendo. Díganle que ya puede abandonar su actuación y, por favor, que se vista para venir con nosotros —les pidió de un modo cercano a la guasa, probablemente la manera más graciosa que una persona de tales modales era capaz de esbozar. Los amigos se miraron sin entender por

qué Inari estaba sin ropa.

—Mejor, ¿verdad? —le dijo don Bernardino a Inari, que sonreía sin parar, tal y como se acababa de abrochar el último botón de los pantalones, mientras le ofrecía un aromático café etíope recién molido.

—Sí, gracias, y siento mucho lo del numerito... —se disculpó con una mezcla de rubor y satisfacción inconfesable—. No pretendía que viniese la policía y las tres ambulancias.

—¡Oh, no, tranquilo! No hay problema, les he dicho que se trataba de una cámara oculta. Una broma sin importancia para un canal local —dijo restándole trascendencia a lo ocurrido—. Y por lo de la señora de los pantalones, no se preocupe, ya se encontraba mejor. Estaba sentada recuperándose del mareo en una agradable sombra del patio. Comentan que ha podido ser una leve lipotimia...

—Ya, bueno... Me alegro mucho de que no sea nada —añadió el joven, escueto.

—Así que ustedes se hallan en mitad de la búsqueda de la célebre sala de propiedades extraordinarias —soltó por fin con tono rimbombante, retomando la interesante conversación anterior por donde la dejaron.

—Así es, don Bernardino —corroboró Dafne—. ¿Qué es lo que sabe acerca de Alicia? ¿La conocía quizá? Y sobre la sala, ¿tiene idea de si la encontraron realmente? —formuló con impaciencia.

—La conocí cuando vino a pedirme permiso para examinar el Bañuelo, en busca de algo que anhelaba encontrar, de camino a ese otro objetivo que apunta —comenzó su narración—. Ellos nunca me hablaron de la sala, ni tan siquiera insinuaron que la estaban buscando. La afirmación anterior tan solo es una conjetura mía, porque era un tema muy de actualidad en la época. Todo el mundo opinaba sobre la existencia o no de ese lugar, sobre dónde estaría oculto y cuáles serían sus propiedades. Pero, sobre todo, discutían sobre la posibilidad de que lo estuviesen buscando o si lo habrían localizado ya —les explicaba.

—Sí, ese es el contexto del que nos han hablado en varias ocasiones personas que vivieron esos convulsos años —intervino Inari más calmado saboreando su delicioso café.

—¿Y qué ocurrió con Alicia? —preguntó África ávida de información.

—Pues, por desgracia, todos sabemos lo que les sucedió... —dijo lamentándose—. Fue un duro golpe para mí que me dejó conmocionado, pues apenas un año antes habían estado aquí, en mi casa, y debo decir que todos ellos eran fantásticas personas. Seres humanos de esos con los que conectas desde el minuto cero por la vibración positiva de su energía.

—Tuvo que ser un palo muy duro para todas las personas que los querían —confirmó Dafne—. Pero me refería a lo que ocurrió aquí, ¿encontraron lo que buscaban?

—¡Sí, sí, lo encontraron! Pero he de decir que les costó mucho más que a ustedes, señorita, y fíjese que todos ellos eran verdaderas eminencias en sus respectivos campos de estudio. Pero, aun así, tardaron unos cuantos días en resolver el galimatías. ¿Quién iba a pensar que se habrían inspirado en las formas geométricas del propio Bañuelo para indicar el lugar exacto donde escondieron esa inscripción? Pues ellos lo hicieron, y encontraron el mensaje al igual que usted habría hecho de seguir ahí, por supuesto, pero en tiempo récord. Por lo que la felicito encarecidamente —dijo agasajando a la muchacha al elevar su café a modo de brindis de otra época—. Ha demostrado inteligencia y determinación, pero también una intuición y una fe en su voz interior dignas de admirar y fuera de toda duda. —Hizo el gesto de aplaudir muy levemente,

de manera esnob, con el café en la mano derecha, a lo que Dafne asintió algo avergonzada.

—Espere, porque creo que me he perdido —manifestó Marco tratando de recapitular—. Entonces, ¿nos está diciendo que la inscripción sí que estaba en la losa?

—Lo que les he dicho es que estaba justo en ese punto, pero no en la losa que ustedes han destrozado, sino en una placa de hierro bañada en bronce enterrada bajo el pavimento originario. La inscripción no fue tallada sobre el suelo actual de restauración, que es mucho más moderno —aseguró.

—Y supongo que no recordará usted lo que ponía en dicha inscripción —se interesó Dafne.

—Lo siento, mi memoria nunca fue un prodigio, pero cuando se me olvida, tan solo tengo que volver a admirarla —dijo sonriendo e inclinándose hacia delante en su sillón beis de un modo interesante. Añadió—: ¿Quieren verla? —preguntó conociendo obviamente la respuesta. Todos se miraron excitados.

Cuando don Bernardino regresó al salón con una maleta de piel marrón de al menos un metro de longitud cogida por un asidero, por un momento les pareció que trasportaba un instrumento musical.

—Ni qué decir tiene que yo jamás les he enseñado esta inexistente pieza —insinuó mirando a todos y cada uno de los miembros del grupo a los ojos para que su mensaje quedase claro. La posó con mimo sobre una mesa de centro, al lado de donde se encontraban sentados los amigos, que no pudieron aguantar y enseguida se incorporaron y la rodearon—. De lo contrario, negaré la mayor. —Abrió la caja y les mostró el interior.

—¡Oh, Dios mío, es bellísima! —exclamó Daniela.

—¡Sí que lo es! —respondió su orgulloso dueño—. Por ello quiero seguir conservándola —añadió. La inscripción resultó estar tallada en una impresionante placa de hierro rectangular, bañada en precioso tono bronce resplandeciente, tan pulcro y brillante que casi se podían reflejar en él al acercarse para admirar la pieza. En relieve y sobresaliendo del conjunto, destacaban las esbeltas letras árabes que dominaban el espacio en el centro del precioso vestigio, y por debajo, en un nivel inferior, un fabuloso entramado de motivos vegetales configuraba un *collage* cautivador del que costaba apartar los ojos una vez se había visto por primera vez.

—¡Guau, qué exquisiteces se gastaban en la época! —reseñó Kilian.

—Sabe lo que significa, ¿verdad? —le preguntó África.

—Por supuesto, lo de antes era tan solo una broma —reconoció—. ¿Cómo olvidarlo?

—¿Y bien? —insistió Dafne.

—«Tres son las cuevas donde, al este, dormitan las bestias» —recitó por fin el elegante personaje.

—¡Tres son las cuevas donde, al este, dormitan las bestias! —repitió la chica ensimismada tratando de encontrar sentido a aquella oración.

—Eso es —confirmó don Bernardino.

—Mira, estas letras podrían coincidir con las de Puerta Elvira —le susurró al oído Kilian enseñándole las fotos que hizo con la cámara de su teléfono móvil.

—¡Genial! —le contestó regresando de inmediato a su indagación interior acerca del significado de la frase.

—Y dígame, don Bernardino, ¿a qué se dedica usted? —le preguntó Marco por curiosidad.

—Estoy jubilado, pero durante gran parte de mi vida fui diplomático —explicó—. Si lo

pregunta para saber cómo ha llegado a mi poder el Bañuelo, es bien sencillo: es la herencia de mis padres. Esta era nuestra casa familiar, fíjese usted —les confesó.

—Un extraordinario hogar familiar —afirmó África sonriendo.

—Así es. No es normal poseer vestigios milenarios en el patio de casa, es un privilegio excepcional —dijo con su sencilla afabilidad—. En fin, si les puedo asesorar en cualquier otra cuestión, tan solo tienen que decírmelo. Espero haber podido servirles de ayuda y, por favor, tengan mucha precaución.

—La tendremos, don Bernardino, no tiene usted por qué preocuparse. He de decirle que ha sido usted tan amable y generoso que no tengo palabras... —añadió Dafne con tanta sinceridad que a punto estuvo de emocionarse—. En el futuro le recompensaremos.

—No tienen por qué —indicó dando por concluida la reunión inesperada, con esa calma demostrada desde el primer momento que lo vieron y un semblante de armonía que solo proyectan personas que poseen una gran paz interior.

CAPÍTULO XVI

—Bien. Veamos —dijo Daniela recapitulando tal y como salieron del Bañuelo a la calle Carrera del Darro, a paso ligero y en sentido a Plaza Nueva—. De este segundo recinto nos quedaría el castillo de Mauror, La Alhóndiga Nueva y la Puerta de la Rambla.

—Vale, puedes tachar de la lista el Corral del Carbón o Alhóndiga Nueva, puesto que estoy mirando las inscripciones de su hermosa puerta de entrada por internet y os puedo confirmar que tiene la frase del Bañuelo —expuso África animada.

—¡Genial, uno menos! —exclamó Inari.

—Entonces tenemos las inscripciones del Bañuelo, que ahora también sabemos que están en el Corral del Carbón —dijo Dafne.

—Y que probablemente sean las mismas de Puerta Elvira —añadió Kilian.

—También debemos tratar de encontrarla en la gran cantidad de epigrafas de la Madraza —complementó Marco.

—Así es. Y nos quedan dos lugares más en donde buscar esta segunda inscripción para asegurarnos de que es la correcta —agregó Daniela.

—Yo creo que, confirmando que aparece en uno más de ellos, sería más que suficiente —opinó Kilian—. ¿Qué me dices, Dafne?

—Sí, creo que bastará.

—De acuerdo, entonces, ¿adónde vamos?, ¿al castillo de Mauror o a la Puerta de la Rambla? —preguntó África.

—Yo iría a Bib-Rambla —propuso Dafne.

—Me parece bien, pero creo que deberíamos dividirnos —apuntó Marco su parecer, tan elocuente como siempre—. Tres a la Puerta de la Rambla y otros tres a por el próximo objetivo. ¡Ya sabéis, divide y vencerás!

—¡Buena idea! —convino África en esta ocasión.

—Bien —soltó Dafne deteniéndose en seco—. En ese caso, queridos amigos —empezó a decir eufórica por el hecho de poder continuar con una averiguación tan compleja como estimulante—, damos inicio a la búsqueda en el tercer recinto, como todo parece indicar y ¿cuál es el único emplazamiento que, por el momento, conocemos de ese tercer recinto? —preguntó de forma retórica—. Cada vez estamos más cerca. ¡Próxima parada, Casa de Zafra! —señaló hacia la zona de la que venían, por donde se ubicaba la archiconocida casa de típica arquitectura granadina.

CAPÍTULO XVII

La casa nazarí de Zafra, construida por alguna pudiente familia andalusí entre el siglo xiv y xv, en el que fuera el conocido barrio de los Axares —del deleite o la salud—, hoy parte del Albaicín, lugar preferido por la élite del momento y cedida por Isabel la Católica a su leal secretario tras la conquista, don Hernando de Zafra, entre otras propiedades también importantes, es uno de los arquetipos mejor conservados de este estilo de vivienda palaciega hispanomusulmana de patio con alberca, doble pórtico y salas principales en los lados menores.

Como otros inmuebles de este tipo, ha perdurado al paso de los siglos por integrarse en un conjunto monástico; en este caso, al convento de Santa Catalina de Zafra, por expreso deseo testamentario de sus dueños tras su deceso.

—¡Vamos, no hay tiempo que perder! —dijo Dafne atravesando casi a la carrera el típico zaguán en recodo de la entrada a la casa, para salvaguardar la intimidad del hogar, evitando la visión directa desde el exterior. Eran las siete menos cuarto y, agobiada, sentía que la tarde iba muriendo y aún le quedaban un montón de incógnitas por resolver.

—Bien, no hay casi nadie —susurró Kilian, que iba acompañado de Daniela.

—¡Vamos, busquemos cualquier atisbo de inscripción que haya por aquí! —sugirió esta.

—Un momento —dijo Dafne cayendo en la cuenta de algo—. ¿No es aquí donde se conservan unas pinturas murales nazaríes?

—¡Sí, creo que sí! —dijo Daniela—. Espera, que le pregunto a la encargada. —Corrió hacia ella, que deambulaba tranquilamente por el patio con las manos cogidas por detrás de la cintura—. ¡Ala sur de la casa! —profirió emocionada—. Asegura que son de la misma tipología que las de la Alhambra, pero, por desgracia, no conoce su significado.

—¡Vamos a verlas, corred! —apremió Kilian a las chicas.

—¡Creo que es allí! —dijo Inari señalando un poco más adelante mientras ascendía por la cuesta de Gomérez en mitad del bosque de la Alhambra, aledaña a la misma, a la altura del monumento a Washington Irving, con África y Marco siguiéndole a la zaga—. ¡Sí, mirad, ya la veo! —certificó el desenvuelto joven al observar su extraordinaria silueta, despuntando entre la espesura de la alameda del bosque de la Sabika, a escasos dos metros del camino de tierra por donde caminaban, junto a la pequeña carretera asfaltada que bordeaba la fortificación.

—¡Ahí esta! —gritó África pasando por encima del seto bajo que delimitaba el camino de la zona boscosa propiamente dicha. Los chicos hicieron lo propio. Marco miró a su alrededor para ver si alguien los observaba. No vio a nadie en las cercanías—. ¡Qué bonita, hacía mucho tiempo que no la veía! —exclamó África mirando hacia arriba a poca distancia—. Recuerdo como si fuese ahora que la visitamos en una excursión del colegio y yo quedé prendada de su belleza y de lo que me hizo sentir a nivel intelectual, al verla aquí en medio, sola y rodeada de follaje. Es como en un cuento de hadas, cuando encuentras una puerta mágica que te teletransporta a otro lugar. Hizo volar mi imaginación y creo que fue una de las grandes impulsoras para que cursase los estudios que, a día de hoy, me encuentro a punto de finalizar.

—Sí, conozco esa sensación —afirmó Marco en esta ocasión—. En mí siempre ha despertado emociones similares. Es como si, de pronto, de esa puerta se fuese a abrir un compartimiento secreto al tocar involuntariamente un pulsador o, incluso, un enorme agujero en el suelo que dejase vía libre para introducirnos en vete tú a saber qué subterráneo o pasadizo secreto de los que se sabe que hay a montones bajo la Alhambra, repleto de enigmas y tesoros ancestrales. ¿Os imagináis? —terminó su fantasía mirando a la nada, dejándose llevar por esas sensaciones infantiles que todo adulto atesora en su interior y que hay que proteger por siempre, pues contienen en un frasquito imaginario, la esencia primigenia de nuestra persona, de nuestra alma.

—Creo que habéis abusado de la saga de *Indiana Jones* —dijo con gracia Inari—. Es broma, es broma... Sé a qué os referís.

—Muy bien, a revisarla de arriba abajo, chicos. Hay que encontrar nuestra epigrafía cueste lo que cueste —remató la historiadora.

—¿Tenéis idea de lo que pone? —preguntó Kilian frente a unos garabatos pintados en la pared.

—No lo sé, la verdad —reconoció Dafne—. Pero sea lo que sea, me da la impresión de que está incompleta. Fijaos, hay palabras que parecen cortadas.

—Creo que dice algo como: «Allí, en el cielo de Abu-I-Hayyay...» o similar. Pero no me hagáis mucho caso, estoy muy verde en esto del árabe clásico —comentó Daniela.

—¿Abu-I-Hayyay? —preguntó Kilian sin haber oído nunca ese nombre—. ¿Quién fue, algún sultán?

—Probablemente, voy a mirar en internet —dijo Daniela sacando su teléfono móvil—. Veamos, Abu-I-Hayyay... —Tecleaba con presteza—. ¡Yusuf I! —profirió sorprendida—. Se trataba de Yusuf I, esa otra nomenclatura era como un apodo. Fue uno de los sultanes más importantes del periodo nazarí.

—Sin duda, al menos en cuanto al esplendor de Granada se tratase, ya que Yusuf I fue el constructor del palacio de Comares de la Alhambra, de la Madraza o incluso de la Gran Mezquita, entre otros tantos lugares de menor relevancia —añadió Dafne asombrada.

—¡Como el Corral del Carbón! —agregó Daniela mirando en internet.

—Así es, como el Corral del Carbón —confirmó su amiga.

—¿Y a qué pensáis que puede hacer referencia esta especie de acertijo? —se preguntaba Kilian tocándose la barbilla.

—Ni idea, pero antes de intentar saber cuál puede ser el sentido de esta epigrafía en cuanto a nuestra búsqueda, debemos confirmar lo que pone realmente y por completo, a ser posible —expuso acertadamente Dafne, fotografiando desde todos los ángulos aquellas palabras sinuosas.

—Creo, sinceramente, que va a ser imposible encontrar nada aquí, puesto que esta puerta fue desmontada, piedra a piedra, y guardada en el Museo Arqueológico de Granada durante décadas, para después ser reconstruida aquí, en el bosque de la Alhambra —explicaba África mientras revisaba palmo a palmo la superficie del monumento con la luz de la linterna de su teléfono.

—Estoy contigo; además, la reconstrucción deja mucho que desear... —dijo Marco indignado—. Fijaos en el cemento usado para la consolidación de la estructura que emplearon en los

laterales, es algo que va contra natura en cualquier restauración de monumentos que se precie.

—Es cierto, afea el conjunto y le resta mucho valor y credibilidad histórica —opinaba Inari.

—Sin duda, y lo peor es que todo esto hace que sea casi imposible encontrar nada que dejasen escrito para nosotros hace tantos cientos de años —comentó África—. Aquí no hay nada, al menos actualmente. La puerta está demasiado cambiada de lo que tuvo que ser en origen, debido al desmantelamiento y posterior reconstrucción. Incluso tiene enormes restos de cemento que usaron para su consolidación —dijo en voz alta grabando una nota de audio de WhatsApp para Dafne.

De pronto, los amigos escucharon un inconfundible chasquido a su alrededor, producido por una rama seca al quebrarse cuando se pisa. Los tres se giraron al unísono hacia la zona de donde procedía aquel característico sonido como una única entidad. La luz escaseaba ya a esas horas allí, al abrigo de aquellos enormes árboles centenarios, por lo que se hacía complicado ver mucho más allá de unos pocos metros de distancia.

—¿Habéis oído eso? —formuló Inari un tanto alarmado.

—¿Algún animal, quizá? —preguntó Marco.

—No sé... demasiado grande, ¿no? —respondió el primero.

—Creo que es hora de volver a casa —sugirió África recelosa, con un mal presentimiento.

En ese instante, dos potentes luces enfilaron la estrecha carretera asfaltada en su dirección. El coche se acercaba despacio, casi parecía que flotaba por el escasísimo ruido que emitía su motor, apenas un ronroneo.

—Salgamos de aquí, se aproxima un coche. Como nos vean junto a la puerta, que no os extrañe que llamen a la policía —aconsejó Marco.

Un segundo sonido a su alrededor, en esta ocasión seguido por un tercero en apenas un escaso lapso de tiempo, en otro punto distinto al anterior, terminaron por preocupar a los tres amigos, a quienes todo aquello ya les olía a chamusquina. El coche seguía acercándose lentamente cuando los tres ya transitaban disimulando por el camino de tierra, sin dejar de mirar hacia el follaje oscuro y amenazante.

África ojeaba su terminal móvil, esperando respuesta de Dafne a su mensaje sonoro, pero el doble tic azul no llegaba. La tensión iba en aumento, tal y como el coche llegaba a la altura de los amigos que, inseguros, apretaban el paso.

Para cuando advirtieron de qué coche se trataba, al pasar por su costado tan despacio como para entrever que, las siluetas de sus ocupantes estaban orientadas y enfocadas en ellos, los dos bultos sospechosos surgidos de sus escondrijos en el bosque, a su retaguardia, ya se encontraban encima de ellos.

—¡Corred! —gritó África que, justo antes, de nuevo pulsó el botón de grabación de audio, esta vez de manera instintiva.

—¡Separaos! —indicó Inari, que salió como una gacela cuesta abajo.

Los dos individuos surgidos del bosque se abalanzaron sobre Marco, que era el que se encontraba más cerca. Ni corto, ni perezoso, les lanzó sendos puñetazos tal y como venían. El primero impactó de pleno en la cara del sujeto de pasamontañas negro, a conjunto con el impecable traje que vestía, y el segundo, aunque pudo esquivarlo, cayó al suelo desequilibrado. Tiempo precioso que Marco aprovechó para tratar de bloquear a los otros tres, que salieron del coche corriendo detrás de Inari y África.

El primero se le escapó y ya trataba de alcanzar a Inari, que era un consumado velocista, sobre todo cuando tenía miedo. África, por su parte, se había metido en el bosque y difícilmente darían con ella. Estaba muy asustada y lloraba desconsolada mientras enviaba el audio de lo sucedido a Dafne, tratando torpemente y en plena carrera de encontrar su número de teléfono para llamarla.

Lo último que vio Inari al volverse fue a Marco enfrentándose a tres de los cinco hombres de negro. El cuarto era el que había salido corriendo tras él, ahora parado y jadeando, mientras lo miraba de manera amenazadora a través del pasamontañas en completo silencio. El quinto individuo abría el maletero del coche a la espera de que redujeran a Marco.

—¡Marcooo! —gritó desgarradoramente Inari con los ojos anegados.

—¡Vete, Inari, huye! —chilló mientras propinaba un codazo a uno de los tres malhechores y una patada a otro, hasta que el que había abierto el maletero del coche se le acercó por detrás y le dio un porrazo inesperado con un palo de madera que lo tiró al suelo fulminado.

—¡Marcoooo! —volvió a gritar Inari repleto de ira, sabiendo que no tendría ninguna oportunidad si trataba de enfrentarse a ellos y que, sin duda, lo más sensato y lo mejor, incluso para Marco, era que saliese disparado a buscar ayuda. Pero, aun así, no podía dejar de sentirse tremendamente mal al volverse y salir corriendo de nuevo, dejando tras de sí a su querido amigo, en manos de esos desalmados encapuchados, cual vil cobarde.

—¡Dafne, Dafne, nos han atacado, han venido directamente a por nosotros! —le informó como pudo África a su amiga entre sollozos, agazapada en mitad de bosque que rodea la Alhambra—. No sé qué les ha pasado a Inari y Marco, yo he conseguido escapar.

—¿Qué...? —dijo Dafne estupefacta en la puerta de la Casa de Zafra, pues apenas le salía el habla—. ¡Vuelve a la residencia y, por Dios, lleva mucho cuidado, ¿quieres?! —le suplicó con un par de lágrimas mudas que surcaban sus preciosas mejillas, sin poder evitar sentirse responsable de lo que fuera que les sucediese a sus amigos—. ¡Han... han sido atacados! —acertó a decir tan solo a Kilian y Daniela, que la miraban con gesto sombrío.

CAPÍTULO XVIII

África no podía dejar de llorar en su cuarto del colegio mayor. No hacía más que llamar a Marco, pero no cogía el teléfono, aunque sí daba tono. Por suerte, Inari le había llamado al poco de colgar a Dafne. Estaba bien y en ese momento debía estar a punto de llegar, pero le había contado la situación en la que se encontraba Marco cuando salió corriendo, que no era para nada alentadora.

—¡Chicos... lo siento muchísimo, no podía hacer nada! —se derrumbó por completo el joven poniéndose de rodillas tal y como entró en la habitación de África y Daniela, en donde ya estaban todos, salvo Marco, que seguía desaparecido.

Por mucho que África le decía que había hecho lo correcto, Inari no podía dejar de sentirse como un cobarde por haber abandonado a Marco en manos de unos, más que probables, criminales peligrosos.

—No tienes la culpa, Inari, ¿qué podías hacer?, ¿enfrentarte a los cinco matones tú solo para correr la misma suerte que Marco? —le dijo Daniela abrazándolo enseguida para que se desahogara en su regazo.

—Es verdad, además, si alguien tiene alguna responsabilidad sobre lo ocurrido, esa soy yo. Por mi cabezonería estáis todos enfrascados en esta historia... —manifestó Dafne abrazando a los dos, igualmente emocionada.

—Daniela tiene razón; si le ha pasado algo, los únicos culpables son los agresores. Así que quitaos ambos esas ideas de la cabeza —añadió con vehemencia Kilian antes de adosarse al abrazo comunitario.

África no podía ni hablar, se temía lo peor en cuanto a Marco, pues las sensaciones que había tenido acerca de aquellos temibles hombres que parecían tan peligrosos fueron demoledoras. Dafne extendió un brazo hacia ella para que se uniese a ese abrazo multitudinario, con Inari en el centro, inconsolable, pero reconfortado por el cariño de los suyos, únicamente con la imagen de Marco en la cabeza, tal y como el resto. África se unió a ellos completamente compungida.

—¿Qué hacemos ahora? Tendremos que ir a la policía de una vez por todas, ¿no? —preguntaba Daniela recostada sobre su cama junto al resto del grupo, minutos después del consuelo generalizado.

— Sí. Todo está perdido, chicos, creo que esto se nos ha ido de las manos y, sin duda, ahora mismo nos viene grande. Necesitamos ayuda —comentaba Inari desolado—. Ya nos advirtió don Tiburcio que esta búsqueda sería una pérdida de tiempo, pero lo que nunca imaginaba es que también llegara a ser tan peligrosa. Aunque conociendo los antecedentes, deberíamos haber sido más precavidos... —expuso el joven a modo de tortuosa reflexión autocrítica.

—Vale, está claro que se nos ha ido de las manos. Al igual que está claro que, todavía a día de hoy y después de tantos años, debe haber algo muy muy gordo detrás de esa dichosa sala mágica. De lo contrario no habría una caterva de sicarios persiguiéndonos por toda la ciudad —trataba de clarificar y ordenar sus ideas Dafne en voz alta—. Las dudas que me asaltan ahora mismo son

varias. La primera, por supuesto, ¿qué clase de poderosos intereses tienen en todo esto esas personas como para llegar tan lejos? En segundo lugar, ¿quién demonios son o quién los dirige? Y tercero y la que más me inquieta, ¿qué esperaban conseguir llevándose a Marco? ¿Iban simple y llanamente a eliminarnos y Marco está... o tan solo pretenden asustarnos para que dejemos de buscar la sala y lo tienen retenido? —se formulaba toda esa serie de inquietudes Dafne, envuelta en una horrorosa sensación de incertidumbre de lo más desquiciante, pero haciendo un esfuerzo hercúleo por tratar de ser positiva y constructiva, y no caer en el derrotismo que quería atraparla—. Hemos de tener muy en cuenta esta última pregunta, es decir, qué pretenden llevándose a Marco, pues en este momento es la más importante a la hora de actuar.

—¿Qué propones? —dijo África escuchando su razonamiento con mucha atención.

—A ver, seamos claros. Si por desgracia Marco está muerto, ya no hay marcha atrás —expuso para espanto de todos, incluido Kilian, a quien se le puso el vello de punta al escuchar semejantes palabras de boca de su amor—. Podemos ir a la policía y que traten de buscarlo, dar la voz de alarma en relación a todo lo que está sucediendo y más concretamente en torno a esos tipos misteriosos; pero, en ese caso, si existe la posibilidad de que siga con vida y que todo esto tan solo sea un aviso, lo que conseguiremos alzando la voz en su contra es justamente que acaben con él y lo hagan desaparecer para que no haya pruebas incriminatorias de ninguna clase —elucubraba la joven artista con frialdad pericial—. Pero si, por el contrario, seguimos buscando la sala y damos con la verdad que, sin duda, se debe esconder detrás de todo esto...

—¡Nos matarán a todos! —profirió Inari mostrando su lado más negativo.

—Es posible, pero también cabe la posibilidad de que, llegando al fondo del asunto, sea la única manera de salvar a Marco y, de paso, que hagamos justicia resolviendo el enigma de la sala mágica y de los asesinatos del 96 —explicó con la endereza y determinación que arraiga un verdadero líder cuando las cosas se complican—. ¿Qué hará la policía si vamos ahora? ¿Qué les diremos? ¿Acaso tenemos alguna prueba de algo o conocemos la identidad de esos tíos? «Indicios y tan solo indicios de unos jóvenes fantasiosos de mente calenturienta», pensarán —se despachaba a sus anchas Dafne—. Con lo poco que sabemos, no podrán averiguar nada, lo único que haremos es sentenciar a Marco, porque tratarán de replegar velas y volver a la cueva en la que sea que han estado latentes durante tantos años. Si en verdad son los culpables de lo que pasó, hay que acabar con ellos de una vez por todas, ¿no os parece?

—Puede que en la teoría tengas razón, Dafne, pero en la práctica suena demasiado rocambolesco y complejo de realizar —opinó Daniela—. Y, además, tengo las grabaciones de la entrevista a don Federico. Podemos entregársela a la policía como una prueba.

—Tú misma dijiste que no te fiabas de nadie. ¿Y tan lejos piensas que estamos de lo que buscamos? —le contestó con cierta rabia mal disimulada—. Si os demuestro que no falta tanto para alcanzar la verdad y, por consiguiente, para esclarecer todo este embrollo, ¿me ayudaréis a terminar lo que hemos empezado y a encontrar a Marco a mi manera?

—¡Sí, por supuesto que te ayudaremos! Si creemos que es lo mejor, claro que lo haremos —afirmó África.

—Chicas, ya me conocéis, siempre hacia delante, siempre entusiasta, siempre de broma, pero todo esto ha dejado de ser un juego —decía Inari tratando de convencer a sus amigos para abandonar la investigación—. Siento que tenemos que detenernos e ir derechos a por la poli, cuanto antes.

—Inari, sé que tus sensaciones son horribles después de ver cómo unos desconocidos se han llevado a Marco, pero dame un voto de confianza, por favor. Confía en mi intuición tan solo una vez más y déjame que lo intente; y, si no lo consigo, tú mismo irás a comisaría, ¿vale?

—Está bien —respondió el chico cabizbajo con ciertas reticencias..

—De acuerdo. Os lo demostraré y os doy mi palabra de que, cuando tengamos las certezas necesarias que arrojen luz en toda esta oscura trama, llamaremos a las autoridades, pero no solo a una, sino a varias; no podemos confiar en nadie... Y haremos lo mismo con la prensa para que no se pueda ocultar, de nuevo, lo que sea que esté ocurriendo. Veamos lo que tenemos hasta ahora —dijo muy seria levantándose de la cama con la energía y la determinación de personalidades arrolladoras, capaces de sacar lo mejor de ellas mismas en los momentos de mayor crisis, en los que lo más fácil es arrojar la toalla. Cogió todos los documentos, fotos y demás informaciones que habían descubierto hasta el momento y comenzó a ordenarlas, tal y como se organizaban las ideas de su mente—. ¡Dadme papel y bolígrafo, por favor! —les pidió con brío a las chicas, dado que estaban en su cuarto.

—Aquí tienes —indicó África enseguida, acercándole varios folios en blanco y un bolígrafo negro a la mesa de escritorio en donde se había sentado. Encendió un flexo rosa con lunares blancos que tenía Daniela y comenzó a plasmar sus ideas con trazas de tinta azabache.

—Veamos, hasta ahora tenemos la certeza de que existe un objetivo oculto, que en este caso es una sala con teóricos poderes sobrenaturales que se halla en paradero desconocido —comentó haciendo un círculo del tamaño de una ciruela pequeña en el centro derecho de la hoja recostada—. Sala mágica —dijo y escribió en el centro—. Bien, y tenemos una poderosa herramienta que se supone que nos debe llevar hacia ella, el manuscrito encontrado por Alicia. —Dibujó una suerte de libro en el costado izquierdo en cuyo interior puso «manuscrito», con una flecha que señalaba hacia la derecha; es decir, en dirección a la sala de la discordia—. Y, entre medias, toda una serie de acertijos que se entremezclan en el espacio y el tiempo de la época musulmana de Granada, en su momento álgido, en periodo nazarí, de la mano de un sabio desconocido. —«Acertijos, periodo nazarí», escribió sobre la flecha y en la parte inferior añadió «de... ¿?»—. ¡Hasta aquí bien! En cuanto a los acertijos traducidos por el experto, conocemos el que corresponde a la primitiva zona amurallada, conocida como Alcazaba Cadima o Fortaleza Vieja, en periodo de la última dinastía musulmana de Granada. Y dice: «En la mayor altura del reino, en el trono del poder, vigorosa se alza al cielo». —Escribió en la parte superior—. Es así, ¿verdad?

—¡En efecto! —dijo Kilian.

—Vale. El segundo acertijo aún no lo sabemos a ciencia cierta, pero todo parece indicar que puede ser el de «Tres son las cuevas donde, al este, dormitan las bestias». —Escribió en aquella especie de esquema aclaratorio, justo por encima de la flecha que señalaba la sala desde el manuscrito y por debajo del primer acertijo, ya confirmado—. Porque es el que estaba oculto y de qué manera, en el Bañuelo. Además, está en la portada del Corral del Carbón y parece ser que puede coincidir con la epigrafía que hemos fotografiado en la zona superior de Puerta Elvira —explicaba concienzudamente—. Será tarea vuestra buscarlo en las epigrafías que hemos recabado en la Madraza y confirmar que estamos en lo cierto con respecto a él. —África asintió.

—¡Entendido! —exclamó Daniela.

—Entonces ya habríamos descubierto dos de los acertijos, a falta de saber qué significado tienen o qué es exactamente lo que debemos hacer con ellos o nos quieren hacer ver —seguida reflexionando en voz alta Dafne, tratando de colocar el mayor número de piezas en su lugar correspondiente, en este inmenso e incierto puzzle misterioso—. ¿El experto en árabe clásico ha terminado la traducción? —le preguntó a África—. Tenemos que llegar al final del documento para tener una visión íntegra de su mensaje que, por ahora, solo conocemos en parte. Es la única manera que tenemos para tratar de encontrarle sentido y encajar las piezas de una vez por todas —explicaba con ahínco.

—¡Espera! —respondió África—. Antes he visto que me había mandado un *mail*, pero con todo lo que ha pasado no me ha dado tiempo ni de abrirlo —anunció encendiendo su portátil para revisar el correo electrónico—. «Ya está todo» —leyó con agrado en voz del traductor—. «El manuscrito está dividido en cuatro partes diferenciadas, las dos que ya tenéis y estas otras dos que os envío aquí. Siguen el mismo patrón estructural que las anteriores, las cuatro primeras estrofas de cada una de las dos nuevas partes son repetitivas como antes. Ya sabéis, hay una primera estrofa, luego una segunda diferente y después la tercera es la primera repetida, y la cuarta es la segunda. La quinta y última estrofa de las seis nuevas páginas que he traducido, en cada una de las dos restantes partes, tienen de nuevo relación entre sí y forman dos frases, puede que con intención de enviar algún tipo de mensaje que trascienda el paso de los siglos. Y en la última página hay algo interesante que no sé realmente a qué atiende. ¿Recuerdas los caracteres árabes en el marco ornamental que lo bordea? Pues son números. Es una especie de codificación numérica o al menos eso es lo que parece. Hay una flechita dibujada sutilmente en la parte superior de la página, incrustada en mitad de las composiciones geométricas que presentan estos bordes y parece indicar el inicio de esa serie de números; es decir, desde donde se ha de comenzar a leerlos. Es curioso porque aparecen en pequeños grupitos como uno, un espacio y otro uno; no once, sino así como te digo. Un uno y, justo a su lado, tras un espacio, otro uno. O un dos, un espacio y un siete; e incluso también los hay en grupitos mayores como, por ejemplo, un uno seguido de espacio, dos, espacio, tres, espacio, cuatro, espacio, cinco, en fin... que no tengo la menor idea de qué significan. La verdad es que todo en este documento resulta bastante peculiar, pues atesora una rareza que lo hace extraordinario. En cualquier caso, aquí de dejo la serie numérica según está inscrita, desde el principio que marca esa flechita que te comentaba.

1, 1 - 3, 5 - 4, 8 - 1, 11 - 4, 3, 4 - 1, 10, 6 - 3, 1, 2 - 2, 7 - 3, 7 - 2, 9, 10 - 2, 5 - 2, 8 - 2, 1, 2 - 2, 6 - 3, 3 - 3, 12 - 3, 4 - 1, 2, 3, 4, 5 - 4, 2 - 1, 7 - 4, 9, 10.

»Como ves, he puesto comas y guiones, e incluso un punto final, pero en el documento no aparece nada de eso; de hecho, no existen en el idioma árabe. Puedes leer el Corán entero sin encontrar un solo signo de puntuación, ni una coma, ni un solo punto final, ni tan siquiera un signo exclamativo o interrogativo, aunque la frase sí lo sea. Nada. Pero para que vieses más claro cómo vienen dispuestos estos números en el documento, te lo he puesto así. Espero que te sea de gran utilidad. Un abrazo» —terminó de leer la valoración final del experto.

—¿Y esos números? —preguntó Daniela.

—No lo sé, pero seguro que tienen su importancia —dijo África mirándolos tan sorprendida como el resto del grupo.

—¡A saber! —soltó Inari despojado de su habitual energía positiva.

—No tengo la menor idea, pero lo importante es que estamos a mitad del camino, porque ya conocemos dos de las cuatro partes. ¿Veis como no nos falta demasiado? Tan solo el último empujón —intentaba levantar los ánimos Dafne—. Veamos cuáles son esas dos nuevas partes con sentido que había ocultado entre los demás versos —inquirió con ansia.

—¡Vamos allá! —exclamó África resuelta—. Aquí está la primera.

*La iluminación del conocimiento aguarda a buen recaudo
donde no existe luz alguna, tan solo verdad en su letargo.*

*Dios, el grande, acabará la tarea,
pues si así es realmente, obrará en consecuencia.*

*Siguiendo la estela de la divina providencia
en los lugares más hermosos, cincelarán mi herencia.
Pues llegado el momento de libertar la consciencia,
lo negro se tornará blanco y la barbarie en sapiencia.*

*La lección de la espada
no ilustra y sí adoctrina.
No cultiva y sí amilana.
No da vida, sí la acaba.*

*Casa de Zafra, Puerta de las Compuertas, Puerta de los Estandartes y Maristán. Casa de
Horno del Oro, mezquita de los Baños, Puerta del Barrio Blanco lo suyo aportarán.
Pues en un noble reino, magnánimo como el nazari,
no cabe oscuridad, sino tan solo autenticidad.*

*Tan cerca ya y a la vez tan lejos,
como el cielo del infierno,
como la guerra de la paz,
como el principio del final.*

*Mi nombre es Granada,
mi esencia lo sublime,
mi secreto, desde siempre,
la presión que me comprime.*

—Guau, ¿es cosa mía o cada vez parece que lanza sus mensajes de manera más clarificadora?
—se preguntaba Inari.

—Parece que sí, que está afinando un poco más —reconoció Dafne—. Pero esa sensación podría deberse, con mucha probabilidad, a que estamos avanzando en la búsqueda y que, en consecuencia, ya conocemos parte de sus acertijos y la forma en que envía sus mensajes —razonaba ella.

—Sí, podrías estar en lo cierto, porque de ver estos versos por primera vez, sin la influencia y el peso de saber que ocultan un mensaje, jamás se nos pasaría por la cabeza nada de todo esto, ni por remota casualidad —afirmó África.

—Eso es verdad, y esa debía ser la idea primigenia de su autor: decir lo que pretendía transmitir de manera indirecta —convino Daniela.

—Pero me da la impresión de que, de nuevo, muchos de esos lugares ya no existen —apuntó

Kilian.

—Así es, de la Puerta de los Tableros o de las Compuertas apenas queda nada, un pequeño esbozo de lo que fuera su torre de la margen izquierda del río Darro y poco más —declaró África.

—Ahí no hay nada que buscar —justificó Kilian.

—Como tampoco en la puerta de los Estandartes, ni en el Maristán, el que fuese un hospital y más tarde manicomio, ni en la mezquita de los Baños, ni en la puerta del Barrio Blanco —añadió la estudiosa—. Todo desaparecido o prácticamente —subrayó con desazón.

—Entonces, aparte de la Casa de Zafra, que ya la hemos revisado, nos quedaría únicamente la Casa Horno del Oro, ¿verdad? —preguntó Daniela con acierto.

—Eso es, Daniela —confirmó África.

—Vale, entonces vosotros intentad descubrir lo que significan las epigrafías de la Casa de Zafra, además de todo lo que hemos hablado antes, mientras Kilian y yo continuamos con el siguiente objetivo —organizaba Dafne—. ¡Ah, y revisad la última parte del manuscrito para mandarme cuanto antes los lugares que tenemos que investigar y las conclusiones a las que lleguéis con respecto a esta! Así adelantaremos trabajo. ¿Entendido? —Todos asintieron lánguidamente. Los ánimos eran bajos por la ausencia de Marco—. ¿Kilian, estás preparado? No hay tiempo que perder —dijo poniéndose en pie y colgándose su pequeña mochilita a la espalda.

—¡Vamos a por ello! —expresó con aplomo y seguridad palmaria, tanto en Dafne como en sí mismo.

—Eso es lo que quería oír. ¡Próximo destino, la Casa Horno de Oro!

CAPÍTULO XIX

—¡Los vi desde lo alto de la Puerta de Elvira...! —dijo de pronto Kilian con la cabeza gacha mientras, ya con la noche entrada, se desplazaba en silencio y a toda prisa junto a Dafne por la calle de San Juan de los Reyes del Albaicín bajo, cuando a punto estaban de girar a la derecha, hacia la estrechísima calle Horno del Oro, que descendía escalonadamente con peldaños cada vez más amplios hasta desaparecer y dejar paso a una rampa propiamente dicha.

—¿Cómo dices? —se detuvo Dafne de súbito, mirándolo.

—A esos tipos —le repitió con cierto remordimiento interior—. Los vi cuando estaba haciéndole fotos a la inscripción del terrado de Puerta Elvira. La altura desde ahí arriba propiciaba una amplia perspectiva que me ayudó a ver, desde una cierta lejanía, como esos tíos con trajes negros se encontraban cerca de allí, a nuestro alrededor, al acecho. Los vi montar en su Mercedes negro e irse. Seguramente nos seguían de nuevo... —confesó sin poder evitar sentirse culpable por lo ocurrido a Marco después, al no alertar de su presencia—. Lo siento muchísimo, en ese momento no le di mayor importancia. Pensaba decírtelo después, pero ahora es demasiado tarde y puede que, por mi culpa, tengan a Marco —expresó cercano al llanto.

—¡Eh, eh, eh! —le respondió Dafne enseguida cogiéndolo con sus dos manos por la mandíbula para mirarlo fijamente a los ojos—. Como bien nos has dicho tú mismo hace nada, la responsabilidad de lo que sea que le pase a Marco tan solo debe recaer en los verdaderos culpables, sus atacantes —le dijo con total franqueza encarando ese par de ojos verdes y brillantes, alternativamente, tan dolidos que apenas podían sostener la mirada de la joven, ni tan siquiera sujetar las amargas lágrimas repletas de impotencia que contenían.

—Lo sé, pero no paro de pensar que podría haber evitado lo sucedido —se machacaba una y otra vez con esa lesiva idea interior, a modo de fustigación personal—. Si hubiera avisado de que nos seguían, igual habríamos decidido no separarnos o incluso dejar la búsqueda por el momento para más adelante.

—¡Escúchame bien, Kilian, y déjate de gilipolces! —le dijo de manera lapidaria y con gesto grave, dejando consternado al chico—. Si iban a por nosotros, como todo parece indicar, antes o después habrían hecho algo así —le restaba importancia a su omisión informativa, advirtiendo, con la claridad meridiana que otorga un punto de vista externo, que ciertamente no tenía ninguna responsabilidad sobre lo ocurrido, tal y como Kilian hiciese con ella misma poco antes—. Nada habría cambiado si nos hubieras avisado porque, aun así, habríamos hecho lo mismo. A todos nos costaba pensar que fuesen tan peligrosos, aun intuyendo que podían ser los responsables de los asesinatos del 96 e incluso sospechando que podían estar detrás del extraño deceso del excomisario. Supongo que, hasta que no lo ves con tus propios ojos, no puedes terminar de creer algo tan terrible —opinaba la joven—. Lo único que espero es que no sea demasiado tarde para Marco. —Cruzó los dedos cariacontecida.

—Tendremos que pensar forzosamente que no o, de otro modo, sería casi imposible continuar —argumentó Kilian tratando de ser positivo, aunque sus entrañas considerasen lo contrario.

—Esa es la clave, hay que aferrarse a un clavo ardiendo. Por Marco. Por eso no te me puedes hundir ahora, Kilian, tú no. Te necesito más que nunca a mi lado —terminó confesándole lo importante que era su apoyo para ella y más en ese crucial momento. Se fundieron en un largo

abrazo visceral y reparador que reconfortó a ambos y les cargó de energía para el arduo camino que, como bien sabían, aún les quedaba por recorrer—. ¡Continuemos, ya casi hemos llegado! —dijo Dafne sorbiendo mucosidades delatoras y secando sus ojos de cualquier rastro de humedad, tal y como el impetuoso chico, que había mostrado su lado más sensible.

La Casa Horno de Oro, situada en el número catorce de la calle homónima, no poseía ni una sola ventana en su fachada exterior al estilo de la tradición árabe. Se trataba, en realidad, de una casa morisca; es decir, de un inmueble edificado después de la conversión de los musulmanes al cristianismo en el siglo xvi, tras la conquista de Granada por los Reyes Católicos, a diferencia de las casas nazaríes, que fueron construidas entre los siglos xiii y xv, en plena etapa de esplendor en cuanto a lo artístico. Si bien es verdad que el origen de esta casa, Horno de Oro, era ese, el de una pequeña casa nazarí de una sola planta que se remontaba a finales de siglo xv, en el siglo xvi fue reformada al añadirle el piso superior.

—¿Alguna idea de por dónde podemos comenzar a mirar? —le preguntó Kilian a Dafne tal y como entraron de la calle por una puerta secundaria y no la principal, al patio rectangular con la típica alberca de análoga morfología, aunque más pequeña, que ocupaba buena parte de este, después de traspasar el arco angrelado de en medio, de los tres que había en cada lado estrecho de aquel patio sobre preciosistas columnas nazaríes. La chica echó un vistazo a su reloj antes de contestar.

—Ni pajolera, pero supongo que por la parte de abajo, que es del siglo xv, porque la planta de arriba es una añadidura del xvi, cuando lo más probable es que nuestro genio musulmán ya no se encontrase en la península y hubiese vuelto al continente africano tras la reconquista como tantos otros.

—¿Cómo sabes eso? —se sorprendió Kilian.

—¿Lo de la construcción del piso superior? —preguntó Dafne. Kilian afirmó con un leve movimiento de su cabeza—. Porque llevamos a cabo una preciosa actuación aquí, hace un par de años, y el arquitecto encargado de la restauración que finalizó en 2014, cuando el patronato de la Alhambra lo incorporó a su oferta de rutas, tuvo a bien hacernos una pequeña visita guiada y privada explicándonos parte de la longeva historia de este inmueble que, después de la expulsión de los moriscos, pasó a ser patio de vecinos.

—Entiendo —dijo Kilian—. Entonces las inscripciones, de haberlas, deberían estar abajo.

—Sería lo lógico, aunque ya sabes lo complicado que resulta que semejantes vestigios centenarios puedan haber llegado a nuestros tiempos, con los dispares avatares sobrellevados por estos fósiles de piedra, argamasa y madera —metaforizaba dando rienda suelta a su creatividad—. Cada inscripción que encontramos es como un verdadero milagro, porque lo natural, después de tanto tiempo, sería no hallar ni tan solo uno.

—Echamos un vistazo y, si no vemos nada, le preguntamos a la chica de la entrada, ¿te parece? —sugirió Kilian—. En la medida de lo posible, es preferible no llamar la atención —advirtió mirando a todos lados de manera compulsiva, tal era la sugestión que sobrellevaba por lo ocurrido con esos peligrosos hombres de negro que creía que iba a verlos entrar en cualquier momento por la puerta.

—¡Estoy de acuerdo! —convino Dafne—. Pero hay que darse prisa, pronto cerrarán.

—¡Mira, aquí están las inscripciones que buscábamos, son las mismas que las del Bañuelo, la puerta de Elvira y demás, ¿no es así?! —le preguntó Inari a África mientras revisaba en su

ordenador las fotografías tomadas en la antigua universidad coránica de la Madraza.

—¡A ver! —dijo la historiadora girando el portátil directamente para verlas mejor—. ¡Sí, son esas! —confirmó complacida.

—Pero no está una sola vez, sino que, al menos, aparece en tres o cuatro ocasiones en lugares diferentes de la sala de Oratorio —le explicaba Inari fascinado, pasando varias fotos hacia delante para que África viese aquello que había descubierto.

—¡Es verdad! —expresó Daniela asomada detrás de sus amigos—. El autor hace un gran esfuerzo por hacernos llegar su mensaje. ¿Os habéis parado a pensar lo complicado de la empresa que llevó a cabo? —les preguntó dejando volar su imaginación—. Es decir, de repente, una sola persona, decide dejar toda esta cantidad de grabados por tantos y tantos lugares emblemáticos; ya no ahora, sino antes, en su época, cuando aún los eran mucho más. Creo que, y solo para empezar, eso ya proyecta una serie de características muy notables de nuestro desconocido mensajero que nos pueden ayudar a hacernos una idea de su personalidad —lanzó su órdago de la mano de la meditación—. Nuestro sujeto misterioso era, con toda certeza, muy poderoso. Pero no solo me refiero a nivel económico, que necesariamente también lo debía ser, sino que, en este caso, os hablo de un poder inmaterial; o sea, el respeto y acatamiento de sus coetáneos, como para conseguir llevar a buen puerto su complejo plan de dejar inscripciones con mensajes cifrados por media Granada nazarí. Solo alguien terriblemente poderoso sería capaz de ello.

—Por supuesto, y además, debía ser muy pero que muy inteligente. Ya no solo por ejecutar un propósito de semejantes dimensiones, sino por el simple hecho de imaginarlo —argumentó Inari en esta ocasión.

—¡Un intelectual, como ya os dije! Eso abarca todas las características que habéis comentado —exclamó de pronto África con los ojos muy abiertos, recordando esa deducción a la que ella misma llegó en una conversación similar que mantuvieron antes de visitar la Madraza—. Forzosamente, el autor debió ser un respetado intelectual que, con toda probabilidad, atesorase tanto poder como para no rendir cuentas ante nadie, excepto...

—¡Al sultán! —alzó la voz Daniela.

—¡Guau, tengo la impresión de que acabamos de desenterrar a una momia! —dijo Inari sonriendo por primera vez en las últimas horas.

—Vale, hemos dicho que tenía que ser sumamente poderoso e inteligente para poder llevar a cabo una gesta tan grande —comentaba África anotando sus ideas para, de alguna manera, esquematizarlas y, de esa forma, verlo todo más claro, además de con intención de fijarlas y que no se le olvidasen. En la parte superior del folio escribió una suerte de título en letras mayúsculas muy grandes, donde se podía leer «CARACTERÍSTICAS AUTOR MANUSCRITO» y, abajo, mediante guiones, las enumeraba aclarando conceptos—. Poderoso e inteligente, lo que le lleva a una tercera característica inherente de las dos primeras; se trataba de un intelectual, como antes he dicho, estoy segura. Eso acotará la búsqueda mucho más —apuntaba la conclusión con firmeza.

—Ya lo creo y, de ser así, como dijiste en su momento, forzosamente tendría una vinculación muy importante con la universidad de la Madraza, ¿me equivoco? —elucubró Daniela perspicaz.

—Para nada, eso es lo siguiente que iba a decir y, por ende, a apuntar —reconoció—. Intelectual, del entorno de la Madraza —dijo mientras lo anotaba en su esquema.

—Algo así como lo que sería un político en la actualidad. Un intelectual capaz de intervenir en obras y poner su sello en ellas —imaginaba Inari en esta ocasión—. ¡Nunca mejor dicho!

—¡Su sello...! —repitió África para sí misma con los ojos muy abiertos y la miraba perdida en la nada—. ¡Eso es, Inari, eres un puñetero genio!

—Lo sé, aunque soy un incomprendido... —bromeaba él.

—¡La clave es su rúbrica! —exclamó—. Hay que buscar su firma para saber quién diantres era, porque me apuesto lo que queráis a que la tiene y que quiso dejar constancia de su identidad. Quien quiera que fuese, sabía perfectamente que, en aquella época, sería muy improbable que nadie pudiese tan solo imaginar lo que pretendía hacer; es decir, la inmensa mayoría de la población debía ser tan inculta que ni tan siquiera con el mapa en la mano y las inscripciones con el mensaje oculto delante de sus narices serían, ni por asomo, capaces de descubrir su ingenioso plan.

—¡Pero sí querría dejar constancia de su identidad, aunque fuese sutilmente para que, en el futuro, se conociese su autoría! —señaló Inari continuando con esa hipótesis conjunta.

—Y así conseguir la tan ansiada trascendencia que muchas personalidades históricas perseguían. Que su nombre perdurase en el tiempo como el generador y el ejecutor de tal hazaña —añadió Daniela susurrando, viéndolo más claro.

—Puro narcisismo de la época —opinó África—. Y no me extrañaría nada que este sujeto incluso fuese, de alguna manera, el portavoz de los intelectuales de ese periodo, como su altavoz encubierto, por así decir, ante el verdadero poder que regía con puño de hierro ese mundo, la violencia o la ley del más fuerte. El filo de la espada, al fin y al cabo.

—No sería descabellado —le respondió Daniela.

—¿Qué os parece si primero revisamos todas las epigrafías de nuevo por si se nos ha pasado algo por alto? —sugirió Inari—. Que luego haré yo un barrido exhaustivo con el tito Google... —Sonrió de nuevo.

—No hay nada de nada, preciosa —dijo Kilian apoyándose en la barandilla de madera de la segunda planta con signos de hartazgo mientras observaba el patio interior. La noche ya era cerrada y tres pequeños focos de luz blanquecina iluminaban el patio desde la parte superior—. Ni abajo ni arriba ni en ningún otro lugar.

—Es lo de siempre, hay tantas cosas que pueden salir mal para que el mensaje de un plan así no llegue a su destino... —comentó ella apoyando los antebrazos sobre la madera con una mano sobre otra y recostando la barbilla encima.

—¿Qué hacemos, le preguntamos a la chica? —inquirió Kilian—. Son casi las ocho y media, estarán a punto de cerrar.

—Vale, como último recurso está bien, pero aquí no queda nada —reconoció Dafne agotada, física y mentalmente.

—¡Cerramos en diez minutos, por favor, ténganlo en cuenta y vayan concluyendo su visita! —voceó de pronto la joven encargada del lugar saliendo hasta el centro del patio para que las siete u ocho personas que quedaban repartidas por el interior del inmueble, incluyendo a Kilian y Dafne, la escucharan perfectamente. Después se giró hacia un interruptor de la pared para encender una serie de luces de ambiente repartidas con gusto por buena parte de la planta baja que, probablemente, había olvidado activar antes. El juego de luces y sombras que creó en el recinto cuando apagó los focos de luz clara hizo las delicias, visualmente hablando, de las personas que allí quedaban.

—¡Qué bonito, Kilian! —profirió Dafne de inmediato.

Con un segundo interruptor, activó las luces de la planta en la que se encontraban, y, con un tercero, la iluminación de la alberca del centro del patio, que tenía varios focos sumergidos como si de una piscina se tratase.

—¡Dafne, mira...! —dijo Kilian, pasmado. Puso la palma de su mano derecha encima del cogote de ella para orientar su cabeza hacia abajo, inclinándola con el objetivo de que contemplase la fabulosa sorpresa que la alberca les tenía preparada.

—¡Pero bueno! —soltó la joven recuperando la verticalidad de súbito y colocando las manos en su boca inconscientemente—. ¡No me lo puedo creer!

—Tengo la impresión de que ya podemos volver —sonrió satisfecho Kilian mientras abrazaba a su chica sin poder dejar de admirar aquellas preciosas letras árabes en tonos cercanos al dorado, surgidas en el fondo de la alberca que reflectaban las luces instaladas bajo el agua, que centelleaban por todos lados de manera mágica al abrigo de la profunda noche ya reinante.

CAPÍTULO XX

—Hola, chicos, ¿cómo lo lleváis? —se interesó Dafne al entrar de nuevo en la habitación de Daniela y África con ilusiones renovadas—. ¿Alguna noticia de Marco?

—Nada de nada —dijo Daniela con cara de pocos amigos.

—Seguiremos buscando —señaló Dafne con fe en su mirada.

—¿Cómo os ha ido a vosotros? —preguntó África—. ¿Habéis dado con lo que buscabais? — Se miraron sonrientes.

—¡Eso parece! —confirmó ella—. Queridos amigos, creemos que ya tenemos tres de los cuatro mensajes del manuscrito, en relación con los acertijos que se nos indica en la búsqueda de la sala mágica o de la verdad, como bien la podríamos llamar —apuntó exultante Dafne—. Tan solo nos queda uno.

—¿Estáis seguros de que se trata de la inscripción correcta? —se interesó África.

—Es lo más probable —respondió Kilian—. Mirad, este es el epigrama que hemos encontrado en el fondo de la alberca de la Casa Horno de Oro —explicó mostrándoles las fotos de la epigrafía semiiluminada por las luces instaladas bajo el agua.

—Pero eso parece muy moderno... —intervino Inari.

—Sí, lo es. Data de la última reconstrucción de la casa en el 94 —les informó Dafne—. Pero lo increíble es que colocaron esas letras porque, como se ha podido constatar en varios documentos antiquísimos, esa frase formaba parte de la casa original, la nazarí, antes de ser reconvertida tras la conquista cristiana —expuso dejando boquiabiertos a sus amigos—. Y en homenaje a ellas, se volvieron a grabar en la casa, en esta ocasión en ese lugar tan bonito y especial.

—Nos lo ha explicado la chica que trabaja allí. Incluso ha tenido el detalle de mostrarnos los documentos reales en donde se hace referencia a dicha frase, a nuestra frase —concluyó Kilian dando por veraz el hallazgo.

—¡Otro milagro! —añadió Dafne en referencia a lo que antes había hablado con su compañero.

—La frase concuerda con la parte incompleta que hemos encontrado en la Casa de Zafra, de eso no hay duda —certificó Daniela comparándolas.

—¿Y conocéis su traducción exacta? —preguntó África.

—Sí, nos la ha dado esta chica —respondió Dafne pletórica—. Al parecer significa: «Allí, al norte, en el cielo de Abu-I-Hayyay, sobre el Darro y el Albaicín».

—¡Vale, parece la misma, sí! —convino África confrontándola con la otra.

—Entonces, ¿la damos por buena? —preguntó Inari, que todavía presentaba un semblante taciturno.

—Yo diría que sí, parece tener bastante sentido —opinó Kilian—. Aunque como nos ha pasado con las otras dos, aún no sabemos qué nos quiere decir exactamente. Pero la prioridad ahora debe ser avanzar y tratar de llegar al final lo más rápido posible.

—Estoy de acuerdo, hay que tratar de progresar, pues aún nos falta otra frase. Cuando las tengamos todas, ya nos devanaremos los sesos tratando de encontrar su significado oculto, pero eso será únicamente cuando hayamos descifrado las cuatro partes —opinó Dafne intentado

doblegar las dudas intelectuales de sus amigos.

—¡Por mí está bien! —dijo su beneplácito África—. De todas formas, creo que en este tercer recinto, como lo podríamos denominar, no nos quedaban más alternativas en donde buscar, puesto que todas habían desaparecido.

—¡Muy bien, entonces podemos continuar! —exclamó Inari dando por confirmado un nuevo e importante avance en la investigación—. ¿Habéis visto a esos tíos por alguna parte? —preguntó preocupado.

—¡Ni rastro! —aseguraba Kilian.

—¿Pudisteis hacer vosotros lo que os pedí? —preguntó Dafne a África.

—Sí, en parte al menos —comenzó explicándole ella—. Ya podemos dar por sentado que el segundo mensaje es el que pensábamos, puesto que también lo hallamos en las fotos de la Madraza, concretamente en la sala de Oración y, no solo en un lugar, sino en varios.

—Parece que quería asegurarse de que lo viésemos —dijo Kilian.

—Sin duda y a ese respecto, se podría decir que hemos descubierto algo muy interesante que puede resultar de mucha importancia a la hora de entender el origen de todo este misterio —señaló con mirada chispeante.

—¿A qué te refieres? —preguntó Dafne intrigadísima.

—A la autoría de los textos del manuscrito de la búsqueda de la sala mágica —aseguró Inari en esta ocasión.

—¿Qué...? —Dafne alucinó.

—Lo que oyes, ha sido una deducción conjunta de los tres, al menos en cuanto a las motivaciones que lo condujeron a crearlo, pero Inari lo ha descubierto finalmente, pues se ha dado cuenta de una sutil particularidad que habíamos pasado por alto.

—¡Bien hecho, amigo! —exclamó Dafne mirando a Inari con intención de animarlo. El chico sonrió levemente.

—¡Soy todo oídos! —manifestó la artista, que se acercó aún más a su amiga para no perder detalle.

—Muy bien —dijo África suspirando, tomándose una pausa antes de comenzar a explicar lo que habían descubierto—. ¿Recuerdas cuando hablamos de Ibn al-Jatib en el interior del palacio de la Madraza?

—Sí, el intelectual musulmán del que decías que daba el perfil perfectamente como para ser nuestro autor misterioso del mapa —recordaba con claridad Dafne.

—Pues no andábamos mal encaminadas... —insinuó su amiga, cebando más si cabe su interés—. Te pongo en contexto. Resulta que hemos husmeado un poco más en la vida y obra del tal al-Jatib, puesto que, como ya os comenté en su momento, hay aspectos de su persona que me llamaron poderosamente la atención. En primer lugar, hay que reseñar que este personaje extraordinario, originario de Loja, uno de los más renombrados eruditos del mundo hispanomusulmán, no solo llegó a ser un político muy poderoso, sino que también era poeta, escritor, historiador y filósofo; es decir, un destacado humanista en toda regla.

—Al parecer sus rimas eran famosas... —insinuó Daniela mirando, de manera inequívoca, a los ojos a Dafne.

—Así es, al igual que sus obras relacionadas con la medicina de la época y la salud —convino África para continuar—. Llegado el momento, fue nombrado visir por Yusuf I, pasando a ocupar el cargo de su amigo y mentor Ibn al-Yayyab, para el que, este mismo, le había preparado a conciencia antes de sucumbir a la peste negra, frente a la llegada de la virulenta pandemia en 1348.

»Tras la muerte de Yusuf I, el rey que lo terminó de encumbrar en los más altos puestos políticos, Mohammad V, su sucesor, fue derrocado con un sangriento golpe de Estado organizado por su hermanastro Ismail II, por lo que huyó con sus aliados, pero Ibn al-Jatib fue encarcelado en Granada y expropiado de sus bienes por orden del nuevo monarca al negarse a apoyarlo. Gracias a sus contactos diplomáticos, consigue salir liberado y huye al amparo del monarca destronado, Mohammad V, y sus seguidores hasta que, en 1362, el rey y su séquito regresan a Granada, una vez depuesto el usurpador Mohammed VI.

»A partir de ese momento, el reino nazarí vuelve a gozar de un periodo de paz y prosperidad. Ibn al-Jatib es nombrado de nuevo visir, por lo que se le conocería como *Du-I-wizaratayn* o «el de los dos visiratos», al igual que otro de sus apodos, *Du-I-amrayn* o «el de las dos vidas»; en este caso, por sus problemas de insomnio, que le permitían trabajar de manera incansable en su actividad política e intelectual. No en vano, escribió más de setenta obras de muy diferentes categorías: antologías, ascética y sufismo, biografía e historia, género epistolar, geografía y viajes, política, poesía, medicina, derecho, *etc.* —seguía narrando África con la total atención de Dafne.

»Toda esa sabiduría, cariño del pueblo y poder desmedido, suscitaron muchas envidias a su alrededor, por lo que, al parecer, comenzaron a tejerse intrigas y a verterse calumnias hacia su persona en la corte, principalmente por parte de Ibn Zamrak, de quien fue maestro e incluso a quien ayudó a promocionar en esta.

»Nuestro buen sabio, cada vez más preocupado por la posibilidad de seguir los pasos de tantos otros antes, siendo vilipendiados o incluso peor, asesinados, solicitó dejar el cargo, pero el rey se lo negó. Así que, bajo la excusa de encabezar una misión para inspeccionar las fortalezas de la parte occidental del reino nazarí, huyó a Tremecén, al abrigo de los meriníes, substituyéndolo en el puesto del visir, su enemigo íntimo, Ibn Zamrak.

»Pero Mohammad V pide constantemente que se le encarcele y extradite a Granada para ser juzgado ante el temor de que pudiese revelar secretos políticos en su perjuicio e influenciado por el odio de Ibn Zamrak, quien se personaría en Fez junto al juez supremo de Granada, donde se encontraba en ese momento Ibn al-Jatib y junto con el ministro meriní Sulayman Ibn Dawud, para juzgarlo y acusarlo de herejía o heterodoxia religiosa. Durante ese proceso, además, es condenado a muerte por una supuesta apostasía en sus publicaciones que acarreó la quema de sus obras. Pero antes de ser consumada la pena, aparece muerto en su celda de la prisión en 1374 y su cuerpo es enterrado en el cementerio de Fez.

»Para rematar todas estas tropelías a su persona, no contentos con todo esto, sus detractores profanaron la tumba y quemaron su cadáver, lo que constituye uno de los mayores agravios para un musulmán, porque se dice que, de esa manera, el fallecido no puede llegar a alcanzar el paraíso. Finalmente, sus familiares recogieron los restos y los depositaron en una fosa más profunda, por lo que también se le conoció como *Du-l-qabrayn* o «el de las dos tumbas» —terminó su extensa exposición la joven entusiasta del pasado de su ciudad.

—¡Menuda historia! —dijo Kilian.

—Digna de una buena trama de película, ¿verdad? —preguntó Inari.

—Sin duda —certificó Dafne—. Y ha resultado muy didáctico, pero ¿qué es lo que te ha llamado tanto la atención con respecto a nuestro caso?

—Pues casi todo, en realidad, que era tan culto y poderoso como para poder llevar a cabo la nada desdeñable empresa de las epigrafías con mensaje oculto, con sus rimas y todas esas metáforas y reflexiones existenciales, por así decir. Todo cuadraría en cuanto a su figura —explicó África.

—Además, mantuvo importantes desavenencias con sus mandatarios que, a fin de cuentas, le granjearon la terrible persecución sufrida hasta sus últimas consecuencias —añadió Daniela.

—¿Sugerís que esos desencuentros pudieron ser originados por disputas sobre la sala mágica? —preguntó Kilian directamente.

—Creo que no sería descabellado pensarlo —reconoció África—. Así, al menos, todo tendría explicación. Puede que Ibn al-Jatib, como gran estudioso que era y persona defensora de la verdad y el alumbramiento de la mente humana, que no del oscurantismo y la barbarie, animado por su sensación de poder e influencia sobre el pueblo granadino, quisiera desvelar el secreto mejor guardado de la Alhambra. Secreto protegido por ley hasta ese momento por sus antecesores. Puede que nuestro sabio se atreviese a cuestionar la más sagrada de las normas del imperio, al margen de que tuviese más o menos razón y, por consiguiente, midiese de alguna manera su poder con el del mismísimo sultán. Ahí podrían haber surgido las discrepancias con su rey, hasta el punto de provocar una fina brecha en la consabida confianza fraternal que ambos se profesaban.

—Brecha utilizada por alguno de sus enemigos o envidiosos conocidos, mejor dicho, por la que meter sus deditos para acrecentarla con todo tipo de calumnias e injurias en su nombre, así como ideas malintencionadas, ávidas de revancha y poder, hasta resquebrajar por completo la relación, poniendo al gran sabio en el ojo del huracán y no dejándole otra salida que la huida —continuó la elucubración Inari, animándose a tomar parte de la explicación.

—Tiene sentido, pero no dejan de ser presunciones, pues no tenemos pruebas concretas al respecto. —Inari y África se miraron y sonrieron—. ¿O sí?

—Como te indicaba al principio —continuó África—. Inari ha descubierto algo —dijo con la mano izquierda abierta en su dirección—. Enséñaselo, por favor.

—¡Será un placer! —indicó Inari cogiendo un folio en blanco y un bolígrafo—. ¿Recordáis las páginas del manuscrito escritas en cúfica, la caligrafía árabe considerada como la más antigua tipología de escritura en este idioma?

—Sí, claro, en principio el transcriptor centró su foco de atención en esas páginas porque pensaba que ahí podía ocultarse alguna de las claves del mensaje del autor, ya que ese tipo de árabe es el más complicado de descifrar —decía Kilian—. Pero no fue así, porque lo que ponía en ellas, es su gran mayoría, no era relevante.

—¡Exacto! Pero puede que sí lo fueran finalmente, ya no por el mensaje que entrañasen en sí, sino más bien por su colocación —señaló Inari dejando en ascuas a Dafne y Kilian.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella.

—Os lo explico para que lo veáis mejor —comenzó el chico—. Teníamos seis páginas en la primera parte, seis en la segunda y seis más en la tercera y cuarta parte del manuscrito, ¿vale? —les indicaba dibujando cuatro rectángulos alargados que representaban los cuatro fragmentos de la obra, divididos, cada uno de estos, en seis pequeñas porciones que simbolizaban las páginas de cada una de ellas—. Hasta ahí bien. ¿Cuál era la primera página que aparecía escrita en cúfica?

—Esta. —Señaló con el dedo Dafne—. La primera página de la primera parte.

—Eso es. Le pondremos un uno porque es la primera página. —Lo escribió justo abajo—. ¿Y la segunda?

—La segunda creo que era la cuarta o la quinta, ¿no? —dijo Kilian.

—La quinta, efectivamente. Le ponemos un cinco. ¿Qué tenemos?

—Un uno y un cinco —soltó él.

—O un quince —propuso ella.

—¡Eso es, también podría ser el número quince! —corroboraba Inari—. Vale, vamos a hacer lo mismo con las tres partes restantes del manuscrito —dijo empezando a apuntar directamente—.

En la segunda parte aparecía en cúfica la página cinco y la seis. En la tercera tenemos la uno y la tres y, por último y definitivo, en la cuarta parte, de nuevo la número uno y la tres —comentó Inari sonriendo—. ¡Este es el resultado final! —profirió pasando las cifras a limpio en otro lugar del folio.

—Uno, cinco. Cinco y seis. Uno y tres. Uno y tres. ¿Y qué quiere decir eso? —preguntó Dafne.

—¡Quiere decir mucho, querida amiga! —aseguraba con cierto entusiasmo en la mirada—. He estado investigando la vida de Ibn al-Jatib a fondo, como bien sabéis. He revisado todo respecto a sus obras, sus logros políticos, sus gustos culturales e incluso su personalidad para tratar de hallar una interconexión con este manuscrito que encierra tantas cosas que, a simple vista, sería imposible de descubrir. Pero resulta que la respuesta era mucho más sencilla y siempre la tuvimos delante de nuestras narices. Nuestro genio nació en el séptimo mes del año 713 —dijo de pronto Inari.

—¿Setecientos trece? Pero esa cifra no cuadra para nada con los números que has obtenido al apuntar la posición de las páginas escritas en cúfica, si es a lo que te refieres —divagaba Kilian.

—No, para nada, pero ¿y si trasladamos esa fecha al calendario cristiano?

—¡No fastidies! —exclamó ella.

—1313, año de nacimiento de Ibn al-Jatib, en Loja, el día 15 de noviembre, más concretamente —dijo África en esta ocasión.

—Uno, cinco... ¡Quince del once de 1313! —alucinaba Dafne—. Pero el once no concuerda. Serían cincuenta y seis, ¿no?

—No si los sumas —dijo Inari.

—Es verdad, cinco más seis, once, Y los dos treces de las dos últimas partes. ¡Es fabuloso! Un gran trabajo, chicos, enhorabuena, ya hemos atrapado a nuestro autor misterioso. ¡Perfecto! —exclamó Dafne fortalecida por el poder del conocimiento, dando una cariñosa palmada en la espalda de Inari—. Y ahora que también sabemos quién escribió las pistas hacia nuestro enigmático tesoro, descifremos el último paso, previo a nuestro objetivo.

—¿Habéis revisado la cuarta y última parte de la traducción? —les preguntó Kilian.

—No nos ha dado tiempo al investigar la autoría del documento —alegó África—. Creemos que puede ser importante.

—Lo es, sin duda —opinó Dafne—. Vale, saca las estrofas correspondientes a esa cuarta parte y veamos adónde hay que ir ahora.

—¡Aquí las tengo! —sacó África la última traducción de aquel manuscrito medieval tan creativo como complejo—. Os las leo.

*Tal es en mí la belleza,
que peligrosa se suele tornar,
pues no hay hombre en esta tierra,
que no me quiera conquistar.*

*Por eso escribo estos versos,
deseosos de llegar al final,
para hacer posible el camino,
hacia mi legendario origen real.*

*Pues ese hermoso peligro,
incluso a mí me puede matar,
porque ellos no entienden de razón,
ni del arte del amar.*

*Sala del Mexuar y de los Abencerrajes, torre de las Damas y de la Cautiva,
salón de los Embajadores y palacio del Generalife,
diamantes todos son, de la diadema preciosista,
que conforma mi corona, entre las altas aristas.*

*En su brillo hallará,
todo aquel que lo precise
lo que quiera sea que busque
lo que siempre yo bienquise.*

*Si mi embrujo no te embriaga,
si mi encanto no te atrapa,
no eres hombre, sino roca.
Busca al fondo, está mi alma.*

—Eso es todo, ¿no? —preguntó Dafne mirando a su amiga.

—¡Sí, ya está! —afirmó—. Estos son los versos de la cuarta y última parte.

—He detectado algo muy significativo —comentó Kilian.

—Creo que yo también —tomó la palabra Daniela—. Todas las nuevas localizaciones a investigar se encuentran en el mismo lugar, la Alhambra.

—Efectivamente, ya estaba tardando... —insinuó Dafne—. Era de esperar que, finalmente, nos emplazase hacia ella.

—Todos lo esperábamos más pronto que tarde, pues un misterio como este, oculto en Granada, jamás podría pasar por alto el enigma supremo que representa la Alhambra en sí misma —dijo África.

—¡Estoy de acuerdo! —convino Inari.

—Veamos. ¿Puedo? —solicitó Dafne cogiendo el papel de la traducción de manos de su querida África—. Entonces tenemos que buscar el cuarto y último acertijo en la sala del Mexuar, en la de los Abencerrajes, en la torre de las Damas, así como en la de la Cautiva, en el Salón de los Embajadores y en el palacio del Generalife, ¿verdad?

—Sí, eso es lo que parece —reconoció África—. «La torre de las Damas, que forma parte del palacio del Partal, el más antiguo del complejo alhambrense, aparece en el manuscrito con uno de sus nombres anteriores, torre de Ismail. También se le conoció por torre del Príncipe o torre del

Partal», leo textualmente lo apuntado por el transcriptor en el *mail* —explicaba la joven teléfono en mano—. «Al igual que ocurre con la torre de la Cautiva, nombre introducido ya en el siglo xix, muy posterior del que tuviese en el siglo xvi, cuando se la conocía por torre de la Ladrona y de la Sultana. Con esta última nomenclatura aparece en el texto».

—¡Genial, muy buen trabajo! Mañana a primera hora subiremos a la Alhambra —dijo Dafne con gallardía—. Si alguien no quiere venir, lo entiendo perfectamente, está en su completo derecho, pero siento que tenemos la resolución final al alcance de la mano —soltó mirando principalmente a Inari.

—¡Vamos a por nuestro amigo! —comentó Inari con rabia, apretando los puños. Dafne asintió sonriente al comprobar que, por fin, lo había recuperado. Después miró a África y Daniela.

—¡A por ellos! —susurró África acercando su cara a la de la artista con rictus grave.

—¡Por Marco! —profirió Daniela igualmente cerca. Las tres se abrazaron, los chicos las secundaron.

CAPÍTULO XXI

Granada, 2 de mayo de 2019

Apenas eran las siete de la mañana, cuando el sonido de un *mail* entrante despertó a Dafne, que, probablemente por la impaciencia generada por el trascendental día que intuía que le aguardaba, tenía el sueño ligero.

No lo pensaba hacer, pues estaba convencida de que no tendría importancia alguna, pero impulsivamente cogió su teléfono y echó un vistazo al correo electrónico. Cuando observó aquel extraño mensaje en la bandeja de entrada, sin remitente ni asunto alguno, le dio mala espina de inmediato.

Puede que no debiese haberlo hecho, pues bien es sabido que los expertos desaconsejan abrir los *mails* que nos resulten sospechosos y más aún pulsar sobre los enlaces desconocidos que contengan, si es que los tiene, pero no pudo evitarlo. Al abrir el mensaje, tan solo encontró una cosa: una cuenta atrás de veinticuatro horas que se activó de manera automática. Dafne palideció.

Los segundos de ese temporizador desconocido menguaban sin cesar, con la calma propia del tiempo transcurriendo a nuestro alrededor, sin detenerse ni por un solo instante a descansar. El mensaje era incierto pero contundente. Algo se acababa y, quizá, tras expirar esas ya menos de veinticuatro horas, descubriría, para bien o para mal, a qué hacía referencia ese plazo con fecha de caducidad.

El sol brillante de la mañana invitaba a ponerse las manos sobre los ojos cuando se colaba entre la espesa y alta arboleda que escoltaba a ambos lados la Calle Real de la Alhambra, en su segmento más elevado extramuros para tratar de apaciguar el ímpetu con que nuestra estrella predilecta, generadora de vida, bañaba aquellas tierras de la vieja Andalucía.

Se trataba de uno de los tres puntos de acceso al complejo de la Alhambra, en este caso el del centro, a través de la Puerta de los Carros, siendo la cercana Puerta de la Justicia y el pabellón de entrada en donde se encontraban las taquillas los otros dos.

Inari, Dafne, Kilian, África y Daniela ascendían hacia el complejo palatino a primerísima hora, divisando el arco de entrada por la referida puerta entre hordas de turistas ansiosos por deleitarse con uno de los lugares más visitados del mundo, el más popular de España —junto con la Sagrada Familia de Barcelona—, el último gran palacio medieval musulmán de occidente.

—¿Y no hay manera de saber quién demonios lo ha enviado? —le preguntaba Dafne a Inari tras mostrarle el misterioso correo con la cuenta atrás.

—Pues no, al menos no a simple vista —decía el joven mirándolo en el teléfono móvil de su amiga—. No sé cómo lo han hecho, pero no hay nada de nada a lo que agarrarse más allá de la cuenta atrás en sí. Quizá revisándolo en el ordenador pueda intentar obtener algo; pero, *a priori*, no cuentes con ello —se sinceraba el chico.

—El plazo acabará a eso de las siete de la mañana de la próxima madrugada —apuntó África

sobrecogida.

—¿Creéis que puede hacer referencia al cautiverio de Marco...? —preguntó Daniela temerosa.

—¿A qué si no? Eso me temo —respondió Dafne tratando de borrar ideas indeseables de su mente. Kilian no abrió la boca al respecto, parecía ensimismado—. En cualquier caso, para entonces espero que hayamos llegado al fondo de este asunto de una vez por todas.

—¡Y el día de tu cumpleaños, también es casualidad! —apostilló Inari incisivo.

—¿Qué insinúas? —le preguntó la chica de manera instantánea.

—Nada, nada... Tan solo era una observación —escurrió el bulto Inari, dejando pensativa a Dafne, que observaba la cuenta atrás, ahora duplicada en su reloj digital, en donde restaban menos de veintiuna horas.

—¿Cómo dices que se llamaba la guía? —preguntó Daniela cambiando de tema, mirando hacia la entrada, a la espera de ver a alguien acercarse hacia ellos.

—¡Agatha! —respondió Kilian.

—Ha sido una gran idea lo de la visita personalizada con esa otra guía, puesto que yo no tenía la posibilidad de conseguir más entradas de un día para otro a través de la empresa. Por el momento trabajamos poco la Alhambra, así que reservamos un reducido número de entradas que, si no son cubiertas, se devuelven el último día —les explicaba África.

—Mi padre y sus influencias, ya sabéis... Pocas cosas se le pueden resistir. —Sonrió.

—¡Me alegro por ello! —contestó la historiadora.

—Creo que debe ser esa chica —explicó Dafne dando un par de pequeños pasitos hacia adelante, observando a una mujer madura de estatura media, delgada y de melena lisa y morena, hasta poco más abajo de los hombros, que se aproximaba buscando a alguien—. ¿Agatha? —preguntó.

—Hola, sí, ¿sois el grupo de... Kilian? —se interesó ella acercándose de inmediato, mirando un papel donde traía apuntado el nombre de su cliente.

—¡Sí, yo soy Kilian, es un placer! —Le tendió la mano, cortés—. Aquí mis amigos Inari, Daniela, África y Dafne.

—¡Encantada! —les dijo con gran talante mirando a cada uno de ellos de manera afable—. Yo voy a ser vuestra guía en las próximas horas, ¿estáis preparados para visitar una de las maravillas del mundo? Aunque no esté entre las siete primeras, al menos todavía —les comentó resuelta.

—¡Estamos deseosos! —afirmó Daniela.

—Disculpa la precipitación con la que hemos contratado tus servicios, pero nuestra amiga Daniela, de Madrid, se va mañana y nunca ha tenido la oportunidad de disfrutar del interior de la Alhambra, aun habiendo estado en la ciudad en diferentes ocasiones —aseguraba Kilian, improvisando una coartada que resultase creíble de buenas a primeras.

—Sí, a decir verdad, había subido hasta aquí y paseado por el exterior, pero nunca he entrado en los Palacios Nazaríes —dijo Daniela sorprendida por la argucia inesperada de Kilian, tratando de adaptarse sobre la marcha.

—Pues eso tenemos que solucionarlo, porque no se puede visitar Granada sin conocer su joya de la corona; de hecho, los antiguos escritores árabes comparaban a Granada con una gran corona, en relación a los picos montañosos que la rodean. En cuya frente sobresalía la diadema de la Alhambra —les explicaba ya desde el principio la didáctica señora—. Al igual que siempre digo que Granada no solo es la Alhambra, sino que tiene muchísimos otros lugares de gran interés para el visitante que son muy recomendables.

—¡Sin duda! —exclamó Inari sonriente. Daniela asentía tensa, mirando de reojo a Kilian, quien tenía que hacer un esfuerzo por contener el tipo para no soltar una carcajada ante la cara de

estupefacción de la futura periodista, que, poco a poco, se relajaba y reía más tranquila.

—Deduzco que vosotros cuatro sí que sois de aquí, ¿verdad? —le preguntó al resto, que asintieron con la cabeza—. Bueno, espero que disfrutéis igualmente de la visita.

—Seguro que lo haremos —expresó Dafne amablemente.

—¡Pues vamos allá! ¡Seguidme, por favor! —les pidió antes de girarse y comenzar a caminar para pasar por debajo del arco de la Puerta de los Carros, que no era sino una apertura en el lienzo de la muralla defensiva, llevada a cabo en el primer cuarto del siglo xvi para facilitar la entrada del material con motivo de la construcción del palacio de Carlos V, como bien indica su nombre, mediante carros.

Tal y como ascendieron unas decenas de metros, la Calle Real de la Alhambra, ya intramuros, desembocaba a la derecha en una importante explanada en donde el visitante, al fondo, podía disfrutar de dos edificaciones que sobresalían a simple vista. A la derecha se encontraba la iglesia de Santa María de la Alhambra, en el lugar en el que, según los expertos, debía estar emplazada la gran mezquita de la Alhambra en periodo musulmán y, justo a su lado, a la izquierda, el imponente y robusto palacio de Carlos V en su extremo sureste.

—¡Es una pasada! —dijo Inari mientras se desplazaban en paralelo a la fachada sur del colosal edificio—. ¡Majestuoso!

—Y anacrónico, añadiría yo también —opinó África.

—Ambos tenéis razón —aseguró la guía—. Es una obra grandiosa en cuanto a volumen y opulencia; no en vano, su planta cuadrada cuenta con sesenta y tres metros de ancho por diecisiete de alto. Pero también es anacrónico con lo que tiene alrededor, es decir, los Palacios Nazaríes. No obstante, Pedro Machuca lo empezó a construir al estilo romano en 1527 y fue acabada en 1957, ni más ni menos, alrededor de seiscientos años después que los palacios de los reyes nazaríes.

—Fue creado como residencia de Carlos V, ¿verdad? —preguntó Daniela en su papel de visitante inexperta mientras caminaban despacio, admirando su fachada sur que, junto a la principal, la occidental, eran las dos más decoradas, puesto que las otras dos restantes se encontraban unidas al alcázar árabe.

El edificio constaba de dos cuerpos. El cuerpo inferior era de orden toscano, de obra almohadillada, con sillares picados y pilastras muy salientes en la que destacaban enormes argollas de bronce para amarrar a los caballos. En la parte intermedia de las pilastras se abrían ventanas rectangulares y sobre estas otras circulares, por debajo de un amplio zócalo que dividía ambas alturas. El segundo cuerpo, aunque de análoga disposición de huecos y pilastras, en este caso de orden jónico, presentaba mucha más ornamentación.

—Así es, ya que en 1526, después de su boda en Sevilla con Isabel de Portugal y siendo ya dueño de América, trasladó su corte a las casas reales de la Alhambra por unos meses; es decir, a los Palacios Nazaríes, que se convirtieron en su residencia de verano durante ese periodo; pero, al parecer, estos no cubrían todas sus necesidades. Por ello y por lo impresionado que quedaron con la belleza de estos palacios, lo mandó construir, y el hecho de erigirlo aquí fue precisamente para poder disfrutar de las maravillas de la Alhambra. Es una de las más bellas creaciones del Renacimiento, sobre todo su patio circular de treinta metros, repleto de grandeza y suntuosidad con esas preciosas treinta y dos columnas dóricas de piedra de Loja.

—Es una obra verdaderamente llamativa y aún más entre palacios de un estilo decorativo árabe tan arraigado —opinó Dafne.

—Sin duda, el contraste es extraordinario —convino la guía de turismo—. Vamos, no hay tiempo que perder, tan solo faltan unos pocos minutos para que sea nuestra hora de entrada a los

Palacios Nazaríes. Después, si os apetece, podemos entrar a ver el patio del palacio de Carlos V y los dos museos que alberga el edificio, el museo de Bellas Artes y el museo de la Alhambra.

El grupo aligeró el paso hasta girar en la esquina del palacio de Carlos V para dirigirse hacia la entrada habitual de los turistas a los idolatrados Palacios Nazaríes, justo al pasar la cara occidental del enorme palacio renacentista que quedaba a su derecha, siendo esta la más importante.

Por fin bajaron la leve pendiente escalonada que les conducía desde la zona de vaivenes habitual de la cola hasta la misma puerta de acceso al primero de los Palacios Nazaríes, el Mexuar. Mientras descendían, pudieron divisar a su izquierda el patio y la torre de Machuca, lugar que habitó el famoso arquitecto renacentista y su hijo Luis de Machuca durante su estancia en la Alhambra para la edificación del palacio de Carlos V. Ese jardín, en el pasado, constituyó la entrada original al colindante palacio del Mexuar.

Traspasada una enorme puerta a la izquierda según bajaban, en forma de arco, con sus dos hojas compuestas por balaustradas de madera y acristalada en la parte posterior, encontraron un angosto patio de no más de cuatro metros de ancho por unos veinte de fondo. Allí, al final, contemplaron una segunda puerta abierta, mucho más pequeña y esta vez con forma rectangular y adintelada en una diminuta fachada que ya exhibía las primeras muestras de decoraciones típicamente nazaríes, desde la mitad de su altura hasta el característico alero de madera de amplio vuelo. La pared estaba repleta de hermosos alicatados que representaban figuras geométricas y vegetales, así como las primeras epigrafías en árabe, con letras de lo más estilizadas. Más allá, el Mexuar.

Mientras franqueaban esa segunda puerta con los ojos ya puestos en la oscura estancia interior que les aguardaba, Dafne extrajo con disimulo de la pequeña mochilita que portaba a su espalda el folio en donde llevaba fotocopiada la traducción del último fragmento de ese manuscrito en forma de versos sibilinos, con mensaje cifrado y oculto a simple vista.

Lo plegó por la mitad para que nadie lo pudiese ver e intentó abrir su mente para dejar fluir la imaginación de manera libre, volando como un despreocupado pájaro sobre la Alhambra sin influencia alguna, para así tratar de fusionarse, energéticamente hablando, con la esencia del extraordinario emplazamiento en el que se encontraba.

Su objetivo no era otro que hallar las respuestas que ansiaban lo más rápido posible. En su subconsciente, continuaba la pesada losa de la desaparición de Marco clavada en el fondo de su alma como un puñal traicionero por la espalda, que, a cada momento, sobrevolaba su pensamiento, desestabilizando la concentración autoasignada, así como el buen talante exterior absolutamente impostado, haciendo de tripas corazón.

—Muy bien. Pues ya nos encontramos en la sala del Mexuar, edificado en primer lugar por Ismail I y modificado más tarde, primero por su nieto Mohammed V, y después, por los Reyes Católicos, que lo convirtieron en la capilla privada de la reina Isabel —dijo Agatha muy sonriente, volviéndose hacia su pequeño grupo para iniciar su trabajo—. Se trata de la estancia más antigua de todo el conjunto de los Palacios Nazaríes y, en consecuencia, la que más alteraciones ha sufrido a lo largo del paso de los siglos. Sin ir más lejos, esta sala representa un verdadero galimatías arquitectónico, porque está repleta de detalles de las distintas épocas y culturas que llevaron a cabo estos cambios en su estructura, desde tiempos inmemoriales hasta el punto de no saber con exactitud cómo debía ser, en origen, ciertas partes de su estructura —les explicaba mientras los amigos clavaban sus miradas, de manera inmediata, en las epigrafías decorativas que encontraron a su alrededor.

»Se piensa que, probablemente, perteneciese a los primitivos alcázares nazaríes por antiguas

citas de poetas árabes. Al parecer, el Mexuar es el lugar donde se reunía la sura o consejo de ministros, significado de *maswar*, término árabe de procedencia de su nombre; además de ser la sala en donde el sultán impartía justicia. Originariamente, tenía un cuerpo central de linterna con una altísima cúpula que le servía de iluminación cenital, entramado del que tan solo queda a día de hoy las cuatro columnas y sus entablamentos que podéis observar en la parte central de la sala. Más tarde, Mohamed V ubica aquí el salón de sesiones y coloca en el muro occidental el trono del gobierno sobre un estrado de tres escalones de altura. Y ya en el siglo xvi es transformado en capilla, momento en que se le añade una planta superior, desmontando la cúpula y colocando el alfarje morisco que veis, junto con el coro y las ventanas de la sala.

—¿Y qué me dice de las epigrafías? —preguntó de pronto Inari, cortando la extensa explicación de la estudiosa, deseoso de ir al meollo de la cuestión que tanto les apremiaba.

—¿Las epigrafías? Pues que las hay variadas y se conoce que había muchas otras. Algunos arabistas aseguran que la Alhambra es el libro más bello del mundo, puesto que la poesía que atesoran sus muros en forma de caligrafía ornamental es única, así como los fragmentos del Corán o lemas repletos de alabanzas a Dios y a los distintos sultanes, ya sea en cursiva o en cúfica —les decía con elegancia, gesticulando mucho con sus finas manos—. Y buena parte de culpa de ello se le debe atribuir a tres de los grandes poetas musulmanes que, además, fueron secretarios y primeros ministros del sultán de turno; es decir, fueron visires en sus respectivas etapas, coincidentes con la esplendorosa fase de construcción de los distintos palacios. Probablemente ahí esté el origen de la fascinante epigrafía ornamental que cubre las paredes interiores de la Alhambra, como si de una segunda piel se tratase, repleta de mensajes, simbolismo y quién sabe cuántos misterios y secretos indescifrables. —Los cinco amigos se miraron de inmediato sin poder remediarlo.

—La epigrafía de los palacios constituye uno de los mayores tesoros del complejo, ¿verdad? —preguntó Daniela sonriendo a modo de disimulo, cuya respuesta conocía, pues Agatha se había percatado de ese juego de miradas clandestinas que evidenciaba su notoria avenencia.

—Sin duda alguna —afirmó contundente Agatha, algo extrañada por la reacción de los cinco, a la que no le dio mayor importancia—. A mi humilde parecer te diría que, si no se trata de la característica más importante de la Fortaleza Roja, poco faltará. Porque a la consabida sublime belleza que otorga al lugar en el que son proyectadas de modo ornamental, se le debe sumar un valor añadido: narran una historia. Su alegoría e información de épocas tan remotas de la actual, como es la Edad Media, no tienen precio.

—¿Y cómo dice que se llaman esos poetas tan importantes que fueron visires? —preguntó Kilian tratando de que no se notase demasiado su interés.

—Sí, se trata de Ibn al-Yayyab, Ibn al-Jatib e Ibn Zamrak. —El grupo al completo se miró de nuevo, pero esta vez de manera más atenuada.

—¿Ocurre algo? —formuló Agatha sin pensárselo—. Detecto un cierto interés desmedido por el tema epigráfico... —insinuó, riendo traviesa al soltar sin más lo que le rondaba la mente.

—Yo siempre les estoy bombardeando con la epigrafía árabe, pues me apasiona —argumentó Dafne improvisando ante la observadora guía—. En realidad, estudio Bella Artes y la caligrafía árabe está considerada, como bien sabrá, la primera de las artes musulmanas. Si a eso le añades esa aureola de cierto misticismo o misterio que siempre ha envuelto a la Alhambra... a nivel creativo da mucho de sí. Digamos que resulta muy estimulante y provoca que la imaginación vuele libre, ¿verdad, Inari? —dijo de pronto sorprendiendo al chico—. Nuestro amigo Inari administra una página en internet relacionada con el misterio, ya sea paranormal, científico, histórico, entre otros. Y está muy intrigado con algunas teorías que hablan de mensajes ocultos en las

inscripciones alhambrenas y según qué tesoros escondidos en subterráneos desconocidos.

—¿Ah, sí? Pues haber empezado por ahí —dijo encantada con la revelación.

—¡Sí, bueno... ni yo lo habría explicado mejor! —ironizó de tapadillo—. No pretendía coartar tu manera habitual de mostrar la Alhambra, pero sí, estoy muy interesado por toda muestra de epigrafía —dijo muy sorprendido por la argucia, en esta ocasión, de su creativa amiga—. Es un tema que me intriga muchísimo y me inspira. Por eso creé el *post* en la página, me apasionan las teorías conspiranóicas. Siempre he pensado que la Alhambra es un lugar muy sugestivo, por ello, además de explicar un poco a mis seguidores de qué iba el tema, les pregunto por las sensaciones que experimentan estando aquí. La mayoría suele decir que este es un enclave energético muy potente.

—Eso es cierto, la inspiración y el misterio son calificativos inherentes a este increíble lugar; de hecho, siempre ha habido mucho debate en relación con las inscripciones —les explicaba la buena mujer—. Unos aseguraban que tan solo eran decorativas, a base de poesía y fragmentos del Corán, como os comentaba antes. Mera ornamentación, vamos. Otros, que si ocultaban importantes mensajes subliminales, más allá de la simpleza que se puede observar en ellos a primera vista, en fin... creo que nunca lo sabremos a ciencia cierta —opinaba—. Pero lo que sí es verdad es que hay un importantísimo proyecto al respecto de un investigador llamado Juan Castilla Brazales, que te recomiendo encarecidamente si estás tan interesado en el tema, pues deberías hacerte con él.

»Se trata, ni más ni menos, de la traducción, catalogación, explicación y localización de todas y cada una de las miles de inscripciones epigráficas de la Alhambra, detalladas en varios libros, con DVD que muestran fotos, planos interactivos, visitas virtuales e incluso bases de datos de un valor incalculable —explicaba ante la máxima atención de los amigos—. Este impresionante trabajo de investigación arroja mucha luz en relación a la naturaleza de las epigrafías que llenan las paredes de los palacios, como que, al contrario de lo que se pensaba, las inscripciones poéticas y coránicas son las menos frecuentes, en favor de otras como el lema nazari: «Solo Dios es vencedor», la más común, repetida hasta en cientos de veces, seguida por palabras solitarias como adjetivos calificativos tipo *felicidad* o *bendición*, como un deseo de providencia respecto a la estancia en la que aparece inscrita o al sultán de turno. Pero también están las fundacionales, correspondientes a construcciones de distinguidos elementos arquitectónicos que pretenden legar por los siglos de los siglos, así como las conmemorativas, creadas para destacar hechos reseñables como importantes victorias de las tropas del sultán en según qué batallas e incluso inscripciones funerarias. Pues fijaos que, por detrás de todas estas, en cantidad, se encontrarían las coránicas y poéticas. Todas las epigrafías aparecen escritas en tres tipos de letra árabe, la cúfica, la nasji o cursiva y la mixta, que mezcla las dos anteriores —les ilustró en modo experto.

—Guau, eso es genial, me lo apunto enseguida para mirarlo —dijo el joven animado—. ¿Cómo has dicho que se llama el investigador?

—Juan Castilla Brazales —repitió.

—¡Perfecto, aquí está! —exclamó tecleando en un buscador de internet—. ¡Lo tienen en la tienda de la Alhambra y también está en versión digital! ¿Qué os parece si lo adquirimos ahora mismo? —les preguntó a sus amigos—. Podríamos hacer uso de él a través del teléfono —les propuso con un gesto circunspecto impropio de él.

—¿En serio? —dijo Dafne—. ¡Cómpralo, lo pagaremos entre todos!

—¡Hecho! —profirió el joven confirmando la compra con un solo clic—. Ya lo tenemos; pero, por favor, continúe con sus explicaciones —se dirigió a la guía—. Creo que nos puede facilitar muchísimo la tarea —susurró a África al oído. Ella asintió.

—Muy bien, pues, *grosso modo*, ya os he explicado todo lo referente al Mexuar. Con respecto

a las muestras de epigrafía que presenta, ya las hay incluso en la entrada, en el friso de madera bajo el alero de la puerta. Se piensa que pueden ser de Ibn Zamrak y dicen: «¡Oh, sublime podio de la realeza, que tan maravillosa forma posees! Abierto fuiste a la clara victoria y a la buena acción. Monumento es del imán Mohammed, la sombra de Dios sobre todos cernida». La banda epigráfica que hay sobre el zócalo alicatado que rodea la sala contenía un largo poema de Ibn al-Jatib, donde ahora puede leerse «el reino, la grandeza y la gloria son de Dios» —continuaba con su ilustrativa tarea—. También se conservan trazas originales en los techos de madera del perímetro. En el muro norte podemos encontrar el comentado lema nazarí, como la inscripción más repetida en los palacios: «Solo Dios es vencedor». Además, en la puerta que conformaban las cuatro columnas donde el consejo reunido decidía los asuntos judiciales también había un azulejo que decía: «Entra y pide. No temas pedir justicia, que hallarla has».

—¡Qué interesante! —comentó Daniela.

—Vale, ya lo tengo todo fotografiado —anunció Inari.

—En ese caso, continuemos. Venid —les dijo Agatha desplazándose hacia el final de la estancia—. El cuarto que queda al fondo es la conocida sala del Oratorio, desde donde se puede divisar el Albaicín. Esta sala está muy restaurada por el deplorable estado en el que quedó tras la explosión de un polvorín en 1590, concretamente su estado actual se debe a una restauración de 1917. Aquí hay una inscripción que dice «Ven a la oración y no seas de los negligentes». Bien, pues ahora acompañadme por aquí, por favor —les pidió la guía atravesando una pequeña y estrecha puerta en el extremo derecho del Mexuar, por donde apenas cabía una persona y daba a un patio precioso—. Os presento el patio del Mexuar —dijo extendiendo el brazo según atravesaban la puerta, hacia fuera—. Este espacio tenía una función de medianería y acceso entre la salida del Mexuar y la entrada al palacio de Comares, en donde, como veis, una fuente de mármol ocupa el espacio central. Al norte tenéis el pórtico del Cuarto Dorado —continuó señalando hacia sus tres arcos peraltados de medio punto— y al sur la fachada del palacio de Comares. El Cuarto Dorado servía como sala de espera en las audiencias con el sultán y debe su nombre al pan de oro con que, ya en tiempo de los Reyes Católicos, se decoraron sus techos. La fachada del palacio de Comares es una de las principales maravillas de la arquitectura y decoración nazarí y de la Alhambra, mandada a construir por Mohamed V en 1369 para conmemorar la toma de Algeciras. Su función era delimitar el paso a un ámbito más privado, más familiar, probablemente, de las estancias palaciegas, de ahí las celosías en las ventanas también.

»La tradición describe al sultán en lo alto de la escalinata, sentado en su trono, justo en el centro de la impresionante fachada, escuchando a sus súbditos, impartiendo justicia o recibiendo a embajadores extranjeros —seguía explicando mientras Inari y los demás tomaban buena nota de todo, así como decenas de instantáneas de cada una de las epigrafías que veían—. A modo de curiosidad y a colación de vuestro interés epigráfico, he de comentaros el significado de algunos de los escritos que aparecen en la fachada que dicen: «Mi posición es la de una corona y mi puerta una bifurcación de caminos: el occidente cree que en mí está el oriente...». Se trataba de una clara alegoría a las dos puertas que hay bajo las frases, en donde solo la de la izquierda llegaba al gran patio del palacio y, la otra, a lugares mucho menos glamurosos como, posiblemente, estancias del servicio.

—¡Mm... muy interesante! —exclamó Inari.

—Como veis —prosiguió Agatha—, la fachada presenta una decoración extraordinaria, con trazos geométricos, formas vegetales y paños epigráficos que aluden a las dos puertas que posee y a aquello que esconden, ocupando toda su alzada. La de la izquierda, tras un pasillo en recodo, nos conduce hacia nuestro nuevo destino: el gran patio del palacio, el patio de Arrayanes. ¡Por

aquí, por favor! —les indicó entusiasmada con la mano izquierda para que pasasen delante de ella. Los amigos entraron en ese pasillo que giraba a la izquierda, con tres escalones justo después que desembocaban en uno de los laterales del patio de Arrayanes, junto al pórtico sur, que quedaba a su derecha.

—Muy bien, queridos amigos, aquí lo tienen, el gran patio de Arrayanes del palacio de Comares, construido por Yusuf I, con treinta y siete metros de largo por veinticuatro de ancho, ahí es nada.

—¡Guau! —soltó Kilian—. Es como el de todas las casas de tipología musulmana, pero a lo bestia.

—Así es, Kilian, el habitual patio rectangular con alberca y todas las estancias alrededor, pero, en este caso, enorme. Se podría decir que se trataba del eje de la vida diaria de palacio y su nombre actual, ya que ha tenido otros, proviene de los dos macizos de arrayán que hay a cada lado de la alberca. En sus lados menores tiene dos galerías porticadas de arquitectura liviana, casi etérea como podéis ver, con siete arcos decorativos labrados entre paños de sebka, que descansan sobre finas columnas en las que se apoyan los pilares para soportar la estructura adintelada y que dan acceso a las estancias más importantes del palacio, como son la sala de la Barca y el Salón del Trono al norte, y el del lado contrario, el pabellón sur. Los lados mayores están recorridos por estancias independientes de dos alturas que se especula que debían ser viviendas. En el lado este, además, están los baños reales.

»Aunque en un principio pertenece a la zona residencial y, por tanto, privada de los palacios, no todos sus espacios lo serían, ya que aquí también tenían lugar actos oficiales de la corte, así como recepciones de delegaciones extranjeras, dando razón de ser a las formidables dimensiones de su alberca central y al majestuoso Salón del Trono, más conocido como Salón de los Embajadores. Se trata de la habitación más grande de todas en la Alhambra y se sitúa en el pórtico norte. Sobre ella repunta, cual escolta gigante del patio, la fabulosa mole que compone la torre de Comares que, por su simbología y esoterismo, estaba llamada a ser testigo de grandes acontecimientos en el Reino de Granada.

—Fijaos cómo se refleja la torre en el agua, parece mágico, como si se tratase de dos mundos en uno solo... —fantaseaba Dafne, siempre creativa.

—Es un efecto fascinante repleto de simbolismo que llama poderosamente la atención a los visitantes —comentó Agatha—. Para la cultura musulmana, el agua era fuente de vida y simbolizaba el paraíso, por eso se piensa que ese mismo reflejo, podría ser una sutil metáfora, ¿no os parece? Como bien dices, Dafne, dos mundos, el terrenal y el paraíso, representado en su reflejo.

—¡Me gusta mucho esa romántica idea! —Sonrió.

—¿Qué os parece si continuamos por los salones de la Barca y de Embajadores? —preguntó la empática guía.

—Estamos deseándolo. —Forzó una ligera mueca África mientras comenzaban a caminar en dirección al pórtico norte desde la parte central del patio.

—¡Creo que tengo algo! —susurró excitado Inari pegándose cuanto pudo a África—. El estudio de investigación del Corpus Epigráfico de la Alhambra que nos ha recomendado es una pasada, es como si fuese un inmenso banco de datos referidos a todas y cada una de las inscripciones de los tres Palacios Nazaríes que, no te lo pierdas, son más de diez mil...

—¿Qué...? —elevó un poco la voz de manera involuntaria. El resto de los amigos se percataron de sus cuchicheos e intentaron acercarse con disimulo para enterarse de algo.

—¡Sssh! —chistó Inari—. Sí, pero no te preocupes, no tendremos que revisarlas todas. La

herramienta que han creado con esta manera digital e interactiva de mostrar su exhaustiva investigación es verdaderamente útil, pues simplifica todo mucho. Hace que resulte muy sencillo buscar en su base de datos para contrastar muchas de las características de las epigrafías —la ilustra—. Puedes ver cuántas veces aparece una misma inscripción y también en qué lugares concretos, además de cruzar información de varias inscripciones al mismo tiempo. De esa manera puedo saber, con un solo clic, las inscripciones coincidentes que hay en varios lugares... —insinuó el chico enardecido.

—Pero solo de los Palacios Nazaríes, ¿no? —le preguntó África para asegurarse—. Ojalá incluyese a toda la ciudad...

—¿Te parece poco? —se extrañó el joven—. ¿Puedo mirar qué inscripciones coinciden en los cuatro lugares que nos indica el autor del manuscrito, para esta cuarta parte que estamos investigando, en solo un instante!

—¡Claro, es verdad! Adelante, ¿a qué esperas? —le respondió cogiéndole la cara con las palmas de las manos.

—¡Disimula, disimula... ahora lo miro! —musitó él. Agatha los observaba y sonreía sin tan siquiera poder imaginar la odisea, a mitad de camino entre lo cultural y lo aventurero, que se traían entre manos, entre risas y susurros juveniles.

—La sala de la Barca es la antecámara del salón del Trono o salón de los Embajadores, y su nombre se debe a la palabra árabe *baraka*, que significa ‘bendición’, que además aparece escrita en numerosas ocasiones por las paredes de la estancia —decía Agatha volviéndose a sus clientes—. Fijaos en el precioso arco apuntado con motivos vegetales de la entrada. En esos dos nichos de las jambas se depositaban vasijas con perfume como símbolo de hospitalidad, donde aparecen sendos poemas de Ibn Zamrak. El techo de la sala es una reconstrucción similar al original que, por desgracia, ardió por completo en un incendio en 1890.

«Pero venid a ver una de las joyas de la corona, el salón de los Embajadores, que, como os decía antes, es el más grande de todo el palacio y su forma, asentada en el interior de la gran torre de Comares, es la de un cubo perfecto —exponía con maestría Agatha, atravesando de costado la sala de la Barca en mitad de sus explicaciones hasta llegar al gran salón de los Embajadores—. Como podéis observar, tres de sus cuatro paredes están recorridas por nueve pequeñas alcobas o camarines, distribuidas de tres en tres y con ventanas abiertas al exterior, en donde los cortesanos esperaban a ser atendidos por el sultán. Las celosías de madera que cubren las ventanas hoy día son una reposición reciente que ayuda a recrear el ambiente mágico de contrastes clarososcuros que envolvería el salón de manera enigmática en aquella época con la intención de resaltar la magnificencia y el origen divino del poder del sultán.

—Su intención era impresionar o intimidar al visitante según entraba —añadió Dafne mientras, su mirada, maravillada por la capacidad constructiva de los creadores de la Alhambra, ascendía hasta llegar a las cinco ventanas en arco de medio punto por donde se filtraba la luz del exterior en las cuatro paredes—. Eran auténticos soñadores, porque antes de crear algo tan grandioso, has de tener la capacidad de imaginarlo, y tan solo eso, a mi juicio, ya es una particularidad más que encomiable.

—¡Totalmente de acuerdo, querida! —convino la guía—. El visitante, al ingresar en esta sala, se encontraría con la luz de cara desde la dirección en la que se hallaba el sultán. Esa era, como bien dices, una forma de intimidarlos e incluso de resaltar, por así decir, la grandeza y la divinidad del máximo mandatario nazarí. Además, las cuatro fachadas presentan una profusa y exquisita decoración que en origen estaría totalmente policromada y debía ayudar a potenciar ese efecto. La parte baja tiene ese zócalo de piezas vidriadas de lacería geométrica, después le siguen

varios paños con dos tipos de caligrafía, tanto cúficas como cursivas. Luego hay arcos de herraduras sobre los camarines, yeserías de atauriques con motivos geométricos y justo encima veréis otros tres grandes paños, también con figuras geométricas, vegetales, estrelladas y motivos romboidales, delimitadas por delicadas cintas caligráficas que recorren la sala alabando a Yusuf I y a Dios en las narraciones de sus poemas y relatos cósmicos. «Solo Alá es vencedor», reza de nuevo el comentado lema nazarí en la estancia, la epigrafía por excelencia de los palacios. También podéis ver, si os fijáis, en chiquitito, su escudo —comentaba de corrido y con gran fluidez señalando a unos y otros puntos, sin duda por la costumbre que debía tener a la hora de describir aquellas mismas características ornamentales prácticamente a diario.

»El suelo se rehízo porque el original, elaborado en cerámica vidriada de colores blanco y azul, estaba muy deteriorado. Pero ahí, en el centro, queda una pequeña muestra que podéis observar. Y la guinda del pastel, mis jóvenes amigos —rio frotándose las manos, disfrutando de lo lindo con las explicaciones—. La majestuosa cúpula de madera que cierra el salón, obra maestra de la carpintería musulmana, elaborada en miles de piezas de colores que simbolizan el cosmos y la idea del paraíso islámico. En ella, siete coronas de estrellas concéntricas representan cada uno de los siete cielos que habría de recorrer el alma hasta llegar a la cúpula central, el último de los niveles, el paraíso islámico. Las cuatro aristas de techo confluyen en esta cúpula central, simbolizando los cuatro árboles o los cuatro ríos de ese paraíso que, coincidiendo con el Antiguo Testamento, sería un jardín o un edén.

—¡Es sumamente exquisito! —dijo Daniela mirando hacia arriba como el resto del grupo, excepto Inari, que toqueteaba con excitación su teléfono móvil.

—¡Lo tengo! —gritó de pronto, sorprendiendo por completo tanto a su grupo como a muchas otras de las personas que se encontraban a su alrededor admirando tanto arte y simbolismo histórico y religioso.

—¿Cómo dices? —preguntó Agatha sorprendida sin entender a qué se refería.

—Lo tengo, chicos —repitió más calmado mirando con alegría a sus amigos—. ¡Tengo la respuesta a lo que buscábamos! —aclaró conteniendo su excitación.

—¡Genial, pues ya podemos irnos! —soltó África ni corta ni perezosa—. Lo siento, Agatha, es una pena que no podamos terminar la visita, lo hace usted fabulosamente bien, le felicito —le agradeció de manera sincera tomándole la mano.

—Pero ¿qué pasa...? —preguntó Kilian desconcertado, al igual que Daniela y Dafne que, aun ignorando de qué hablaban, lo empezaban a intuir.

—¡Salgamos de aquí! —indicó Dafne echando a correr hacia el exterior con los demás a la zaga, dejando a la pobre Agatha sola y con dos palmos de narices, sin entender absolutamente nada de lo que ocurría.

—¡Tengo la respuesta a la última parte del manuscrito! —les volvió a decir Inari exultante mientras, jadeando, se situó bajo la agradable sombra de un árbol, ya en el exterior de los Palacios Nazaríes.

—¡El corpus epigráfico! —cayó en la cuenta Dafne.

—Exacto, me ha ayudado a descubrir qué epigrafía es la única coincidente que aparece escrita en las tres salas donde el manuscrito nos invitaba a buscar: sala del Mexuar y de los Abencerrajes, y salón de los Embajadores, que representan el cincuenta por ciento de ellas.

—¡Eso es genial, Inari! —exclamó Dafne—. Nos faltaría la torre de las Damas y de la Cautiva

y el palacio del Generalife —añadió.

—Sí, pero con esas tres puede que sea más que suficiente, puesto que si tenemos la certeza de que no hay otra que coincida en los lugares indicados, este hecho indica forzosamente que tiene que ser esa —expuso África. Dafne miró a Inari buscando su ratificación.

—¡No hay lugar a la duda! —certificó Inari.

—En ese caso, creo que es hora de sentarnos y de empezar a sacar conclusiones de una vez por todas —dijo Kilian muy solemne. Todos lo miraron entendiendo que habían superado buena parte de la búsqueda y que la resolución final estaba ahí, muy cerca, al alcance de sus dedos.

CAPÍTULO XXII

—¡Vale, aquí estaremos tranquilos! —señaló Dafne al grupo, dando por bueno un par bancos situados bajo otro árbol de generosa sombra en la placeta de los Aljibes de la Alhambra, en una zona de tierra y arboleda un poco más elevada con respecto a los Palacios Nazaríes y el palacio de Carlos V, adherido este último a los otros, que estaba justo enfrente, a escasos cien metros. Se encontraban, exactamente, entre la torre Quebrada y la torre del Adarguero, que se alzaban detrás de ellos impasibles, formando en línea recta junto a la torre del Cubo y, a su costado, la torre del Homenaje, la frontera entre la alcazaba, la primigenia edificación de la Alhambra de ámbito militar en torno a la que se edificó todo lo demás, y el resto de la ciudad palatina.

La torre de la Vela o Torre Mayor, como se denominaba en época nazarí, se erigía como fiel protectora del entramado defensivo palaciego al frente de la alcazaba, sabiéndose la más emblemática para los granadinos, con sus privilegiadas vistas sobre la depresión de la ciudad y sus alrededores.

Dafne echó un vistazo a su reloj inteligente de pulsera. Sin darse apenas cuenta, comenzaba a hacerlo de manera compulsiva. Aquel simple cómputo regresivo había calado con pujanza en lo más profundo de su subconsciente. «Diecinueve horas y veinte minutos», dijo para sí.

—Vale, explícanos cuáles son las epigrafías que buscábamos en la cuarta parte del manuscrito —exigió África a Inari después de saciar su sed, al igual que sus amigos, con unos refrescos de cola muy fríos que habían comprado allí al lado, en un típico y pequeño quiosquillo de madera como los que suelen haber en los parques de muchas poblaciones.

—Mira, es justamente esta que se encuentra en la sala del Mexuar, aunque Agatha no la haya nombrado, así como en la de los Abencerrajes, y en el salón de los Embajadores. En ningún caso aparece en algún otro lugar, siempre según la alucinante investigación del corpus epigráfico de Juan Castilla Brazales —les enseñaba la fotografía multimedia en su teléfono el joven de pelo tieso a través de la compra que había realizado del Corpus Epigráfico de la Alhambra.

—¿Y qué significa? —inquirió Daniela—. ¿Lo pone?

—¡Sí, claro! —aseguró Inari entusiasmado—. La que nos ocupa significa, exactamente: «El tercero lo legó en donde al séptimo se abatió».

—El tercero lo legó en donde al séptimo se abatió... —musitó Daniela.

—¿Alguna idea, África, Dafne? —preguntó Kilian impaciente.

—No, de momento no sé a qué se puede referir con ese «el tercero», ¿el tercero de qué? —Se frotaba las sienes con impotencia África.

—Espera un momento —dijo Dafne levantando sus manos abiertas, queriendo poner orden y pausa al asunto antes de enrocarse aún más en un callejón sin salida con el que toparían una y otra vez, originando una gran frustración en el grupo que, además, los arrastraría a una inercia negativa—. En ocasiones, antes de seguir avanzando, de poder continuar el camino, es necesario dar un paso reflexivo atrás para tomar aire y coger fuerza e impulso... —insinuó, tratando de calmar los ánimos, pues sabía que la sensación de angustia que recorría el cuerpo de los cinco por la desaparición de Marco les podía jugar una mala pasada por la sobreexcitación que sentían, junto a la ansiedad sufrida. Una situación tan incómoda les podía llevar a errar en la toma de decisiones—. Llevamos una confusa carga informativa sobre nuestras espaldas. ¡Tenemos que volver al

principio!

—¿Cómo que al principio? —preguntó extrañado Inari.

—Me refiero a la primera parte. Aún no sabemos a qué hacen referencia los tres primeros acertijos —manifestó con sentido común Dafne—. Empecemos por la primera parte: «En la mayor altura del reino, en el trono del poder, vigorosa se alza al cielo», leyó en una de las hojas de apuntes que había sacado de la mochila. Miró a su alrededor durante unos segundos, intentando dejar la mente en blanco para evadirse de toda pesadez que lastrase su imaginación. Tan solo observaba todo lo que había a su alrededor con quietud oriental, buscando su estado zen. De pronto sonrió como si sus ojos, por primera vez, contemplasen la Alhambra y se alegrasen por ello. Se había dado cuenta de algo obvio e importante que, anteriormente, no pudo percibir con aquella claridad, pues no estaba preparada.

—¿Se puede saber de qué coño te ríes ahora? —le preguntó Daniela enojada por no saber qué pasaba por la mente su ingeniosa amiga, algo que ella aún no había deducido y que debía de ser tan importante como para que sonriera como una auténtica bobalicona, mirando a su alrededor—. ¡No te soporto cuando te pones en plan éxtasis existencial! —Cruzó los brazos parodiando un cabreo monumental.

—¡Claro, era eso! —profirió Dafne enigmática, obviando la broma de su amiga—. No lo podíamos ver porque no estábamos preparados, pero ahora sí lo estamos. Él nos ha mostrado el camino, poco a poco, como en la arquitectura árabe con sus edificios, simples y austeros por la parte de afuera, pero llenos de intención y simbolismo cuando, llegado el momento, descubres su fascinante interior... —aseguraba levantándose y avanzando unos pocos pasos hasta salir del resguardo de la sombra y quedar deslumbrada parcialmente por los rayos del sol de Andalucía—. Es como una metáfora misma de su cultura, de su filosofía de vida al fin y al cabo, vivir hacia adentro. Ellos hacían su vida en el interior de sus casas y palacios. Una frase que no tiene ningún sentido por separado, pero que, unidas a otras de igual naturaleza desconcertante, se acoplan para formar algo grandioso, como los mocárabes, los atauriques o incluso las composiciones de madera y los alicatados de cerámica. ¿No os dais cuenta?

—¡Creo que no te sigo...! —le comunicó África.

—Se trata de la Alhambra, siempre se ha referido a la Alhambra, aunque no nos hemos dado cuenta hasta ahora porque no estábamos en el lugar que debíamos ni poseíamos las vivencias y los conocimientos necesarios. Nos ha llevado dando vueltas por media ciudad para volver de nuevo al punto de partida, puesto que la tradición ya contaba en un principio que la supuesta sala mágica, debía estar oculta en la Alhambra, pero al diseminar las pistas por media Granada, pretendía confundirnos y, a la vez, provocar que la búsqueda de la sala a través de su mapa no resultase algo baladí, sino todo lo contrario. Quería que costase resolver su inteligente fantasía de acertijos para no ser descubierto, al menos en su tiempo. Aunque esto último me da la impresión de que, por alguna razón que se me escapa, no debió conseguirlo... —continuaba con su explosión creativa, propiciada por el jugueteo de lugares secretos y tiempos superpuestos planteado por el genio musulmán.

—¿Los acertijos hablan de lugares que hay aquí, en la Alhambra, para qué? —se preguntaba Inari intrigado.

—Eso aún no lo sé, pero como dije antes, empecemos por el principio —dijo volviendo al grupo, sintiendo tener la revelación entre sus dedos. Cogió de nuevo el papel—. «En la mayor altura del reino, en el trono del poder, vigorosa se alza al cielo». ¿Cuál puede ser el trono del poder aquí, en la Alhambra, en la mayor altura del reino que vigorosa se alza al cielo?

—¿La torre de Comares?, por lo del trono del poder —respondió Inari con una nueva pregunta

—. El trono estuvo allí y es una torre alta...

—Sí, podría tener algo de sentido, pero cuando puntualiza «el trono del poder», creo que no quiere hacer referencia a un poder ejecutivo como tal, sino más bien a un poder metafórico, a uno intangible y simbólico, tan natural, por así decir, que resultase indiscutible, ya que el trono de los diferentes sultanes estuvieron en varios lugares y eso es algo que podría llevar a equívoco. Pero ¿qué es lo que representa el poder primigenio de la Alhambra, en torno al cual floreció todo lo demás?

—¡La alcazaba... Te refieres a la torre de la Vela! —gritó exultante Daniela al comprender tanto simbolismo por parte de su amiga—. En la mayor altura del reino, vigorosa se alza al cielo, en el trono del poder... ¡Ahora lo veo claro! —aseguró.

—Eso es, se trata del poder que hay por encima de todo, incluso de los sultanes que fueron gobernando y quedando en el pasado paulatinamente. Pero ella, la majestuosa torre de la Vela, sigue ahí, impenetrable, vigorosa, en su trono estratégico... El autor lo sabía, su poder es mayor que el de cualquier ser vivo y trascendería el tiempo, por eso la eligió como primer emplazamiento de sus acertijos, como epicentro de su plan. Al igual que cuando se alzó la primera para proteger al resto de la construcción palatina. ¡Puro simbolismo, amigos! ¡Pura genialidad creativa! —decía satisfecha e incluso algo emocionada por sentir, al fin, su inteligencia alineada con la de Ibn al-Jatib.

—¡Cuanto más lo explicas, más claro lo veo! —reconoció Kilian—. Parece mentira que no lo viésemos antes...

—¡Es lo que os comentaba, no estábamos preparados! —les repetía Dafne—. Esa era su voluntad y por ello dispuso todo a tal efecto. En primer lugar, debíamos recorrer el camino.

—Vale, en el número uno tenemos la torre de la Vela —anotó África en su hoja e hizo una X en un mapa de la Alhambra impreso que tenía, justo sobre la mencionada torre—. ¡Vamos a por el segundo acertijo, no hay tiempo que perder...! —indicó con la funesta imagen de Marco en el subconsciente siendo golpeado hasta caer en redondo al suelo, narrada por Inari en su momento—. «Tres son las cuevas donde, al este, dormitan las bestias».

—¿Alguna sugerencia? —preguntó Inari.

—Tres cuevas... en la Alhambra —susurraba Daniela.

—Al este, donde dormitan las bestias. Pero ¿qué bestias? —se preguntaba Dafne.

—Las únicas bestias que hay en la Alhambra, al menos que yo sepa, son los leones del patio homónimo —soltó Inari medio en guasa.

—¡Los leones, un momento...! —dijo Kilian—. ¿Qué hay al este de la Fuente de los Leones?

—Espera, que lo miro en internet —contestó África—. A ver, al norte del patio está la sala de las Dos Hermanas, al sur la de los Abencerrajes y al este... ¡al este está la sala de los Reyes! ¡Claro!

—¿Para qué se utilizaba esa sala exactamente? —preguntó Dafne.

—La sala de los Reyes era el gran espacio áulico y el emblema por excelencia del palacio de los Leones. Se trataba de un lugar de reposo y tertulia con su alargado vestíbulo de unos treinta metros de longitud, donde tenían lugar las más variadas recepciones y representaciones festivas —les explicaba la joven—. Pero, ¿sabéis qué es lo más interesante? —Sus amigos la miraban con expectación intrínseca mientras ella sonreía—. Que ese espacio central o principal de la sala se dividía en tres grandes alcobas separadas por grandes arcos dobles de mocárabes, y cada una de ellas estaba cerrada por linternas y cubiertas independientes, coronadas por cúpulas también de mocárabes.

—¡Cúpulas de mocárabes! —exclamó Dafne intuyendo adónde se dirigía su razonamiento.

—Sí. Se dice que las cúpulas de mocárabes o estalactitas, esos prismas imposibles logrados a través de la geometría, podrían simbolizar la cueva en donde Mahoma, el profeta de la cultura musulmana, recibiese el Corán de manos de su Dios —les explicó África.

—¡Eso es, una cueva! —exclamó Dafne.

—Genial, ahí tenemos las tres cuevas, al este de las bestias, es decir que... —intentaba concluir Kilian.

—Es decir, querido amigo —le interrumpió África, que quería ser ella quien finiquitase su elucubración—, que la sala de los Reyes es nuestro segundo emplazamiento secreto, marcado por el manuscrito de la supuesta sala mágica.

—¡Bravo, ya tenemos la mitad! —prorrumpió Daniela mientras África colocaba su correspondiente X victoriosa sobre el lugar en el mapa, en donde supuestamente se hallaba la susodicha sala.

—¡Amigos, creo que esto comienza a fluir! —exclamó Inari animado.

—Perfecto, sigamos, por favor —les apremió Dafne—. El tercer acertijo era: Allí, al norte, en el cielo de Abu-I-Hayyay, sobre el Darro y el Albaicín. ¿Recordáis el nombre del primero de los grandes sultanes en importancia constructiva en la fase más esplendorosa del reino nazarí, de los que nos ha hablado Agatha hace un rato?

—Sí, claro, Yusuf I, el constructor del palacio de Comares —respondió África.

—Justamente, y ¿os suena el Peinador de la Reina? —les volvió a preguntar.

—Sí, es una torre que se encuentra en el costado norte del complejo alhambrense, denominada así porque fueron los aposentos de la emperatriz Isabel, la esposa de Carlos V —dijo África—. No he tenido el placer de visitar su mirador, pero, ahora que lo recuerdo, algún compañero me comentó que tiene unas de las mejores panorámicas posibles sobre el valle del Darro y el barrio del Albaicín... —cayó en la cuenta según iba hablando y enlazando con las pistas del acertijo, hasta terminar sonriendo abiertamente por la revelación que se fraguaba en su interior.

—Eso es —dijo Dafne devolviéndole la sonrisa cómplice—. Pero lo que veo que no sabe mi querida amiga historiadora —bromeó guiñándole un ojo—, es que la torre, en origen, es de época nazarí y fue construida por un tal Abu-I-Hayyay, por eso se llamaba la torre de Abu-I-Hayyay. Sobrenombre con el que era conocido el gran Yusuf I, impulsor, como bien apuntabas, del colosal palacio de Comares, principalmente.

África aplaudió sin hacer ruido alguno para después poner las manos pegadas por las palmas cubriendo su boca y su nariz a modo de sorpresa inesperada.

—Es decir que allí, al norte, en el cielo de Abu-I-Hayyay, lo que había era la torre de Abu-I-Hayyay, ¿no? Lo que en la actualidad conocemos por el Peinador de la Reina y que corresponde a nuestro tercer punto misterioso del mapa —elevó el tono Kilian con júbilo moderado.

—¡Guau, pero ¿cómo sabías todo eso?! —preguntó Daniela impresionada.

—A decir verdad, ni tan siquiera recordaba que lo sabía hasta que las piezas en mi mente se han unido por sí solas —explicaba Dafne—. Cuando he vuelto a leer con detenimiento el acertijo, de pronto han aflorado en mí recuerdos de la visita que hicimos a la torre en mi primer año de Bellas Artes —reveló—. Resulta que, en la parte superior, la de reforma cristiana, tiene una antecámara y una galería que da acceso a una pequeña estancia, llamada el Tocador, donde las paredes están decoradas con pinturas al fresco de dos conocidos pintores italianos. Por eso fuimos, para verlos, y allí me explicaron el pasado de la torre a grandes rasgos.

—¡Amiga mía, nunca dejarás de sorprenderme! —expresó África con cariño—. ¡Chicos, tan solo nos falta el último acertijo! —indicó efusivamente marcando con su bolígrafo la tercera X en la localización del mapa correspondiente a dicha torre.

—¡Venga, que ya casi lo tenemos! —dijo Inari orgulloso, viniéndose arriba. La empresa que se habían propuesto se antojaba de lo más compleja, pero, poco a poco y con mucho esfuerzo, lo estaban consiguiendo.

—Volvemos a la cuarta y última parte —continuó Dafne con solemnidad—. «El tercero lo legó en donde al séptimo se abatió». ¿El tercero qué...? —se cuestionó.

—El tercero... —se estrujaba los sesos Kilian— al séptimo.

—¿El tercer periodo? ¿El tercer reinado? —probaba Inari por si sonaba la flauta.

—¡El tercer sultán! —aseveró Kilian con vehemencia, poniéndose en pie como un resorte, impulsado por el más puro sentimiento de su intuición.

—¡Claro, los sultanes! —dijo África—. Veamos quién fue nuestro distinguido tercer sultán de la Granada nazarita —formuló mientras entraba de nuevo en internet para hacer otra consulta—. ¡Mm... muy original! Muhammad III.

—Busca lo que fuera que legase a la dinastía —le sugirió Dafne—. No sé... territorios obtenidos en batallas, construcciones significativas bajo su mandato, obras de arte, leyes, *etc.* —elucubraba a toda velocidad en una vorágine intelectual imparable.

—Veamos lo que tiene en su haber el bueno de Mahoma III de Granada —dijo África castellanizando su nombre—. Fue un gran estudioso, lo que le llevó a padecer ceguera, por lo que era conocido como el Ciego. Tolerante, favoreció matrimonios entre cristianos y musulmanes. Fue depuesto forzosamente por su hermano Nasr... ¡Aquí! Se le atribuyen la edificación de la puerta del Vino, parte del palacio del Partal, la Mezquita Real y los baños adyacentes.

—¡La Mezquita Real! —mencionó de pronto Inari—. Yusuf I, el séptimo sultán nazarí, fue asesinado mientras oraba en la mezquita, la que legase Mohammad III en su reinado. ¡Nuestro cuarto lugar es la Mezquita Real! —Todos lo miraron atónitos sin decir una sola palabra—. Me he adelantado con el séptimo sultán —dijo elevando su teléfono y riendo jocosamente.

—¡Bien, Inari, muy pero que muy bien! —indicó Dafne dándole palmaditas en la espalda.

—Perfecto. Entonces es la mezquita. Mejor dicho, era —murmuraba África sumando una nueva X al mapa—. Que se alzaba, prácticamente, en el mismo lugar que la iglesia Santa María, justo por donde hemos entrado.

—Vale. La torre de la Vela, la sala de los Reyes, el Peinador de la Reina y la Mezquita Real, por ese orden —dispuso Daniela—. Ya tenemos las respuestas a los cuatro dichosos acertijos del manuscrito. Resultado: cuatro localizaciones que, al parecer, debíamos descubrir y ¿ahora qué? —preguntó la astuta periodista, introduciendo al grupo de un plumazo en terreno desconocido de un nuevo escenario que, hasta el momento, ni tan siquiera se habían planteado.

—Pues la verdad es que no lo sé. Puede que sea el momento en que entre en escena la numerología del final del manuscrito, pero la pregunta es obvia: ¿cómo? —dudaba África desconcertada mientras los cinco observaban el mapa del complejo de la Alhambra con mirada altamente analítica—. Supongo que, después de haber descifrado las cuatro partes del manuscrito, esperaba obtener algo más contundente para hallar nuestro tesoro pirata —dijo valiéndose de un sutil sentido del humor.

—Nuestro tesoro pirata... —susurraba Kilian con la mirada clavada en las marcas de África mientras acariciaba su barbilla inconscientemente—. ¡Un momento, déjame un bolígrafo, por favor! —le pidió a la chica, que se lo pasó de inmediato—. Primero fue la torre de la Vela, aquí —indicó haciendo un círculo de tinta que envolvía la X escrita por África anteriormente sobre su localización y escribiendo el número uno a su lado—. Después descubrimos la Sala de los Reyes, justo aquí. —Hizo exactamente lo mismo, circundó la X y puso el correspondiente número al lado, en este caso el dos—. Después vino el Peinador de la Reina. —De nuevo llevó a cabo el mismo

ritual, pero colocando un tres al lado de este otro emplazamiento—. Y, por último, la malograda Mezquita Real. —Puso el círculo y el número cuatro—. ¿Y qué pasaría si ahora hago esto —dijo de pronto, trazando de izquierda a derecha, desde el punto número uno y hasta el punto número dos, la línea más recta que pudo, teniendo en cuenta que lo hacía a mano alzada— para después hacer esto otro? —Volvió a trazar una raya de inocente tinta negra, al parecer destinada a grandes gestas; en esta ocasión, desde el punto número tres hasta el número cuatro.

—¡Una cruz! —manifestó África entusiasmada.

—¡El tesoro pirata, como en las películas! —exclamaba asimismo Inari.

—¡La cruz debe indicar el lugar exacto que finalmente nos quería mostrar! —tomó la palabra Dafne enfervorecida—. Ahí, en su intersección, tendremos que buscar la sala mágica —advirtió con las manos en la cabeza.

—¡Exacto! —exclamó Kilian orgulloso, rayando con el bolígrafo una y otra vez la cruz resultante de la intersección de esos cuatro lugares atávicos con la intención de que resaltase para, después, circundarla tal y como había hecho con los cuatro puntos iniciales—. Aquí, amigos míos, debemos encontrar nuestro tesoro.

—¡No me lo puedo creer! Ese punto señala claramente el patio de los Leones —emitió Daniela sobrecogida y con el vello erizado por la succulenta sensación triunfal de haber hallado el lugar que el genio musulmán, más de seiscientos años después, les quería mostrar—. ¿Qué demonios habría ahí para tomarse todas estas molestias?

—No lo sé, pero si sigue en el mismo lugar, pronto lo sabremos —afirmó Kilian con energías renovadas.

—No podía ser otro lugar más que el icónico patio de los Leones. Aunque debo reconocer que ya me lo olía... —añadió Inari fanfarroneando.

—Chicos, no es por ser condescendiente con las «frikadas» de Inari en relación con sus absurdas conspiraciones y todas esas paranoias, pero mirad por dónde pasaría la línea que viene desde el Peinador de la Reina hasta el lugar en donde estaba la antigua mezquita si la alargamos un poco más —dijo Daniela de repente.

—¡La puerta de Bib-Rambla en el bosque de la Alhambra! —chilló Inari enardecido, levantando los brazos y cerrando sus puños—. ¿Casualidad o conspiración? ¡Conspiración, conspiración! —voceó muerto de risa ante aquella inquietante eventualidad.

—Sí que es extraño, no lo negaré —advirtió África—. Porque la mezquita es el único de los cuatro lugares que no existe a día de hoy. Y el hecho de que aparezca en su misma trazada una puerta emblemática que fue desmontada y transportada desde su lugar de origen hasta un almacén durante muchos años y que, cuando deciden reconstruirla de nuevo, lo hagan en mitad de un bosque sin mayor explicación... es cuanto menos raro.

—Sí, es muy raro, pero ahora eso es secundario —reconoció Dafne—. Ciñámonos al manuscrito para encontrar de una vez por todas lo que nos quiere mostrar en el mapa —dijo Dafne—. No podemos perder más tiempo ni energía en otros asuntos, por muy sugerentes que parezcan.

—¿Un acceso a los subterráneos desde ahí, quizá? —formuló Kilian, que no dejaba de darle vueltas a las múltiples posibilidades que les ofrecía ese nuevo escenario, una vez descubierto el lugar indicado en el patio de los Leones de la Alhambra.

—Dudo mucho que desde el mismo patio de los Leones haya una entrada directa a los subterráneos y mazmorras que recorren los cientos de metros de la parte sepultada y, por tanto, más desconocida de la Fortaleza Roja —razonaba África, siempre tan cabal.

—¿Una entrada secreta? —le preguntó Dafne mirándola a los ojos directamente.

—Uff... si me hubieses hecho esa pregunta hace unos días, no solo te diría que es bastante

improbable, sobre todo teniendo en cuenta el estudio milimétrico llevado a cabo durante décadas por cientos de individuos especializados en arqueología y el inmenso universo oculto que encierra esa ciencia; y, hay que decirlo todo, seguramente mucho más inteligentes que nosotros, sino también te diría que estás loca —le exponía su parecer África con cierta gracia—. Pero ¿sabes qué?, a estas alturas no pondría la mano en el fuego por nada, porque hemos llegado a un punto en el que todo parece posible... —insinuó vertiendo un vaporoso halo de misterio entre el grupo de amigos.

—Bien —dijo Kilian rompiendo aquel silencio reflexivo—. Creo que, ahora sí, ha llegado el momento de ver qué diantres significan los números. ¿Qué me decís?

—¡Vamos! —exclamó Dafne con coraje, mirando de reojo su muñeca.

CAPÍTULO XXIII

—Veamos lo que tenemos aquí —dijo Inari mirando y remirando aquellos números sin orden ni concierto aparente tras ser nombrado por el grueso del grupo como experto en guarismos y códigos, dado que era informático y las matemáticas eran su fuerte. No en vano, era un gran programador.

1, 1 - 3, 5 - 4, 8 - 1, 11 - 4, 3, 4 - 1, 10, 6 - 3, 1, 2 - 2, 7 - 3, 7 - 2, 9, 10 - 2, 5 - 2, 8 - 2, 1, 2 - 2, 6 - 3, 3 - 3, 12 - 3, 4 - 1, 2, 3, 4, 5 - 4, 2 - 1, 7 - 4, 9, 10.

—Obviamente no se trata de ningún sistema de codificación numérico que haya estudiado ni nada que se le parezca. Así que, si albergabais la esperanza de que mis conocimientos nos pudiesen ayudar a interpretar Dios sabe qué mensaje cifrado por un erudito musulmán, con alrededor de seiscientos años de antigüedad, ya os lo podéis ir quitando de la cabeza —alegó tajante, tirando por los suelos, de buenas a primeras, la fe depositada por sus amigos en sus capacidades intelectuales—. Ahora bien, una vez puntualizado esto, que me parecía acertado aclarar, debo decir que, mientras os soltaba la parrafada, se me ha ocurrido algo brillante, acorde a la genialidad intrínseca que encierra mi persona.

—¡Inari... suéltalo, sin más! —le imploró Daniela.

—¡Voy, voy, solo estaba contextualizando la situación! —dijo el joven irreverente—. A ver, pásame la hoja en donde has escrito los cuatro mensajes definitivos que encontramos de las cuatro partes del manuscrito, por favor —le pidió a África. Sentado en el banco, la puso sobre una carpeta colocada encima de sus rodillas para hacer algún tipo de anotación en el folio y, justo a su lado, colocó esa extraña serie numérica. Miraba uno y otro con detenimiento en total silencio. Parecía un ordenador procesando las potenciales posibilidades que pudieran resolver el problema suscitado—. Veamos, tenemos la frase número uno, la dos, la tres y la cuatro, ¿verdad? —mencionó poniendo los números correspondientes al lado de cada una de ellas—. Si os fijáis en la serie de números, están divididos; es decir, van como por separado o de manera independiente como nos dijo el transcriptor, por eso puso los guiones entre ellos. Lo que me lleva a pensar que cada una de estas combinaciones podrían corresponder a letras o palabras.

—¡Palabras que formasen una frase coherente! —dijo Dafne—. Tiene sentido, pero ¿extraídas de dónde?

—Pues espero que de la información que ya nos ha brindado —continuó sonriente, señalando con el bolígrafo las cuatro frases rescatadas del pasado de los cuatro acertijos del manuscrito—. Puede que este sea nuestro banco de datos. —Dafne frunció el ceño sin entender exactamente a qué se refería Inari con aquella expresión—. Verás, te lo enseñaré. La primera combinación de números, independiente de la demás, es un uno, espacio, uno; como ya nos indicase el transcriptor, ¿verdad? —Dafne y los demás asintieron sin perder detalle de la explicación del chico—. Vale, ¿y si el primer número nos indicase la frase a la que hace referencia y el segundo uno, en este caso concreto, a la primera palabra de esta?

—¡Primera frase, primera palabra! —exclamó Dafne mientras lo buscaba con su dedo índice de la mano izquierda. Por fin lo entendía—. ¡«En»! Claro, ahora lo veo, Inari. ¡Eres un puñetero genio, de verdad! ¿Cómo lo has descifrado? —preguntaba alucinada.

—Si te fijas, los primeros números de cada combinación solo van del uno al cuatro, por eso me he dado cuenta. Primero nos indica cada una de las cuatro frases y, después, una palabra dentro de esa oración referida —explicó con claridad meridiana como si fuese un juego de niños—. Es muy sencillo, si consigues darte cuenta, claro. —Sonrió satisfecho.

—¡Saca la frase ahora mismo! —le apremió África excitada.

—¡Vamos allá! —dijo él poniendo su bolígrafo en posición sobre la numeración—. En primer lugar, teníamos uno y uno, que hemos dicho que era de la primera frase: «En la mayor altura del reino, vigorosa se alza al cielo». Y la primera palabra dentro de esta es: *en*. Vale, la segunda combinación de números es tres y cinco. En esta ocasión nos indica la tercera frase junto con la quinta palabra de esta, que es... —continuó contando una a una las palabras en la frase correspondiente— *el* —indicó entusiasmado—. ¡Sigamos! La tercera combinación es cuatro y ocho. En este caso señala la octava palabra de la cuarta frase que sería... *séptimo*.

—¡En el séptimo! —exclamó Kilian.

—¡Continúa, no pares! —le decía Dafne.

—Uno y once sería: *cielo*; cuatro, tres y cuatro, que correspondería a la tercera y cuarta palabra de la cuarta frase: *lo legó*; uno, diez y seis: *al reino*; tres, uno y dos que es: *allí al*; dos y siete: *este*; tres y siete: *de*; dos, nueve y diez: *las bestias*; dos y cinco: *donde*; dos y ocho: *dormitan*; dos, uno y dos: *tres son*; dos y seis: *al*; tres y tres: *norte*; tres y doce: *y*; tres y cuatro: *en*; uno, dos, tres, cuatro y cinco: *la mayor altura del*; cuatro y dos: *tercero*; uno y siete: *vigorosa*; cuatro, nueve y diez: *se abatió*. «En el séptimo cielo lo legó al reino, allí, al este de las bestias, donde dormitan. Tres son al norte y, en la mayor altura del tercero, vigorosa, se abatió». ¡Así quedaría la frase, amigos míos! —anunció para su lucimiento personal Inari, orgulloso por haber conseguido su cometido.

—¡Inari... no tengo palabras! —exclamó Dafne antes de abalanzarse sobre él para brindarle una lluvia de besos.

—¡Muy buen trabajo! —se descubrió ante él Daniela.

—«En el séptimo cielo lo legó, allí, al norte de las bestias...» —susurraba Kilian asombrado—. ¡Parece mentira, menuda ocurrencia más compleja!

—Creo que tiene sentido porque me da la impresión de saber lo que está relatando —comentó África analítica—. Veréis, en cuanto a lo del séptimo cielo, a mi juicio, se referiría al paraíso. Ya escuchasteis la fascinante explicación de la bóveda de madera del salón de los Embajadores por parte de Agatha, la denominada cúpula de los siete cielos de la torre de Comares. Para llegar al paraíso islámico, el alma habría de superar siete cielos. Así que, «En el séptimo cielo...» significaría el paraíso representado por la Alhambra, quedando así: «En la Alhambra lo legó al reino (o Granada), al este de las bestias...». Aquí nos indica de nuevo la zona este del patio de los Leones, como en el acertijo de la sala de los Reyes, pero «donde dormitan» lo pone después y me da que sé por qué lo hace de esa manera... —desarrollaba su hipótesis con intensa calma.

»En esta ocasión, el verbo dormirar, creo que no hace referencia a las bestias, sino al templete que hay al este, simétrico al del oeste, en recuerdo u homenaje a las tiendas de campaña de los beduinos en el desierto. Apuesto lo que queráis a que ahí dormitaban o reposaban los sultanes o los miembros de su corte, entre mullidas almohadas de coloridas sedas, con el agradable rumor del agua de la fuente correteando a su alrededor, la brisa fresca meciendo sus cabellos y los rayos del sol filtrándose tamizados al penetrar los etéreos cortinajes que ondearían en los laterales.

—¿Y lo de «tres son al norte y, en la mayor altura del tercero, vigorosa, se abatió»? — preguntó Daniela.

—¡Ahí está la clave! El templete presenta tres columnas en sus cuatro esquinas, es decir, que al norte tiene tres finas columnas nazaríes... —Su pasional mirada electrizante terminó de explicarles el resto.

—¿En serio crees que...? —insinuó Dafne perpleja.

—¡Se abatió! —intervino Kilian, iluminado por el cálido resplandor de la sabiduría de África.

—Muy pronto lo sabremos —afirmó gozosa.

—Pero ¿cómo encontraremos la manera de entrar ahí para comprobarlo? —preguntó Daniela escéptica.

—Entraremos, eso dejádmelo a mí —sentenció Kilian con sonrisa confiada.

CAPÍTULO XXIV

—Sí, señor García, será un honor poder acompañarles en tan distinguida recepción en una velada tan especial para mí —decía Kilian hablando por teléfono mientras entraban al colegio mayor—. ¡Sí, muchas gracias! Mi familia y yo le estaremos eternamente agradecidos. Sí, de acuerdo, esta noche nos vemos. Gracias de nuevo —dijo por finalizada la llamada con un semblante cercano a la euforia en su rostro que dejaba a las claras que su plan había funcionado.

—¿En serio que se lo ha tragado? —le preguntó Daniela boquiabierta.

—¿Qué harías tú si fueses el encargado de las relaciones públicas y los eventos nocturnos de la Alhambra y el primogénito de uno de los empresarios más poderosos de la ciudad, y mecenas de muchas de las actividades culturales relacionadas con el Patronato de la Alhambra y el Generalife, te llama expresamente para pedirte que le permitas visitar los Palacios Nazaríes con el pretexto de entregar un anillo de compromiso a su encantadora pareja? —expuso con una amplia sonrisa por haberse salido con la suya, como habitualmente solía hacer—. No se podía negar de ninguna de las maneras.

—Para que luego digan que el dinero y la felicidad no van de la mano... —comentó la periodista.

—¡Nunca mejor dicho! —Rio Inari.

—Además, no le suponía ninguna molestia, porque esta noche tenían previsto un ágape de etiqueta para recibir en las dependencias de la Alhambra y, más concretamente en los Palacios Nazaríes, al nuevo embajador del Reino Unido en Granada —explicaba Kilian a sus amigos—. Tan solo tenía que meter a cinco personas más en la lista de invitados y ya está.

—¡Qué casualidad, será cosa del destino! —dijo Inari.

—Es posible. Espero que siga de nuestro lado hasta el final —deseó el futuro líder empresarial.

—¿A qué hora tenemos que estar allí? —preguntó África preocupada por el inexistente vestuario que poseía para este tipo de eventos de alto copete, de auténtico estatus diplomático.

—Me han citado a las diez en la puerta del palacio de Carlos V, es decir, dentro de... dos horas exactamente —informó mirando su reloj de muñeca—. ¡Máxima elegancia, por favor! Es un evento formal y, por tanto, de gala —dijo mirando a todos y juntando sus manos a la altura del pecho. África, con carita de cordero degollado, incluso sudaba al pensar qué diantres se pondría.

—Tranquila, en mi armario encontraremos algo para ti —aseguró Daniela acercándose a ella al percibir el malestar de su amiga. La joven periodista tomó su mano y la apretó, agradeciendo infinitamente su gesto.

—¿De verdad crees que lo conseguiremos, Kilian? —le preguntó Dafne muy preocupada por Marco. El agua templada de la ducha de su cuarto caía sobre su cuerpo con fuerza, produciéndole un agradable cosquilleo en su torso desnudo mientras Kilian entraba despacio hasta abrazarla con ternura por la espalda—. Sé sincero, por favor. Dime qué piensas en realidad.

—Pienso que estamos haciendo lo que creemos que es mejor para Marco desde la inteligencia,

pero sobre todo desde el corazón —afirmó el joven con aplomo, sintiendo cada palabra de aquello que decía. Kilian pasó sus manos por la baja cintura de la joven para descender hacia sus piernas, que esperaban trémulas a causa de la excitación que sentía por él. Tras recrearse en sus firmes nalgas, frotó sus muslos con suavidad durante al menos un minuto y deslizó las manos repletas de espuma hacia arriba, pasando muy cerca de las ingles, volviendo completamente loca a Dafne.

Las manos de Kilian continuaron ganando altura hasta llegar al plano vientre de la joven, que, estremecida sobremanera, echaba la cabeza hacia un costado para que Kilian encontrase su cuello y lo besara, al tiempo que las suaves palmas de sus manos conquistaban los tersos pechos erectos de su musa. Dafne jadeaba a punto de estallar. El chico masajeaba con delicadeza femenina cada rincón de la entregada anatomía de ella, sin prisa y sin piedad, degustando ese momento único de la vida tal y como todos los demás. Pero Dafne no podía pasar ni un segundo más sin sentir el fuego de Kilian en su interior.

Primero inclinó su preciosa y húmeda espalda arqueada hacia delante, mientras con una mano agarraba la protuberancia de él, que hervía como el magma enardecido de un volcán en erupción, para, con la otra, abrir cuanto pudo sus nalgas, deseosa de ser penetrada hasta casi perder el sentido; al mismo tiempo, toda una amalgama de corrientes eléctricas recorrían su espalda y su bajo vientre, al roce con el chico. Kilian la penetraba con toda la suavidad que su ardiente pasión le permitía, pues sabía que aquella colosal excitación era incontrolable y el joven no quería que aquello acabase jamás.

El agua seguía cayendo sobre sus cuerpos incandescentes. Dafne, al borde del éxtasis, recuperó la verticalidad para sentir el firme pecho de su chico sobre su espinazo, mientras él aumentaba el vigor de sus embestidas, que ya apuntaban al desenlace final, con Dafne acariciándose ambos pechos con su mano izquierda mientras que, con la derecha, jugueteaba con el área perineal del joven, que estaba absolutamente entregado al placer.

Un doble gemido ahogado acabó de expulsar las tensiones acumuladas durante aquel largo día repleto de angustia, mientras los últimos contoneos de los amantes exprimían esos postreros latigazos sensitivos, estremeciendo a ambos al pensar que esa noche, muy probablemente, todo aquel misterio tocaría a su fin.

—¡Estáis preciosas, chicas! —les dijo Inari a sus tres amigas tal y como salían por la puerta del colegio mayor, pues lucían despampanantes.

—Tú también estás muy guapo, Inari —respondió África, muy contenta por haber encontrado algo apropiado en el fondo de armario de Daniela. Las tres vestían sendos trajes largos de noche de corte parecido, de un tono cercano al negro, perfectos para un acto formal como al que asistirían.

—Gracias, he tenido un poco de ayuda —contestó sonriendo, girando la cabeza hacia Kilian, en referencia a su benefactor en cuanto al inalcanzable traje italiano, entallado y de corte moderno que llevaba, similar al suyo propio, pero en un tono azul marino muy oscuro en vez de negro.

—¡Vamos, el carruaje aguarda! —anuncio Kilian metaforizando en relación al taxi furgoneta que había concertado para el traslado y el cuento de *La Cenicienta*, tomando por la mano a su preciosa Dafne, que resplandecía aquella noche como una estrella más en aquel hermoso cielo granadino, despejado y accesible a ojos mundanos.

La silueta de la Alhambra, nocturna e iluminada, dibujaba el *skyline* de la ciudad de la misma

manera que lo hizo cientos de años atrás mediante antorchas, mostrando su famoso semblante carmesí que trascendió al paso del tiempo, en su verdadera época de esplendor. Irresistible a miradas sensibles, la Fortaleza Roja proyectaba una variopinta cantidad de sensaciones y emociones —tan deliciosas y poderosas a ojos del buen observador— que parecía imantar hacia ella, de manera prodigiosa, las vidas de cientos de personas que siempre habían intimado con aquel complejo entramado palatino. Como si poseyera un atávico poder mágico de atracción debido a alguna suerte de brebaje prohibido de amor perpetuo y este trascendiese a lo largo de los siglos, agigantando, aún más si cabe, su célebre aureola de magnificencia.

Eso es, a grandes rasgos, lo que aquel sutil monstruo de belleza inenarrable hacía sentir al común de los mortales cuando uno se acercaba a sus inmediaciones y la miraba de frente. Tal y como le ocurría a nuestros jóvenes y aguerridos protagonistas cuando contemplaban, cara a cara, su destino, que descansaba cual gigante sobre la colina, a la espera de una nueva batalla que librar.

—¿No es lo más bonito que habéis visto nunca? —comentó África en las estribaciones de la Sabika.

—Aguanta un poco más, Marco, vamos a por ti —susurró Dafne apretando fuerte las manos de sus dos amigas, ubicadas a ambos lados. «Nueve horas y cinco minutos», se dijo a sí misma echando un vistazo al *smartwatch*.

—¡Buenas noches, mi nombre es Kilian! —le dijo el chico con energía a una de las personas encargadas del acceso y el protocolo del evento, justo al pasar por delante de la fabulosa puerta del palacio de Carlos V, en donde habían cortado el paso con un par de estilosos postes de un tono dorado y brillante, unidos por un cordel blanco que, colgandero, prendía de ambos.

—Buenas noches, caballero. Dígame su apellido, por favor —solicitó con excelsos modales el hombre del pinganillo en el oído derecho que, de pie, en un costado del cordel que escindía el espacio, no dejaba de tomar notas en unas hojas que llevaba sobre una elegante carpeta portadocumentos de cuero negro, mientras revisaba compulsivamente la lista de los asistentes al evento.

—¡Eduardo, que pasen, por favor, vienen conmigo! —señaló de pronto un hombre entrado en años y con el pelo completamente cano, alzando la mano derecha para ser visto una decena de metros más allá del punto de acceso, a quien, sin embargo, el traje le quedaba como un guante, dada lo esbelta de su figura.

—¡Por supuesto, señor García, como usted indique! —respondió al instante—. Por favor, pasen —le dijo al grupo de amigos desenganchando el cordel blanco de uno de los postes con la mano izquierda para invitarles a pasar con la derecha—. Que disfruten de la velada —les deseó, cortés, el trabajador.

—¡Es usted muy amable! —respondió Dafne cuando pasaba a su lado, el resto asintió con elegancia. Puede que la distinción de aquella fiesta de gala, para la que Kilian les había instruido en tiempo récord en cuanto a protocolo —y la adecuada forma de actuar e incluso de hablar y de moverse— ya estuviese dando sus primeros frutos por imitación al recibir un trato tan refinado.

—¡Don Rafael, es un placer poder saludarle de nuevo, ha pasado mucho tiempo! —dijo Kilian sacando su perfil más esnobista mientras tendía la mano con pasmosa seguridad a ese hombre de presencia honorable.

—¡Oh, joven Kilian, el placer es mío, pues me lleva a comprobar que aquel adorable niño que

conocí se ha convertido en todo un hombre! —respondió aceptando su mano, que apretó lo justo, ni poco ni mucho; ni demasiado tiempo, pues parecería un pedante; ni demasiado poco, pues denotaría inseguridad en sí mismo.

—Debo agradecerle el favor que nos ha hecho permitiéndonos asistir con tanta premura a un evento de estas características, con el perjuicio que ello supone a nivel organizativo —dijo Dafne en esta ocasión, esgrimiendo sus cultivadas dotes oratorias y tendiendo igualmente la mano de forma protocolaria.

—¡El gusto es mío, señorita! —contestó el veterano personaje tomando su mano con modales de otra época—. Sin duda, su presencia aquí potencia la calidad de esta humilde recepción.

—Por favor, acompáñenme y les acomodaré enseguida en un lugar de privilegio, exclusivamente concebido para ustedes. —Sonrió el hombre mientras pronunciaba esa frase, sin poder evitar recordar el trasfondo ficticio que le hicieron creer que tenía aquella visita tan inesperada para él como entrañable—. Lo van a pasar fenomenalmente bien... —aseguró elegante y comedido mirando a Kilian con gesto cómplice.

Los cinco acompañaban a don Rafael hacia la misma zona en la que desembocaban las zigzagueantes colas de entrada a los Palacios Nazaríes que esa misma mañana habían recorrido tediosamente hasta acceder al Mexuar, el primero de los tres palacios colindantes, junto a Agatha.

Pero lo de esa noche era otra historia bien diferente. En esta ocasión no había colas de espera, el ambiente era mucho más reposado y cercano, incluso familiar. La quietud de la noche permitía escuchar el piar de los pájaros que anidaban en los árboles del palacio, mientras que la suave brisa primaveral transportaba agradables aromas —a tierra mojada, jazmín, albahaca, rosas y cipreses— que evocaban a lejanas épocas, y pequeñas antorchas de parafina dibujaban el pasillo de entrada hacia el patio de manera casi onírica.

Ni tan siquiera ingresaron por el mismo lugar. En vez de acceder al Mexuar para atravesar la sala y después pasar al patio de los Arrayanes a través del patio del Mexuar, esa noche un enorme portón de madera abierto directamente a dicho lugar fue el punto de entrada desde el exterior. Hasta en eso se notaba que aquel evento era verdaderamente exclusivo.

Fueron a parar justo al lado del pórtico sur, contrario al de la torre de Comares en el norte, que les quedaba a la izquierda, en el extremo opuesto. En los enormes pasillos de mármol de al menos tres metros de anchura entre los muros de arrayanes que daban nombre al patio, flanqueando la gran alberca central y las paredes del patio que delimitaban la construcción misma, habían dispuesto mesas blancas y altas de bar, con más antorchas pequeñas que sobresalían hacia arriba, hincadas sobre las espesas franjas de arrayanes, que otorgaban un toque de lo más romántico al lugar. El conjunto al completo transmitía una sensación cercana a la mística, potenciado por el precioso reflejo del palacio en la alberca con aquellas aguas serenas y en reposo, sobre todo al ser presenciado por primera vez.

—¡Guau, qué belleza! —profirió Daniela según entraba, pues quedó encandilada con la hermosura del patio de Comares por la noche, de esa guisa, con unas sesenta o setenta personas con esbeltas copas de champán casi helado en las manos, departiendo animadamente alrededor de las mesas altas en donde unos camareros con indumentaria estrictamente negra comenzaban a servir bandejas con canapés variados, platos con los mejores jamones granadinos al corte y pequeñas cucharillas doradas de diseño enroscado con diminutas elaboraciones culinarias de autor, a quien le gustaba comentar que se trataban de efímeras experiencias de vida que, con sus distinguidos contrastes de sabores que explotaban en la boca en una vorágine creativa tan sorprendente que llegaban a emocionar, tenían una breve pero intensa historia que contar.

—¡Allí es, chicos! —les indicó don Rafael al grupo de amigos, señalando una mesa un tanto

apartada de las demás que había en el pasillo opuesto al que se encontraron nada más entrar, el este, en el lateral donde estaban los baños reales—. ¿Champán? —les preguntó avisando con la mano a uno de los camareros que portaba una bandeja con cantidad de copas espumeantes.

—Esto es maravilloso, don Rafael —le felicitó Kilian—. Un acto verdaderamente exquisito —dijo elevando su copa, refiriéndose a todo cuanto había a su alrededor.

—Me alegra que le guste —reconoció—. La recepción está elaborada con mucho mimo para que todo el mundo disfrute —comentó brindando elegantemente con el grupo de amigos, cuando se encontraban atravesando los veinticuatro metros del ancho del patio, junto a la alberca y bajo las columnas del pórtico sur, el que fue destruido parcialmente durante la construcción del palacio de Carlos V—. Bueno, he de continuar recibiendo a las distintas personalidades invitadas, os dejo para que disfrutéis de la velada. En un rato nos vemos, ¿de acuerdo? —Le guiñó un ojo a Kilian con escaso disimulo por la supuesta sorpresa de la que pensaba que iba a ser testigo.

—¡Esto es una auténtica pasada, chicos! —dijo Inari cuando llegaron a la mesa alta que les habían asignado, mirando a su alrededor sin poder creer dónde se encontraba—. ¡Estamos de fiesta en el puñetero interior de los Palacios Nazaríes...! —alzó la voz al mismo tiempo que comenzaba a coger canapés y metérselos a la boca de forma un tanto arrebatada. En el pórtico norte, justo al resguardo del gran arco central de los siete que había en ese lado, inmediatamente detrás de la fuente redonda del suelo, instalaron una pequeña tarima de madera cuadrada de unos setenta centímetros de altura y en torno a dos por dos metros de tamaño, con un atril transparente en el medio y un par de micrófonos. Era de esperar que, a través de ellos, los conductores del evento hablasen al respetable, que quedaba a sus lados en esas mesas altas cubriendo toda la anchura del patio y cogiendo más de veinte metros de los laterales, donde también había gente engalanada. Un poco más allá de la última mesa del costado este, algo más retirada, se encontraban Dafne y sus amigos.

—¡Inari, por favor, tranquilízate! —le avisó Daniela, que veía su euforia aumentar peligrosamente.

—¿Habéis visto toda esa gente con pinganillos en los oídos? —preguntó África.

—Sí —afirmó Dafne—. Yo he contado al menos siete.

—Son ocho sin contar a don Rafael, el encargado de relaciones públicas de la Alhambra —expuso Kilian—. De los cuales cuatro son los responsables de seguridad y protocolo, los dos de la puerta y esos otros dos que no paran de dar vueltas por el patio —dijo en referencia a un hombre que llevaba la misma vestimenta que el que les había atendido en la entrada, así como la misma carpeta negra de cuero en las manos—. Y los otros cuatro, que deben ser trabajadores de la Alhambra, técnicos de conservación, mantenimiento y esas cosas. Aunque puede que esta noche, probablemente, se dediquen tan solo a controlar a la gente para que no hagan nada indebido en el recinto.

—Veo que eres algo observador... —comentó Inari con ironía, impresionado.

—Vale, entonces, una vez que el acto finalice, don Rafael invitará a toda la comitiva a visitar brevemente el patio de los Leones, ¿no es así? —preguntaba África de forma retórica con ciertos nervios, tratando de tener el plan claro—. Pero ¿cómo haremos para llegar a encontrar eso que se nos ha indicado en el manuscrito que debe de haber?

—No te preocupes, ya está hablado —la tranquilizó Kilian—. Le dije a don Rafael que mi voluntad era entregarle el anillo de compromiso a Dafne de rodillas bajo ese templete, porque supuestamente allí fue donde nos conocimos y donde hablamos por primera vez. —Sonrió.

—¡Eres un maldito embaucador! —bromeó Inari.

—Se me ocurrió sobre la marcha, cuando me contó lo de la breve visita al patio de los Leones,

pero le pedí expresamente que mi deseo era que fuese justo cuando todos volviesen al patio de Comares, para poder disfrutar de cierta privacidad y que, de esa manera, tan solo fuésemos testigos nosotros dos y vosotros, nuestros mejores amigos —les explicaba el astuto joven—. Don Rafael me dijo que se encargaría personalmente de que así sucediese. Fue muy condescendiente —dijo irónicamente riendo de nuevo.

—¿Y después? —preguntó Dafne con incertidumbre.

—Probaremos lo que se nos ha indicado desde el manuscrito y, a partir de ahí, cruzaremos los dedos para que estemos en lo cierto. De ser así, a improvisar —concluyó Kilian mucho más serio.

—¡Por Marco! —pronunció África alzando al centro la copa de champán con ojos cristalinos.

—¡Por Marco! —dijeron al unísono muy serios, chocando sus copas espumeantes.

—Ya empieza el acto —se percató Daniela tras unos segundos de silencio, cuando don Rafael subió a lo alto de la tarima de madera hasta llegar al atril, en donde posó varias hojas que, a continuación, pretendía leer. Comenzó agradeciendo la asistencia de todos los presentes y saludando a las principales personalidades del evento, entre ellas, como no podía ser de otro modo, al nuevo embajador del Reino Unido en Granada, en honor a quien se llevaba a cabo el elegante acto.

—¡No puedes hacer eso! —reprendió Kilian a Inari cuando empezó a grabar un vídeo con la cámara de su teléfono móvil, después de hacer varias fotos—. ¡Creía que había quedado lo suficientemente claro! —le espetó furioso.

—Lo sé, lo sé... ya está —le contestó con hastío mientras manipulaba la pantalla del terminal móvil con prisas—. Tan solo quería una prueba real de que esta noche hemos estado aquí, porque cuando lo cuente en mi blog, mis seguidores no se lo van a creer —decía deseando poder subir las fotos a sus redes sociales.

—¡Sabes que no puedes hacerlo, Inari! —le recriminó África.

—Tranquila, no la voy a subir ahora, lo haré mañana.

—Me da igual lo que hagas mañana, Inari, porque lo más probable es que nunca más nos dejen entrar en la Alhambra después de lo que vamos a hacer o incluso puede que vayamos directamente a la cárcel, pero en lo que respecta a hoy, al ahora, como te vuelva a ver sacando fotografías o haciendo alguna estupidez de la que ya nos han advertido que están prohibidísimas, como para que nos pongan de patitas en la calle en cualquier momento, no solo te voy a quitar el teléfono, sino que te lo voy a hacer tragar... —le avisó Kilian tan enfadado que su cara se puso colorada—. ¿Me he explicado con claridad?

—Meridiana. No te preocupes, ya guardo mi arma letal... —dijo sarcástico, como de costumbre—. Pero no deberías ponerte así, solo quería inmortalizar un momento único en un lugar increíble. Nos encontramos en el interior de una de las maravillas del mundo, de noche, bebiendo champán y todo es gratis... —Reía alzando las manos—. ¿Qué más se puede pedir? —Extrajo de nuevo su teléfono para hacer una última comprobación—. A ver... ¡Perfecto! —dijo de pronto y lo guardó definitivamente.

—¡Que te comportes! —sentenció Dafne muy seria. Ella era a quien más caso solía hacer Inari cuando su lado revoltoso salía a relucir. Puede que fuese su manera de exteriorizar los nervios—. Lo que hemos venido a hacer aquí esta noche es muy importante y lo sabes, puede que la vida de nuestro amigo dependa de nuestros actos; así que, por favor, tómatelo con la seriedad que requiere el momento —concluyó su alegato mirando al chico directamente a los ojos de manera intimidatoria.

—¡Vale, vale... lo juro! —dijo alzando la mano derecha mientras que, con la izquierda, introducía el teléfono en un bolsillo del pantalón—. Venga, no os lo toméis así, ya sabéis que el

humor es mi forma de afrontar los momentos de tensión, no lo puedo evitar. Mirad, ¿sabéis qué es lo que siempre viene bien para rebajar los nervios? —les preguntó Inari tratando de que se les pasara el cabreo a todos, mientras don Rafael llamaba al estrado a varias personas para parlamentar después de su introducción entre el aplauso de los invitados—. Pensad que, aunque a nosotros esta noche nos parezca la más trascendental desde que existe la Alhambra por lo que nos jugamos, entre estas paredes han pasado tantas sucesos que, si hacemos uso del nunca desdeñable punto de vista histórico que tiende a organizar los acontecimientos hasta el punto de poder catalogarlos con exactitud e incluso entenderlos, y, de esa manera, por fin colocarlos en el lugar de importancia que realmente correspondiente a cada uno, es posible que las comparativas nos muestren que lo de esta noche no es más que una trivialidad —trataba de razonar su hipótesis para quitarle hierro al asunto, más allá de su absoluto aprecio por Marco y de que, en realidad, lo hacía para que todos diesen lo máximo de ellos mismos a la hora de proceder con el plan.

—Durante ocho siglos de historia, de la historia de un reino y de un país, es lógico que hayan pasado cosas mucho más importantes, faltaría más —dijo África—. Pero la más importante para nosotros, en este momento, es esta; es decir, encontrar a Marco y resolver este enigma. Por ese orden.

—Lo sé, para mí también, no me malinterpretes, pero solo quiero que entendáis que, pase lo que pase esta noche, primero, no será culpa nuestra y, segundo, seguro que ya ha pasado con anterioridad y puede que multiplicado por mil —se explayaba Inari en su argumentación—. Por ejemplo, todo esto. La Alhambra es preciosa; oh, sí, maravillosa, un lujo increíble, el paraíso terrenal, como quisieron hacernos creer muchos de los sultanes —decía alzando las manos hacia el entorno—; pero en ese mismo periodo de opulencia cultural, económica y social existía una Alhambra oscura de la que no se habla tanto. ¿Sabíais que con la conquista cristiana se liberaron alrededor de mil prisioneros que penaban bajo la misma tierra que soporta los cimientos de sus fabulosos monumentos? Sí, unos mil. ¿Os habéis parado a pensar en lo que debían sufrir esas personas, confinados bajo tierras como ratas, muriendo de hambre, de frío y acosados por las enfermedades? Aunque, en ocasiones, algunos tenían suerte y eran utilizados como moneda de cambio para hacer un traspaso de prisioneros —les narraba con vehemencia.

»Hay una Alhambra desconocida bajo tierra que puede que sea incluso más fascinante, si cabe, que la visible. Una Alhambra llena de mitos, supuestos fantasmas y aparecidos, personas que no regresaron de sus entrañas, voces desconocidas y tantas otras leyendas... Un lugar oscuro y misterioso en las profundidades de la colina, repleto de pasadizos, mazmorras, silos de cautivos, laberintos, canales, corredores y todo tipo de cámaras y pasillos secretos que servían para salir o entrar de la ciudad palatina sin ser visto. De sobra conoceréis que el reinado nazarí, más allá de la magnificencia de sus construcciones, no debió de ser un camino de rosas para sus protagonistas precisamente. Hubo conspiraciones de todo tipo, guerras fratricidas, cantidad de asesinatos, incluso a sultanes, por eso necesitaban salvaguardar sus espaldas con escapatorias secretas, puesto que no se podían fiar de nadie —seguía con su argumentación en cuanto al lado misterioso de la Alhambra, mientras sucesivos invitados subían y bajaban del estrado tras soltar sus discursos.

—Se han descubierto unas veintiuna mazmorras bajo el suelo de la fortaleza —especificó África—. Hay una especialmente interesante que se encontró durante las excavaciones de la alcazaba, la zona más antigua de la Alhambra, donde vivía la guardia de élite del sultán con sus talleres, hornos, baños independientes e incluso su calle principal, pues todo ello, como sabréis, se encontraba enterrado. Esta mazmorra en forma de embudo invertido y con paredes descarnadas para que nadie escapase trepando era bastante profunda y tenía una sola apertura al exterior por

donde, al parecer, descolgaban a los cautivos con cuerdas. Abajo tan solo había una especie de rudimentarios camastros de roca, imaginaos... Hoy en día se puede bajar a través de una estrechísima escalera de caracol hecha posteriormente. Se dice que ahí tendrían a los prisioneros con valor de intercambio.

—Sí, pero es que al parecer hay más de dieciséis kilómetros de subterráneos, incluso se habla de una mina de oro —añadió Inari.

—La propia sala del Trono del palacio de Comares tiene una cámara subterránea justo debajo, en donde la guardia velaba por el sultán —dijo África—. Recuerdo una leyenda sobre una persona que, a finales del siglo xix, se perdió en los túneles durante ocho largos días y fue encontrada milagrosamente porque un guarda escuchó sus alaridos casi moribundos.

—¡Madre mía! —se sorprendió Daniela—. En vez de animarme, me estáis dando un poco de miedo —reconoció.

—No es para menos, los subterráneos de la Alhambra son un gran enigma, incluso la colina de la Sabika por sí sola lo es —comentó Inari—. Porque está horadada por multitud de grutas y túneles, pobladas de fantasmas según el propio Washington Irving y constituida por minerales como plomo, hierro, plata y oro, de ahí el nombre del río Darro: ‘da oro’. Puede que ese magnetismo o embrujo de la fortaleza proceda de ahí, de una reacción telúrica entre los minerales y el agua fluyendo por todos lados del recinto.

—Es posible, pero eso tan solo son elucubraciones más propias del mundo esotérico —manifestó Dafne en esta ocasión.

—¿Esotérico...? —preguntó de forma retórica Inari—. ¿Quieres que hablemos de aspectos esotéricos de la Alhambra?

—¡Mierda, le has dicho las palabras mágicas...! —comentó riendo Daniela.

—¿Tú sabías que, según los especialistas, las proporciones de la Alhambra tienen un sentido esotérico? —insistía Inari antes de sorber un trago de champán para enjuagar su seco gaznate y así poder continuar—. ¿Sabías que hay quien asegura que el palacio de Comares es exactamente ciento cincuenta veces inferior a la pirámide de Keops? ¿Y sabes que el salón del Trono del mismo palacio es totalmente proporcional con el palacio de Salomón? La Alhambra está repleta de símbolos que deben significar mucho más de lo que se sabe de ella hoy día, como la mano y la llave, los extraños triángulos en la frente de algunos de los leones de patio homónimo, las miles de inscripciones arábigas, el enigma de la raíz cuadrada... —enumeraba con pasión—. La Alhambra es pura metáfora, es un libro por descubrir, un legado viviente por descifrar. Incluso los arquitectos que trabajan en ella aseguran que está llena de mensajes irracionales que necesitan de una lectura subliminal. Hay muchos aspectos inexplicables incluso para los estudiosos. Yo no soy experto en nada de esto, pero os diré algo: tengo un alma sensible y aquí, entre estos muros arcanos cargados de esplendor sin igual, pero también de drama y dolor, hay algo muy fuerte que me pone la piel de gallina —finalizó mirando a su alrededor, como si hablase de un ser vivo que, agazapado en las proximidades, lo observase.

—Se nota que crees en lo que dices —aseguró Kilian sin capacidad de replicar ni una sola de las afirmaciones del curioso chico, por la pasión que desprendía su discurso—. Yo lo único que puedo decir es que es un lugar especial, eso está claro. Un lugar único en el mundo. Por cierto, hablando de cosas únicas, ¿de dónde has sacado ese broche con la S de Superman que te has puesto en la corbata? No te lo había visto antes.

—Oh, sí... lo encontré hace algún tiempo en la uni, pero como no sabía si se llevaban estas cosas, no me había atrevido a ponérmelo hasta que he visto a varias personas con uno. Y no es un broche, es un pasador de corbata. ¿Te gusta? —dijo sonriendo mientras lo ajustaba con cuidado

—Mogollón... Pero lo tienes un poco torcido, déjame que... —indicó Kilian bromeando, estirando sus brazos para tratar de alcanzarlo.

—¡Ni se te ocurra tocarlo! —elevó la voz dejando pasmado a todo el grupo—. Es que es muy delicado... —dijo volviendo a hablar con calma, tratando de excusar su desproporcionada reacción.

—¡Mirad, ya acaba el evento! —advirtió Dafne tras salir del estado de aturdimiento en el que le había dejado la sugerente perorata de Inari.

—Por favor, ya pueden ir pasando a la que, sin lugar a dudas, es la joya de la corona de nuestra apreciada Alhambra. Señores y señoras, tengo el enorme placer de presentarles mi debilidad —reconoció para su propio regocijo don Rafael—. El legendario patio de los Leones —mencionó alzando las manos para indicar por la puerta que debían acceder al siguiente palacio, que se encontraba en la mitad de lateral este, justo delante de la mesa de Kilian y sus amigos. Un operario de la Alhambra aguardaba a su lado, indicando, igualmente, que ya podían pasar.

Dafne miró a sus amigos con gesto grave y, tratando de proyectar al exterior una calma que para nada existía en su interior, se encaminó con presteza y sin dudarle hacia el arco de medio punto plagado de exquisitas yeserías que daba acceso a la siguiente maravilla como si de un circo de fantasía se tratase, cada vez más bello, cada vez más glorioso. Sus amigos la siguieron al instante.

La joven sorteó el zigzag de aquel pasillo intercomunicador y entró con paso firme sobre el mármol blanco del palacio del jardín feliz, por la esquina noroeste de aquel capricho de los dioses en semioscuridad. Los leones de la fuente, iluminados en el centro y escoltados por un ejército de ciento veinticuatro delicadas columnas de mármol de Macael, ya parecían advertir su presencia, pues cualquiera diría que la miraban fijamente, preparados para atacar por si fuese necesario proteger a su sultán, como reza el poema en la taza de la fuente, sobre ellos.

La quietud del lugar en penumbra, con ese audaz juego sibilino de luces y sombras tan característico de la arquitectura musulmana, tan solo quebrada por el murmullo del agua en continuo movimiento —que fluía desde el interior de los propios leones hasta las distintas salas del palacio por cuatro pequeños canales, como los cuatro ríos del paraíso musulmán— sobrecogió a Dafne sobre todo lo demás. La tenue luz bajo los pórticos reflejaba en el mármol del suelo, otorgando al palacio un vaporoso reflejo en tonos que entremezclaban el bronce y el dorado. Por un fugaz instante, la chica tuvo la impresión de que el patio era realmente de oro.

—¡Qué bonito es, Dafne! —le dijo África emocionada justo detrás, con el resto del grupo ya su lado—. Jamás había tenido el privilegio de contemplarlo así.

—Es pura poesía arquitectónica envuelta en un halo de misticismo que no sabría describir, pero que sobrecoge el espíritu al observarlo —aseguraba Daniela, dando rienda suelta a su alma literata mientras admiraba cada rincón del verdadero patio de *Las mil y una noches*, donde puede que se fraguasen algunos de los más grandes episodios históricos de nuestro país como para llegar a la que es hoy nuestra sociedad actual.

—¡Es extraordinario! —apreció Kilian.

—Es el sueño hecho realidad de alguien muy pero que muy poderoso —opinó Dafne.

—Bien, queridos amigos, vayan pasando por aquí, no se queden atrás —dio instrucciones don Rafael, departiendo con varios de los asistentes tal y como ingresó en el recinto—. Aquí está, señores, el mundialmente conocido palacio de los Leones, nacido de la inspiración de Mohamed V en su segundo mandato, el que fue hijo de Yusuf I. Recuerden, siglo xiv, en donde el arte nazarí alcanzó sus máximas cotas de perfección y, por tanto, de magnificencia —decía mientras los invitados se diseminaban por buena parte del patio, rodeando, principalmente, la Fuente de los

Leones, al mismo tiempo no podían evitar girar sobre sí mismos para deleitarse con una de las visiones más bellas creadas nunca por la mano del hombre.

—Fíjense en la armonía de sus proporciones, la mezcolanza entre belleza y sutileza, entre sus luces y sus sombras, entre el agua y la piedra de mármol sobre la que fluye, incesante, como una metáfora de la vida misma —se gustaba el anfitrión en la ilustración de sus sensaciones—. Las columnas podrían ser como un bosque de palmeras, y los canales como ríos, los cuatro ríos del paraíso. Pues este patio, muy señores míos, representa arquitectónicamente un oasis. Se trataría del edén musulmán o el paraíso terrenal —decía con su voz aterciopelada, consiguiendo erizar el vello de más de uno de los asistentes dada su apasionada explicación.

»Al norte se ubica la sala de Dos Hermanas —continuaba don Rafael—. Esta importante estancia cuadrada, al igual que la de los Abencerrajes, en su momento también fue una vivienda, la estancia principal y más importante de todo este palacio. En ella destacan los paños de estuco, que cubren totalmente sus muros y los zócalos de azulejos de la parte baja, de los más bellos y mejor conservados que hay. Pero el elemento decorativo más importante es su maravillosa cúpula de mocárabes sobre un tambor octogonal con ventanas que filtran la luz de una manera muy especial, pues gracias a su juego de formas, no hay dos segundos al día en los que la luz sea la misma en dicha estancia —aseguraba don Rafael embelesando a sus oyentes—. Esta sala principal está flanqueada por otras dos laterales y rectangulares que, al parecer, eran alcobas. Más allá de la sala principal, al fondo, se encuentra el bellísimo mirador de Lindaraja y la sala alargada de los Ajimeces en medio, haciendo las veces de intercomunicador entre ambas. La sala de Dos Hermanas, damas y caballeros, debe su nombre a dos grandes losas de mármol gemelas que hay en el suelo de esta. Parece ser que fue la primera construcción del palacio en la primera etapa del reinado de Muhammad V entre 1354 y 1358.

»Allí, al sur —señalaba sin dar tregua a sus entusiasmados invitados—, enfrentada a la sala de Dos Hermanas, justamente en el lado opuesto, encontramos la sala de los Abencerrajes que antes también comentaba. Es popular por la leyenda que encierra su tradición, que, según cuenta, en esa sala fueron degollados treinta y seis caballeros abencerrajes a petición de Boabdil, aunque no se sabe a ciencia cierta si este fue el verdadero autor intelectual de la masacre o no. Esta sala fue la alcoba del sultán, por eso no tiene ventanas al exterior, pero sí muros con excelsas decoraciones de colorido estuco y zócalos de azulejo, aunque son posteriores a época nazarí. Pero, sobre todo, destaca la fabulosa cúpula de mocárabe del techo, similar a la de la sala de Dos Hermanas, sobre un tambor en forma de estrella de ocho puntas con ventanas que representa una bóveda celeste; lo que viene a ser una nueva alegoría al paraíso —continuó el edificante hombre—. A través de esas ventanas de medio punto, se filtra la luminosidad de diferentes formas según la hora del día hasta centellear en el agua de la fuente del centro de la sala con una luz encantadora y mágica, colocada esta a tal efecto para reflejar la propia cúpula. Cuenta la leyenda que la sangre derramada de los abencerrajes no ha conseguido quitarse de la fuente —dijo para finalizar su narración cuando un leve murmullo recorrió el patio. La gente sonreía. A más de uno se le erizaba la piel o sentía un escalofrío que recorría su espalda al mirar hacia la sala referida en esa leyenda, pensando que, al estar allí, en ese lugar tan increíble, pareciera como si en cualquier momento fuese a ver salir un caballero musulmán del medievo caminando como si tal cosa, con sus holgados ropajes característicos.

»La sala de los Mocárabes, al oeste —señalaba de nuevo el erudito licenciado en esa dirección—, es la más sencilla del palacio y tal vez fuese una antigua estancia de recepción por su cercanía a la entrada principal originaria, por una calle hoy desaparecida. Recibe su nombre de la bóveda de mocárabe que la cubría, demolida por su mal estado tras la explosión de un polvorín.

Fijaos en los tres grandes arcos de mocárabe que se abren al patio, pues hoy día es lo más representativo de esa sala.

»Y, finalmente, *grosso modo*, claro está, en el costado este, podemos admirar la sala de los Reyes. Se trata de una sala alargada, destinada para fiestas y recepciones; es decir, un lugar de encuentro. Está dividida en tres grandes alcobas centrales con otras dos más pequeñas en los costados —explicaba gestualizando con sus manos sin parar—. Los tres grandes cuartos centrales están separados por tramos de dobles arcos de mocárabes, cerrados por linternas y cubiertas independientes, cada uno de ellos con su cúpula de mocárabe. Por detrás de estos cuartos se abren cinco alcobas y, de ellas, las tres centrales tienen sus bóvedas decoradas con pinturas, elaboradas sobre cuero y, muy probablemente, realizadas por artistas cristianos. Se piensa que la bóveda central representa a diez nobles musulmanes o diez reyes nazaríes, de ahí proviene el nombre de la sala, mientras que las otras dos están decoradas con escenas caballerescas.

»Y ¿qué es esto? —enunció de manera retórica interpretando como un actor, casi tocando la Fuente de los Leones, situada en el centro del patio—. Pues lo que da nombre a todo el palacio. El corazón del patio, del palacio y, si me apuran, de la Alhambra entera: la fabulosa Fuente de los Leones. ¿Y qué decir de ella que no hayan oído ustedes ya? —Sonreía viendo a sus invitados asentir con la cabeza, pues bien sabía él que personas que no habían estado nunca en la Alhambra, incluso sin saber casi nada sobre ella, lo único que conocían era la archiconocida imagen de la fuente. No en vano, se trataba del máximo referente del complejo—. La verdad es que, aún en nuestros días, los doce leones de mármol de la localidad almeriense de Macael, que sostienen una enorme taza del mismo material, son un auténtico enigma. Se habla de todo tipo de teorías, como que representa el mar de bronce del templo de Salomón, que si los doce leones simbolizan las doce tribus de Israel, los doce signos astronómicos, los doce meses del año y hasta las doce partes del mandala mágico... En fin, hay opiniones para todos los gustos. —Reía ante lo recurrente de las discusiones sobre la simbología que encerraban aquellos leones con distintas expresiones faciales, así como su distribución—. También su origen es un misterio, aunque quizá la idea más extendida es que se piensa que puede ser de origen hebreo y que fuese del siglo xiv como el palacio en sí. Todo el borde superior de la taza está tallado por un poema de Ibn Zarak, importante poeta y ministro del reino, que ensalza la figura de Mohammad V y describe la actitud de los leones, así como la belleza de la fuente. Sufrió diferentes modificaciones en época cristiana, pero lo que veis en la actualidad es como debía ser en origen.

—¡Es fascinante! —dijo una de las invitadas.

—Muchas gracias —respondió satisfecho don Rafael—. Espero que les haya resultado didáctica y, a la vez, agradable esta escueta visita a los Palacios Nazaríes. Créanme cuando les digo que me habría encantado llevarlos de sala en sala y mostrarles al detalle cada estancia, pero no se nos está permitido en este tipo de eventos. Quiero agradecerles su asistencia, una vez más, para arropar al señor Williams, nuevo embajador del Reino Unido en la ciudad, a quien tendemos la mano para cuanto necesite, pues aquí está su casa y su familia —terminó diciendo de manera entrañable para dar comienzo a la despedida del acto—. A continuación, volveremos a la zona de cócteles, donde culminaremos la velada con una nueva copa de champán y un sencillo presente para nuestro protagonista en forma de placa conmemorativa del acontecimiento que esta noche hemos disfrutado. ¡Muchas gracias! —concluyó. Sutiles y elegantes aplausos rompieron por un instante la calma, casi zen, del entorno.

—¡Quedaos aquí, por favor, enseguida vuelvo! —le dijo don Rafael a Kilian al oído antes de emprender el camino de vuelta al palacio de Comares con el resto de la comitiva.

—¡Es el momento! —avisó a sus amigos de la manera más disimulada que pudo, pues uno de

los trabajadores de la Alhambra se quedó en el umbral de la puerta a modo de guarda para que el grupo de amigos no se quedase completamente solo en el palacio de los Leones. El hombre, con los brazos entrecruzados, caminaba dando pasos cortos e inservibles de un lado a otro en la galería porticada de la zona por la que entraron sin prestar demasiada atención al grupo, aunque de vez en cuando echaba un par de vistazos intermitentes en su dirección. Dafne simulaba que conversaba con Kilian y África señalando a un lado y a otro para ir acercándose lentamente hacia la zona del templete este. Inari y Daniela hacían lo propio en otro costado más cercano al vigía para así tratar de captar su atención en mayor medida que el segundo grupo, más lejano.

—Este es el lugar que indica el mapa manuscrito, más concretamente, la zona norte del templete que tenemos delante —afirmó África convencida.

Kilian y Dafne ya tenían sus miradas fijadas en las tres finas columnas de mármol, agrupadas en el costado norte como objetivo último y prioritario, resultante de toda la búsqueda anterior y el enorme esfuerzo realizado hasta ese momento, incluidos los sacrificios personales que no podían apartar de su mente. Dafne miró la cuenta atrás de su reloj, apenas restaban siete horas para que acabase, con lo que ello creía que podría significar.

—¡Ahora o nunca! —profirió Dafne girando levemente la cabeza para mirar al lejano observador que, de lo más confiado, apenas levantaba la cabeza del suelo en su caminar reflexivo.

—Don Rafael estará a punto de volver —anunció Kilian—. ¡Vamos a ello! —Se estremeció al escucharse a sí mismo decir aquellas palabras lapidarias. Un cosquilleo recorrió su bajo vientre. Un cordel delimitaba la zona acotada alrededor del templete para que nadie entrase. Kilian echó un último vistazo al vigilante, que seguía a lo suyo, en esta ocasión mirando su teléfono. Suspiró hondo y pasó la pierna derecha sobre el cordel blanco, seguido de la izquierda. Ya estaba frente a las columnas del costado norte. Dafne y África intentaban tapar la línea de visión del guarda mientras lo miraban nerviosas, rezando para que no los viera de buenas a primeras y echar por tierra todo el plan. Kilian, con el corazón desbocado en su pecho por la adrenalina de lo ilegal, se colocó con destreza felina frente a la columna que buscaba como si de un increíble y valioso tesoro ancestral se tratase, pues en realidad así era—. «Tres son al norte y, en la mayor altura del tercero, vigorosa, se abatió...» —susurraba el joven para su autoconvencimiento. Suspiró con calma por última vez antes de complicarse la vida con lo siguiente que tenía que hacer.

—¿Cómo sabes cuál es la tercera? —le preguntó África con el corazón en un puño.

—«Tres son al norte y, en la mayor altura del tercero...» —repitió de nuevo el chico—. Si tomamos como punto de partida el norte, pues así lo indica diciendo que hay tres ahí, en el norte, al comenzar a contar desde esa parte, donde hay dos columnas en hilera, hacia el sur, en donde solo hay una, nos indica cuál es el tercer pilar con claridad meridiana. No hay lugar a la duda. Primera —dijo señalando una de las dos columnas más al extremo norte de las tres de esa esquina—, segunda y tercera. Es esta, seguro.

—Es verdad. Si te fijas con detenimiento, lo muestra claramente. Incluso da igual por cuál de las dos del norte empieces a contar, puesto que la tercera siempre será la que indicas —se dio cuenta África.

Kilian comenzó a acariciar la columna con suavidad en busca de alguna pequeña hendidura o resquicio apreciable a la vista o al tacto que reforzase la hipótesis que sobrevolaba su mente, pero no encontraba nada.

Con la primera patada, la columna no se movió ni un centímetro de su posición, pero don Rafael, alertado por el grito con el que Kilian lanzó su pierna de manera brutal y expeditiva, se echó las manos a la cabeza tal y como entró en el patio de los Leones al verlo golpear como un demente una de las columnas del templete este, con una suerte de patada maestra de kárate que

asustaba.

—Pero ¿se puede saber qué demonios estás haciendo?! —clamó don Rafael mientras corría braceando hacia el mentado templete, previo a la sala de los Reyes, en donde Dafne y África, con la cara lívida, lo miraban apesadumbradas, sintiendo que su plan podía desmoronarse sin haber obtenido resultado alguno.

La segunda patada, que fue voladora, también fue más contundente si cabe que la primera. Kilian sabía perfectamente que era su última oportunidad, la última bala en la recámara. Por eso tomó unos metros de carrerilla con intención de coger más impulso y, de esa manera, imprimir más potencia sobre la fina columna en la mayor altura que pudiese saltar. El joven aglutinó toda la rabia contenida en su interior por los desmanes de la vida, y se concentró en tratar de pensar que aquello que intentaba era posible y que él era capaz de lograrlo. En los escasos segundos en los que reculaba para coger impulso, incluso le dio tiempo a visualizarse a sí mismo logrando su objetivo, pues dicen que todo lo humano es posible si uno se proyecta de pleno en ello con la mejor de las actitudes y la mayor energía. De ahí su grito desgarrador mientras corría hacia su objetivo.

Durante ese tremendo alarido, mezcla entre motivación y furia, entre ilusión infinita y terror ante el fracaso, como metáfora misma de la vida, todo parecía ralentizarse por un instante a ojos de Dafne, como si de una cámara lenta surgida del laboratorio audiovisual de un genial cineasta se tratase. Por un lado, veía a don Rafael corriendo hacia ellos como alma que lleva el diablo con su compañero tras él de la misma guisa. Inari y Daniela llegaban expectantes a la posición de África que, con ojos desorbitados, miraba lo surrealista de la situación. Mientras, Kilian seguía enfocado en su compleja misión autoasignada, con tal determinación que estremecía.

Cuando Kilian voló hacia la supuesta columna clave, en consecuencia, incluso don Rafael detuvo su carrera para observar aquello que no entendía con las manos sobre su cabeza. El golpe fue tan certero que la columna cedió por su parte alta, en el sentido que describía la carrera de Kilian, en una dirección cercana al sureste. Pero no se desplazó porque la hubiese partido, no, sino porque dicha columna en concreto atesoraba algo especial en su interior, algo que la hacía muy especial y diferente a las demás...

—¡Se ha movido, Kilian! —vociferó África emocionada.

—¡Sí, es verdad, al menos un palmo o dos! —consensuó Dafne.

—Pero ¿qué cojones...? —masculló don Rafael al ver lo que pasaba frente a sus narices—. ¿Se ha partido la columna? —preguntó boquiabierto y paralizado frente al templete, siendo testigo de excepción de ese movimiento antinatural de la esbelta pilastra blanquecina.

—No lo creo... —dijo Kilian con una sonrisa encantadora al comprobar que todas sus elucubraciones, sus hipótesis y sus conclusiones más profundas y comprometidas eran acertadas. Se acercó con premura al costado contrario de la patada; es decir, hacia donde se había desplazado la columna, comprobando que en realidad estaba articulada por su parte baja.

—¡Se mueve desde la base mediante una articulación y arriba, en su parte más alta, al parecer estaba como suelta o fisurada! Tan solo apoyaba —comentaba emocionado Kilian, examinándola con urgencia—. Parece como si fuera... una especie de palanca enorme —dijo asombrado.

—¡Intenta bajarla más! —sugirió Dafne. A don Rafael no le salía el habla.

—¡Buena idea! —convino Kilian que, de inmediato, se colgó de la parte superior haciendo contrapeso con su propio cuerpo para tratar de hacerla descender todo lo posible—. ¡Funciona! —exclamó al comprobar que se movía sin demasiada resistencia, acercándose a una posición paralela al suelo—. ¡Hasta aquí! —dijo el joven—. Ha hecho tope con una especie de clic, ya no baja más —aseguró cuando la columna descendió hasta crear un ángulo perfecto de noventa

grados en su parte articulada, a poco más de tres palmos del suelo.

Dafne, Kilian, África, Inari y Daniela miraban a su alrededor esperando a que ocurriese algo, pero nada sucedió que llamase lo más mínimo su atención, más allá de don Rafael, que, lánguidamente y conmocionado, se aproximaba a la columna sin dar crédito a lo que estaba presenciando.

—¿Alguien me puede explicar qué está ocurriendo? —formuló casi suplicando al agacharse a examinar la zona articulada de la columna y comprobar, cerca del desmayo, que esta contenía un mecanismo metálico en su interior para facilitar ese movimiento del todo inesperado y desconocido.

—¡No pasa nada...! —le dijo África a Kilian preocupada, haciendo caso omiso al encargado de la Alhambra.

—¡Espera...! —Kilian sintió algo bajo sus pies. El templete se hundió por sorpresa unos treinta centímetros a su lado para asombro de todos, justo en el momento en que varias personas entraban en el patio, tanto trabajadores como invitados al evento, que observaron con consternación el vencimiento parcial del monumento.

—Pero ¿qué coño...?! —balbuceó don Rafael con horror.

—¡Ha empezado! —susurró Kilian complacido.

La leve sacudida que provocó el lánguido movimiento del templete dejó paso a una especie de temblor sísmico bajo sus pies, como un rumor que iba *in crescendo* y produciendo una sensación de vértigo en todos los presentes, provocada por el pavor y la incertidumbre. El temblor intensificaba su virulencia destructiva hasta que un nuevo estremecimiento considerable bajo la zona de los Palacios Nazaríes desencadenó un efecto dominó que parecía desplazarse desde allí hacia la zona de la alcazaba militar.

La ola sísmica aterrorizó a todo el mundo. La gente comenzó a correr despavorida, gritando y sollozando como si del fin del mundo se tratase. Todos querían salir de los Palacios Nazaríes con tales apuros que se empujaban los unos a los otros sin escrúpulo alguno por alcanzar el exterior, en una suerte de estampida en toda regla.

El efecto sísmico liberado por el mecanismo oculto de la columna del patio de los Leones activado por Kilian no era lineal; es decir, no era uniforme, pues a cada dos o tres segundos de margen el suelo temblaba con una nueva gran sacudida a medida que ese efecto se desplazaba hacia la referida alcazaba, como si una enorme transmisión de energía hubiese sido activada bajo tierra por ese mecanismo desconocido y elaborado para tal fin.

—¡Se desplaza hacia el oeste! —detectó Inari.

—¡Sí, es como si el movimiento de tierras en cadena fuese controlado o incluso predeterminado! —aseveró don Rafael.

—Es más bien un mecanismo, diría yo —opinó Kilian a su lado.

—¿Qué va a pasar? —le preguntó asustada Dafne a su novio.

—¡No lo sé, pero enseguida lo descubriremos!

Cuando el movimiento sísmico llegó al extremo oeste del complejo de la Alhambra, cesó por completo, sin más. Todos miraban hacia allí sin entender lo que ocurría, pero tras unos diez segundos de calma tensa, comenzaron verdaderamente a darse cuenta de la magnitud de lo que estaban presenciando.

La torre del Homenaje comenzó a descender despacio, que no a derrumbarse, entre el sonido de interjecciones de todo tipo y naturaleza de los presentes, que no podían creer lo que estaban presenciando. Un enorme retumbo llegó del lugar en cuestión de segundos, producido por la brisa que venía desde esa dirección y que incluso parecía intensificarse para de nuevo sentir una oleada

sísmica que se aproximaba de vuelta hacia los Palacios Nazaríes.

—¡Dios mío...! —es lo único que acertó a decir don Rafael, completamente sobrepasado por la inaudita situación. Los cinco amigos se abrazaron sin saber realmente si habían hecho bien o no al desencadenar todo aquel dantesco escenario que no sabían cómo diantres acabaría.

Un nuevo tsunami sísmico avanzaba con violencia, trazando una línea recta desde la torre del Homenaje, que con su hundimiento había liberado una energía portentosa capaz de hacer continuar ese descomunal e inexplicable efecto mariposa iniciado por Kilian que pronto cobraría sentido. A la altura de los huertos y solares previos al patio de Machuca, comenzaron a emerger de debajo de la tierra enormes cubículos rectangulares del tamaño aproximado de un contenedor de los que manejan los estibadores en los puertos. Estructuras de piedra que a cada veinte metros surgían de su escondite, levantando árboles, muros o lo que fuera que hubiese sobre ellos en la superficie.

El subrepticio efecto mariposa continuaba desplazándose de vuelta a su lugar de origen en el patio de los Leones, en donde nuestros protagonistas intuían, sobrecogidos, que algo significativo estaba ocurriendo en el exterior, aun sin poder presenciarlo de primera mano.

Un gran número de esas estructuras surgieron del suelo para asombro de los testigos, hasta que la oleada sísmica atravesó los cimientos del Mexuar para llegar al palacio de Comares. El agua de la alberca desapareció, fue engullida por las profundidades de las grietas que se abrieron de repente en el fondo de esta. El temblor se incrementó en ese lugar, produciendo una vibración permanente durante al menos quince eternos segundos que sobrecogieron a todos los que se encontraban en las cercanías, hasta que el suelo de la alberca se partió, literalmente, por la mitad.

La mitad norte se hundió en su extremo superior, creando una inclinación en esa parte en forma de cuesta que descendía hacia un enorme orificio que se estaba abriendo en el suelo. Mientras que de la mitad sur emergía una suerte de templete o edificación nunca antes vista de un esplendor fabuloso, con acabados en dorado y plata que resplandecían ante las tenues luces de las pocas antorchas que aún quedaban erguidas sobre los muros de arrayanes, arrancados de cuajo del suelo en gran medida.

El monumento desconocido surgió por completo de las entrañas de la tierra, bajo la alberca, para desconcierto de los pocos que aún quedaban en el lugar, apenas dos o tres trabajadores de la Alhambra y algún que otro invitado paralizado por el pánico de cuanto acontecía a su alrededor. Tras el palacio de Comares, la trasmisión del temblor subterráneo llegó, por último, al palacio de los Leones.

Cuando la Fuente de los Leones comenzó a elevarse sobre un módulo cuadrangular de mayor tamaño que brotaba del suelo bajo las losas de mármol blanco arrancado de cuajo de este, don Rafael perdió el conocimiento y se desmoronó inconsciente por tamaña conmoción sobre los brazos de su compañero.

—¿¡Qué demonios es eso!?! —gritó Inari cuando comenzó a asomar otra de esas construcciones elaboradas por la mano del hombre que debían haber estado ocultas a la humanidad por largo tiempo, tal y como todas y cada una de las que surgieron desde esa zona cercana a la torre del Homenaje, en línea recta hasta el palacio de Comares y, después, al de los Leones, como impulsadas por la energía intrínseca liberada en el hundimiento de la referida torre que, a la postre, no lo sería tanto, sino más bien consistía en algo similar a un colosal resorte de piedra y argamasa.

—¡Parece un templo o algo así! —soltó Daniela sobrecogida.

—¡Me da que es más bien una cripta...! —opinó Dafne enajenada, justo cuando aquel vestigio desconocido del palacio por el común de los mortales quedó completamente al descubierto y el temblor, por fin, cesó en todo en el complejo palatino de la Alhambra.

La calma tensa que se respiraba en el ambiente, posterior a aquella vivencia pseudoapocalíptica, era dramática, pues en un escaso par de minutos la energía liberada por la columna impulsada por Kilian, que no daba crédito a lo que veía, había cambiado la fisonomía de la Alhambra en su área más elemental.

La gran cantidad de tierra que había quedado en la zona superior de aquel cuadrado sobre la que se encontraba elevada ahora la Fuente de los Leones, algo ladeada, pero intacta, aún caía por los laterales, repletos de epigrafías en tonos dorados y plateados que presentaba semejante hallazgo en sus cuatro costados.

Dafne se acercó a menos de dos metros con la boca abierta. Los paños de estuco preciosistas, con todo tipo de motivos vegetales y geométricos que envolvían las paredes alrededor de estas letras árabes de una belleza extraordinaria en sus trazados y sus brillos metálicos, eran dignos acompañantes por su perfección y hermosura, así como las pequeñas vidrieras coloridas que cerraban las cuatro pequeñas ventanas superiores de cada uno de los cuatro costados y que filtrarían la luz al interior de la recóndita sala.

—¿Una cámara funeraria? —le preguntó Kilian colocándose a su lado.

—Es probable.

—¿Mohammed V? —formuló África en esta ocasión.

—Enterrado en el mismísimo patio de los Leones, bajo su fuente —dijo sin apenas poder créelo—. ¿Quién si no?

—¡Santa María...! —profirió don Rafael cuando volvió en sí al observar el nuevo monolito que decoraba su apreciado patio de los Leones, con las bestias elevadas en las alturas como si tal cosa—. ¿De dónde ha salido eso?

—¡Don Rafael, venga a ver esto ahora mismo...! ¡Oh, Dios mío! —le alertó uno de sus compañeros que llegaba del palacio de Comares, hasta que se dio cuenta de lo que tenía frente a sus narices. Todos encendían las linternas de sus teléfonos móviles para tratar de ver mejor aquella estancia secreta surgida del mismísimo interior de la colina de la Sabika.

—¿Hay más? —preguntó estremecido sin tan siquiera mirar a quien le requería; tal era la turbación de sus ojos temblorosos que no quitaban la vista de la desconcertante forma cuadrada.

—Sí... sí, han aparecido unos cuantos fuera de los palacios, pero mire la alberca del palacio de Comares, por favor —casi suplicaba el joven barbilampiño despavorido.

—¡Hum, conspiranóico decíais, ¿no?! —intervino Inari. Todos echaron a correr tras la estela de don Rafael, que se dirigía como una exhalación hacia el palacio de Comares, parecía que los pies no le tocaban el suelo.

—¡No me lo puedo creer! —dijo tal y como avistó el patio de los Arrayanes y en lo que se había convertido—. ¡Yusuf I! —mencionó sorprendiendo a todos.

—¿Pone «Yusuf I» en la epigrafía exterior? —preguntó Dafne.

—Pone mucho más que eso... —insinuó sin desvelar más mensajes de los que revestían esta otra estancia misteriosa.

—¡Es, es, es... otra de esas edificaciones que han emergido de la tierra, pero esta es aún más grande —decía su compañero, que tartamudeaba por los nervios—. Ocu... ocupa la mitad sur de la alberca. Pero mire lo que ha dejado a la vista la otra mitad —le indicaba con nerviosismo, braceando en exceso para que lo siguiesen.

—¿Es una pendiente? —se interesó Kilian.

—Sí, se ha hundido un costado y ha formado esta rampa, pero es que ha dejado al descubierto un acceso desconocido que siempre debió estar ahí, escondido... —aseguraba con excitación cognitiva exacerbada.

—Desconocida para nosotros... —insinuó Inari de tapadillo.

—¿Una entrada hacia dónde? —preguntó don Rafael abrumado por la situación. Los amigos se miraron con emoción, intuyendo que eso debía ser exactamente lo que buscaban. Tenía que ser, a la fuerza, su puerta hacia el conocimiento, el principio del fin del camino.

—¡Hacia la verdad! —soltó África, que bajaba con cuidado para asomarse al interior de aquella puerta sibilina con un sobrio arco de medio punto descarnado y solitario.

—¿Tiene cuerdas y linternas de sobra, don Rafael? —le preguntó Kilian de pronto, mirándolo con su mejor sonrisa como si no hubiese roto un plato en su vida. El buen hombre lo fundió con una mirada repleta de ironía muda por el monumental lío que había montado, y nunca mejor dicho.

CAPÍTULO XXV

Don Rafael se negó con total rotundidad a entrar en aquel lugar desconocido abierto frente a sus narices, llevase a donde llevase, que, probablemente, dejaba vía libre para una inspección visual de algún lugar rescatado del subsuelo de la Alhambra, con el peligro que aquello entrañaba.

—¡He dicho que no y es que no! —reafirmaba con vehemencia don Rafael cruzando los brazos y frunciendo el entrecejo—. Las autoridades están en camino y aquí no se hará nada hasta que ellos no digan lo contrario.

—¿En serio que se va a perder el descubrimiento del siglo solo por respetar las normas? —le pinchaba Kilian para que entrase al trapo, sabedor de la importancia de que bajase con ellos como experto conocedor del complejo de la Alhambra y sus entresijos. Un sutil gesto de su cara dejó a las claras que su determinación titubeaba. Puede que Kilian hubiera dado con la tecla, su punto débil, uno mucho más antiguo que incluso las maravillosas construcciones que los rodeaban: la vanidad.

—¡Os vuelvo a repetir que no!, ¡¿cómo os lo tengo que decir, en arameo?! —trató de autoconvencerse para, a su vez, resultar creíble de cara al exterior, pero se moría de ganas de bajar y, sobre todo, de que la idea que sobrevolaba su mente se pudiese hacer realidad, que su nombre trascendiese junto a lo que sea que fuese que encontrasen allí abajo, en la jornada más importante de la Alhambra que se recuerda desde la mismísima conquista de Granada por los Reyes Católicos—. Y no existe fuerza humana que consiga hacerme cambiar de opinión. Soy un hombre íntegro y con férreos principios —alardeaba elevando la mandíbula al hablar como gesto de grandeza y autoridad—. Es más, me encargaré personalmente de que ninguno de ustedes atraviere esa puerta, aunque tenga que emplear la fuerza.

—Don Rafael, recuerde lo que ese chico le hizo a la columna... —le susurró a su lado de manera ciertamente caricaturesca su compañero de trabajo del complejo, el inoperante chico que poco o nada vigilaba al grupo de amigos en el patio de los Leones. Todos escucharon la insinuación y comprobaron con qué cara de espanto miró don Rafael a Kilian, demostrando un miedo instintivo hacia las más que probables habilidades luchadoras del robusto joven.

—¿Está seguro de eso...? —le dijo Kilian reforzando su apreciable debilidad de la mano de la cobardía.

—¡Si es necesario, sí, haré lo que haga falta! —indicó en esta ocasión con la boca pequeña y la voz entrecortada.

—Muy bien, usted mismo, pero luego no diga que no se lo he advertido —expuso Kilian enfilando la entrada soterrada y, en consecuencia, enfrentando al veterano hombre, que de pronto palideció.

—¡Espera, Kilian, no lo hagas! —dijo Dafne—. Mire, don Rafael, vamos a bajar con o sin su ayuda, así que ¿por qué no colabora con nosotros y de esa manera pasa a la historia como la primera persona que entró ahí tras su descubrimiento? —jugó su baza definitiva Dafne, brindando una salida honrosa al hombre que, además, le venía ni que pintada, y ella lo sabía.

—Eso no suena del todo mal... —Acarició su barbilla sopesando la propuesta—. Bien, lo haré, pero ahí abajo harán siempre lo que yo les ordene; podría ser muy peligroso. ¿Está claro?

—Meridianamente —respondió Daniela.

—¡Juro! —garantizó Inari. Los demás asintieron frente al satisfecho personaje, que se sentía salir airoso de una peliaguda situación.

—¿Y adónde cree que llevarán estos pasadizos? —le preguntaba Inari a don Rafael, que descendía el primero a poco más de diez metros de la entrada, linterna en mano, como todos los demás, por una suerte de gruta estrecha con arcaicos peldaños redondeados por el paso del tiempo que apenas se apreciaban.

—No lo sé, pero visto lo visto esta noche, a cualquier lugar... —le respondió en referencia a la metamorfosis estructural de la Alhambra de la que habían sido testigos. Los demás los seguían a su espalda con Kilian cerrando el grupo. Las chicas, descalzadas y con los zapatos de tacón en las manos, descendían con especial cuidado de no tropezar con alguna piedra de las que había en aquellas escaleras ancestrales, con las que golpeasen sus huesos desnudos—. Llevad cuidado, el suelo cada vez es más resbaladizo. ¿Qué es eso? Veo algo —dijo de pronto.

—¡¿Qué ha encontrado?! —voceó Kilian desde retaguardia.

—No sé, parece un montón de ramas o broza amontonada en un hueco que hay a la derecha. Está excavado a media altura de la pared, como en una especie de ventanal ciego —dijo don Rafael.

—¿Broza, aquí abajo, para qué? —se preguntaba Dafne, que, en cuanto la vio, agarró un puñado hasta darse cuenta de que estaban separadas en gavillas que parecían atadas individualmente—. ¡Son antorchas! —gritó la joven artista.

—Claro, en la antigüedad debían bajar con antorchas para poder ver —dijo don Rafael—. ¿Quién tiene un mechero?

—Ninguno de nosotros fumamos —informó África.

—Así es, pero nunca sabes cuándo te va a hacer falta uno —dijo Inari sacando uno de un bolsillo de la americana— o cuándo una chica guapa te va a pedir fuego. —Rio de manera pícara.

—¡Perfecto! —exclamó don Rafael cogiéndolo y prendiendo la mecha enseguida para encender, a su vez, la añeja antorcha del medievo—. ¡Guau, debe llevar algún potingue acelerador! —dijo cuando la pequeña garba de ramas prendió de golpe como si hubiese abierto el gas de una cocina—. ¡Tomad, coged una cada uno, así ahorraremos energía de las linternas! —les sugirió mientras iba prendiendo una tras otra para todos y cada uno de los miembros de tan extraña expedición.

—¿Conoce usted los subterráneos de la Alhambra, don Rafael? —le preguntó Dafne mientras emprendían de nuevo la marcha.

—Conozco todos los que se pueden conocer, puesto que los hay de muy difícil acceso y, por tanto, peligrosos. Pero te aseguro que este no es uno de ellos —reconoció—. Esto es algo muy distinto —aseguraba—. ¡Veo una puerta pequeña ahí abajo! —volvió a decir cuando apenas habían bajado unos pocos metros más, ayudado por el amplio haz de luz de las antorchas—. Es muy estrecha y, de nuevo, en forma de arco de medio punto.

—¡Veamos qué hay tras ella! —habló Inari impaciente.

—¡Tened cuidado, no sabemos qué nos podemos encontrar! —les advirtió Daniela.

—¿Qué es este lugar? —preguntó don Rafael tratando de iluminar con la antorcha a un lado y al otro. Cuando traspasó el umbral de esa recóndita entrada, se introdujo en una nueva cavidad que tan solo al ingresar ya se adivinaba enormemente grande.

—¡Es como una sima vertical! —dijo Kilian sobrecogido al asomarse al abismo que se abría

frente a ellos hasta las más oscuras profundidades, pues la austera escalera voladiza que encontró carecía de barandilla alguna—. Hay una nueva escalinata, pero el descenso parece peligroso —indicó tembloroso por las nulas medidas de seguridad. La cavidad de la sima poseía una forma circular de, al menos, treinta metros de diámetro, por lo que apenas veían el costado opuesto y, a simple vista, disponía de una gran perfección en sus proporciones. El temible pozo subterráneo descendía de manera completamente vertical y formaba una enorme estancia cilíndrica con la escalera girando una y otra vez sobre esa circunferencia, en forma de espiral, tal y como descendía.

—Mirad las paredes, poseen pinturas con temáticas arábigas, inscripciones, paños de estuco... —señaló África arrimando la antorcha al fresco muro.

—¡Chicos, esta podría ser nuestra sala! —declaró al fin Daniela.

—¿Qué sala? —preguntó intrigado don Rafael mientras inspeccionaba cuanto la luz de la antorcha le permitía. Kilian miró a Dafne y asintió levemente.

—Todo lo que ha visto hasta ahora tan solo es la parte final de la búsqueda de una supuesta sala con propiedades mágicas que habría en la Alhambra, de la que poco o nada se sabe, más allá de un manuscrito elaborado con acertijos de todo tipo que, a modo de mapa, nos ha conducido hasta aquí —se sinceró por fin Dafne con don Rafael, que la miraba atónito.

—¿Y creéis que puede ser esta?

—Tiene todas las papeletas, sí —aseguró Kilian.

—¿Y por qué lo de mágica? ¿Qué propiedades extraordinarias se le atribuyen?

—No lo sabemos, pero puede que el poder de la reencarnación sea o no cierto —contestó África en esta ocasión.

—¡Mm... una romántica aventura como las de antaño, me encanta! —manifestó sorprendiendo a todos—. En ese caso, bajemos cuanto antes y comprobemos si estáis en lo cierto —dijo don Rafael—. Pásame la linterna para poder echar un vistazo al foso. —Inari se la dio—. Nada, que no se ve el fondo. Lanzaré parte de la antorcha —expuso arrancando la mitad de su gavilla.

Suspiró excitado por tantas emociones cuyo final ignoraba, pero una vez superado el espanto inicial, estaba disfrutando de lo lindo. Alargó el brazo con la lumbre justo al borde del precipicio, obviando el enfermizo poder de atracción del vacío que pretendía llevarlo consigo.

—¡Vamos allá! —La soltó para dar inicio a un suave descenso que iba iluminando cada sección de aquella sala cilíndrica y secreta, en las profundidades de la colina en donde se asentaba la Alhambra. La luz, según caía, iba desvelando la trayectoria en forma de espiral sobre la circular que describía la escalera en su bajada, hasta que por fin encontró la base de la sima, quedando encendida como cuarenta metros más abajo.

—¡Ahí lo tenemos! —dijo Dafne avistando el exiguo puntito de luz en la máxima profundidad de la sala—. ¡Bajemos!

—¡Espera un momento! —previno Kilian, que se percató de algo en el fondo—. El fuego de la antorcha parece haber prendido abajo —aseguraba el joven sin quitar ojo a la llama, que comenzaba a desplazarse de manera horizontal y de una forma ciertamente antinatural.

La pequeña llama de la antorcha prendió una suerte de mecha dispuesta en el fondo para inflammar, de esa manera, un sistema de iluminación tan antiguo como bello, creando un efecto prodigioso a ojos de cualquiera que lo presenciase. El fuego que se desplazaba en la parte baja se extinguió por sí solo; pero, antes de hacerlo, encendió en la pared una hilera del mismo material de las antorchas que ascendía con velocidad, alumbrando cada rincón de aquel lugar subterráneo. La luz, que subía con rapidez, dejaba a su paso la claridad suficiente como para ver la sala en todo su esplendor y comprobar la magnificencia del hallazgo.

—¡Guau, es espectacular! —gritó África mientras la espiral de luz ascendía sobre la escalera, aproximándose a su posición. La luminaria dejaba a la vista que todas las paredes estaban decoradas al más puro estilo nazarí, sin dejar hueco libre alguno, con yeserías coloridas cual pura fantasía creativa que entrelazaban con las epigrafías árabes más hermosas que jamás habían tenido el gusto de contemplar, coronadas por una techumbre de mocárabes espectacular que otorgaba más misterio, si cabe, al lugar con su inigualable juego de luces y sombras.

—¡No puedo creerlo! —confesó don Rafael al borde del llanto, sin quitar ojo al efecto sorpresivo que les aguardaba en esa sala, que se iluminaba mágicamente frente a sus ojos. De pronto, cuatro pequeños chorros de agua brotaron de la parte más alta sobre sus cabezas, como si de una fuente recién activada se tratase, formando un ángulo en su caída que los llevaba a encontrarse en el centro del espacio para descender unidos hasta el fondo. Allí distinguieron una pequeña alberca cuadrada en el centro, donde impactaba el agua al caer.

—¡Es algo grandioso! —afirmó Kilian sin apartar la vista de todo lo que la luz había descubierto para ellos, cuando la espiral ardiente ya hubo prendido la sima en su totalidad, desde abajo y hasta arriba.

—¡Bajemos de inmediato! —alentó Dafne empujando levemente a sus amigos hacia el inicio de aquella escalera voladiza surgida de la pared que, sin apenas base, achantaría a cualquiera. Echando otro vistazo a la cuenta atrás de su reloj, se percató de que apenas quedaban cuatro horas para que expirase el misterioso plazo.

—¡Con cuidado! —le dijo Inari a don Rafael, que abría camino delante.

—¿Os habéis fijado en los diferenciados tramos decorativos de la sima? —formuló don Rafael—. Tengo la sensación de que se trata de una alegoría a los siete cielos que hay que atravesar antes de llegar al paraíso musulmán.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis y siete —contó África—. ¡Los siete cielos, es verdad! La decoración de la sima está diseccionada en inmensos anillos con diferentes motivos ornamentales y epigráficos —añadió impresionada.

—¡En el séptimo cielo lo legó! —dijo Dafne—. Pero serían en sentido ascendente, ¿no?

—Sí, conozco los números en árabe, los indica claramente —confirmó el curtido hombre—. A su lado, aparecen bandas epigráficas que apostaría lo que fuese a que son pasajes del Corán.

—Entonces, una vez superados los siete cielos, el paraíso musulmán sería la propia Alhambra, ¿no? —señaló Inari.

—Sí, yo diría que sí, pues todo apunta a esa metáfora ejecutada de manera tan sublime —reconocía don Rafael fascinado, sin perderse detalle de cuanto había a su alrededor.

Que la bajada era de infarto ya lo intuían, pero que la escalera, además, estuviese en mal estado, no era lo que esperaban encontrarse a mitad del camino, ya que tuvieron que sortear peldaños semiderruidos a los que les faltaban parte su base. Por fin abajo, ninguno podía dejar de mirar a todos lados embelesado, pues la belleza del conjunto arquitectónico, así como su magnitud, resultaban sencillamente abrumadoras.

El agua caía en el centro de la pequeña alberca con fuerza tras semejante salto. El estruendo que causaba también era notorio, así como el efecto gaseoso del agua al chocar, que emanaba vapores que, entremezclados con el resplandor del fuego que seguía ardiendo en esa hermosa espiral incendiaria que trepaba desde donde se encontraban y los dorados y plateados de las epigrafías de la sima, centelleaban creando coloridas aureolas lumínicas que resultaban extraordinariamente bellas.

—¡Bien, aquí estamos! —dijo don Rafael elevando el tono de voz por el sonido del agua—. ¿Y ahora qué? —preguntó mirando a su alrededor. La sima tenía las paredes decoradas hasta su

misma base, en donde presentaba zócalos de azulejos geométricos de intensos colores azules, rojos, amarillos o negros y, sobre este, una franja epigráfica en árabe clásico atravesaba toda la circunferencia inferior de la sima, rodeándola por completo.

—¡No lo sé! —declaró Dafne mirando a su alrededor—. Aquí no hay nada más allá de la alberca. ¿Creéis que podría ser esta la que, supuestamente, otorgase el poder de la reencarnación? Puede que esta especie de manantial fuese la esencia de la sima y de toda esta ocultación — indagaba preguntando y respondiéndose a sí misma, pues no lo tenía claro.

—¿Una fuente y ya está? —cuestionó Inari escéptico—. No puede ser... ¿y los tesoros? ¿Y los grandes secretos en forma de arca o cualquier otro vestigio milenario?

—Bueno, ya conocéis el simbolismo de la cultura musulmana, quizá se trate de eso, de simbología y poco más —elucubraba África tratando de encontrar sentido a todo aquello—. El agua y el fuego en las profundidades de la tierra, en una cueva, puede que sea algún tipo de metáfora. Si al menos supiésemos qué dicen las epigrafías... —expresó frustrada, acercándose a ellas hasta tocarlas con las yemas de los dedos—. Son complejas, no entiendo nada.

—¡Solo Alá es vencedor! Ese es el lema nazarí y la frase más repetida en la Alhambra — indicó de pronto don Rafael a su lado, dejándola sorprendida—. «Bendito sea el más grande de los sultanes, capaz de concebir este templo y llevarlo a buen puerto, Yusuf I, y su ejecutor final, Muhammad V, pues su linaje será único e irreplicable» —continuaba transcribiendo sobre la marcha el buen hombre—. Este de aquí es el escudo nazarí, que también se repite muchísimo en la propia Alhambra.

—¡Conoce el árabe clásico a la perfección! —expresó África gratamente sorprendida.

—Son muchos años trabajando en la ciudad palatina, señorita. —Sonrió.

—¡Genial! ¿Qué más pone? —preguntó Daniela, que se colocó a su lado, junto a Dafne y África, mientras Kilian e Inari inspeccionaban el fondo de la sima palmo a palmo.

—Sí, estoy en ello —decía el hombre mientras señalaba con el dedo índice de la mano derecha la siguiente epigrafía, desplazándose de derecha a izquierda, seguido atentamente por las chicas—. «Aquí, donde mora la verdad» y, después, de nuevo el lema nazarí. «En el lugar en donde empezó todo» y otra vez el lema. «Porque solo hay un Dios, así como un único profeta» y de nuevo el lema. —Seguía andando de costado cada vez más intrigado—. «He aquí la superioridad manifiesta e incontestable en forma de paraíso terrenal; he aquí, Alhambra de mis amores, la diferencia».

—¡Chicas, parece que aquí hay una rendija en la pared, incluso puedo sentir una leve corriente de aire! —informó Kilian de rodillas sobre el suelo, inspeccionando la intersección de un zócalo de azulejo con respecto a este.

—¡Sí, es verdad, incluso puedo meter un poco el dedo meñique! —exclamó Inari excitado.

—«Por eso, la ocultación del secreto al encontrarla, como siempre ha sido, por el bien de la única religión, por el bien de Alá» —dijo don Rafael con voz titubeante y miró a las chicas con gesto solemne—. Lema nazarí. «Por eso construimos el paraíso sobre ella, como signo de hegemonía, como metáfora de la grandeza de Dios». Lema nazarí. —Miró de nuevo a las tres amigas expectantes, pues todos intuían que algo enorme estaba a punto de revelar aquel mensaje labrado en yeso sobre el muro que contenía la esencia de todo un imperio—. «Por eso reposa aquí y aquí seguirá por siempre, pues el secreto de la Alhambra será protegido hasta sus últimas consecuencias». De nuevo el lema nazarí. «Su mayor emblema en nuestro poder, sometido al antojo del sultán, aquí, en las entrañas de la tierra». Y, por último, «Entra y verás» y...

—La mano de Fátima, ¿no? —dijo Dafne intrigadísima.

—¡Sí, sí, es la mano de Fátima! —confirmó el hombre observando aquella mano con sus cinco

dedos bien diferenciados y un detalle circular en la palma de esta—. ¡Qué curioso!

—¿Qué significa? —preguntó Daniela.

—Puede tener varios significados según el contexto —explicaba África—. Pero lo más común es que sea un símbolo de fe, de poder y protección.

Aquel era uno de los símbolos preferidos por Dafne, que sintió la necesidad de extender su mano hasta tocar la superficie en donde estaba tallada esa otra, representada en un tamaño similar a la suya. La posó sobre el grabado presionando un poco hacia adentro para sentir el contacto en toda su área, cuando, de repente...

—¡Se ha movido! —exclamó Dafne—. ¡La roca se ha incrustado al apoyarme!

—Pero ¿¡qué coño...! —profirió Kilian asustado cuando, frente a sus narices, la zona de azulejo que examinaba, bajo la que sintió aquella corriente de aire, comenzó a elevarse de manera autónoma y por sorpresa, dejando a la vista una humilde y estrecha galería que debía conducir a otro lugar.

—¡Hay un pasadizo! —indicó Inari—. ¡Y veo luz ahí adentro! —voceaba sobreexcitado.

—Al tocar la mano de Fátima debes haber abierto esa puerta secreta —señaló don Rafael entusiasmado.

—¡Veamos adónde nos conduce! —dijo Dafne corriendo hacia ella, en donde ya estaba Kilian asomándose con precaución, seguido por Inari.

—Es bastante estrecha, pero... espera... ¿qué es eso? —mencionó Kilian en el interior de la gruta—. Veo el final, el corredor apenas tiene unos diez metros y hay algo ahí detrás... ¡Oh, Dios mío, no puede ser! —exclamó abrumado cuando salió a otro lugar amplio, en este caso uno sobrio y con aspecto de cueva, exenta de todo lujo y opulencia en sus descarnadas paredes de simple roca de la colina de la Sabika.

—¿¡Eso es lo que yo creo que es...! —balbuceó Inari estupefacto.

—¿¡Qué hay?! ¡¿Qué habéis visto?! —gritó Dafne, que llegaba aceleradamente a su altura, justo cuando el pasadizo oculto desembocaba en esa otra sala, en la que Kilian e Inari se habían quedado paralizados y sin palabras por el descubrimiento inesperado que sus ojos, emocionados, estaban contemplando.

—¡La cruz de...! —dijo don Rafael rompiendo a llorar como un niño de voz quebradiza por tantas emociones acumuladas en tan poco tiempo al comprender aquello que se alzaba frente a ellos. Cayó de rodillas, inconsolable, con las manos en la cara, sin tan siquiera poder terminar de hablar.

—¡La Vera Cruz! —dijo Inari.

—¡La Santa Cruz de Jesucristo! —agregó Dafne con los ojos anegados. La cruz se alzaba frente a ellos con varias antorchas prendidas tras esta, que dibujaban su silueta ensombrecida y maltrecha, incluso con varias mutilaciones, pero tan sublime e impactante sobre la psiquis del grupo como solo un vestigio así era capaz de conseguir.

—¿Me quieres decir que construyeron la Alhambra sobre la colina que contenía la cruz de Cristo solo por el simbolismo de superponer el paraíso terrenal musulmán sobre el mayor símbolo de la cristiandad? —preguntó Kilian.

—Por el significado de las epigrafías de la sima —dijo don Rafael recobrando su voz— yo diría que sí, es más que probable.

—Además, de esa manera, se aseguraban de ocultar la bandera del cristianismo, por así decir —opinaba Daniela—. La que, a modo inspiracional y anímico, podía suponer un hándicap para el mundo musulmán y su lucha contra los reinos cristianos.

—Puede que Ibn al-Jatib, con una mente cultivada hasta el extremo, mucho más avanzada al

tiempo que le tocó vivir, no fuese tan tajante o contrario a otras religiones —comentó Kilian en esta ocasión—. Incluso puede que opinase que debían desvelar el gran secreto de la ocultación de la cruz por ser uno de los mayores tesoros para una religión con millones de seguidores. Quizá sugirió que ambas religiones podían coexistir o incluso que no fuesen tan diferentes —elucubró interesantemente.

—Esos serían argumentos más que suficientes para intrigar sobre su persona y tildarlo de desleal a su religión y su rey por parte de sus envidiosos rivales —supuso Dafne.

—Claro, heterodoxia religiosa, ¿os acordáis?! —intervino Inari de pronto,

—¿Qué? —preguntó África alucinada, sin dejar de mirar la reliquia por excelencia.

—Cuando investigamos sobre la vida del poeta y doble visir, que lo fue con Muhammad V y antes con su padre Yusuf I, leímos que fue condenado por herejía, deslealtad al islam y heterodoxia religiosa. —Dafne lo miró—. Por lo que fue brutalmente vilipendiado hasta que acabaron con su vida de la peor manera.

—Probablemente fuese a causa de la cruz; todo cobraría sentido con esa explicación —opinó la artista.

—¡Y de ahí surgiría su idea de querer mostrar el lugar en donde se encontraba la cruz a través del manuscrito! —exclamó exultante África—. Me parece que las piezas por fin encajan de manera inequívoca.

—Ahora entiendo todo, puede que quisiera dejar un legado de unidad intercultural —dijo Dafne—. Incluso puede que, más allá de sus ideas, ya supieran que había elaborado un mapa hacia este lugar, uno muy especial, y acabaran con él al negarse a revelar su naturaleza y localización. Pues bien sabía él que lo matarían igualmente y, de esa manera, al menos, el mapa tendría una oportunidad. Por eso tanta ocultación, tenía un doble sentido. Su propia seguridad y que realmente pasase desapercibido para sus enemigos.

—¡Esto es... algo fabuloso! —expresó don Rafael escuchando las elucubraciones, de unos y otros, que enseguida pusieron en contexto al inteligente hombre, que se arrimó tanto como pudo a la cruz, iluminada de manera mágica por la retaguardia.

—¿Creéis que aquí podría estar la procedencia original de la fiesta de la Cruz de Mayo? —preguntó de pronto Daniela, curiosa.

—¡Ahora que lo dices, no me extrañaría nada! —respondió África—. Es una buena apreciación.

—Fijaos en los trozos que le faltan, está bastante deteriorada, la verdad —indicó Inari siendo el primero en rodear la cruz para inspeccionarla por sus dos caras. La cartela en donde a duras penas se podía leer «INRI» estaba caída de un costado de mala manera.

—Claro, se trata de las Lignum Crucis, los pedacitos de la cruz esparcidos por medio mundo, unos vestigios muy valiosos —expuso don Rafael—. Como la célebre Cruz de Caravaca.

—Pero ¿qué cojones?! —exclamó Inari sobrecojido según rodeaba la parte trasera de la cruz—. ¡Marco, es Marco, está aquí, lo tienen atado a la cruz! —gritó entusiasmado. Todos acudieron a la carrera sin poder creer que lo hubiesen encontrado ahí abajo.

—¡Marco, Marco! —gritaron Dafne y los demás abalanzándose sobre él, que, atado y amordazado, no podía hablar.

—¡Apartaos, cortaré sus ataduras con la navaja! —dio instrucciones Kilian sacando el arma blanca.

—¡Ni lo sueñes, guapito! Suéltala muy lentamente —dijo un hombre trajeado y con pasamontañas que surgió de un ángulo en penumbra de la cueva, pistola en mano y apuntado a Kilian directamente a la cabeza.

—¡Joder! —masculló con rabia el valiente chico lleno de impotencia, dejando caer la hoja al suelo sin mayor opción y alzando las manos hasta la altura de la cabeza, como todos sus compañeros cuando seis hombres más, igualmente con su identidad oculta, surgieron de la lóbreguez más absoluta para rodear al grupo, que había sido fatalmente interceptado.

CAPÍTULO XXVI

—¿Quiénes coño sois vosotros? —preguntó Kilian, sentado y con las manos atadas por bridas junto a don Rafael y el resto de sus amigos—. ¿Sabéis quién es mi padre? No tenéis ni idea del lío en el que os habéis metido. Me buscará hasta la extenuación y utilizará todos sus recursos para hacerlo... ¡Estáis jodidos! —los intentaba intimidar.

—Por lo que veo, el que no tiene de idea de nada eres tú... —dijo uno de los maleantes antes de echarse a reír jocosamente.

—¡Tres, déjalo en paz, no tiene por qué saberlo aún! —reprendió enigmáticamente otro de los misteriosos individuos, dejando a Kilian pensativo.

—Lo siento, Uno, es que el chico se estaba poniendo pesado —respondió.

—Disculpen a mi compañero, es un buen profesional, pero en ocasiones se deja llevar por su impulsividad y, créanme, nunca jamás hay que dejarse llevar por las emociones, pues estas conducen a lugares oscuros —le lanzó una sutil amenaza a su semejante acompañada de una mirada clarificadora cuan daga traicionera—, intoxicadas por reacciones químicas más propias de los primates. La mente es la que debe preponderar siempre sobre las emociones y no al contrario, pues estas nos debilitan.

—¿Quién es usted? —interrogó Dafne en esta ocasión, tratando de empatizar con el que, probablemente, fuese el cabecilla de la banda.

—Eso ahora no es importante, señorita, pero pronto obtendrá las respuestas que siempre ha buscado —le confesó como si la conociese.

—¿Acaso me conoce para afirmar eso? —El hombre sonrió sin decir una sola palabra.

—¿Le gusta la cruz, señorita? —respondió cambiando de tema.

—Me impresiona —le siguió el rollo ella para ver si sacaba algo en claro—. ¿Es realmente la Vera Cruz?

—Oh, sí, por supuesto, es la que se utilizó en la crucifixión de Jesucristo o lo que queda de ella al menos, aunque, pensándolo bien, después de más de dos mil años no está tan mal.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Eso es algo que desconozco, pero parece ser que la ocultaron aquí como el gran tesoro que era y es para la cristiandad, imagino que para ponerla a salvo. Es muy probable que el secreto de su ubicación se lo llevase a la tumba el responsable —conjeturaba el hombre—. Con tan mala suerte que, con el paso de los siglos, el lugar en el que hubiese sido escondida cambiase de bando radicalmente. Los musulmanes la encontraron por casualidad cuando exploraban esta antigua mina de oro abandonada bajo la colina, como explican esas epigrafías de ahí —dijo señalando una escueta inscripción de un metro sobre la pared que no habían visto—, y el sultán de turno tuvo la brillante idea de construir su fabuloso paraíso islámico sobre ella con la intención de poner de manifiesto la supremacía de su religión según él —seguía creando aquella hipótesis factible de la mano del sentido común, una herramienta humana infravalorada, pues es el brazo ejecutor de la inteligencia que de nada sirve sin un buen director de orquesta.

—Y ¿qué pintan ustedes en todo esto? Y, por cierto, ¿qué hay de los supuestos poderes de la cruz? —se lanzó de nuevo a la piscina Dafne.

—No hay tales poderes, pero ¿no cree que ya son demasiadas preguntas? —le respondió con

otra cuestión.

—Pues tengo muchas más como, por ejemplo, ¿qué diantres quieren de nosotros? y ¿por qué secuestraron a nuestro amigo? Pero, sobre todo, ¿conocían a Alicia Montero García y tuvieron ustedes algo que ver con las muertes del 96, incluida la de ella? —El hombre giró de súbito la cara en su dirección. Sus ojos pequeños, rebosantes de rabia, la escrutaban mientras, raudo, se acercaba hacia a ella con determinación para disgusto suyo. Kilian hizo ademán de levantarse, pero tres hombres lo sujetaron hasta que se calmó un poco. El enmascarado se colocó de rodillas frente a Dafne, que se dio cuenta de que había traspasado la barrera de su paciencia, dando rienda suelta al más que posible psicópata que moraba en su interior. Se quitó el pasamontañas que mantenía oculta su identidad apenas a treinta centímetros de su cara. Se trataba de la peor de las señales en toda retención contra su voluntad y la miró a los ojos de una manera demoledora, como si fuese a acabar con ella en ese mismo instante.

—¡Alicia era una magnífica persona! —pronunció esas palabras masticando cada letra que brotaba de su garganta para asombro suyo. Dafne entendió al instante que, por alguna razón que desconocía, había metido el dedo en la llaga—. Pero como bien les he recomendado anteriormente, no nos dejemos llevar por las emociones —dijo mirándola de arriba abajo queriéndola intimidar. Algo que había conseguido con creces, puesto que, tanto la artista como todos los demás estaban completamente estremecidos ante aquel psicópata de aparentes buenos modales—. ¡En marcha, vámonos de aquí y quitadles los móviles! —dijo de pronto, obligándolos a ponerse en pie.

Los matones colocaron al grupo en fila de a uno al fondo de esa vieja gruta minera, tras la cruz sagrada del cristianismo, que se alzaba en el centro de aquel lugar recóndito, dejado de la mano de aquel que, según la tradición, fue sacrificado en ella. Cuando los tuvieron de cara al muro de roca de las entrañas de la Sabika y tras el requisamiento de todo aparato electrónico que pudiese ser perjudicial a sus intereses, el que iba primero sacó un diminuto dispositivo con varios botones y pulsó uno de ellos. De súbito y para asombro de Dafne y los demás, la enorme roca que tenían delante se deslizó hacia arriba, quedando superpuesta encima del propio muro, probablemente sobre una instalación de railes mecánicos o algo similar. La roca se detuvo a unos dos metros de altura, dejando vía libre al paso a un nuevo túnel encubierto, como tantos otros de los que habían sido testigos en aquella mágica noche granadina.

El insólito grupo se introdujo en ese otro pasaje subrepticio con la sensación de que se acababan de colar, sin desearlo, en una película de gánsteres que tenía una pinta bastante oscura, al menos para ellos.

El túnel, de apenas dos metros y medio de altura por tres de anchura, estaba provisto de unas pequeñas balizas luminosas del tipo de las de emergencias de los edificios, instaladas en el techo bajo sobre sus cabezas de aquel irregular espacio arrancado a la montaña, un tanto claustrofóbico. Cada vez que pasaban por debajo de una de las luces, Dafne analizaba a los hombres trajeados que los retenían, tratando de encontrar en su persona alguna pista que le ayudase a descubrir de qué iba todo aquel asunto de una vez por todas, puesto que, necesariamente, debían existir ciertos aspectos que escapaban a su conocimiento y que debían ser claves para comprender la naturaleza de todo aquel entuerto misterioso.

De pronto distinguió algo en el cuello de uno de los tipos, el que andaba al costado de África, que iba justo delante de ella. Parecía un diminuto tatuaje insignificante, uno pequeño y, al parecer, en forma de S. Sí, era una S, de nuevo pudo verlo, y esta vez con la suficiente claridad como para comprobar que, además de la S mayúscula, la letra tenía el símbolo de «al cuadrado» justo a la derecha, sobre esta; es decir, un diminuto dos.

Aquella apreciación insignificante dejó de serlo al comprobar que el individuo que iba tras ella también exhibía ese mismo distintivo, sin significado alguno para Dafne, más allá de lo curioso que resultaba.

—¡Abre! —exhortó el líder del grupo a su compañero, que portaba el aparato de apertura que les permitió el acceso al pasadizo desde la sala de la cruz de Jesucristo. Habían andado al menos cuatro minutos desde entonces y recorrido algunos cientos de metros. Al principio descendieron bruscamente para, poco después, comenzar a trazar una trayectoria ascendente —que se evidenciaba por el sobreesfuerzo que tuvieron que hacer debido a la inclinación de la segunda parte del trayecto— hasta llegar a un muro en donde se acababa aquel pasaje subterráneo.

El tipo volvió a utilizar esa especie de mando de apertura a distancia, en este caso pulsando otro botón. De pronto y para asombro de Dafne y los suyos, parte del techo comenzó a descender delante de ellos de manera mecánica, tal y como las escaleras de un jet de lujo al desplegarse en el aeropuerto de destino, cuando el comandante de la aeronave se dispone a desembarcar al pasaje. Lo que había sobre ellos jamás lo habrían imaginado.

—Suban despacio y diríjense a la derecha en cuanto salgan del túnel hasta formar de nuevo la misma hilera en la superficie. ¡No quiero ninguna tontería! ¿Estamos? —les indicó el tipo sin pasamontañas deambulando de forma pausada y algo chulesca al lado de los siete retenidos. Dafne comprobó que él también llevaba el mismo tatuaje en el cuello que los otros dos, por lo que dedujo que lo llevarían todos y cada uno de ellos. Cuando dio su vueltecita intimidatoria, él mismo se dispuso a subir las escaleras junto a Marco, que era conducido por uno de sus hombres, para esperar al grueso del grupo arriba.

Dafne comenzó a ascender por aquellos peldaños sin saber adónde los llevarían y sin tener la más remota idea de lo que acontecería a ella y a sus apreciados amigos —su familia en realidad— una vez salieran de las entrañas de la misteriosa Granada.

Cuando comprobó que emergían al exterior en un patio de una típica casa morisca, quedó desconcertada, pero al comprobar que, además, lo hacían a través de una alberca rectangular, como las muchas que había a lo largo y ancho de la ciudad, que hacía las veces de entrada secreta al subsuelo, su extrañeza aumentó con creces.

—¡Ahí, pónganse todos ahí mismo, en fila! —repetía el hombre desconocido que decidió mostrar su rostro tal y como dejaban las escaleras atrás.

—¿Dónde estamos? Este lugar me suena mucho —se atrevió a abrir la boca Inari.

—No creo que le importe demasiado dada las circunstancias. Así que más vale que cierre su péfida boca antes de que mande a unos de mis hombres a que se la cosan. Créanme, son verdaderos artistas con los objetos punzantes... —dijo, provocando un escalofrío en la espalda del chico, que prefirió no rebatir su convincente aseveración.

—Se encuentran en un palacete morisco del siglo xvi, frente al popular paseo de los Tristes, aunque como bien dice mi apreciado Uno, dudo mucho que eso importe ahora. Ah, por cierto, acaban ustedes de cruzar el Darro, pero por debajo... —dijo de pronto un anciano de pelo cano salido del cobijo de la arquería que sostenía el piso superior, de los dos que presentaba el inmueble en aquel amplio patio morisco. Con las manos cogidas por la espalda que, algo arqueada, se inclinaba hacia adelante y la mirada perdida en el piso de aquel precioso lugar según se acercaba, ese hombre parecía de lo más inofensivo—. No le hagan caso a Uno, en el fondo es un buenazo, pero un buenazo con fuertes principios arraigados en el fondo de su alma. Principios que, sin embargo, le llevarían a hacer cualquier cosa para salvaguardar el correcto devenir de nuestro colosal propósito, el Proyecto Alhambra —comentó el veterano personaje alzando la cabeza con entonación grave y cierta solemnidad, una vez hubo llegado frente a Dafne y los

demás.

—¿El Proyecto Alhambra? ¿Qué demonios es eso? —preguntó Kilian intrigadísimo—. ¿Y se puede saber quién es usted?

—¡Lo más increíble que hayan visto nunca, se lo aseguro! —respondió el entrañable individuo con un brillo muy especial en sus ojos. Dafne recordó la cuenta atrás y miró su reloj de muñeca, en donde continuaba corriendo. Tan solo quedaban dos horas y media.

—¿Y se puede saber qué pintamos nosotros en todo esto? —inquirió Dafne aguerrida, sacando fuerzas de flaqueza—. Tan solo íbamos tras la pista de una supuesta sala mágica.

—Tú pintas más de lo que puedas llegar a imaginar, Dafne —dijo llamándola por su nombre—. Así te haces llamar, ¿verdad? En cuanto a lo de esa sala mágica... Lo sé, puesto que yo también lo hice. Aunque el mérito principal fuera de Alicia, evidentemente, nuestra corporación estaba tras su hallazgo. Fuimos sus mecenas —reconoció para enojo de Dafne, que se puso furiosa de inmediato.

—¡Entonces ustedes también fueron sus verdugos! —les gritó indignada. Uno bajó la cabeza para mirar al suelo, algo le ocurría cuando se hablaba de ella en su presencia.

—Bueno, bueno, señorita... No se exceda en sus afirmaciones, pues esa acusación es demasiado gruesa para soltarla así, sin más y sin prueba alguna —se defendía el anciano como gato panza arriba—. Por lo que yo sé, murió en un terrible accidente.

—Sí, al igual que su marido y sus compañeros, por una empresa misteriosa que, me atrevería a afirmar, es a la que refiere cuando habla de su corporación, ¿o quizá me equivoco? —dijo de pronto Daniela, atando cabos—. ¿Y qué me dice de don Federico Martín? Ahora me dirá que tampoco tuvo nada que ver con su reciente e inesperado deceso... —insinuaba con maestría la joven periodista.

—No sé nada de ese tal don Federico más allá de lo que se dice, que cayó trágicamente desde su casa en una... déjeme pensar, ¿cuarta planta? —Sonrió levemente de manera irónica ante el murmullo guasón de sus secuaces a su espalda.

—¡Es usted un ser despreciable! —le espetó Daniela soltando alguna que otra lagrimilla de impotencia.

—Y todavía no ha visto nada, jovencita —dijo con una voz profunda y maliciosa, tan serio que consiguió amedrentar a todos por completo.

—Entonces, si Alicia también consiguió su objetivo, ¿por qué la mataron y ocultaron el hallazgo a la opinión pública? —le preguntó de nuevo Dafne, ávida de aclaraciones.

—Bueno, la sala con supuestos poderes no lo fue tanto finalmente, nada de aquellas propiedades inexistentes que desde tiempos inmemoriales se le atribuyeron a la verdadera cruz en la que fue crucificado Jesús de Nazaret. Pero teníamos órdenes concretas de comprobarlo —revelaba aquel hombre misterioso—. Una vez confirmado lo que era de esperar, pasamos al plan B para llevar a cabo nuestro proyecto, de la mano de la ciencia. Y como en el fondo somos unos románticos, decidimos llevarlo a cabo en el entorno más cercano posible a la dichosa sala, porque mi jefe así lo demandaba, rarezas de las personas... —ironizó—. Por eso compramos este inmueble casi en ruinas y lo adecentamos, incluso construimos una entrada privada a la sala de la cruz como habéis podido comprobar. No se pueden imaginar lo que nos costó ocultar el hallazgo de la sala con todo ese tinglado creado por los musulmanes a la hora de mostrarla. Torres arriba y abajo, los mausoleos... fue horrible. Por suerte pudimos revertir el automatismo y, a base de mucho dinero, acallando ciertas bocas insurgentes y jugando la baza del dañino terremoto que, por unos segundos, hizo temblar la venerada Alhambra, conseguimos reconducir la situación en la dirección que nos interesaba. Y es que todo el mundo tiene un precio, querida Dafne —explicaba

haciendo una mueca malévolamente.

—¿Y quién es ese jefe misterioso suyo? —preguntó.

—¡Oh, querida, pronto lo sabrá, pronto lo sabrá... pero todo a su debido tiempo! —dijo intrigantemente—. En cuanto a Alicia... Se convirtió en un problema, esa es la verdad, y Uno, dejando de lado sentimentalismos más propios de adolescentes barbilampiños, hizo lo que tenía que hacer... —continuó acercándose al sicario para golpearle en la cara de manera paternal con su mano derecha, hasta tres veces, mientras el susodicho miraba fijamente a Dafne en todo momento, con los ojos anegados, pero terriblemente serio, hasta el punto de derramar alguna que otra amarga lágrima sobre suelo granadino—. Vengan, les mostraré algo interesante —les pidió a todos haciendo un gesto con la mano cuando comenzaba a desplazarse en dirección a una de las puertas del patio.

—¡Vamos, ya le han oído! —vociferó el hombre sin pasamontañas apodado Uno recuperando su endereza, después de su doloroso recuerdo.

Entraron a una estancia de la casa que debía ser un salón comedor dispuesto con varios sofás antiguos y una televisión, así como una enorme mesa de madera de robustas patas ornamentadas con sus correspondientes sillas a juego tapizadas en rojo y anquilosadas en los ochenta. De ahí pasaron a un estrecho pasillo por el que siguieron al viejo hasta unas escaleras que, tras una curva muy cerrada, ascendían en sentido contrario, sin tener ni idea de qué demonios iba a ser de ellos. Don Rafael, interiormente, maldecía el momento en que se le ocurrió seguir a aquellos jóvenes a las profundidades de la Alhambra, pues a la vista de la situación, por muchas emociones que viviera con intensidad juvenil tras los increíbles hallazgos de los que había sido testigo, no había sido una buena idea.

—¡Aquí es, señoras y caballeros, ya llegamos! —dijo señalando una doble puerta blanca tal y como subieron las escaleras, al fondo de otro pasillo más amplio, que más bien parecía el acceso a un recinto hospitalario que una habitación más de aquella vivienda, probablemente un hermoso palacete en el pasado—. ¡Aquí fue donde la ciencia obró el milagro! —indicó ya en el interior, girándose hacia sus invitados involuntarios según iban pasando a esa sala blanca y pulcra.

—¿Un laboratorio? —preguntó Dafne hartándose de tanta intriga—. ¿Qué papel juega un laboratorio en todo este lío?

—¡El más importante, querida, créame! —aseguró sonriendo con gesto amable—. Como ya le había dicho, con el esoterismo del plan A descartado, pasamos al plan B de la mano de la ciencia. ¿Sabe?, gestar una obra de ingeniería genética como la que ambicionábamos no era nada sencillo —explicaba con total calma, paseando con las manos cogidas por su baja espalda de nuevo, delante de la fila horizontal de la que conformaban Dafne y sus amigos en aquella enorme sala pulcramente blanca, con Marco siempre en un segundo plano, al margen de estos. Se trataba, sin duda, de un laboratorio de altas prestaciones, repleto de carísimas maquinarias de alta tecnología dispuestas en perfecto orden de revista, pues todo estaba limpiísimo y ordenado en sus diferentes bancadas de trabajo, como si de un quirófano quirúrgico se tratase—. Así que pusimos toda la carne en el asador en torno a ese otro procedimiento, escogiendo a las personas más cualificadas de nuestras empresas de biotecnología para liderar la gran gesta, y ahí fue donde entra en escena un buen hombre, Gonzalo del Valle, el marido de Alicia, uno de los mayores idealistas que he conocido jamás. Aunque, a decir verdad, su influencia en el proyecto comenzó antes, pues le hicimos creer que fue él quien nos descubrió el interesantísimo trabajo que pretendía llevar a cabo su querida esposa con la búsqueda de la sala; pero nosotros, por aquel entonces, ya le seguíamos la pista muy de cerca, dejándola que avanzase lo máximo posible en la consecución del hallazgo por sus propios medios, si es que era real, que no lo sabíamos, hasta que vimos que necesitaría un

pequeño empujón, por ello se lo brindamos gustosamente, atribuyendo los méritos a Gonzalo — seguía con la extensa explicación de aquella trama, tan compleja y enrevesada que parecía sacada de una novela de la mismísima Agatha Christie.

»El caso es que pusimos en marcha el plan B, pero para hacerlo tuvimos que, digamos, camuflar en cierta manera el verdadero objetivo de nuestro proyecto; de lo contrario, Gonzalo del Valle y su equipo jamás se habrían prestado a semejante acto, totalmente opuesto a sus principios activistas. Los engañamos vilmente para traerlos a trabajar aquí, en este laboratorio encubierto de alta tecnología, con objetivos ficticios que nunca fueron los que realmente perseguimos. Incluso les invitamos a firmar férreos contratos repletos de prohibitivas cláusulas de confidencialidad con relación a lo que hacíamos aquí, tanto para los implicados directos como para los indirectos; es decir, a sus parejas.

»Por aquel entonces, Alicia ya recelaba de nuestra corporación, puesto que le negamos la posibilidad de sacar a la luz el hallazgo de la sala, el trabajo de toda una vida, así como de los objetos valiosos de los mausoleos que encontramos de rebote, alegando que primero habría que poner en orden, a nivel jurídico, todo lo referente en cuanto a pertenencia y propiedad de lo encontrado, junto al patronato de la Alhambra. Pero como estuvo dada de alta en nuestra empresa durante unos meses y había firmado los contratos de privacidad, no podía contar absolutamente nada. Todo era mentira, lo único que hicimos fue esforzarnos al máximo para tapar el asunto y que no saliese a la luz, y así no poner en peligro nuestro plan B y ganar tiempo. Fue en ese momento cuando tuvimos que garantizar el silencio de muchas de las personas implicadas, cuando Uno y sus seis entraron en escena para velar por nuestros intereses.

»Uno seguía de cerca los pasos de Alicia, con su permiso, claro está, para protegerla supuestamente de agentes externos que amenazaban nuestro proyecto, le dijimos... Fanáticos, prensa sensacionalista y demás sanguijuelas que quisieran sacar tajada de su obra. Ella aceptó ser controlada parcialmente —entrecomilló con los dedos— por Uno y sus chicos, así como tantos otros. Teníamos que acotar cualquier riesgo potencial de fuga de información o cualquier otro que surgiese por todos los medios, y Uno y su equipo de contención hicieron un trabajo extraordinario; mientras, en segundo plano, continuábamos con el desarrollo entre estas cuatro paredes de nuestro genial movimiento final, un jaque mate en toda regla al sistema.

»Si me permiten, me voy a sentar, pues uno ya está un poco ajado por los años y mis articulaciones me invitan a descansar. En fin y para no extenderme demasiado, he de aclarar que lo hicimos. Gracias a Gonzalo del Valle y su equipo conseguimos crear algo inédito, dos seres vivos gestados en la probeta de un laboratorio, con unas condiciones genéticas especiales que los llevaban a ser únicos, pues nunca se había hecho algo similar a nivel de manipulación del ADN.

—¿Se refiere a que crearon personas? —preguntó África.

—¡Sí, eso es exactamente a lo que me refiero, señorita! —reconoció—. Creamos de la nada a dos personas a nuestro antojo, pero no se trataba de dos personas cualquiera, no. Hablamos de dos personas que, probablemente, cambiaron el devenir de la humanidad con sus actos. Dos de esas personas especiales de las que hay muy pero que muy pocas a lo largo de la historia. Dos personas que se encuentran enterradas aquí, en esta increíble ciudad que nunca te deja indiferente, que siempre entraña una sorpresa más, un nuevo tesoro en las innumerables formas que pueda haberlo.

—¿No se referirá a ...? —preguntó Dafne sin que el anciano la dejase terminar la frase, aguando así el placer de ser él quien anunciase tan ilustres nombres.

—Cuando bajamos a la preciosa Capilla Real con un permiso especial de todos los agentes encargados de velar por la seguridad del célebre panteón —Dafne se echó las manos a la cabeza,

al igual que África. Don Rafael se tapó la boca y de nuevo lloró en silencio, con un compendio de sensaciones variopintas que recorrían su interior y que iban desde el más puro terror a la sorpresa, pasando por una cierta admiración enfermiza— para, supuestamente, coger unas muestras genéticas de los restos, a fin de realizar comparativas en cuanto a la evolución del ADN, entre otras muchas cuestiones técnicas que no vienen al caso, nadie podía imaginar lo que nos traíamos realmente entre manos. ¡Sí, queridos amigos, nuestra corporación tuvo el honor de llevar a cabo la clonación, ni más ni menos, que de los Reyes Católicos! —dijo ratificando por fin las sospechas de Dafne.

—¡No me jodas! —soltó de buenas a primeras Inari, pues ni tan siquiera él podría haber imaginado jamás semejante maquinación.

—¿Han clonado a los Reyes Católicos? —preguntó Kilian alucinando—. ¿Por qué?

—¿Y por qué no, si éramos capaces? —respondió con otra interesante pregunta con un trasfondo infinito a debatir.

Dafne abrió los ojos como si de pronto una corriente eléctrica hubiese recorrido todo su cuerpo de arriba abajo. Pues algo así debe suceder cuando una idea mareante por su inquietante naturaleza se instala en tu pensamiento. Una grandiosa y excitante a la par que controvertida y terriblemente turbadora. Una tan colosal que las piernas le parecieron flojear por la revelación interior repleta de certezas incontestables que no se podían explicar racionalmente. Certezas que más tienen que ver con la sangre que corre por las venas, con valores y sentimientos tan profundos que trascienden épocas e incluso vidas, con mentalidades tan soberbias y actitudes tan valientes y aguerridas que inspiran el mundo por siempre tras su paso.

Ese enigmático viejo la miró de manera muy especial, certificando la elucubración más loca que jamás hubiera pensado experimentar, pero que, a su vez, cuadraba todas las piezas desajustadas de su vida de manera milimétrica y fuera de toda duda.

—Sí, querida, con la búsqueda de la sala mágica, lo que intentamos hallar en realidad era el poder de la reencarnación, como bien estás empezando a entender. —Todos la miraron al instante, intuyendo por fin a qué se refería aquel hombre con su larga exposición pormenorizada. Dafne miraba al suelo llorando. Se sentía emocionada y aterrada al mismo tiempo, no podía alzar la vista. Por fin había encontrado y, de un solo plumazo, respuesta a decenas de interrogantes que se cernían en su nimia existencia desde que tuviese uso de razón, aunque, pensándolo bien, puede que el uso de razón comenzase ahora, en ese mismo instante de trascendente revelación personal. Kilian la miraba sin poder creer aquellas insinuaciones del anciano. Le parecían asuntos más bien relacionados con la ciencia ficción que con la realidad—. ¿Cuánto tiempo queda? —le preguntó con voz calmada el anciano como si se hubiese deshecho de un bagaje pesado, enorme e innecesario que anidaba en su interior al exponer tan concienzudamente aquella inimaginable trama de ingeniería maquiavélica. Dafne rompió a llorar con aún más intensidad, porque sentía que era verdad, que todo aquello que había contado ese detestable sujeto era la esencia real de su naturaleza, y eso por un lado le reconfortó al conocer de una vez por todas su origen y procedencia, pero, por otro, la entristecía profundamente, pues descubrió que no era más que el resultado de un espantoso experimento. Su vida no era suya, no le pertenecía ni era real, o al menos así lo sintió en aquel significativo momento. Miró el cronómetro del reloj desconsolada.

—Algo más de dos horas —dijo con voz entrecortada, confirmando que era cosa de ellos, tal como intuía—. ¿Soy...?, ¿soy yo...? —No podía continuar, porque ahora entendía tantas cosas, tanta pasión inexplicable por una tierra única, tanta devoción por el arte y la cultura que rodeaba a su ciudad, como si de un atávico embrujo mágico se tratase, porque en realidad así era, de alguna manera, pero en este caso de la mano de la ciencia. Los sentimientos que a lo largo de toda su

vida había experimentado por su Granada del alma no eran sino las pequeñas briznas del eterno y portentoso amor que en otra vida sintió por aquella ciudad, causante de sus mayores desvelos, proyecto final de toda una vida de sacrificio sin igual; pero no una cualquiera, sino de una vida realmente irrepetible.

—¡Sí, querida, eres tú, eres Isabel I de Castilla, Isabel la Católica! —certificó finalmente, provocando que Dafne se marease hasta el punto de tener que ser sostenida por África, a su lado, para no darse de bruces contra el suelo.

—¿Qué...?! —dijo Daniela atónita.

—¡Isabel la Católica, clonada... mi amiga! —balbuceaba África estupefacta, que acarició la preciosa cara de su compañera con mimo y ternura, secando sus mejillas anegadas.

—¡Venga ya...! —exclamó perplejo Inari con apenas un etéreo hilo de voz agudo e ininteligible; tal era su asombro, que a punto estuvo de quedarse sin habla.

—¡Dafne! —dijo Kilian haciendo ademán de ir a consolarla, pero uno de los matones le insinuó, pistola en mano, que no se le ocurriese moverse.

—¿Y por qué? —preguntó Daniela, también emocionada por su amiga, pero con más capacidad que ella para continuar hablando—. Y no nos vuelva a vender la moto con eso de, «¿y por qué no?». Porque uno no lleva a cabo una obra semejante solo porque tiene la posibilidad, por muy narcisista que sea. Todo esto debe tener un objetivo final tan grande como su gesta a la hora de elaborar semejante locura y, lo que es más difícil, ejecutarla correctamente hasta llevarla a buen puerto. —El viejo sonrió de nuevo mostrando sutilmente destellos de un lado malévolos, el que necesariamente debía ser inherente a su persona como para llegar a semejantes cotas de infamia.

—Es usted una chica inteligente, es una lástima, pues habría llegado a ser una gran periodista, investigadora o novelista; o puede que todo a la vez, quién sabe —dijo dejando helada a Daniela y sin capacidad de réplica al poner de manifiesto el conocimiento que poseía de su persona, pero, sobre todo, por la implicación fatal que contenía, para ella, aquel halago envenenado. Debían tener tremendamente estudiados a todos y cada uno de ellos—. Tiene usted razón, hay otro motivo más allá de la simple posibilidad de ejecución de ese plan, y gira en torno a esa cuenta atrás. Resulta que en este laboratorio no solo se consiguió clonar a los Reyes Católicos con éxito; es decir, obteniendo como resultado fetos sanos e idénticos al ser de donde fueron extraído los restos de ADN, sino que, además, gracias a la genialidad de Gonzalo del Valle, logramos ir un paso más allá en el apasionante mundo de la manipulación genética —narraba gustándose, tomando su tiempo para explicar todo a su gusto y controlando los tiempos como el veterano orador que era.

»¿Nunca se han preguntado cómo encajaría en nuestro caótico mundo actual una de las personalidades históricas del pasado? Me refiero a los grandes revolucionarios, para bien o para mal, que cambiaron el devenir de nuestra sociedad en sus respectivas épocas y áreas de influencia, claro está. ¿Qué sería de ellos si volviesen a vivir? ¿Serían tan geniales, tan bárbaros, tan locuaces y decisivos como en su momento, o sus personalidades sacadas de su contexto social e histórico no tendrían nada que ver? ¿De qué sería capaz Einstein en este mundo de supercomputadoras e hiperconexión, revolucionaría de nuevo las ciencias o no? ¿Y Cristóbal Colón cómo sería en la actualidad? ¿O el propio Aristóteles sería tan genial como en su momento lo fue? ¿Quizá más? George Washington, Karl Marx, William Shakespeare, Alejandro Magno, Descartes, Miguel Ángel, Julio César, Maquiavelo, Freud, Voltaire... y tantos otros genios irrepetibles. Imaginad por un momento recuperarlos, ¿cómo serían en un contexto diferente al suyo? ¿No os parece una reflexión deliciosamente succulenta? —seguía con su exposición casi teatralizada.

»Pues ahora imaginad recuperarlos para el mundo, pero no solo a nivel biológico mediante

clonación pura y dura, sino también en esencia. ¿Que cómo se hace eso?, os preguntaréis. Dotándolos de una potente arma: sus recuerdos.

—¿Cómo que sus recuerdos? —le preguntó Kilian intrigadísimo.

—Tú te llamas Kilian, ¿estoy en lo cierto? —se interesó el viejo dirigiéndose hacia a él para colocarse a muy poca distancia del chico.

—Sí, veo que ha hecho bien sus deberes —le respondió.

—Siempre he sido muy dispuesto —replicó—. ¿Y si le dijese que, en apenas unas horas, va a aflorar en su compleja mente una serie innumerable de recuerdos que, de pronto, se instalarán sin más en, por así decir, la base de datos de su cerebro? ¿Qué pensaría?

—Lo mismo que pienso en este momento, que ustedes son unos asesinos y unos dementes —dijo con rabia—. ¡Eso es imposible!

—Aguerrida respuesta, no cabe la menor duda de que hemos hecho bien nuestro trabajo... —insinuó desconcertando al joven—. Es cierto el hecho de que hasta la fecha ha sido imposible, como bien comenta. Pero a partir de esta misma noche ese sueño inalcanzable, esa quimera irrealizable, se va a transformar en una realidad demostrada, querido Kilian. Por cierto, ¿no ha recibido usted, al igual que su apreciada Dafne, una misteriosa cuenta atrás por correo electrónico? —El joven palideció. Dafne lo miró extrañada, pues este no había dicho nada.

—Sí... puede que sí, aunque lo obvié para no sumar más tensión al grupo esta noche —reconoció con sinceridad mirando a Dafne.

—Muy bien, todo se va aclarando al fin —decía el viejo disfrutando de su posición de poder—. Pues a colación de la imposibilidad que ve usted a la hora de devolver los recuerdos a un ser humano, clonado de otro que vivió en una remota época, le diré que, con ciertas modificaciones genéticas, en teoría, hemos logrado que nuestros sujetos experimentales recobren la memoria del individuo original a nuestro antojo. A los veintitrés años, para ser exactos, cuando nuestro equipo entendió que el cerebro de una persona ya es lo suficientemente maduro como para soportar la carga emocional que conlleva el vuelco de recuerdos, como lo llamamos. Así que, cuando expire la cuenta atrás, usted recobrará la memoria que le pertenece, Kilian, ¿o puedo llamarle ya don Fernando II de Aragón? —Todos giraron su mirada de súbito hacia él, impactados por la nueva revelación. La noche estaba siendo tan intensa que apenas se dieron cuenta de que esta ya tocaba a su fin y no a mucho tardar amanecería sobre la Granada de los Reyes Católicos; al parecer, de vuelta a su ciudad.

—¿Qué? —soltó el chico atónito.

—¿Kilian es Fernando II, el rey católico? —preguntó Inari alucinado—. ¿Y yo quién soy?, ¿Atila, el rey de los hunos? —bromeó incluso en semejante situación—. ¡Joder, menuda nochecita...! —dijo poniendo los brazos en jarra mientras contemplaba a Kilian con cierta pleitesía.

—Así es, muy señores míos —afirmó el líder misterioso obviando el bobalicón comentario de Inari—. Ustedes son los Reyes Católicos, ni más ni menos. Puede que una de las parejas más determinantes en la historia de la humanidad. Y también puede que eso explique muchas cosas, ¿no creen? ¿No os resulta fascinante que, cientos de años después, en un mundo que nada tiene que ver con el que ustedes gobernasen con puño de hierro, regresen a la vida de mano de la ciencia y vuelvan a emparejarse...? Es algo increíble, incluso más que eso, fascinante. Al ser testigo de este tipo de milagros inverosímiles de la naturaleza humana, uno puede llegar a pensar que existe realmente eso del destino —reflexionaba de manera interesante el anciano—. Son idénticos, como pueden comprobar, y pronto recobrarán sus recuerdos, que serán compartidos en sus cerebros con los de esta otra vida, con las ventajas que ello supone, pues como bien se suele decir: el saber no

ocupa lugar —finalizó dejando a cuadros a todos.

—¡Pero mi cumpleaños no es esta noche, sino en tres semanas! —aseguró Kilian.

—No sé lo que le habrá dicho su familia de acogida, pero usted cumple años exactamente al mismo tiempo que su querida Dafne, en... —dijo mirando la cuenta atrás que este también llevaba en un reloj de pulsera— una hora y cuarenta y tres minutos para ser exactos.

—¡No puede ser! —expulsó Kilian—. ¿¡Soy adoptado!?

—De eso no cabe duda, se lo aseguro —dijo el viejo—. En realidad, ese no era el plan inicial, pero cuando Gonzalo del Valle descubrió que le habíamos mentido y que el experimento no solo se iba a llevar a cabo a nivel embrionario teórico, por así decir, las cosas se complicaron. Alicia y Gonzalo, junto al equipo de este último, se opusieron rotundamente a que gestásemos los embriones en vientres de alquiler, pero no podían hacer nada para evitarlo, tanto por los millonarios contratos de confidencialidad que habían firmado como por el simple hecho de que conocían el poder de la corporación y lo que suponía enfrentarse a ella.

»Así que, al parecer, urdieron un plan durante semanas para llevarse a las criaturas recién nacidas, a vosotros, claro. Cuando nacisteis aquí, en esta casa, y acabamos con vuestras madres biológicas, ellos os raptaron, escapando por el mismo túnel por el que hoy habéis vuelto aquí. El túnel, hasta pasar por debajo el Darro, lo construimos nosotros, pero más allá conecta con multitud de galerías mineras, ahora cegadas, que salen en diferentes puntos de la Sabika y, por supuesto, del complejo de la Alhambra —seguía arrojando luz sobre las vidas de Dafne y Kilian, que, muy emocionados, trataban de contenerse.

»El caso es que, para resumir y no extenderme más, pretendían salvaros, según ellos, para que no os tratásemos como cobayas de laboratorio y por eso huyeron por separado con vosotros. La noche de la gran tormenta los buscamos por toda la Alhambra. Uno y los suyos se tuvieron que emplear a fondo hasta que dieron con Alicia y Gonzalo en lo más profundo del Albaicín, en donde esta te dejó —dijo refiriéndose a Dafne— en la entrada de una humilde casa con intenciones de burlar nuestro cerco. Cuando localizamos a los bebés, los dejamos ir momentáneamente y nos dimos cuenta de que podría ser buena idea que se criasen por sus propios medios, pues era interesante ver la forma en la que se desenvolverían los individuos clonados por sí mismos en este mundo inhóspito. Se trataría de un genial banco de pruebas. En ese momento, Uno hizo una visita a Alicia, su amor no correspondido, y a Gonzalo, claro. No os contaré el final porque ya sabéis cómo acabaron todos.

»Por otro lado, Kilian tuvo una enorme suerte al ser adoptado por una poderosa familia de la que tan solo puedo decir cosas buenas, ya que fueron de los primeros mecenas de Alicia y su proyecto de búsqueda de la sala en origen, allanando el camino a la corporación. Sí, la verdad es que mantenemos buenas relaciones con ellos —seguía explayándose en sus explicaciones, dado que aún quedaba más de una hora y media para el momento culmen del plan que había marcado el devenir de su vida—. Os hemos seguido la pista de cerca durante toda vuestra vida; siempre estuvimos ahí, aunque vosotros no lo supieseis. Kilian lo tuvo fácil en cierto modo, pero, aun así, demostró la categoría de sus genes estando a la altura de su familia de acogida. Estoy seguro de que habría llegado lejísimos en los negocios. En cambio, Dafne, se tuvo que labrar el camino por sí sola y lo estaba haciendo genial; mis felicitaciones. —Hizo una leve reverencia—. Lástima que no puedan continuar con sus vidas, puesto que nos pertenecen y ha llegado el momento de obtener los ansiados retornos de nuestra multimillonaria inversión.

—¿Qué van a hacer con nosotros? —preguntó Kilian.

—Oh, no tiene de qué preocuparse, tan solo los estudiaremos de arriba abajo, al menos por un tiempo... —dijo con fina maldad—. En cambio, ellos —dijo haciendo alusión a don Rafael, que

palidecía, y a sus demás amigos—. En fin... más daños colaterales, ¿qué le vamos a hacer? Bueno, creo que ya hemos sido lo suficientemente condescendientes con todos ustedes, teniendo cuenta que van a desaparecer para siempre esta noche. —Sonrió—. Vamos, es el momento de empezar. Si todo va bien, queda poco tiempo para que comiencen a recordar —le dijo a Uno, que se fue derecho a por Inari y lo agarró del pescuezo.

—¡Pero hay algo que aún no me ha quedado claro! —exclamó en voz alta el chico cuando sintió que se los llevaban y no con buenas intenciones—. ¿Qué hay de todo eso que nos ha dicho antes de la grandeza del objetivo final, la gran gesta y toda esa movida? ¿El objetivo final es estudiar a sus especímenes clonados y ya está? ¿No hay nada en el trasfondo del asunto más excitante? Como amante de las conspiraciones, espero que no sea así, pues me decepcionaría que, un camino tan brillante, desembocase en semejante cenagal —metamorfozó el astuto chico ganando algo de tiempo y desviando la atención de todos. El anciano sonrió con una mueca algo forzada, puede que tocado en su orgullo.

—Veo que les había subestimado claramente, creo que es de justicia reconocerlo. En primer lugar, jamás pensé que serían capaces, por sus propios medios, de conseguir llegar a encontrar finalmente la sala de la Vera Cruz —comenzó diciendo de nuevo, poniéndose en pie—. Desde el mismo momento que extrajeron el manuscrito de la Casa de Porras, auguré que fracasarían con estrépito, pero me equivoqué. Incluso esta misma noche, a sabiendas de que se hallaban cerca, ya que llevaban todo el día en la Alhambra de arriba para abajo, estaba convencido de que, de ninguna de las maneras, serían capaces de introducirse en el palacio de los Leones y dar con la entrada de Yusuf I, mejorada por su hijo Mohammad V y filtrada en el manuscrito por Ibn al-Jatib, contrario a su secretismo. Y sí, me volví a equivocar. Pero aun revelándoles tan solo la ínfima parte de nuestro plan, por muy impresionante que pueda resultar a ojos ajenos como los suyos, que sin duda resultarían deslumbrados de buenas a primeras, son capaces de intuir que hay algo más, un trasfondo aún mayor, si cabe, que explicaría definitivamente tanto esfuerzo. Por todo ello, creo que se han ganado por derecho propio que les revele ese «algo más», a modo de homenaje, antes de acabar con ustedes, pues son personas admirables, de verdad, de esas que nunca se rinden ante las adversidades y siempre van un paso más allá que los demás —expuso tomándose unos segundos de reflexión interior—. En cierto modo, me recuerdan a mí.

»La corporación existe desde hace décadas y tiene un objetivo claro y conciso, escrupulosamente elaborado por mi jefe, para que fuese seguido al pie de la letra en sus diferentes ramificaciones. El camino trazado hacia dicho objetivo podía variar en muchos afluentes, siempre tenidos en cuenta por mi jefe, que estudió todas las variables posibles, dando órdenes concretas para cada uno de los escenarios potenciales que pudiésemos encontrar. En ese sentido, los miembros de la corporación tan solo nos hemos limitado a seguir estrictamente y al pie de la letra sus precisas indicaciones durante años como si fuese un guion preestablecido. De alguna manera, somos los ejecutores de su plan, en el que el Proyecto Alhambra, en realidad, tan solo es una probatura.

—¿Qué quiere decir? —preguntó África—. Creo que, como no sea más preciso, no lo vamos a entender —sugirió.

—Descuide, lo seré —comentó—. Tal y como acabó la Segunda Guerra Mundial, se dio inicio de manera automática a la operación que engloba el Proyecto Alhambra, pues este tan solo es una fase más del conjunto, importante y casi definitiva, sí, pero solo una etapa más de otras muchísimas que componen un engranaje de precisión que viene siendo engrasado por la corporación y sus miembros desde hace unos ochenta años. Operación Advenimiento, esa es la nomenclatura que engloba todas estas fases que les comento.

—¿Operación Advenimiento? —preguntó confusa Daniela—. ¿Advenimiento de qué?

—La pregunta apropiada sería de quién —insinuaba el viejo, jugueteón—. Como les decía, tras la conclusión de la histórica contienda con la victoria de los aliados, multitud de células latentes repartidas por los principales países del mundo, preparadas para dar inicio a dicha operación desde muchos años atrás, se activaron. La prioridad de mi jefe siempre fue salvaguardar su causa por encima de todo lo demás, incluso de él mismo. Por eso, precisamente, urdió este entramado laberíntico de pequeñas facciones que comenzarían una nueva batalla, una velada y silenciosa de cara al mundo moderno que estaba por llegar. Durante las siguientes décadas, estos pequeños grupos de infiltrados de la corporación en todas partes del mundo, por así llamarlos, se esforzaron en establecerse con pujanza para arraigar en sus zonas de influencia, como tenían establecido inicialmente que debían hacer para, una vez logrado este primer paso, comenzar su crecimiento y expansión —continuaba su evocadora y sosegada narración sin que los amigos tuviesen la más mínima idea de hacia dónde les conducía.

»Crearon empresas de todo tipo: industria, construcción, alimentación, materias primas, petróleo, armas, farmacéuticas, sector financiero, exportación e importación, etcétera. Fundaron partidos políticos independientes los unos de los otros para que no se les pudiese relacionar a simple vista. Implantaron poderosísimos fondos de inversión en los que especulaban las familias más adineradas, poderosas e influyentes de cuantas había en cada país de los que estaban establecidos, así como todo tipo de compañías relacionadas con la comunicación, tales como periódicos, radios e incluso editoriales literarias. Todo estaba en marcha. Las unidades instauradas en medio mundo pronto proliferarían, envolviendo a este con su arraigo hasta extender sus tentáculos como una plaga que abarcaría al planeta con un abrazo asfixiante.

»Algunos lustros después, alrededor de los años sesenta y setenta, conseguimos el poder y el posicionamiento que nos propusimos. Se trataba de los sólidos cimientos sobre los que se asentaría el grueso de nuestra anhelada operación. Era hora de iniciar una segunda fase en la que nos ocuparíamos de buscar, hallar y catalogar algunas decenas de vestigios junto a los supuestos poderes sobrenaturales que se les presumía y seguir pistas de antiguas civilizaciones en torno a todo tipo de temas esotéricos que pudiesen otorgarnos ciertos beneficios en pro de la causa. Nuestros expertos arqueólogos, investigadores y científicos recorrieron medio mundo en busca de todos ellos: Roma, El Vaticano, México, Egipto, Francia, Alemania, incluso buena parte de Suramérica, entre otros tantos que no lograría recordar; y, por supuesto, España, en donde teníamos varias células repartidas por la península. Dimos con el paradero de casi todos los vestigios de la lista sin conseguir nada interesante que nos ayudase en la consecución de la operación, por ello esa ramificación fue perdiendo fuelle en favor de una segunda, centrada en la ciencia y sus posibilidades tangibles. A partir de ahí y sin abandonar nunca por completo el tema del esoterismo, pues así lo deseaba mi jefe, los mayores recursos de la corporación se reorientaron hacia la ciencia y la tecnología.

»Comenzaban los ochenta y el sector de la informática pronto revolucionaría de nuevo el mundo de la industria y la comunicación, sumado al salto tecnológico imparable que supondría internet. La corporación lo sabía y apostó fuerte por todo tipo de empresas de I+D, investigación y desarrollo, que por medio mundo se enfocaban en todo lo referente a la tecnología y sus aplicaciones en campos como el sanitario y el armamentístico, principalmente, entre otros muchos. Y así pasaron algunos años más en los que acompañábamos la evolución natural del mundo, adaptándonos a él para seguir en la cresta de la ola en todos los aspectos que se nos exigía.

»Llegó la década de los años noventa y, con ella, el punto óptimo de maduración tecnológica de la ciencia, por fin se nos brindó la oportunidad de dar inicio a la fase final de la Operación

Advenimiento. Justo en el año...

—Noventa y seis... —susurró Dafne lamentándose.

—Efectivamente, mi admirada Isabel, ¿puedo llamarle así o le molesta? —Dafne lo fundió con su mirada.

—En el 96 se inició a la fase final del grueso plan, previa búsqueda infructuosa de la sala mágica, pues no lo era tanto en realidad —decía el oscuro sujeto—. Decidimos quedarnos en Granada por romanticismo, como antes os he dicho, pero también por la benevolencia que las autoridades judiciales tenían con todo tipo de mafiosos, corruptos, narcotraficantes, señores de la guerra e incluso genocidas que veraneaban en el litoral español, como comprobamos durante décadas. España era el paraíso de todo aquel multimillonario que no quería dar la más mínima explicación de cómo diantres había conseguido hacerse tan asquerosamente rico, pues a nadie le importaba mientras siguiera gastando aquí, en este alegre país.

»Vuestro nacimiento dio paso a la fase final, el Proyecto Alhambra. De sus resultados se sacarían las conclusiones definitivas para llevar a cabo, por fin, la consecución de la operación con el decisivo advenimiento.

—¿Es posible que esté hablando de quien creo realmente? —insinuó Inari serio, como nunca antes—. ¡Dígame que no, por favor! —El viejo hizo una leve mueca de satisfacción al percibir el miedo en la cara de Inari.

—Mi nombre es Adler Hitler, primogénito de Adolf Hitler. Soy el responsable principal de la Operación Advenimiento. Gracias a ella, mi padre volverá a existir aquí, en este mundo totalmente diferente al que él conoció, pero volverá —reveló el temible hombre con un brillo espeluznante en su mirada repleta de orgullo, cuadrándose amenazante, tan firme como cuando un militar va a recibir la mayor de las condecoraciones al valor de manos de la máxima autoridad. Su lapidario mensaje produjo un silencio sepulcralmente y aprensivo en Dafne y sus amigos, que se encontraban cercanos al desmayo.

—¡Heil Hitler! —gritó de pronto Uno, rompiendo pavorosamente aquel mutismo y sobrecogiendo a todos con los clásicos vítores nazis.

—¡Heil Hitler! —le secundaron todos los demás haciendo el saludo nazi, incluido el viejo repulsivo.

—Él dejó todo dispuesto para llevar a cabo el plan —continuó su soflama, tan inesperada como aterradora—. Sabía que este momento llegaría antes o después de la mano del esoterismo que tanto le atraía o de la ciencia, tanto le daba, pero quería volver a vivir para completar su obra. —Inari, normalmente risueño al teorizar sobre complots de tal magnitud, palidecía con el vello de punta con cada palabra de las que decía aquel supuesto hijo de uno de los mayores monstruos de la historia de la humanidad—. En cuanto comprobemos que los recuerdos afloran en vuestras mentes como esperamos, pues así lo dispusimos a tal fin, estaremos preparados para el regreso de mi padre, con un poder tan enorme que no seríais capaces de imaginar ni por mil vidas, os lo aseguro.

»Su plan de invasión tácita ha sido todo un éxito, ahora solo falta coronar el proyecto con la vuelta del líder, mi Führer, para que tome las riendas de la causa. ¡Y creedme, en esta ocasión nadie lo podrá parar...! —aseguró dejando petrificados a todos, incapaces de reaccionar—. ¡Ah, por cierto! Os presento a parte de las SS, en su versión actualizada, claro está. Se trata de los nuevos grupos de élite de mi padre. Hemos tenido a bien actualizar sus siglas, pues ahora las conocemos como S al cuadrado, por lo manidas de las anteriores —seguida con su discurso mientras Dafne recordaba los tatuajes del cuello de sus raptos. Ahora todo tenía sentido.

»En los juicios de Núremberg nos diezmaron, como estaba previsto. Por eso, mucho antes,

plantamos brotes de nuestra raza aria por todo el mundo, para que, pacientes, germinasen a la espera de la vuelta de su líder supremo —dijo quitándose por fin la careta—. Yo fui engendrado con el único fin de dirigir este proyecto y adiestrado desde la infancia para ser capaz de llevarlo a buen término, como piedra angular de la operación, porque él así lo dispuso. Jamás tuve la oportunidad de conocerle en vida, tal fue su celo en torno a mi anonimato; pero, ahora, al final de la mía, a mis casi noventa años, he obtenido el mayor regalo que pudiese esperar un hijo como valiosa recompensa al trabajo de toda una vida. Se trata de la culminación con la que llevo soñando desde que era un adolescente, tener el privilegio de conocer a mi padre vivo, antes de morir, aunque ni tan siquiera él lo sepa, todavía... —comentó paradójicamente, dirigiendo su mirada hacia Marco—. ¿Verdad, padre? Sus amigos lo miraron paralizados.

—¡Heil Hitler! —gritó Uno, de nuevo, aun con más brío y emoción en su rostro.

—¡Heil Hitler! —se unió el resto exaltados, con la mano alzada al cielo.

—¿Ma... Marco es Hitler clonado? —preguntó Dafne pávida. Don Rafael rompió a llorar, gimoteando como un niño asustado ante tanta tensión emocional.

—¡Ahora sí que estamos jodidos...! —añadió Inari.

—Vuestro querido amigo Marco es la versión veinteañera de nuestro Führer, mi padre —dijo el viejo acercándose a él ceremoniosamente—. Marco, aún amordazado, no daba crédito a cuanto escuchaba, le costaba creer semejante aberración, pues no se sentía, de ninguna de las maneras, capaz de llevar a cabo nada semejante a lo que había estudiado que hicieron los nazis con millones de personas. El viejo acercó sus manos despacio a la cinta que le cubría la boca y se la aflojó por la parte de detrás hasta liberarla. Después le cogió la cara con sus dos manos, frente a la incredulidad de Marco, que parecía estar paralizado, pues no articula palabra alguna ni se movía, y le besó en la mejilla con tal enjundia que se llegó a emocionar, vertiendo él mismo alguna que otra lagrimilla.

»Mi padre tiene un año menos que vosotros, como bien sabéis. Cuando comprobamos que todo iba perfectamente con vuestras gestaciones, iniciamos su proceso de clonación —reveló—. Sus restos genéticos aguardaban a buen recaudo el momento en que devolverían a la vida a mi padre. Si todo va bien esta noche con vosotros, el próximo año tendremos de vuelta al Führer, espero que mi cansado corazón me permita departir con él antes de reunirme con el Altísimo para agradecer la confianza ciega que, en su momento, depositó en mí —decía mirando a Marco a los ojos mientras ponía las dos manos sobre sus hombros—. Por el momento, aprovecharemos el tiempo que nos queda para su adoctrinación y para mostrar el nuevo imperio repleto de recursos que posee, cual arma definitiva a usar a su libre albedrío, cuando regrese completamente. Espero que, algún día, pueda sentirse orgulloso por el trabajo realizado. —Marco apenas pestañeaba.

—¡Ja, ja, ja! —rió Inari de pronto sorprendiendo a todos, cargándose el emotivo reencuentro, en este caso, padre e hijo, con unas risotadas tan sinceras y fuera de lugar, dado las circunstancias, que cualquiera hubiese jurado que había enloquecido—. ¡Ja, ja, ja, ja, ja! —rió aún con más ganas, incluso poniendo sus manos en el estómago y doblándose hacia delante.

—¿Se puede saber de qué coño te ríes, desgraciado? —le espetó Uno dando un agresivo paso hacia él.

—Nada, nada, perdona, es que es una pena... —dijo misteriosamente mientras intentaba contener la risa con grandes dificultades.

—A ver... —quiso saber el tal Adler—. ¿Qué es una pena, chinito? ¿Esto qué es, tu último circo antes de morir?

—Pues eso —comenzó con total guasa alzando las manos hacia el viejo y Marco, en referencia a ellos mientras se frotaba los ojos humedecidos por las carcajadas—, que esté usted toda la vida

esperando este momento y, cuando por fin consigue su objetivo, sea retransmitido en directo en internet... —dijo dejando pasmados a propios y extraños—. ¡Ja, ja, ja, ja! ¿A que tiene gracia?

—¿De qué coño hablas? —preguntó el viejo mucho más serio.

—Saludad todos a la cámara —solicitó cogiéndose la solapa de su traje, tratando de ponerla en la posición adecuada para que la cámara espía de su broche los enfocase perfectamente—. Decid: «¡Hola, mundo!».

—¡Es un farol, no me lo creo! —escupió el viejo.

—A esta hora, la emisión ya debe haber dado la vuelta al mundo. Apuesto a que ya tengo algún que otro millón de suscriptores en YouTube Live —dijo dejando a todos perplejos.

—¡Os dije que les quitaseis los móviles! —exclamó Uno hecho un energúmeno, cogiendo a uno de los suyos por la pechera.

—¡Y lo hicimos, están todos apagados! —se excusó este.

—¡Módem wifi USB de última generación! —anunció volviendo la solapa del traje donde llevaba el pisacorbatas de la S de Superman, con un diminuto *pendrive* insertado en la parte posterior del aparato espía—. Va como un tiro, merece la pena tener uno de estos por lo que pueda pasar. —Reía sin parar.

—¿Has estado emitiendo en directo en tu web? —preguntó Kilian.

—Desde el principio; bueno, en realidad desde que me abroncasteis por sacar el teléfono en la fiesta esnobista de la Alhambra. En ese momento inicié la emisión —confesó el joven irreverente—. Y no solo eso. Antes de comenzar a emitir, mandé un comunicado a prestigiosos medios digitales para advertirles de que algo gordo iba a suceder esta noche y que lo emitiría en directo. ¿No os parece una puta locura? ¡Lo dicho, por todo el mundo...! No creo que tarden mucho en venir. —Uno, encolerizado, sacó su pistola sin mediar palabra, elevó el brazo en su dirección, dispuesto a dispararle, y apretó el gatillo sin pensarlo ni un segundo, acertando sobre Inari de manera brutal. Suerte que Kilian empujó al sicario de las SS justo antes de la detonación y se abalanzó sobre él, con la fortuna de desviar el disparo de su destino deseado —la cabeza de Inari — a su hombro izquierdo.

El alarido de dolor de Inari cuando caía al suelo fue descomunal. Kilian consiguió que a Uno se le cayese el arma de las manos por lo inesperado de la embestida. Sus compañeros apuntaron enseguida al joven para dispararle.

—Ni se os ocurra apretar el gatillo, imbéciles, o yo mismo os despedazaré con mis propias manos —Kilian, que pensaba que iba a ser ejecutado en ese mismo instante, rio al ver cómo se abalanzaban a por él cuerpo a cuerpo, como estaba deseando desde el primer momento. Dafne empujó a otro de los sicarios para ponerse a salvo como Kilian y corrió a por Inari, que se encontraba tirado en el suelo, doliéndose de su maltrecho hombro. Daniela se le acercó, ambas levantaron al chico como pudieron, dado las ataduras de sus manos, y lo guiaron hacia la puerta con ayuda de África.

Dos de los nazis se interpusieron en su camino para cortarles el paso hacia la salida, mientras Kilian daba buena cuenta de todo aquel que se le acercaba con una contundencia pasmosa, aun con las manos unidas por las bridas. Marco empujó a su supuesto hijo, apartándolo de su camino, y se abalanzó a toda velocidad sobre los dos hombres que no dejaban huir a sus amigas. Tal fue el empujón de Marco a esos dos supremacistas, que los tres atravesaron un gran ventanal de cristal cercano que daba a la zona porticada de la primera planta del inmueble con respecto al patio interior.

En ese preciso momento, en el que las chicas bajaban las escaleras y salieron en dirección al patio de la alberca por la que habían entrado al edificio desde el subsuelo, ya se escuchaba el

zumbido del helicóptero de la Guardia Civil en las proximidades, que se acercaba para desazón del viejo Adler, que maldecía en un perfecto acento alemán nativo, con expresiones sonoras tan rotundas y malsonantes como el desagradable gesto de su cara, de un tono rojo importante por los gritos y la rabia que trasmitían sus esputos.

Marco, algo mareado, se levantó del suelo para tratar de descender a la planta baja, con los dos nazis aun tumbados, aturcidos. Mientras tanto, Uno, haciendo caso omiso de aquel sonido revelador, se fue derecho a por Kilian, que había acabado con la mayoría de sus compañeros y trataba de cortar sus bridas con el borde de aluminio de una máquina de las que allí había. El primer puñetazo que propinó el nazi a Kilian fue de tal contundencia que a punto estuvo de hacerle perder la conciencia, pero, por fortuna, pudo aguantar en pie al estamparse con mobiliario del laboratorio. Apoyado sobre unas estanterías repletas de útiles de laboratorio, Kilian, tambaleante, comenzó a lanzarle todo lo que encontró a su alcance. Recipientes de cristal, vacíos o con líquidos coloridos en su interior, bandejas agujereadas para introducir probetas con decenas de estas, aparatos electrónicos similares a un microondas... Todo le era válido para tratar de detener a ese mastodonte cabreado que se aproximaba con oscuras intenciones. Por fin cortó las bridas con el filo de un cristal roto que encontró y quedó liberado para tratar de hacer frente al nazi.

—¡Uno, déjalo, tenemos que huir! —le gritó el viejo al lado de una puerta para tratar de escapar del helicóptero, que, estático, sobrevolaba la casa y de él ya se descolgaban agentes de las fuerzas de asalto por cuerdas desplegadas desde el aparato, mientras uno de ellos hablaba por un megáfono y otro alumbraba hacia la vivienda, advirtiendo a todo el mundo que se detuviese en ese mismo instante o, de lo contrario, tendrían que abrir fuego.

Kilian, extenuado, no pudo detener la carga de Uno hacia él. Trató de lanzarle un puñetazo cuando lo tuvo cerca, pero el nazi no solo lo detuvo con facilidad, sino que lo agarró por el cuello e intentó asfixiarle sin que este apenas se pudiera defender. Kilian estaba en una situación límite en la que, incluso, ya se sentía desfallecer. Uno, moriría matando, como le habían enseñado, ante el reclamo constante de su dirigente, a quien ignoraba. Por eso Adler, agotado por su frustrado plan, decidió irse solo.

Kilian, con los ojos cerrados, estaba a punto de desplomarse al no poder respirar, con su cuello aprisionado por esa mano enorme y perversa del nazi de las SS hasta que, Dafne, que había vuelto en su busca, le golpeó con un extintor en la cabeza con todas sus fuerzas, mientras gritaba como una loca extrayendo, en ese último esfuerzo, las pocas energías que le quedaban ya a esas alturas, junto con toda la rabia, la impotencia y el miedo acumulados en los últimos días. Kilian se derrumbó de súbito junto a Uno y se golpeó la cabeza con estrépito contra el suelo, tal era su estado de debilidad.

—¡Kilian, Kilian! —se apresuró a decirle su amada acuclillada al lado, pero este no reaccionaba—. ¡Kilian, dime algo, por favor! —le gritó de nuevo golpeándole en el pecho, pero nada. Se agachó con urgencia sobre su boca para comprobar si respiraba, pero no percibió hálito alguno. Todo le hizo pensar que había entrado en parada cardiorrespiratoria, por ello comenzó a practicarle la reanimación cardiopulmonar. Con cada una de las compresiones acompasadas que llevaba a cabo Dafne en el centro del pecho de Kilian, mano sobre mano, la chica recordaba un momento vivido en aquellos intensos últimos días a su lado como si un veloz fotograma pasara frente a sus ojos desbordados, por el miedo de perder a ese amor tan real que había sido capaz de trascender la frontera del tiempo e incluso de la muerte, para encender de nuevo la llama de una pasión eterna.

Con las vías respiratorias abiertas, los labios de ella sellaron los de Kilian dos veces, después de las treinta compresiones correspondientes. Dos respiraciones que la hicieron recordar su

primer beso, apenas unos días antes. Cada vez que rozaba sus labios, le venían a la mente infinidad de situaciones en las que se besaban con fervor e ilusión desmedida. Seguía sin respirar. De nuevo compresiones. El agotamiento comenzaba a pasar factura en los exhaustos brazos de Dafne que, por momentos, se sentía sin fuerzas para seguir con el masaje cardíaco. No sabía cuánto tiempo más podría aguantar así, por eso comenzó a gritar para pedir ayuda.

Para paliar la falta de energía, utilizaba el peso de su cuerpo a la hora de comprimir el pecho de Kilian y que la sangre no dejase de circular. Hubo más gritos desesperados a punto de acabar el segundo ciclo de treinta compresiones. Se dejó caer sobre Kilian para ofrecerle dos nuevas respiraciones a través de su boca. Los sonidos de los agentes de la Guardia Civil en el patio arrojando a los nazis que iban encontrando por el edificio desviaron su atención por un momento. Alguien ascendía escaleras arriba muy aprisa, cuando Kilian comenzó a toser de repente, incorporándose como pudo hacia adelante entre los brazos de su salvadora, que lloraba sin consuelo como una plañidera, pero en este caso de alegría.

—¡Kilian, amor mío! ¡Gracias a Dios! —Lo abrazó con tanta fuerza que se sintió agobiado, reclamando un poco de espacio para poder recobrar tranquilo su respiración habitual.

—¿Qué... qué ha pasado? —preguntó aturdido.

—¡Lo hemos conseguido, cariño! ¡Lo hemos conseguido! —fue lo único que le dijo la chica mientras lo abrazaba con la máxima ternura, cuando tres agentes entraron en la sala y les preguntaron si estaban heridos. Ella, terriblemente emocionada tras percibir tan cerca el desastre, tan solo pudo señalar a Kilian para que le ayudasen a levantarlo. Mientras, con el rabillo del ojo, miraba en su reloj la cuenta atrás que pronto tocaría a su fin. «Cuarenta y siete minutos», se dijo interiormente.

CAPÍTULO XXVII

—¿Estás mejor, Kilian? —le preguntó Dafne en lo alto de la torre de la Vela, minutos después de que la Guardia Civil les dejara marchar después de tomarle sus datos, dada su extrema debilidad, tras emplazarles al día siguiente en sus comandancias para realizar un riguroso informe sobre todo lo ocurrido.

—¡Nunca he estado mejor! —le respondió el chico algo magullado mientras, apoyado sobre el muro de la torre, se deleitaba con la visión única de Granada amaneciendo desde la atalaya por excelencia, con el Albaicín por bandera y sus pulcras casas pintadas de blanco que no hacían sino otorgar aquella claridad maravillosa de la luz que existe en ese lugar incomparable. Una tierra de mezcolanza de culturas de tan valioso legado como pocas otras han experimentado jamás.

—¡Diez segundos! —dijo Dafne dulcemente a su chico, tomando sus manos para no quitarle ojo al brillo de su mirada, como si creyera que, en ella, pudiera detectar cualquier cambio en el interior de su persona—. Tres, dos, uno... —Silencio. Una sonrisa cómplice. Un vistazo a su increíble ciudad. Un beso de amor legendario.

—¡Bienvenida, mi señora!

—¡Bienhallado, mi señor!

DEDICATORIA ESPECIAL

Esta, mi quinta obra literaria, está dedicada especialmente a España, mi querido país y a toda su gente, así como a sus ciudades patrimonio de la humanidad como son Alcalá de Henares (Madrid), Ávila, Baeza (Jaén), Cáceres, Córdoba, Cuenca, Ibiza, Mérida (Badajoz), Salamanca, San Cristóbal de la Laguna (Tenerife), Santiago de Compostela, Segovia, Tarragona, Toledo, Úbeda (Jaén), con sus cascos históricos inscritos en la Lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO. Pero, por supuesto, y con el mismo cariño, también a todas las demás, como podrían ser Granada, Madrid, Valencia, Barcelona, Alicante, Logroño, Palma de Mallorca, Zamora, Sevilla, Huesca, Santander, Cádiz, Burgos, Guadalajara, Vitoria, Málaga, Pontevedra, Murcia, Pamplona, Lugo, León, Almería, San Sebastián, Orense, Palencia, Zaragoza, Bilbao, Santa Cruz de Tenerife, Huelva, Oviedo, Gerona, Valladolid, Albacete, Castellón de la Plana, Ciudad Real, Soria, Las Palmas de Gran Canaria, Teruel, La Coruña... seguro que entre otras muchas maravillosas y a los pueblos más bonitos del mundo que copan nuestra geografía de norte a sur y viceversa. ¡Va por todos vosotros!

España es inspiración en estado puro. España es pasado, presente y futuro. España es libertad y estilo de vida saludable. España es remontada y sobreponerse a todo, cual ave fénix. España es mar y montaña, pero también es ciencia y tecnología. España es mezcla de arte, inteligencia y creatividad a raudales. España es superarse cada día para demostrar lo que uno vale. España es un sentimiento tan profundo como las raíces de nuestra historia, arraigada en los cimientos del conjunto de la sociedad occidental. España es diversidad y tolerancia, pero también seguridad y respeto. España es el aroma a la mejor gastronomía del mundo, maridada con sublimes vinos y el mejor talante. España es alegría, luz y transparencia, pero también, seriedad, competitividad y afán de progreso. España es deporte, bienestar y medioambiente. España es cultura, patrimonio histórico y sensaciones únicas. España es ardiente, es pasión, discusión y polémica, pero también es un cálido abrazo fraternal. España son sus fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado y sus sanitarios. España son sus deportistas, cocineros, artistas, investigadores y científicos que nos representan por todo el mundo. España es la esencia de sus gentes, sus tradiciones y lugares de ensueño. España es, con todas sus cosas maravillosas y las mejorables, distinta, única e irrepetible.

En mi humilde opinión, el mejor país del mundo en donde vivir.

España y sus ciudades, así como sus pintorescos pueblos, representan la mayor inspiración que mueve mis entrañas. España es mi musa suprema, mi enamoramiento perpetuo, la devoción que se deja entrever en mis ficciones.

España, ahora más que nunca, rema unida hacia la luz, franqueando el oscuro temporal.

El mundo atraviesa tiempos sombríos. Tiempos de incertidumbre económica e incluso miedos existenciales. El mundo ha cambiado en unas pocas semanas a velocidad de vértigo y, con él, nuestras vidas tal y como las conocíamos. El mundo está enfermo, pero la pandemia puede que tan solo sea la punta del iceberg, la gota que colma el vaso de la infamia. El mundo no se soporta ni a sí mismo...

Quizá sea el momento de que este increíble país evolucione. Quizá sea el momento de grandes acuerdos a largo plazo que saneen nuestros cimientos. Quizá este pueda ser el punto de inflexión, el trágico y traumático momento en que debamos poner el contador a cero y volver a empezar, reflexionar sobre la vida y sacar lo mejor de cada uno de nosotros para aportarlo a nuestra sociedad, a nuestro país al fin y al cabo.

España muestra su potencial ilimitado en todo aquello que se propone. Puede que haya llegado el momento de volver a creer en nuestras posibilidades, volver a creer en nosotros mismos. Puede que haya llegado el momento de volver a creer en España.

Para ti, mi formidable musa dormida.

BIOGRAFÍA DE JAIME GARCÍA SIMÓN

Jaime García Simón nace en 1983. Es natural de San Fulgencio, en el sur de Alicante, aunque reside en la población cercana de Almoradí con su mujer e hijos, Noelia, Cayetana y Jaime. Es un enamorado del cine, la literatura o la música, y venera la creatividad en sus diferentes formas de expresión. La ilusión, de la mano del entusiasmo y la superación personal en cuanto al continuo aprendizaje, representan su guía en la vida. En 2011, tiene la descabellada idea de intentar escribir su “novela ideal”, una historia repleta de intriga, misterio, inspiración histórica y giros argumentales sorprendentes. Después de tres años de ardua creación compaginada con su trabajo en el sector de la madera, termina *Amanece en Belchite*, publicada en 2016 con resultados muy positivos. Fruto de esa primera obra, en 2017 nace *El secreto de Toledo*, su apasionante segunda novela que, en 2019, reedita con Círculo Rojo. Entre medias, en 2018, publica su tercera novela, *Scarlet Island*, que termina de impulsar a las tres como una tríada de novelas de misterio indispensable para los amantes del género. A partir de ahí, su personal y trasgresor estilo literario fascina a miles de lectores en buena parte de España, quienes aseguran que estas obras son adictivas experiencias literarias. En 2019, llega su cuarta novela, *El juego de la vela y la chispa de la magia*, introduciendo una nueva evolución de este estilo literario tan característico y acercándose más, en esta ocasión, al género de novela negra, pero sin abandonar ese halo de misterio seductor que envuelve a todas sus historias. Y ahora, en el verano de 2020, publica su ambiciosa quinta obra a colación del Concurso Literario de Amazon, *El día que naciste. Granada 1996*, que viene a representar una nueva vuelta de tuerca al estilo antes referido, ampliando aún más este abanico de posibilidades en cuanto al género de sus ficciones que, en esta nueva novela, entremezcla una gran carga de inspiración histórica, con abundante acción, amor, aventura y, como no puede ser de otra manera, buenas dosis de misterio.

REDES SOCIALES DE JAIME GARCÍA SIMÓN

FACEBOOK: <https://www.facebook.com/JaimeGSautor>

PÁGINA FACEBOOK: <https://www.facebook.com/JaimeGSautorPF>

INSTAGRAM: https://www.instagram.com/jaimogs_autor/

TWITER: https://twitter.com/JaimeGS_autor